

25
8

Universidad Nacional Autónoma de México

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES



LOS HORNEROS

(Estudio de un oficio marginal)

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADO EN PERIODISMO

Y COMUNICACION COLECTIVA

P R E S E N T A:

MARIA DOLORES MIRANDA FASCINETTO

MEXICO, D. F.

1983



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

I N D I C E .

	Págs.
I MARCO TEÓRICO.....	3-13
I.II. Esta tesis contiene elementos de testimonio.....	14-16
I.III. Con cuál fin he establecido que se conserve.....	17-19
II. INTRODUCCIÓN.....	20-21
II.I. ¿Qué me llevó a estudiar este estrato.....	21-26
II.II. ¿Cómo se organizó el material recopilado?.....	26-27
III. Los horneros; trajinadores de tierra.....	28-31
IV. Unos cuantos pesos convertidos en jícaras.....	32-33
IV.I. Si ganamos veinte pesos este día.....	41-43
IV.II. No, jesucristo Jesús no va a mandar serafines....	44-46
IV.III. Cuando acuñamos se me figura que es como.....	47-48
IV.IV. Vendo con perdón de ustedes, calientitos.....	49-51
IV.V. Ora que el más ganón en todo este negocio.....	52-54
IV.VI. Hay que estar bien buzo a la hora de la quema....	55-56
IV.VII. Cuando el sol pega macizo, el lodo embarrado....	58-60
IV.VIII. Me aventé al hoyo al puro tacto del azadón....	61-62
IV.IX. En los hornos no es nada a juerzas.....	63-64
IV.X. Se van blasfemando contra los patrones.....	65
IV.XI. Parándose los hornos, se para el dinero.....	66-68
IV.XII. Dios me ha concedido la gracia de decorar.....	69-70
IV.XIII. Con el miedo de darse en toda la torre.....	71-72
IV.XIV. Se gana más dinero en las fábricas.....	73-74
IV.XV. ¡Si estamos jodidos!, por onde quiera.....	75-78

	Págs.
V. Don LAURE.....	79
VI. Cada uno de ellos posee su propia leyenda.....	80-82
VI.I. Mi vida es y ha sido un verdadero desmadre.....	84-85
VI.II. Me traiba bien trabajada, mal comida.....	86-88
VI.III. La mala sombra me ha oscurecido siempre.....	89-90
VI.IV. Me dicen que me quite de esta vida de carbonero..	92-97
VI.V. -Don Laure, invíteme un taco de su sardina.....	98-99
VI.VI. Aquí en mi cuartito ta un mugrero.....	100-101
VI.VII. Aquí conocí a jacinto y los demás.....	102
VI.VIII. Qué más maquillaje que el lodo y el hollín.....	103-104
VII. CECILIA.....	105
VIII. El desmenuzamiento familiar.....	106-109
VIII.I. Cada quien sabe lo que llerve en su olla.....	111-113
VIII.II. Me decepciona que se madrien entre mis jefes...	114
VIII.III. A casi todos los hombres les tengo odio.....	115-116
VIII.IV. Lo tiraba de a lurias cuando me decía.....	117
VIII.V. Mi jefa pidió un trago de mezcal.....	118-119
VIII.VI. Madre, por qué chingaos ta viendo.....	120-121
VIII.VII. Será por la pena de mi hijo que se me perdió..	122-125
VIII.VIII. Prestarse con el esposo pus rápido y ja.....	126
IX. Don CHAVA.....	127
X. El circuito ocluído de los hornos.....	128-133
X.I. Las viejas tienen que ser sumisas al hombre.....	134
X.II. Andar bien enchincholado todos los días.....	135-137
X.III. Ora de viejo no me conviene hijar;.....	138-139
X.IV. Me desespero a su lado porque soy muy movido.....	140
X.V. El hombre tiene la culpa de que la mujer.....	141-143
X.VI. Casi todos nos agarramos el sueldo completito.....	144
X.VII. Cuando me corresponden hasta ganas de dejar.....	145-146

	Págs.
X.VIII. /Aquí perdistes caña y elote de un junto.....	147-150
X.IX. Ella no era mujer pa casa y yo necesito una que...	151
X.X. Si me encontraba, con perdón de ustedes.....	152-155
X.XI. El juleno ése se la jodió y ya no pude.....	156
X.XII. ¿Cómo voy a dejar que ella me pegue a mí?.....	157-159
XI. Doña CABA.....	160
XII. Los horneros desconocen los juegos erótico-amorosos	161-163
XII.I. Según el doctor eso es lo que me está secando....	164-167
XII.II. Me he dado cuenta que se mete conmigo.....	168-171
XII.III. Ni se mueren ni encargan familia.....	172-174
XII.IV. ¿Las mujeres necesitarán de eso también.....	175-179
XII.V. Tenía doce años cuando empecé a desarrollar.....	180-182
XIII. LUCIO/MANUEL.....	183
XIV. El pulque; maná de los pobres.....	184-189
XIV.I. ¡El valor del mexicano es el pulque.....	190
XIV.II. ¡Órale!, chúpale a la jicarita, trágale gallito..	191-202
XIV.III. El viejo sí debe tomar pero el joven no.....	203
XIV.IV. Mi chinguere es el que me tranquiliza.....	204-205
XIV.V. Porque tomé un poquitín de más es que no golié...	206
XIV.VI. Se agarra el vicio sin que uno se dé cuenta.....	207-209
XIV.VII. Ellos ya nacieron con el gusanito del melón....	210
XIV.VIII. En esta cartonera onde mal vivo, mal como....	211-212
XIV.IX. El churque no jode al cerebro.....	213
XIV.X. A la gente le da asco verlos: gorditos.....	214-215
XV. Don ANDREJITO.....	216
XVI. Las narraciones ultraterrenas han sido cuento.....	217-221
XVI.I. Yo no me le hincó a ningún mono de yeso.....	222
XVI.II. No se puede ni comer, ni tomar ni fumar.....	223-225
XVI.III. Y le avisé al padrecito que iba a regresar.....	227
XVI.IV. Comenzaron a ladrar los perros.....	229-230

XVI.V. Ya estoy bien corrompido porque traigo al diablo.	231-236
XVI.VI. Con la venida del milenio la tierra va a arder.	237-239
XVI.VII. A otro día el recordarme.....	240-242
XVII. SAÚL.....	243
XVIII. Después de la refragadura cotidiana,.....	244-245
XVIII.I. /Órale carnal, me cumples o nos aventamos.....	243
XVIII.II. El pulque si me ha quitado tantito	249-250
XVIII.III. La misma embriaguez me empuja a buscar.....	251
XVIII.IV. Ora sí ya no hay más fiestecita.....	252-254
XVIII.V. Nos atascamos de comida de fiesta.....	255
XVIII.VI. Y como güenos pulqueros, le hacemos.....	256
XIX. JACINTO.....	257
XX. Usted sí es mi amigo, verdá.....	258-259
XX.I. Pero ustedes siguen siendo mis únicos amigos,.....	261
XX.II. Si no te juyes antes de que sea tarde,.....	262-266
XX.III. No soy negada con el pan de cada día.....	267-268
XX.IV. En la ron o en la chaparrita del cuadrante.....	269
XXI. Don LINO.....	270
XXII. Los males que padecen los convierte en seres.....	271-273
XXII.I. Deviso lagartijos que me siguen; perros,.....	274-276
XXII.II. Mi cerebro camina echándole pulque,.....	277-278
XXII.III. Me entró un dolor en la rabadilla.....	279-281
XXIII. ELÍAS.....	282-283
XXIV. Los fallecimientos absurdos.....	284
XXIV.I. Los ardores le seguían y las ampulas comenzaron.	286-287
XXIV.II. Polvo somos y en polvo nos convertiremos.....	288-289
XXIV.III. Clarito se siente la travesura de la muerte;..	290-291
XXIV.IV. La bilis se le jue a los pechos y enponzoñó....	292
XXIV.V. El pobre acabó re te bien botigón;.....	293-294

	Págs.
XXIV.VI. Hace tanta calor allá arriba.....	295-296
XXIV.VII. La muerte se lo llevó re feo;.....	297
XXV. NOTA.....	298
XXVI. CONCLUSIÓN.....	299-301
XXVII. Notas de pie de página.....	302
XXVIII. BIBLIOGRAFÍA.....	303-304

"... Para viajar por el espacio hay que aprender a deshacerse de toda la anticuada basura verbal: la cháchara de Dios, la cháchara clerical, la cháchara partidista, la cháchara patriótica. Hay que aprender a vivir sin religión, sin patria, sin aliados. Hay que aprender a mirar lo que se tiene enfrente sin ideas preconcebidas..."

William Burroughs

M A R C O T E Ó R I C O .

I.

Mi posición ante la defensa de mi trabajo de tesis se originó mucho antes de verme inmersa en el meollo del campo de estudio. Se gestó en los últimos semestres de la facultad cuando me apasioné por la instrucción de las asignaturas: "Periodismo y Literatura" y las de "Literatura y Sociedad".

El descubrimiento operado en el intrincamiento y averiguación de ellas acerca de los progresos en sus procedimientos multifacéticos, inventivos y sobre todo, antidogmáticos, me motivaron para la realización de esta investigación que iniciara mi quehacer en el ámbito profesional con una concepción más amplia, más maleable acerca de lo que puede ser el "nuevo periodismo" y sus nacientes técnicas de elaboración.

Elena Poniatowska dice que tiene mucho que ver con el "New Journalism", el gran periodismo norteamericano que inauguraron John Reed y Carleton Beals hasta llegar a Norman Mailer. "Quienes han roto con la práctica del periodismo tradicional para ejercer la libertad de un nuevo estilo de narración periodística y comentario subjetivo, cándido y creativo". (1)

Y fue en esos cronotopos de estudiante cuando me sentí capacitada para abordar la exploración de una realidad de la

clase trabajadora mexicana, empleando para ello lo aprendido en su experiencia como lectora de autores que han roto con la institucional implantando sus innovaciones. Transformaciones que en ocasiones han tambaleado las estructuras académicas vigentes.

El ejemplo más fehaciente de lo señalado se encuentra representado en las obras de escritores consagrados en el aspecto de la literatura universal. Ellos son William Burroughs y Jean Genet. Norteamericano el primero, "a través de su obra constituye la única propuesta de revolución cultural engendrada por el mundo occidental". (2)

Tanto él como Genet, escritor francés, hacen literatura y periodismo que surgen de los ambientes más sórdidos. Y como señala el escritor español Salvador Clotas: "He aquí otro autor que siguiendo en la tradición clásica, ciertamente parece escapar al encierro de las palabras y alcanzar objetivos que uno creía imposibles de conseguir con palabras". (3)

En nuestro ámbito intelectual mexicano, contamos con periodistas-escriutores que también han revolucionado las técnicas. Destacan entre ellos: Carlos Monsiváis, Ricardo Garibay, Elena Poniatowska, Guillermo Samperio, Luis Zapata, José Agustín y el mismo Gustavo Sainz, quienes han practicado otras formas de expresión; improvisaciones reconocidas por la clase instruida.

De alguna manera, todos participan y se unen con sus obras a la idea que McLuhan tiene de Burroughs. Dice al respecto: "Es único sólo en cuanto intenta reproducir en prosa lo que recibimos cada día como un aspecto banal de la vida en la era de la electricidad. Si se traslada al papel la vida corporal, hay que emplear el método discontinuo de la no historia". Pues como bien agrega Clotas: "A él no le interesa la historia, porque obliga

a sujetar los contenidos mentales a una estructura cronológica. Su mente se mueve en el papel con libertad, casi con la misma libertad que el lector de Madame Bovary, que entre frase y frase, oirá música en la habitación de al lado, pensará en sus negocios, se acordará de algo que tiene que hacer, correrá por unos pesos, es decir, mezclará como hace Burroughs, distintas materiales de su vida en una misma página. En él se encuentra un realismo de los objetos y los temas más cotidianos que poco tiene que ver con el realismo lógico y abstracto". (4)

Lo ordenado, lo lineal, lo lógico y respetuoso de las normas corrientes no acarrea sino un cúmulo de "palabras gastadas suavemente por el tiempo". (5)

"Cuando la gente habla de claridad en la escritura, por lo común se refiere a la trama, a la continuidad, a la presentación, al nudo y el desenlace, la adhesión a un orden "lógico"... Pero las cosas no ocurren con arreglo a un orden lógico. Ningún escritor que pretenda aproximarse a lo que de verdad ocurre en la mente y en el cuerpo de sus personajes puede ceñirse a una estructura tan arbitraria como el orden lógico. Joyce fue acusado de ser ininteligible y eso que se limitaba a presentar un solo nivel de hechos mentales; el monólogo consciente suboral. Yo pienso que se pueden crear sucesos polinivelados y personajes que el lector pueda interpretar comprometiendo su ser orgánico. Pero esto depende únicamente de él, de lo abierto que sea a las nuevas experiencias, y de la capacidad que tenga para salir de sus propios esquemas y referencias". (6)

En mi experiencia como estudiante y profesional de este riquísimo y aún poco conocido campo de la Comunicación que engloba un sinnúmero de materias de estudio, me he enfrentado dolorosamente ante este hecho; el lenguaje continúa desgastándose.

Apoyo incluso que la caracterología periodística actual es una total redundancia de forma, contenido y expresión; que se mantienen a la vez sus concepciones bizantinas paradójicamente a la primigenia cualidad del periodismo: su irrepetibilidad, su verdad.

Buena razón tiene el escritor Carlo Coccioli cuando dice: "A la lengua española nadie le cuida, nadie la ama".

Siempre se suscitan las idénticas disposiciones de reiteración hasta el momento de llegar a ser superfluas, inútiles. Tal parece que el devenir no tiene cabida en las definiciones, en los conceptos. No quieren perder su carácter de reglas establecidas, de ejercicio del poderío.

Encuentro que sólo es nuevo en el grueso de las publicaciones periodísticas, los hechos del acontecer cotidiano dados a conocer a través de sus páginas. Pero no se hace nada por variar "los machotes" con los cuales debe -a juicio de los jefes o directores- organizarse la información.

Por qué no elaborar crónicas, relatos disidentes, textos -que en esta ocasión son autobiográficos- con un giro "desordenado", como lo es por demás la naturaleza misma de la autobiografía, y el género confesional que pueden transcribirse fielmente conservando su carácter de contrapunto y de principios dispares.

Considero que en el vasto mundo de la Comunicación existe la suficiente libertad para recorrer, transgredir, improvisar y descubrir. Y la índole de nuestros campos de investigación nos dará la pauta para aprehender y organizar sus materiales sin interferir en su esencia si no se utilizan las disposiciones y reglas legalmente reconocidas por las universidades.

"La cultura nos tiende una serie de trampas en las que

nos hemos acostumbrado a caer sin mayor trascendencia. Una de ellas es la separación, casi antítesis que se establece entre la vida y la cultura o entre lo subjetivo y lo objetivo", afirma Clotes. "Siempre me ha parecido absurdo el esfuerzo de los que comunican sus impresiones subjetivas como si se tratara de comunicados científicos". (7)

Esta es mi proposición, el empleo de esta variedad del reportaje que como ya he señalado anteriormente, no es producto de una fantasía. Es un plan que tiene sus raíces en enseñanzas y fuentes especializadas. Reitero, he adecuado la sustancia de mi informe, una estructuración requerida con las técnicas afines mencionadas. Dicha modalidad del susodicho género es apropiada para el sondeo y análisis obligados.

Propongo asimismo, el replanteamiento de muchas otras definiciones y razonamientos con los que se trata y ejecuta en el campo académico y profesional del periodismo.

I. II.

Esta tesis contiene elementos de testimonio y denuncia de una comunidad trabajadora, como tantas otras tan miserables que conforman gran parte del paisaje laboral mexicano.

La esfera de la Comunicación es extensa y multiforme y la materia de la monografía presentada, encuentra espacio en su espacio.

El estudio de un oficio marginal "Los Horneros" es de interés general y digno de ser referido. Del mismo modo tratado bajo un examen respetable y comprometido que abarque no sólo el conocimiento de un oficio degradado como es el de los tabiqueiros quienes han sobrevivido por varias generaciones; sino que delate asimismo la configuración de las historias de los ejecutantes agobiados por la estratificación de clases.

Dicho legajo auténtico entraña y manifiesta per se, propiedades de envergadura aun cuando dicha humanidad se halle dentro de un círculo desdeñado; el del lumpen proletariado.

Los acaeceres y peripecias de los ladrilleros debatiéndose en situaciones rutinarias y del trabajo ominosas; se abordan en sus múltiples interrelaciones y se asientan de consuno los eslabones de su causalidad interpretativa.

Bastante más atrayente fue lograr penetrar en su circunstancia para su discernimiento y manejo, si ya contaba con cierta sensibilidad y suficiente motivación para hacerlo. Entonces, sin ningún prejuicio que se circunscribiera exclusivamente a lo académico, me dispuse a aplicar con toda libertad en su conformación, ciertos elementos que si bien, en un momento dado no eran contemplados por las definiciones en términos estrictamen-

te clásicos o puristas, si poseen vigencia y utilización en nuestra época. Nuevas formulaciones verbales y hechas recientes de estructuración de materiales periodístico-literarios que juegan no en el sentido peyorativo del término; de simple entretenimiento banal o insulso, sino en el de recreación, invención; sencillos juegos resultado de la experimentación concienzuda, de descubrimientos y logros.

La recopilación confeccionada posee rasgos multifacéticos; signos por excelencia, de la cotidianidad de los que desempeñan una actividad menospreciada.

Debido a la mixtura de elementos que son tanto económicos-sociales, políticos, antropológicos y psico-culturales, la comprensión de la selección recabada de viva voz se organizó y dispuso sin excluir ninguna de las categorías antes mencionadas. Cada una de ellas se inscribe en la globalidad dispuesta en la presentación del trabajo.

Pretendió asimismo, tanto en la temática como en su contenido, acercarse lo más posible a la realidad abordada, pues no olvidemos que una investigación conlleva en su seno la subjetividad del elemento humano que la manipuló.

La aseveración no es despectiva pues los componentes subjetivos que en algún momento pudieran coexistir en los rasgos de novela, crónica y/o ensayo que posee la tesis, no restan ni nublan certidumbre a la serie de declaraciones realizadas por los arquetipos de la comunidad horneril. Por el contrario, la proveen de vivacidad y fulgor; le afinan la aridez que normalmente contiene una investigación puramente sociológica, por ejemplo.

Por otro lado, "escribir bajo criterios únicamente periodísticos, es intentar describir con toda precisión lo que la gente hace y arrojarle al lector un puñado de datos fruto de

la observación". (8)

Mantener el énfasis tanto en unos como en otros factores, es encajorar en nociones estrechas, legalizadas, las bases cualitativas de este estudio.

Por lo que a través de un tratamiento periodístico-literario; sociológico-antropológico sea posible alcanzar una visión de conjunto de la anatomía subyacente de la colectividad de los hornos, que igualmente es fecunda.

Para ello me valí del empleo de una forma más de lo que es el reportaje. Si bien, la concepción de éste no se construye al concepto académico de reportaje, no resta la validez a mi creencia por la reivindicación y aplicación de originales formas para el tratamiento de realidades cuya complejidad sobrepasa la querilidad de discusiones sobre el empleo de circunscritos métodos, y/o técnicas y más todavía si se trata de las que tradicionalmente "han funcionado" hasta la fecha.

La iniciativa de su práctica obedeció a los requerimientos de la averiguación; las demandas de su indagación las ameritó.

¿Con cuál fin he establecido que se conserve la peculiaridad fonética de los horneros?...

El uso es la norma. En este caso, el ejercicio de un habla determinada en cierto contexto, va a conformar la norma de la lengua, lo apropiado. Entonces se infiere que lo correcto va a ser lo usual y no solamente lo instituido por las entidades académicas.

Existen tantas hablas -correctas- como tantos grupos las ejercen.

A través del fenómeno fonético nos relacionamos unos con otros, nos reconocemos en ellos, y es gracias a este código común, cuya raíz crece y se alimenta de la gran mata de la lingüística, que logramos nuestro primer contacto con el mundo de quien ya estamos siendo parte en el momento de lograr comunicar sonidos.

Lo espontáneo y la vivacidad de la palabra oral constituyen la fibra generadora; la primera chispa de información del primigenio vehículo de transmisión del lenguaje, del conocimiento.

Cuando me puse en contacto con la substantividad fonética de los horneros, constaté su muy particular modo de expresar su habla, que es la realización individual que cada uno de los hablantes hace de su lengua.

Para compaginar la representación de su comunicación lingüística con la caracterología de su universo, me vi en la necesidad de anotarla lo más fielmente posible, aun cuando las reglas dictadas por la gramática ya no marcharan en la trans-

cripción del habla de los protagonistas.

Llegué a la conclusión de que el uso de un habla determinada es apropiada mientras exista una ejecución generalizada de la misma, cultivándose por medio de comunicados vivos, hasta que día tras día se pareciera al número de hablantes.

Es gracias a la fidelidad adoptada en la transcripción de su fonética —según su modo especial de concebir el mundo— que la exposición se torna pintoresca y colorida. Por otra parte, la calidez inherente al discurso oral no es comparable al texto escrito escueto en sí.

Este fue precisamente el quid al reproducir exactamente la voz de los hornos, pues no sólo el lenguaje escrito que es la representación de una doble simbología tiene prioridad, sino también el oral, quien posee el recurso expresivo de lo imaginativo. El relato verbal es vital para los profesionales de la Comunicación, pues no somos prisioneros ni fieles cordeiros de los medios de información.

Mi trabajo puede ser un rico vehículo de transmisión oral con el sabor de leyenda, de un cuento, de una narración hablada espontáneamente que no posee la única alternativa de emitirse a través de los canales electrónicos.

La investigación realizada no se encasilla para su expansión o propagación en los parámetros institucionales, pues funcionará como una profunda remembranza; una plática entre amigos; una difusión de historias en una reunión o en un espectáculo; en un diálogo en teatro al aire libre, dentro de un auditorio o interpretando un sainete.

Recuperemos entonces la imperancia del relato oral. Retornemos a la comunicación cálida; fenómeno expresivo realizable tan sólo en la comunicación interpersonal; cara a cara, con la

excitación de la electrónica para la emisión de mensajes.

Para la consecución de nuestras finalidades como profesionales interesados en la búsqueda y análisis de la esencia humana, dirigimos nuestra confianza a cultivar el empleo y aprovechamiento de las palabras vivas. De tal suerte que en el futuro se aplique como proclama, la reivindicación de la interrelación dialógica; el verdaderamente poner en común encarando el distanciamiento de la tecnología quien menoscaba el calor, la vehemencia producida solamente entre los seres que dialogan faz a faz. De éstos que ejercen realmente la actividad de la retroalimentación de comunicados calurosos aderezados asimismo con la presencia de los interlocutores a quienes se puede palpar, observar gesticulando y manifestándose gracias al caudal comunicativo; en la mixtura de emociones, de estados de ánimo que los embeben y dominan o por el contrario los refrenan.

INTRODUCCIÓN.

II.

La comunidad, habitat de los hacedores de ladrillos, es uno de los veintisiete barrios que conforman el Municipio de Teoloyucan, Estado de México. Dicho barrio lleva por nombre, Santa María Caliacác y se ubica a unos cuatro kilómetros del pueblo de cabecera que es Teoloyucan, quien cuenta con una población de treinta mil habitantes.

Es en las afueras, en los linderos del sector de Santa María, por aquellas extensiones de tierra, más circunscritamente por los inmedibles terrenos que cortan férreamente dos sempiternas vías de tren, en donde se aglutina el gremio de los horneros.

Y no es ninguna casualidad que éste se haya formado a las orillas del pueblito ni tampoco el haberse establecido ahí, exactamente en la yema de los campos; en el suelo que ellos convierten en ladrillos ya no para vivir, sino para sobrevivir.

Los horneros se instituyen en donde hay materia prima: solares, superficies vírgenes que horadar. Dichas áreas no les pertenecen y los propietarios se las rentan. Normalmente el pago se hace con el producto, aunque en rarísimos casos, con di=

nero en efectivo. De cada quema realizada en un horno erigido en las propiedades rentistas, el hornero tributará al patrón o a los patronos, un tanto por ciento de tabiques de antebanco acordado. Lo mismo sucede cuando las campañas son prestadas, pero en este caso, el porcentaje estipulado es más elevado.

El día que hayan pasado casi diez metros desde la superficie inicial; cuando ya no sea posible excavar más; ese día ocurrirá el éxodo; el emigrar a otras zonas, a otros contornos igualmente ajenos.

II.I.

¿Qué me llevó a estudiar este estrato más bajo de la jerarquía de clases?...

Quería conocer más de cerca su oficio y sus componentes rodeados de un círculo marginal; palpar su *modus vivendi*, sus costumbres; la percepción y contemplación de su cosmos en correspondencia al "otro" género humano que los rodeamos. Desearba aprehenderlas, manejar su naturaleza pues desde que tengo noción de mi persona sé de los hornos; he visto a los tabique ros eternamente desharrapados; he percibido su inherente tufo terregoso, alcohólico y rancio.

A fuerza de verlos cotidianamente en el cine y sobre todo en la cantina de Teoloyucan, se derivó cierta costumbre que permitió la confianza de hablarles, preguntarles; ponerme a platicar libremente con los "teporochitos" que llegaban todas las mañanas, tardes y noches a tomarse sus tequilas o mezcales con anís.

Reconozco que en esa época de mi adolescencia, si me acordaba, era más bien por curiosidad; tal vez cierta morbidez por la que me atraían éses a quienes siempre miraba tímidamente, con el hollín diluido y bien distribuido en los poros de la piel, además de su vestimenta que no se habían así procurado jamás, siempre: ropa persistentemente holgada, colores que fueran castaños, ahora lucían como allos: sucios, viejos, disgustados. Las uñas brillaban por el tizne acumulado, y el sebo y lo cenizo de los puños, se extendía hasta unas manos cadavéricas invariablemente percudidas de carbón.

Todo esto a hoy no ha cambiado. Los horneros siguen siendo los horneros; los tiznados. Unos mueren, pero los que quedan inmortalizan a los muertos, y heredan su aspecto lardo y marabúto derivado de una fatiga ancestral.

Venimos a los tabiqueros todos los que los queramos ver. En la semblanza arquetípica de los horneros que protagonizan su vida real, se detalla todavía más en cuanto a su caracterología física y la de sus simientes.

Consideré oportuno explotar la coyuntura de familiaridad ahora establecida, de mí hacia ellos, y de ellos hacia mí y me aboqué a la elaboración de un tratado de su oficio, y a extraer conjuntamente lo elíptico y alegórico de dicho quehacer.

Hemos visto los que vivimos por esta región el nivel de sobrevivencia de los tabiqueros. Deambulan imperecederamente en un límite de subsistencia, pero al fin como corolario de su condición de hediondos y dipsómanos; por allá, lejos de nuestro "centro civilizado", por aquella barriada mugrosa, arrinconados de todos nosotros o en el peor de los casos, por todos nosotros.

El conocimiento natural extraído por el contacto circunstancial

tancial, inveterado si se quiere, sostenido con estos hombres y su entorno, ya es fuente primaria de información y esbozo empírico, rudimentario de su teoría diarista; más del accidente que del hecho, del cual me valí como principal instrumento de averiguación. Rudimentos éstos obligatoriamente introductorios a su espacio.

Establecidas las condiciones favorables preambulares a la clasificación del material de investigación de campo que duró aproximadamente los primeros seis meses del año de 1980, incluí, como una herramienta más de instrucción, el empleo de la entrevista personal profunda que propició la libre asociación de las confidencias de los declarantes. Con la ayuda de la grabadora, se registraron más fielmente las revelaciones y las pláticas de los dialogantes en las cuales parlamentaban sobre sus historias personales, su entorno laboral y familiar; sus abyectas relaciones de pareja aprestadas a una sexualidad ignominiosa. De sus contactos personales con los "cuates" y todas las concomitancias procedentes de este sujeto: alcoholismo y como entretenimientos menores, el jugar fútbol o rayuela.

Dice Oscar Lewis con respecto al hecho por el cual cada uno de los miembros de un grupo hablan y cuentan la historia de sus vidas con sus mismas palabras: "Este método nos da una vista de conjunto, multifacética y panorámica, de cada uno de los miembros como un todo, así como de muchos aspectos de la vida de la clase baja mexicana, pues hace posible una especie de realismo social. Con la ayuda de la grabadora las personas sin preparación pueden hablar de sí mismas y referir sus observaciones y experiencias sin inhibiciones, de manera espontánea y natural". (9)

Los horneros se remontaban a sus recuerdos y luego vertían sus remembranzas en un torrente pasional que los alborozaba

cuando contaban los frutos de sus conquistas o los consternaba si hablaban de sus decepciones e ilusiones.

Estos hombres y mujeres se condesalen, se arigen en la oscuridad, denuncian ... De repente se revitalizan, pero al mismo tiempo se ensombrecen presintiendo la ineluctabilidad de sus destinos.

Y es por mantener sus confesiones en la frescura original, que no aparecen a lo largo del texto, ninguna de las preguntas aplicadas.

Elegí y organicé el contenido de sus declaraciones. Si en algún momento modifiqué ampliando o recortando las grabaciones transcritas, lo hice atendiendo a mi criterio de observadora que trabajó con instrumentos autobiográficos. Consideré pertinente en algunos casos, "arreglar" y acomodar sus discursos respetando siempre la tónica de sus charlas correlacionándola con su realidad lingüística, sobre los lineamientos narrativos que impusieron cada uno de los personajes.

Pues como acertadamente apunta Edmundo Domínguez Aragonés: "Quien debe decirlo todo es el personaje y no el reportero. El entrevistador debe ceder su lugar al parlante, cuyo río palabrero es lo que importa y no las agudezas o comentarios del entrevistador sobre lo que el entrevistado dice. Ciertamente que para que exista el guiso, el que pregunta debe saber todas las respuestas y conocer a fondo al señor que cede su tiempo y sus comentarios". (10).

Las personas entrevistadas fueron seleccionadas por un "azar provocado", por llevar tantos años relacionada con su contexto y su ser orgánico en un permanecer concreto. Por el tiempo que duró la convivencia en los hornos y por el conocimiento adquirido de su idiosincrasia amén del de su población; estos diez protagonistas, son los más espontáneos y extrovertidos y

como consecuencia, los que poseen un rico manejo del discurso oral. Sin olvidar por otra parte, que son los parangones de su colectividad asentada en el barrio de Santa María.

Dicho sector se escogió para el estudio porque es en esa extensión donde se concentra la población horneril en su gran mayoría; ya que en uno o dos barrios más del Municipio existe más gente que hace tabiques, pero no como una tarea exclusiva. Generalmente se trata de particulares; individuos que trajinan, pero en su propiedad y sólo para ellos. Por lo tanto, quedaron excluidos de la monografía llevada a cabo en la comunidad de Santa María.

Lo quimérico, lo inmanente de su leyenda --como ya esbocé anteriormente-- se infirió verazmente también en las voces narrativas. Trasladé sus declaraciones conservando las modalidades de su lenguaje oral; traduje a las grafías respetando en lo posible su fonética. Se expresan suprimiendo letras o palabras o en todo caso, se pronuncian uniéndolas, según la modalidad de la entonación de su habla. Es por esto que se suprimieron los apóstrofes cuando se suscitan las contracciones de las palabras. Pues a mi juicio, dicho signo ortográfico resta realidad y naturalidad a los textos escritos.

A este respecto, confieso que sin la utilización de la grabadora en la mayor parte de las entrevistas, no hubiera reparado a tal grado en su configuración lexicológica, ni tampoco apoyaría mi posición de respetar su fonología de consuno con su verismo más íntimo.

La falta de mayúsculas en la escritura de los nombres propios de los relatos de los tabiqueros, es una derivación más de las peculiaridades de su expresión idiomática.

Asimismo, el caudal manifestado de las populares palabras soeces que tradicionalmente han orlado típicamente nuestro paisaje lingüístico. Aspectos por demás conformadores de su entor-

no sociocultural.

Si sólo incorporo las voces y las presencias de dos figuras femeninas, fue porque a través de estas dos, lo característico femenino; el rol de la mujer dentro de los hornos, suficientemente queda esbozado.

II.II.

¿Cómo se organizó el material recopilado?...

Después de compilar la información requerida que testimonia la vida de los protagonistas en torno a su faena, fue primordial desglosarla en apartados que apoyados cada uno de ellos con una breve introducción, a manera de ensayo, antologando sus revelaciones; explicara e interrelacionara con los otros haciendo énfasis en cada uno de los componentes y manifestaciones de la totalidad del universo horneril. Conjuntamente resultó la manera más viable de presentar la reseña lo más legible, si en algún momento se dificultara su lectura a causa de la transcripción de la pronunciación.

Procedí a seleccionar los testimonios y organicé su acomodo en las secciones siguientes: trabajo, historia personal, familia, relación hombre-mujer, sexualidad, alcoholismo, creencias mítico-religiosas, diversiones, amistad, enfermedades y muerte.

Así pues, con el repertorio anunciado, conformado por un mixto de estilos basados en el recorte y montaje de escritos previamente elegidos, desmembrados y trabajados con el uso de cintas grabadas, escuchando y registrando monólogos o diálogos; amén de informaciones acumuladas (impresiones) a lo largo de la

coexistencia; la convivencia ininterrumpida de un tiempo suficiente para conocer el nefasto oficio de los ladrilleros que se leerá en esta tesis. Así como la sólida rutina adueñada de las cuitas, penurias y humor de los seres serviles, humillados, que lo ejecutan en un cántaro de miseria e infortunio y que soportan gracias a paliativos de tal magnitud, como la ingestión cotidiana de alcohol y la práctica de una sexualidad pobre, principalmente; fue posible agotar los planteamientos iniciales.

El objetivo trazado llegó a su fin linealmente, sin entorpecimientos, aprehendí el conocimiento de una ocupación marginal y la caracterología del modus vivendi de quienes lo ejercen, a través de los testimonios de ocho hombres y dos mujeres horneros arquetípicos.

Es necesario aclarar que mi trabajo rebasa ciertos aspectos consubstanciales a un estudio totalitario del gremio de los horneros, que no contempló la delimitación del tema trazado de antemano. Para ejemplificar diré que no registré los índices de enfermedad, morbilidad y natalidad.

Los horneros; trajinadores de tierra, agua sucia e inclinencias.

Las cantineras encachabreadas por el tin acumulado ribetean el existir gris de los tabiqueros; los portadores de trazas hollinientas y rostros eternamente manchados, percutidos y denegridos.

La caracterología física de los personajes que encuadran el escenario horneril, guarda íntima analogía con la fisonomía de sus demarcaciones igualmente desoladas y desteñidas.

Don Andrecito, doña Cata, Cecilia, don Chava, Elías, Jacinto, don Laure, don Lino, Lucio/Manuel y Saúl, son los paradigmas, la matriz del grueso de la población tabiguera.

A través de ellos es fácil formarse un panorama amplio que abarca no sólo la idiosincracia de este módulo, sino de su gremio, pues es precisamente éste el que denota y ejemplifica el "tipo" cotidiano del hornero.

Al igual que su comarca se encuentra envuelta en fumaradas hollinientas que están escupiendo casi ininterrumpidamente las fauces de los conspicuos fogones, rebosando cada oquedad, todo ahuecamiento de una atmósfera nubosa y ambiente pestífero; sus habitantes, los trajinadores de tierra, agua sucia e inclinencias: las de esas horas acaloradas, sudadas en la labra, y el enladrillado y las otras; las contrastadas, las de las trasnochadas en el refrescamiento al pie de las inmensas chimeneas,

regreso al libremente los vapores sulfúricos; los trabajos
de construcción; los sofocos del calor de las máquinas
de vapor. Estos trabajados con el calor, y la humedad, y
cuya naturaleza conjuntamente es tóxica y acre.

Estos seres que carecen en un grado de las más primarias
condiciones de vida, que no poseen lo que puede llamarse
se un conjunto habitacional con un rudimentario sistema de cale-
facción, luz eléctrica, y agua potable y que en malogro establecen
las condiciones que ellos mismos construyen, y a las que se debe
la carencia de materiales, "al aventón", pues los terrenos donde
ellos viven tienen otros dueños. Del instrumental que es viable
para levantarlos se apropiaron: desperdicio de tabique viejo,
pero rutinariamente y en el peor de los casos, de pedregal
bruto que en los tiempos de lluvia resaca con desmoronamientos
los por el deslevelamiento continuo. Estas colchadas que se les
asemejan en nada a unas viviendas provistas de lo esencial,
las configuran además con techos de láminas de cartón onduladas
bradas por el tizne acumulado; sostenidas en las esquinas con
remedios de llantas, cachos de hule viejo que ya no se utilizó
en algún ardimiento de una caldera, y que sí funcionaron para
engrosar las burdas y primitivas cubiertas, además de otros tro-
pezos que la orlan y ribetean: más tabiques fragmentados, tro-
zos de tepalcates de barro, jirones podridos de vestuario, ga-
jos de lo que fue un balón para jugar fútbol, y un sinfín de
mugre y basura.

Y sin otros suelos que los marginados por las rugosidades
de los desniveles de la tierra misma, de esa fracción presta-
da donde izaron uno, o por mucho dos pseudo cubículos que no
son otra cosa que unos cuchitriles donde se resguardan de las
reciuras del campo abierto.

Y es posible la sobrevivencia de esta humanidad en tal

ambiente pringoso y oscurecido.

Los sujetos que personifican su propia circunstancia, lo hacen sin cambiar de escenografía, sin mutar de vestuario, sin mudarse de aspecto. Se simbolizan respetando su propia imagen de seres de fachada marchita, constituciones endebles y semi-criadas.

Los ladrilleros, los portadores de tracas andrajosas, de rostros, de pieles que mantienen descubiertas, se muestran perpetuamente manchados, percutidos y ahuecados; juntamente con los bellos enmarañados casi siempre indomables, trozados y despallados acompañando unos atuendos de menzigos; vestuario de monesterosos encontrados en las viñas (depósitos de basuras, ropas de perdioseros que alguien les hizo el "favor" de regalar o en su defecto: sacos y pantalones raídos y desparranados; zapatos averiados, y huaraches acartonados al igual que sombreros desvencijados de palma y algún otro de fieltro -en raras ocasiones se consiguen- que compraron un domingo en la plaza en los puestos de ropa usada donde la venden a muy bajo costo por lo viejo de la mercancía.

Su inmundicia es tan inherente a su condición de seres proscritos. Su posición de desheredados es una realidad aceptada socialmente; una certidumbre por todos confirmada que se ha convertido en una existencia normal, en un hecho natural. Entonces, ¿por qué no habría de ser ordinaria su porquería?, ¿por qué no es aceptable? Si nos es indiferente su ominosa circunstancia, ¿por qué no su suciedad, su retrato en donde se cifra y manifiesta por antonomasia?...

Los actores que encarnan esta sarcástica escena, son víctimas reales del actual sistema. Están conscientes de su pobreza, pero su lasitud los sobrepasa, pues es provocada por una herencia indigente, una desnutrición patrimonial e ignorancia que

los desborda por completo, y mantiene en el mismo estado de indiferencia y desidia.

Y se evidencia una vez más la carencia de servicios en el ámbito, sobre todo del agua. La mujer recogida se adosa inamoviblemente en los resquicios de sus cejas ojadas y todo pliegue de trape. Y no hay más afeitas ni maquillajes, que la tinadura que visitan las mayúsculas chimeneas enviciándolos e invadiéndolos hasta lo más profundo de sus orificios nasales. El pringue se les pega a las paredes y unta de negro el derredor de párpados y bocas, cuyas muecas esbozan una fatiga añeja, un estoicismo adaptado desde épocas pretéritas por sus congéneres.

La fumosidad los envuelve en aureolas grises que mantienen las vaharadas de ceniza escarchada de hollín de las hornacinas ígneas. Y a los horneros los cubre ya una incommensurable mancha de ancestro, humo y fuligine.

Caras surcadas, horadadas por el mal vivir y avejentadas prematuramente por lo oprobioso y deprimente de su existir. Su mirada triste y velada, delinea reunidamente un paisaje descampado, descolorido; bosqueja unos contornos flacos, apunta hacia unas circunstancias macilentas. La mácula de sus presencias, de su estado en un perímetro poluto, enlodado y abandonado...

IV.

Unos cuantos pesos convertidos en
jícaras espumeantes de pulque.

Las condiciones de vida ignominiosas se representan fehacientemente en las capas que nuestra sociedad de clases ubica y ha denominado marginales.

La comunidad postergada de la zona tabiquera de Santa María Caliacác, a través de los testimonios de los trabajadores prototipos, nos muestran las sórdidas formas de subsistencia en las que gravitan.

Los horneros, antes indefectiblemente conformadores de una zona específica -en los linderos del barrio-, permanecen relegados y encajonados pues se les ha adjudicado la función de realizar un oficio no capacitado.

De este modo, contemplamos todas las posibles disecciones de ese mundo arrinconado, cuya inherente secuela de la que manan raíces correosas de abyección, crecen y se amamantan de sus entrañas que las ha generado; en esas viscosidades casi letales, en esos laberintos fangosos cuyas paredes ha tiempo supuran abundantes alimentos; malhadados nutrientes idóneos para productos enclenques, paralíticos, amorfos de esencia humana que son los que han nacido y/o crecido en los hornos. Los tabiqueros que sobre

vivan y continúan en el incremento ciego, como todo lo que se expande dentro del sistema engranado de absurdos socioeconómicos y culturales, de ideología.

Observaremos entonces que todo tipo de vínculos establecidos en la esfera laboral, familiar, interpersonal y sexual, contendrán en sus simientes el sello de lo cruel y lo aberrante.

Es por eso que parto diciendo al iniciar la reconsideración de las confesiones de las esferas antes citadas, que en los modos de vivir y toda la gama de sus bifurcaciones se contempla al sector horneril en el último escalón de la escala social, profesándole servilismo -en la inopia- al modo de producción paternalista, cuyos segmentos padientes, por demás detentadores del poder político y económico, le confieren pseudo vida y contorno a su entorno desatendido.

Reitero: de la sociedad dividida en clases que rige a nuestro sistema mexicano, se desprende asimismo el modelo para las relaciones de trabajo que rigen a la comunidad horneril; es decir, conexiones de explotación entre el patrón (dueño de horno) y su trabajador.

Las estipulaciones de trabajo para los hombres, mujeres y niños horneros, son para trabajadores supeditados -en la mayor parte de los casos- al libre albedrío de los patronos, dueños de los terrenos y/o de los hornos. Desventaja que los circunscribe socialmente como entes explotados cuyas participaciones son asimismo las fuerzas motrices indispensables para la perpetuación de este gobierno.

El oficio del tabiquero es una tarea alienada. Trabajan en tierras ajenas y el producto nacido en quebranto de un ánimo nóntono por la acción de un quehacer repetitivo, tampoco es para ellos. Y todavía tendrán que batallar para encontrar un buen

comprador. Y si el tabique se encuentra agrietado porque la quema no fue del todo pareja, les costará doblemente localizarlo, además de vender el producto a la mitad del precio fijado.

La faena del hornero es ardua. Desde un principio en el que se hacen de un cacho de tierra para labrar, ya sea rotado o "prestado", luchan. Cada día que despiertan lo hacen esperanzados para que éste sea mejor que los anteriores; que ojalá y saquen una buena labra o quema de ladrillos; que en lo sucesivo cuenten con el "chance" de ayudar en el machete, y así acompletar los centavos para que no falten las tortillas ni los frijoles.

El sueldo promedio entre los tabiqueros es muy aleatorio también. Fluctúa entre sesenta pesos diarios, y hasta cien más, en un día de suerte. Por lo tanto, su economía es pobre y raquítica en detrimento de su ambiente, de su convivencia y su apreciación general del cosmos.

Por su carácter de oficio no calificado, el trabajo del hornero es inestable y sin garantías, pues aunando el bajo sueldo que perciben, carecen de la mínima asistencia social. No se encuentran agremiados en sindicato alguno, ni mucho menos asegurados contra enfermedades o accidentes de trabajo, claro está.

Lo peor es que no existe ley alguna que proteja al ser desposeído, al trabajador marginado como el que hace ladrillos de un lodo amalgamado en unos terrenos que nunca serán suyos tampoco. Todo lo que verá después de vendido su fruto: unos cuantos pesos atendiendo al tanto por ciento de los tabiques labrados, que indefectiblemente se convertirán, la mayor parte, en jícaras espumeantes de pulque.

El trabajo del tabiquero también harta y fatiga. Muchos horneros se han, han salido y lo seguirán haciendo por temporadas. Se van blasfemando contra los patrones y los hornos y juran y perjuran "por su madre" no volver.

Se van por hartazgo, pero en muchos de los casos, porque ya estén demasiado endeudados con todos y cada uno de los patrones de la región. Se destierran, pues resulta más fácil huirle a los adeudos que saldarlos. Pero después de un tiempo regresan, suficiente para que se "olviden" las cuentas pendientes, y los agravios y puedan continuar prometiendo que ahora sí van a pagar cuanto pidan fiado.

Vuelven siempre. Es como otro de los "males necesarios" que los rodean; es como retornar sin cesar, imperecederamente, a los orígenes. Y pareciese como si estos centros vigías a los que se asemejan los hornos, cobraran motricidad y en un hacer invisible, fueran a buscarlos y arrebatarlos de donde estuviesen para devolverlos y enterrarlos entre los lodos de donde huyeron, y de los que mana fruto, medio y subsistencia.

Se escapen o no de la zona tabiquera, nunca dejarán de ser horneros rebatidores de lodo. Los centros vigías, además de cocer el tabique, tienen la función de observarlos y controlarlos si han salido. Los llama... los tiene al fin... eternamente.

Los horneros trabajadores no sólo son hombres, sino mujeres y niños. Además de ocuparse de su cartonera, la hornera se ve en la necesidad de trabajar en el tabique porque generalmente es dejada o viuda o en el peor de los casos, su compañero actual no le ofrece el sustento necesario. Tiene que batallar para organizar su tiempo y ganarse unos centavos extras cargando o labrando tabique, sin descuidar las tareas de su hogar y los hijos que invariablemente tiene.

Los niños participan también en el proceso de producción de ladrillos. Luego que son capaces de cargar de cuatro a doce o más -dependiendo de la edad-, ya pueden considerarse trabajadores del tabique. También rebaten lodo, enrején ladrillos frescos, cocidos, y son capaces de mantener grandes "cerros" vestos y parejos de éstos. Apartan desperdicio y ayudan a acarrear el combustible en algunos casos, para la quema. Un sinnúmero de labores que desde los seis años en adelante, ya pueden desempeñar bien, a juicio de los horneros mayores.

En el tiempo de lluvias, la producción de tabique disminuye casi en su totalidad, pues es imposible que transcurran dos o tres días sin llover; tiempo que necesita la pieza fresca para secarse y cocerse.

Y aún así, las autoridades municipales no les perdonan ninguna excusión de pago por las cuotas a las que están obligados. Sus representantes los reprenden y amenazan con la aplicación de multas -siempre es el mismo cuento-, si continúan utilizando como combustible para cocer la hornada, el caucho, o el hule de las llantas que contaminan más que el petróleo o el disel. Actualmente sólo se quema con los combustibles antedichos.

La ley de la municipalidad está con ellos y los visita sólo cuando les va a exigir que cumplan como "buenos ciudadanos" estando al corriente con los impuestos, si no quieren hacerse merecedores a recargos. Nunca para beneficiarlos con un seguro médico, ni mucho menos para ayudarlos a sindicalizarse. Pues entonces sí discutirán que los hornos apenas si llegan a pequeñas industrias, y que los tabiqueros son "trabajadores libres" que laboran cuando quieren, que nadie los obliga, que a pesar de que tienen patrón, si no quieren "chambear", dejan el trabajo botado y ya. Y que por lo tanto no es posible asegurarlos ni hacerlos acreedores a beneficencia alguna.

Cuando se trata de obtener dinero, les explican que como los hornos son considerados centros productores, deducirán impuestos al igual que toda industria, además de las contribuciones con material que el gremio tabiquero está obligado a hacer siempre que se estén realizando obras en el barrio o el Municipio.

Los dueños de hornos que en general son un poco menos paupérrimos que los horneros comunes, tienen que cumplir mensual y anualmente con determinadas cuotas:

Dos pagos anuales: uno al Municipio de \$700.00 a \$1,100, y otro a Salubridad de \$700.00 a \$1,500.

El pago a Hacienda es mensual y fluctúa entre \$350.00 a \$500.00.

La variación de los precios depende de la dimensión del horno que se declara. A un horno grande le caben un promedio de 30 a 40 millares. A un horno chico; de 12 a 20 millares.

Si el dueño de horno renta la tierra donde ha erigido su rústica y pequeña industria, como es el caso de Elías, uno de los horneros comunes convertido en patrón, deberá pagar de \$150.00 a \$200.00 por cada millar de tabiques que explote en esos terrenos ajenos; o en su defecto, con algunos millares de tabiques.

Las actividades dentro del oficio del hornero, se cotizan actualmente de la siguiente manera:

-Labra del tabique: se paga de \$600.00 a \$700.00 el millar

-Carga al horno: se paga a \$120.00 el millar.

-Estibada:(los tabiques enrejados dentro del horno). Se paga a \$70.00 el millar.

-Descarga del horno: se paga a \$70.00 el millar.

-Quema: se paga a \$1,700 o \$2,200.

-Combustible: se paga un promedio de \$2,700 por quema.

Las cotizaciones enunciadas repercuten irremediablemente en el costo del tabique que el patrón vende a \$2,000 o \$2,500 el millar.

Bien podría aplicarse a los horneros lo esbozado por Lewis con respecto a los que viven dentro de la cultura de la pobreza. "Tienen muy escaso sentido de la historia. Son gente marginal que sólo conocen sus problemas, sus propias condiciones locales, su propia vecindad, su propio modo de vida. Generalmente no tienen ni el conocimiento ni la visión ni la ideología para advertir las semejanzas entre sus problemas y los de sus equivalentes en otras partes del mundo. En otras palabras, no tienen conciencia de clase, aunque son muy sensibles a las distinciones de posición social. Cuando los pobres cobran conciencia de clase, se hacen miembros de organizaciones sindicales, o cuando adoptan una visión internacionalista del mundo ya no forman parte, por definición, de la cultura de la pobreza, aunque siguen siendo de desesperadamente pobres". (11)

"...Sólo porque Dios es grande no se han muerto todos de hambre y de puririta mu- gre. Pero la mayoría nomás se seca después de trabajar trece horas todos los días, no más se secan como un montón de raíces al sol. Yo los veía llegar cuando el sol arre- cia más a una hora del día, sin poder ha- blar, como si les hubieran cosido la boca. "...Y caer rendidos al suelo. Ya estaban tan cansados, que ni de comer pedían..."

Los horneros debíamos organizarnos a lo que es; ir con el gobierno a exigirle que no se acuerde de nosotros, de nuestra existencia sólo cuando viene por los centavos de los impuestos y las multas; sino que nos tomen en cuenta siempre y nos echen una manita. Porque si no fuera por los horneros /y en parte también por los albañiles/, la industria de la construcción en México se vendría abajo. Sabiendo que es una miseria vivir en los hornos, bien que chingan a cada dueño de horno y a cada rato con los centavos. Ya estamos tamañitos esperando a ver a que horas llega salubridá hasta que nos chupen el último tuetanito...

Elías.

23 años.

Si ganamos veinte pesos este día, ya no nos importa el mañana. Así como los horneros, trabajamos cuando queremos y a la hora que nos da la gana.

-Creo que no existe una gran diferencia entre los hornos y las grandes industrias, solamente el tonto se deja explotar por el vivo como pasa en las fábricas y en todo. Los horneros trabajamos cuando queremos, el día o los días de la semana que se nos antojan y a la hora que nos da la gana. Entonces, no estamos explotados; por qué?, yo digo que no.

-Pero yo digo que sí compa, ganamos bien poco y las cartone-ras onde vivimos tan re jodidas. Tú porque ya levantastes tu casa de tabique cocido, le echastes piso, losa y toda la cosa.

-Güeno, pero eso que tiene que ver con lo que estamos versando. Sabemos demasíadamente que en los hornos no existe ninguno de los servicios; no tenemos drenaje ni luz eléctrica de menos. Ora yo, que soy hornero también, me he chingado arto pa llegar onde estoy. Puse el horno con la idea central de ayudarlos a ustedes, mis cuates. ¿Se acuerdan?, los conocí cuando yo era como jacinto, nada; alguien que no tenía más que lo que traiba puesto y descalzo buen cacho de tiempo. Labraba hoy y eso que ganaba, me lo gastaba en pulques. No he entendido pa qué tomamos tanto. Yo tomo

todavía, pero tengo ideas: levantarme de lo bajito, tantito más, sobresalir, superarme. Antes no tenía ni en que cairme muerto, hoy ya hice mi casita, la levanté con mi propio esfuerzo y jura de aquí del predio horneril, onde alcanzara agua y luz. Todo lo he conseguido gracias a mi trabajo ¿o estoy de locación?... He conseguido unos centavos y he progresado sí, pero me falta. Aquí, como en todas partes, el que quiere conseguirse una cosa lucha por ella. A muchos de ustedes el patrón les da junto con el predio un lugar onde vivir mientras trabajan su lodo. A la manera de ellos si quieren, pero que uno mismo se haga la mala vida, es propiamente el problema de uno, no de los otros.

-Yo digo que ni el patrón ni el trabajador nos explotemos elías, únicamente que a veces no chambiamos por pasarnos arto rato en la pulquería.

-¡Ah!, eso es harina de otro costal...

-Luego pedimos nuestra presta de los sábados haigamos o no machetiado:/pus présteme patrón. Pero, ¿cómo te voy a prestar si no desquitastes la jornada de la semana por estar de güevón y chupando de pulcata en pulcata?/Es en éstas que agarra uno con la señal de la santa cruz y con permiso, con la cola entre las patas. Ora sí que hasta hay veces que las señoras cargan tabique o lavan ajeno pa que uno siga re contento con los compadres echando la baba entre melón y melón como orita.

-Me están dando el cien por ciento de razón ¿no compas?..

-Llega uno a la cartonera a pedir de comer, a exigirle a la señora todo briago, sin dinero, sin haber labrado y todavía las llegamos a golpiar quizá, a mí no me ha tocado.

-¿No se han puesto a pensar de onde, por qué viene la güevonada? Es muy fácil decir; no hacen esto o aquello porque son flojos los horneros. Pero a lo mejor hay una razón; ésta es la que quisiera saber.

-La flojera nace y crece aquí mismo don Cheve, entre los que estamos aquí y se alimenta por esto: no tenemos un horario fijo, ni tampoco una obligación que nos tenga a guiso pagados el lodo y al batidor. Sabemos que si ganamos veinte pesos este día, ya no nos importa el mañana. Tenemos entonces que cada quien trabaja a según le alcanzan las juizas pa un día, si el otro todavía le quedan, pues ya se verá. No miramos un futuro, aunque algunos, por acá abajito, como no queriendo la cosa, si llegamos a pensar en un porvenir mejor; tenemos una esperanza de seguirlo. Lo pienso porque me forjé de la nada. ¿O no lucio?

-Is manis.

-Hemos muchos que ... ya se sienten derrotados aún sin estarlo. Piensan que si no la han hecho, nunca la van a hacer ya; levantarse le onde están; progresar a otro nivel, más allá de un simple tabiquero. Trabajar en una fábrica es el pienso ¿no carnales? Yo me jui y regresé. Trabajé en una fábrica y en un resto de cosas, pero mírenme, otra vez aquí con ustedes, mis cuates, en esta vida que hemos pasado muy cerquita unos de otros con broncas y malos ratos, pero sinceramente ¡eso sí!

Fíjense Jacinto y Lucio, que entre nosotros la gente es más sincera y entre más pobre, más derecha. Me gusta trabajar entre ustedes porque los siento y me dan ganas de animarlos a superarse, a tener algo mejor, a que ya no sean..., no sean tan pedos, pero no... esto es aparte. Porque una cosa es tomar siempre, y sin medida y otra, ni oler las bebidas que embriagan ¡y tampoco! Lo mejor es consumir despaiciadamente, pero ya cuando cumplimos con nuestras responsabilidades, ¡es lo que quiero darles a entender!...

Los Horneros.

No, jesucristo Jesús no va mandar serafines con las manos llenas de centavos ni la comida, ¡hay que trabajar!

Nosotros sacamos el pan de cada día rascando la tierra, rebatiendo entre el fango; el barro con el estiércol.

Hay unos que llevan la palabra de dios a todos los rincones de la tierra, pero quieren que lleven también ángeles cargados de dinero y no, jesucristo Jesús no va mandar serafines con las manos llenas de centavos no, hay que trabajar. Ansina como tomo, chambeo en la rebatida del tabique. Aquí en los hornos hay trabajo de sobra ¡miren!, todavía nos quedan artos terrenos por comer, arta tierra pa hacer lodo.

No me acuerdo en qué versículo nuestro dios nos habla del trabajo: /trabaja porque si no, no comes hijo mío. Otro hombre como éste, tomaría más de la cuenta y se desentendería de su quihacer, pero yo soy de ley y cumplidor. Si un día me estoy muriendo, ese día lo trabajaré. Yo laboro y me meto a rebatir el lodo no le aunque ya ande en los sesenta y con poca vida porque yo soy de la palabra de dios.

Le trajino, pus dios me ha dado las juerzas pa hacerlo y mantenerme yo solo por medio de estos brazos que flacos, pero que todavía se aguantan mil tabiques al día. Me los pagan parejo a como está orita a noventa pesitos. Con eso como, doy a lavar mi ropa y ya son veinticinco pesos por cuatro o cinco pig

nas, más el importe de mis seis litritos de pulquito y mi ahorro pa el día que me muera, si no pa mí, pus pa que se le quede el orador.

¡Vean!, ai tenemos esta cosecha, artos alteritos de tabiquas recién hehechitos, fresquecitos que se están secando al rayo del solcito pa luego cocerles en el horno. Si aquí en los hornos hay billetes, aunque la mayor parte sean pa el patrón. Yo no soy dueño de nada, soy un simple trabajador, pero algún día seré jefe y entons... Será cuando lo diga jesucristo y entons les diré: órale mis hermanos a trabajar pa que luego les pague. Y hay que pagarles bien porque no lo hacen namás por gusto, sino porque tienen que comer. Y los ángeles no nos van a llegar cargados ni de comida ni de centavos.

Si también sé de estas cosas. ¿Ora se dan cuenta por qué ya no nos rinde el dinerito? Ora lo verán: por ser tan pecadores, pero también tenemos que descansar. Por eso el gobierno sacó eso de que el trabajador debe tener el sétimo día libre pa descansar y agarrar juerzas pa la chinga de la semana. Tiene que tener su domingo, sétimo día, nomás que el gobierno sabe cuando hacerse el pendejo. Llegan los presidentes y a mandar y se olvidan de lo que dice la santa biblia. Un presidente pa acá y otro pa allá y pus uno aquí de jodido. Yo tan siquiera cargo mis tabiquitos todos los días y gano pa mi taco y mi pulquito; barro mi casa y con la basura los malos espíritus, las desgraciadas influencias de satán y todos los ángeles diabólicos.

Tenemos mucho petrolio y los presidentes nomás dicen que hay que venderlo mientras nosotros tamos jodidos y la verdad, ¡eso no es de hombres! Yo estoy aquí de la chingada porque estoy jodido, mugroso, flaco y enfermo ganando los centavitos apenitas pa medio comer, medio beber y pagar una que otra pres=

tita. No como ellos que se hacen ricos del pueblo y consiguen
artas cosas que nosotros nomás vemos en sueños o en las pelí-
culas: casas lujosas, coches, cochecitos, cochesotes y hasta
aviones y avionetas y pas...;no es justo! ¿por qué?

Entra un presidente, sale el otro. Ora el rato va a salir
portillo que nomás anda haciendo chingaderas, luego entrará
otro cabrón que dejará que los güerejos vengán a expatriar
nuestras riquezas naturales. Nuestro petrolio es oro negro y
japón... ése ganará guerras y no como nosotros; ése paga con
diamantes ¡uh! sí, las mujeres puros collares de diamantes.
Ese cabrón japon ta rico en brillantes ¡ch!...

Aquí nosotros que le entramos a rascar la tierra -de aquí
sacamos el pan de cada día-, a ver si un día de estos no nos
llevamos un sustito por andar tragándonos su barro.

En los años por los que murió mi jefe, el hombre que mo-
ría en el trabajo no se pagaba. Ora sí, pero no a nosotros en
los hornos, sino nomás en las fábricas, a güevo, le dan al
accidentado, como dice el gobierno, la indemnización...

Don Andrecito

60 años.

IV.III.

Cuando acuñamos, se me figura que es como cuando las viejas tan moliendo en su metate.

Yo sí tengo patrón fijo; es el compadre de mi sobrino. Y además de enrejar, me pinto solo labrando. No hay en los hornos todavía, el cabrón que me gane haciendo tabique. Me paro desde las seis de la mañana a rebatir lodo. Por eso me salen parejitos los pinchis ladrillos, porque bato arto la masa: ai toy, güelta y güelta; hasta tres horas me la paso chinguele y chinguele a la rebatida. Aquí está el secreto pa que los tabiques no se cuartien recién hechos cuando les ta pegando el sol. Y pa acabar a güena hora, empezar a güena hora. Luego a las cinco de la tarde voy acabando mi jornada del día. Cuando ya reposó mi rebatida, empiezo a paletiar, a regar polvito pa que cuando ponga la gavera no se vaya a pegar el lodo ya preparado con el piso y los tres parsitos de tabiques no se desmoronen cuando se les saque la gavera.

La polviada tiene que estarse haciendo seguidito porque el suelo llega a estar tan húmedo, que se chupa rápido el polvillo y ya no se puede tender. Cuando nosotros acuñamos, se me figura que es como cuando las mujeres tan moliendo en su metate. Echamos el lodo bien rebatidito con su estiércol, su aserrán y su

agua al punto pa rellenar bien los seis cuadritos que tiene la gavera. Despuescito, con las palmas de las manos se aprieta bien por encima, se aplana bien, recargando medio cuerpo, a modo que no quede ningún güeco o agüjetero por cubrir. No deben ver se ni hoyitos ni burbujas; tiene que quedar todo bien aplano.

Luego que se hizo el molde, entons se saca la gavera y otra vez, a seguir polviando el próximo lugar pa poner de güelta la gavera y rellenarla con otro tanto de lodo. Y pus, hasta tender el chingo de tabiques cada día...

Don Laure

40 años.

IV.IV.

Vendo con perdón de ustedes, calentamos canelas calientes con alcohol, a tres pesos jarrito.

Cuando llegamos a ticomán, ya andaba en los doce trabajando en los hornos. Cuando acababa. me iba a las viñas; a chechar entre la basura. Había un tiradero a onde llegaban carros de limpias que recogían la basura de las colonias cercanas. Junto con otras, vidrio, cartón, cobre y toda cuestión de baratijas. Luego que las vendía, le daba el dinero a la jefa. Tenía el gusto de dárselo porque ella nos correspondía y nos preparaba unas gienas ollotas de arroz así nomás hervido con azúcar y canela en agua o avena. Y como daban tres panes fríos a tres por un veinte pus nos compraban artos y hasta que nos llenábamos. Cuando nos íbamos a la labra y a la carga del ladrillo, nos preparaba nuestros frijolitos refritos o nuestros nopalitos bien a saditos. Ya de ahí nos íbamos contentos a la chamba de todo el día.

Empezamos a crecer y mis hermanos se pusieron a trabajar más duro y jue como descansé tantito; le ayudaba a mi jefa en la casa. Pero resulta que ya no me hallaba, extrañaba el trabajo. Luego ella me decía: /éndale hijita, vente a coser, a pelar los tomates, ponte a recoger las cobijas del petate pa que te

enseñas y pa cuando te cases no te den ningún reproche/. Yo que esperantas, le respondía que sí, pero cuando acordaba, ya andaba de noche con los hombres y el rato le llegaba con el dinero. Mejor haz tú el quihacer así y yo me voy a hacer los carros, las enrejadas de tabique, le decía. Ella se iba cuenta que era de a güenas lo que hacía porque le daba sus centavitos, pero juera con que narás me saliera a jugar con los muchachos. Hacía bien a mi familia con mi cooperación, y mientras estuve con ella, nunca la dejé sin mi ayuda y vaya que duré güenos años.

Quien como los padres de uno ¡verdá! Ora quisiera darle algo, pero no puedo porque voy al día, pus con el que ora vivo, no recibo ni quinto y comemos con lo poquito que me sale de lo que vendo. Sí, vendo con perdón de ustedes, calientitos; canelas calientes con alcól a tres pesos jarrito. Luego me va bien, luego regular; cuando se pone güena la venta es en los tiempos de fríos y llego a vender de a cinco litros o más. Llego a sacarme mis ciento cincuenta pesos. Y yo digo, de estar sentada, a ganarme mis centavos, mejor ganármelos y yo sé que en un rato me los gano. Dende las tres de la mañana ya vendo; ya cuando dan las ocho le paro pa que se vayan a almorzar y tomarse su pulque pa chambiar con fuerzas.

Aprendí a hacer las canelas en los tiempos esos en los que iba a echarme mis cervezas. Me fijé que se vendían arto y me aventé a probar a ver como me salían. Compré medio litro de alcól y empecé a desarrollar con el agua y la canela hasta darle el punto. Les ofrecí un trago y sí les gustó. Dende entonces vendo aquí en mi cartonera y ya voy pa dos años.

También sé labrar, recortar y me aguanto con el mecapal cerca de cincuenta tabiques. Le hago al machete y sé acomodar en los carros los ladrillos formaditos en alteroncitos de un la=

do y de otro.

Sé sembrar lechuga, col; toda cuestión de verduras las sé cultivar. Aprendí en una horteliza de japoneses por aquí por tlane. Dende chiquilla me ha dado por ayudarla a las gentes y como esa horteliza taba cerca de los hornos, pus me quedaba pa- quitas. Antons tenía unos ocho años, yo las ayudaba y ellos me daban mis centavos y mi verdurita. Dende aí comencé a conocer la planta. Sé como se da el punto pa amarrar la lechuga o cortarla; aprendí cuando es el momento de cortar, con perdón de ustria, los chiles, el jitomate y toda la verdurita que nos comemos.

Sí, tento sé trabajar con este material de los tabiques, como cualquier otro qui hacer. Sé pegar cerámica, azulejo; lo mismo que planchar, hacer el aseo de casa grande y cocino cualquier comida. Ora ya no tiene caso que lo sepa, pus aquí se gana apenas pa tortillas y frijoles. A veces sí llego a hacer una sopita, o cada mes un cachito de carne pa cocido con una salsa aparte.

Y ansina será mi vida: llegar re cansada de la chamba de la carga que de a tiro es re dura. Volverse a levantar al amanecer, porque antes de irse a chingarle, hay que dejar comidos al güero, y a la vitoria y ya de paso a mí también porque hay que estar bien comida pa aguantar la joda del día en la calina que reseca arto la boca. Y a luego, como no hay agua a la mano pa tomar, hay que ir hasta el barrio de santa maría y acarriarla pa los hornos con cubetas. Como no puede perderse el tiempo dedicado a la labra en conseguirla, a veces no hay remedio que aguantarse por arto rato lo agrietado y a luego lo hambriado...

Doña Cata

37 años.

Ora que el más ganón en todo este negocio de los hornos, es el dueño de los tabiques. Y ¿tú?... haces el lodo, el patán te patea el dinero y agarras de nuevo pa la pulquería.

-Aquí en los hornos lo único que protege uno y a veces, es el tabique crudo que tapamos en tiempos de lluvias, porque si se llega a mojar, ya se chingó la cuestión, se moja, se estropea. El sol encima del tabique remojado, lo revienta, y por más que se haga, ya no se le puede componer. Hay que volverlo a hacer del mismo, o de otro lodo nuevo. Pero como quiera que sea, a nosotros ya no nos conviene, porque es pérdida de tiempo.

Luego el tabique se queda abandonado, recién hechecito y como tiene que estar tendido de dos a tres días pa que se seque completamente, si llega a llover como hoy que es domingo, el segundo día de la oriada, pus casi naiden trabaja; todos estamos gustando de un traguito ¿no?, y ni quien se acuerde. Claro que ya pa al otro día, el tabique ta inservible. Por más que lo enrejemos a modo que no se echen de ver las quebraduras, los clientes, nada pendejos, saben que llovió. Tan al tanto de cuando caían las aguas pa que no los vayan a hacer mejes y bien que vistan que el producto no es güeno.

Pa hacerlo de nuevo, se sigue lo mismo que de primero. Se escarba la tierra, se hace el lodo con mitá de agua del canal.

y mitá del pozo o las zanjitas, se abre todo a modo de cascabel y se le echan los tabiques estrellados. Unos medio secos, otros todavía húmedos, pero todos descompuestos. Se resaca con un pico pa que se deshagan, se le pone más agua y se bate con el azedón hasta que quede una masa bien batida pa dejarla reposar. A otro día, agarrar las galeras y chingárselo de nuevo y recuperar lo perdido pa ajustar la renta del patrón del horno o del predio.

El sábado ai ta el patrón listo pa cobrarlos; ¿cuántas me vas a dejar ora?, trescientos o quinientos tabiques/. Y entons se va pagando hasta a completar la suma convenida.

-Tú sabes bien laure que luego por eso se me quitan las ganas de chingarle, porque ya está güeno que uno siempre llave las de perder.

-Ora que el más ganón en todo este negocio tava, es el dueño de los terrenos. Los renta más o menos por dos millares de tabiques por hornada que se quema en el horno que en sus dominios se levantó. Y llueve, relampaguee o truene, a él le entregan sus dos mil piezas sea como sea. Mientras, al patrón del horno y a sus trabajadores que se los lleve pifas en los tiempos tan locos en los que no debe llover y cuando menos se acuerda, llovizna.

-Yo sigo en la idea de que hay que proteger lo poquito que tengamos ¡ay!, hasta me salió en verso. Hay cosas que se pueden cuidar aunque no interesen mucho de primero, pero, ¿quién nos dice que el día de mañana nos sean útiles?

-A que mi elías, si sabemos que nosotros tamos al día, pensamos namás en hoy que ya tuvimos pa el churque, las cervencitas y hasta pa echarnos una enchilada. Entons no hay problema. Mañana encontramos un cuate y nos engresta unos veinte o treinta pesos pa la cura ¡y a seguirle! Si no, vas con el pa-

trón y le dices que vas a hacer un lodo. Te presta el dinero, agarras y de nuevo pa la pulquería. Te avientas otros caras de niño y te pones bien embriagado. Pa el otro día, si acabas el lodo ni nada, no hay cuete, ese fue un patrón de tantitos y ya. A otro día de encuentros a la compra de pedas, o haces un machetito pa cargar de ladrillos un carro de materiales y te ganas cuarenta, cincuenta pesos pa salvar el día. Si tienes señora, y artos chamacos y te importan, hay que sacar tantito más.

-¿Y a cuántos de aquí nos importan nuestras señoras?, neta.

-Más o menos yo les voy a descifrar estas palabras. Casi todos trabajamos cuatro días a la semana más o menos a lo que es verídico. Nos avientamos unos setecientos tabiques diarios. Del sueldo que sale, le damos unos centavitos a las señoras pa su gasto y lo que nos sobra es pa pulques.

-Pero no todos tenemos una tarifa fija tava. Hay otros que hacen cuatrocientos tabiques y de todos modos si se sale ganando algo. Cada quien es lo que sobra, pero teniendo todas las necesidades que se tienen, nunca sobra nada. Por eso no hay una ley que se pueda establecer porque hoy me puedo ganar cincuenta pesos, mañana no gano nada, pero posiblemente pasado reciba trescientos o quizá más, y ya me nivelo pa imponer lo que me sobre y los días que trabaje y los que no...

Los Horneros.

IV.VI.

Hay que estar bien buzo a la hora de la quema, pus es la parte más fina pa darle punto final a los tabiques.

Hace como dos meses jui a quemarles una hornada a los cruces con uno de los serpentines de mi propiedad. Jacinto se quedó de ayudante conmigo y nos amanecimos cuatro noches seguidas atizándole sin parar a la lumbre ¡una super jodísima!

Puede uno echarse uno que otro sueñito de media hora o ratitos si se quema entre dos. Pero nosotros platicamos más que jetiar, aunque jacinto se iba cada rato a llenar su botellita de alcohol.

Hay que estar bien buzo a la hora de la quema pus es la parte más científica, diría don andrecito, más delicada de todos los pasos que se siguen pa convertir la tierra en tabiques. Hay que estar regulando la salida -por las llaves que se instalan mientras dura la quema- del agua y petrolio y viendo que no se pegue la válvula chec. Hay un tambo lleno de agua con una manguera conectada a la válvula que permite pasar el agua poco a poco. Esa agua llega a un tubo que está al rojo vivo, lo que hace que se produzca calor y vapor. Éste genera presión que sale por el agujerito del tubo arrojando el petrolio diáfano -es el más líquido y el que circula mejor- pa dentro de la boquilla

del horno. Esto hace que se avive la flama. Más arriba ta otro
regijerito onde está callendo el petrolio de pequito en pequito
que mantiene vivo el fuego. Es una especie de lanza llamas que
tiene hirviendo el horno pa que cosa parejo. El petrolio negro,
el chapopote, no sirve porque no circula seguidito. Con el frío
de las nebrugadas, se cueja y el diáfano no; claro que es más
caro pero mejor. Hay acarriadores especiales que lo traín de la
gasolinera hasta acá y nos llenan cada tambo a ciento ochenta pe
sos. A según las hornadas que se hagan, pero se llega uno a lle
var hasta quince tambos por quema.

El maistro que opera el serpentín tiene más responsabilidad
que el ayudante que nomás ta al tanto de que no falte agua ni pe
trollo. Pero los dos se chingan parejo pasándosela en vela.

Y como le decía al pinchi jacinto pedo cuando me ofreció
de su botella. Si me tomo un trago; si tu quieres hasta de ve
neno te lo acepto, porque tomándolo con medida no hace daño,
pero.../aquí te estás matando carnal, ¿piensas tomarte todo el
litro?; sí, me contestó, lo necesito pa aguantar la desvelada/.
Yo digo a la hora que me da la gana, no tomo y no tomo ¿por qué
jodidos? Cuando llego con ellos casi luego me les zafo: /hoy no
quiero hijos. ¿Por qué nos cortas carnal? Tengo una y mil razo
nes pa hacerlo. La primera es porque no me da la gana/. A veces
si me pongo cada peda; ¡horrorosamente! Como esta vez de la fies
ta del día de la cruz. Dende el día que se conmemora, tres de ma
yo que cayó sábado, hasta orita lunes, apenitas se me está ba
jando...

Elías.

"...el sol... era como
un volado diario que
nadie cobraba..."

Cuando el sol pega meoizo, el lodo embarrado en brazos y patas, pica como puntas de maguey cuando se va oriando.

Si trabajamos todo el día ganamos cien pesos; hasta cerca de los doscientos a veces. Pero si no chambiamos el resto de la semana, ¿qué ganamos?...

Nuestra vida es de vagabundos, de aquí pa allá y de allá pa acá. Orita nos encuentran aquí, otro día ya estaremos en otro laredo y ansina pasamos la vida.

Dicen que al ratito van a quitar estos hornos; que dizque ferrocarriles anda queriendo desalojar los terrenos pa su servicio. O como siempre pasa con los horneros; nos juyiremos a onde el patrón haiga encontrado lotes nuevecitos; arta tierra joven pa tragar, pa que nos la acabemos como ésta; cuando rasquemos tanto que ya no se devisen solamente los pozos de hocicos anchos; cuando borremos los mismos pozos de onde salieron cientos y miles de tabiques hasta dejar el terreno lisito, finito -después de haberle chupado casi diez metros-, listo pa sembrar. Entons nos sacaremos con el mismo patrón o con cualquier otro a acomodarnos ai luego del horno y a levantar como aquí, con nuestras manos y con los desperdicios y los tepalcates del tabique que cocimos, nuestras viviendas. Agarremos tam-

bién de los adobes partidos que todavía aguantan con unos re-
 mendiños. Los pegamos uno con uno con lodito fresco prepara-
 do con aserrín y estiércol pa que secase como con los ladril-
 los. Luego con las láminas de cartón, vamos dándole forma a
 nuestro rinconcito que nos sirva pa dormir y estajarnos del sol
 de mediodía que pega re fuerte en el lodo arremado en brazos,
 manos y patas que se clava como puntas de neguey cuando se va
 oriando.

Con nosotros no es igual a la gente que ya se ha estable-
 cido aunque con pobrezas. Despacadamente, pero llegan a tener
 su casita porque saben que no se moverán porque el trabajo del
 jefe de familia es más o menos seguro o porque ya pusieron al
 mismo algún negocito. Cuando tenemos que juyirnos, hasta las
 cartoneras que levantamos las dejamos ora si como quien dice
 a güevo; porque ni modos que las arranquemos como a los árbo-
 les y nos las echemos al lomo.

Se ambiciona que ya no lo manden a uno y hasta se piensa
 la manera de conseguir un cacho de tierrita pa no tener patrón
 y hacerlo todo por cuenta de uno. Pero nuestra desidia nos nu-
 bla el pensamiento, la acción. Éste es nuestro destino y no so-
 mos quienes pa cambiarlo. Yo creo que ni volviendo a nacer. Ya
 es nuestro camino y tenemos que seguir caminándolo. Por eso no
 pensamos en nuestro futuro porque nuestra realidá ya no va a
 cambiar. Luego pensamos que va a pasar con nosotros si seguimos
 en esto, pero al rato se pasa y nos seguimos echando jícaras de
 pulque y se nos olvida otra vez. Y si se nos vuelve a venir a
 la mente progresar, nomás en los pensamientos le hacemos la lu-
 cha.

Siempre he trabajado en los hornos, pero en tiempitos me he
 dedicado al campo. Con eso de que andamos de vagabundos, se

presta pa que uno agarre unas temporaditas juera de los hornos.

Es diferente como se cultiva y cuida el maicito aquí en los hornos y en el campo. Aquí se cultiva el granito que se llega a sembrar en algún pastito, nomás a lo que Dios socorre. Allá no, allá por onde andaba en palmillas las milpas se cuidan. Los que trabajan en las siembras se dedican a cuidar de su cultivo y cosechado y aquí, lo principal es hacer tabique. Los dueños de los terrenos de los hornos son dejados porque la cosecha, en realidad, no les interesa. Si ven alguna plantita sembrada, hacen como si no la ven y por lo mismo, a los horneros tampoco les interesa otro fruto de la tierra que no sea el de su materia prima: la tierra misma, el puro fruto.

Pero siempre regresamos a lo nuestro; a la labra y a la quema de tabiques; a nuestro oficio de horneros.

Normalmente si llego a acompletar la semana trabajando, echándome mis escapaditas pa descansar tantito. Empezamos desde la mañana y ya a estas horas, como a las siete, tantito antes de que empiece a oscurecer, nos vamos a las pulcatas a terminar el día, reponiéndonos con unos tragos de churque que ¡ah!, ¡cómo reanima y da juerzas!, él es quien nos da nuevas energías y ánimos pa seguirle a otro día machetiándole al rayo del sol...

Jacinto

27 años.

IV.VIII.

Me aventé al hoyo al puro tacto del azadón y con las patas bien enterradas en el batidillo, me puse a rebatir el lodo a lo que es.

Me jui a echar al aserrín y llegó el pedro por dos costales pa la quema que les taba haciendo a los blases y en la que le tocó ser maistro de horno. /Me urge cabrón, toy toriando y si no le acompleto el aserrín al petrolio, el atascadero de hollín que queda en el horno, va a ahogar la lumbre y me va a cebar la quema carnal, ya sabes como son estas cosas. Ta güeno bolas -dicen que las tiene re grandes pa el cuerpo tan chaparro que tiene, que te sea leve la chinga, yo también ya me voy a labrar; ya tengo mi lodo listo dende ayer, ya nomás lo rebato y ¡papas!/
La luna no aluzaba muy bien que digamos, pero ansina me aventé al hoyo y al puro tacto del azadón, con las plantas bien enterradas en el batidillo, rebatiendo a lo que es, me fleté a la rebatida. Cuando empezó a clarar, la dejé lista pa hacerla tabiques, pero antes me jui a ver al general que vive con su maría félix. Los disperté pa que me hicieran el favor de calentarme una agüita de hojas de naranjo. Y pus claramente, como ellos tenían chinchol, me supo re sabrosa con el peguecito aquel y ¡órale!, pa dentro.

Luego la maría félix se puso a hacer unas gordas con unos

frijolitos sancochados y una salsa bien picosa de chiles guajillos con tomates reventados al comal, rematados con un pulmón de ese güeno que hacemos en los hornos -sólo nosotros, como los merititos tlachiqueros- ¡y a papiar!

Terminando, nos juimos el general y yo a la labra de dos millares de tabiques que acabamos casi cuando ya quería oscurecer. Luego pasamos por la maría félix a la cartonera y antes de irnos a tiolo al cine a ver al piporro en las cenizas del diputado; pasamos a chupar más melón a la pulquería de don melitón. Nosotros dos ya nos habíamos chupado artos mientras labrabamos, pero aquélla dende en la mañana no se había vuelto a remojar el gogote...

Lucio/Manuel

29 años.

IV.IX.

En los hornos no es nada a juerzas, el trabajo es tan libre como el aigre, pero pesado como ninguno.

-Ciertamente le atinas algo laure. Si me desidio es porque siento que ya no la hago por aquí porque ya estoy viejo y por allá onde me voy a darle todavía la alcanzo a hacer. Agarro mi cuchara de albañil y órale, aunque coladitos al bote, a chingarle a la albañilería que es más refinadito que hacer tabiques hermano.

-Y llegamos a lo mismo; uno la hace onde quiera hacerla. Aquí por la desidia, porque alojabas tierra, la remojabas y al ratito ya estabas en la pulcata y no regresabas a agarrar la gavera. Pero todo esto es mentalmente querer o no. En otras partes es más obligatorio que aquí en los hornos como todos lo sabemos. Si allá te pierdes más de un cuarto de hora, enseguida te buscan, y aquí no es nada a juerzas, el trabajo es tan libre como el aigre. Agarras y tumbas la tierra, le echas agua, y si no te da la gana revolver pa hacer el lodo, lo dejas tirado y ¡total!, mañana lo terminas y san se acabó. Por eso digo que aquí a naiden se explota. No hay trabajo más voluntario que éste. Me arriesgo a decir que en las factorías chingan más y

si no se gana el dinero es porque realmente no se quiere... La desilusión te produce flojera, por cualquier motivo, no es precisamente por la mujer, sino porque uno se llega a sentir acabado. Pero la flojera de un cuate que le vale madres la vida, es cuando no le interesa el mundo, la gente ni él mismo. Simplemente se va a mover por obligación, pa sobrevivir, nunca pa superarse.

-La güevonada también viene por la cruda manito.

-Mentiras jacinto, bien animado, aunque se ande crudo, se puede chambiar.

-Pero de que los patrones se portan mal con uno, se anda decepcionado, pero de todos modos uno es flojo. Namás me quedo más de la cuenta echándome mis churques case don sabino y ya estuvo que se amoló el asunto; ya no regreso al lodo a seguir encasillando tabique. La gente se agüevona cuando se echa un litro y otro seguido de otro más. Llega el mañana..., se la va uno a curar y viene la flojera otra vez. Ora cuando si se anda cansado, desvelado y desgüanzado es por las trasnochadas de las quemas.

Es re te pesado esto de ser hornero; así como güevoniamos, también nos chingamos. Trabajar un día pa nosotros, es como fregarle dos pa cualquiera de otro oficio.

-¡Ay sí!, no me digas que nomás por el cansancio ya no le entras a la chamba.

-Güeno, simplemente es cuestión de sentirse ¡muy, muy! cuando se ganó artito en unos días. Y como yo no tengo a quien darle cuentas ni gastos; lo que gano es pa mantenerme yo solo, así que con chingarle suave, me alcanza. Cuando se me termina la feria es cuando reacciono y pienso como sacar monedas pa el chique re. Entons me pongo a ver onde hace falta labrar, cargar o quemar tabiques... solamente ansina...

IV.X.

Se van blasfemando contra los patrones
y los hornos, y juran y perjuran no
volver.

IV.XI.

Parándose los hornos, se para el dinero, pero no el hambre; entonces nos vimos como gitanos buscando parcelas que laborar. Porque en los hornos es más soberano que en otros lados onde hay que estar a la orden a güevo.

Despuécito del fallecimiento de mi padre me salí de los hornos por un tiempo y me puse a chambiar en una fábrica de opalita allá por san carmen pa mantener a mi jefecita y a mí. Yo administraba los trabajadores y duré como cuatro años allí; me salí porque me estaban fregando la sangre.

No sólo a mi me chingaron sino a todos los que trabajábamos; iban a sacarnos cada mes un frasquito ansina de grandecito a cada uno de nosotros. Mi sangre salía del color del lodo; nunca supe porqué era tan negra, pero sí que era universal. No sabía pa que la querían, pero un día sí que me encanijé. ¿Por qué tenía que darles mi sangre si yo no lo pedía? Le pregunté al jefe de personal que si nos sacaban sangre, por qué no nos la pagaban, pero me tiró de a lucas.

Lo que sí, es que ya no me dejé que me chuparan mi sangre renegrida, pero las dificultades no se acabaron. Le entré duro a hacer la opalita que parece un mosaico porque sí ganaba más que en los hornos de cañitas, pero lo malo de esto de las fábricas, es que se enferma uno. Nos cubríamos boca y nariz con una trompa de tela que nos daban ai mismo, pero con todo y las trompas

de trapo, el polvo que se suelta de todas maneras se trasmite y lo que se respira enferma; ese polvillo de talco algo contiene que hace mal porque a mí me salieron atrás del pescuezo unos granos grandes y supurientos que les dicen tlacotillos; los desgraciados nacen enterrados y arden de a tiro que uno se dobla del dolor. Con artos piquetes de medicina fuerte fue como se me desaparecieron. Hasta quebraderos de agujas tuvo que aguantar mi fundillo. La criada del doctor me las ponía, y yo creo que se arrugaba a la mera hora de verme en los puros güesos y no me plantaba a lo que era las inyecciones.

Me bastaron cuatro años de trabajar en fábrica pa que me fastidiara de a tiro y no me quedaran ganas de volver a entrar. No solamente yo me enfermé por el cansancio del cuerpo y los tlacotillos esos, sino todos los demás obreros. Pero más tardé en renunciar, cuando ya tenía encima al sobrino del patrón, rogándome que regresara a la chamba. /Ta haciendo falta en la fábrica don laure. Pero ya no voy a ir. Entons cómo le hacemos, ¿qué le digo a mi tío? Lo que quieras y como quieras toro, pero ya no me haces moverme de aquí de los tabiques/.

Tiene razón el elías cuando dice que el trabajo de nosotros los tabiqueros es más soberano. En otro lado es a güevo; hay que estar a la orden a chaleco. Lo de nosotros es más libre porque si me quiero ir a echar un litrito, voy, me lo echo y no hay tos. Naiden le dice a uno nada que porque se quedó echando sus chelitas; en cambio, en las factorías, nomás lo están cuidando a uno que no se vaya a salir hasta a completar el turno. Le marcan a uno la entrada y la salida con reló y toda la cosa. Yo también jui ojete con mis compañeros porque como yo los mandaba; era el maistro como quien dice, me convertí casi en capataz; no dejaba salir a ninguno, pero llegó el momento que no me gustó. sentía gacho porque sabía lo que era estar encerrado.

Los jefes recalaban conmigo si no los trataba con mano dura.
/Maestro, ándele no sea malito, de una carrera voy y me tomo
un refresco, ándele déjame.../

En cañitas duramos unos años más porque nos corrieron de
sus hornos. Los dueños de los terrenos habían vendido todas las
tierras a una constructora y no les importó quitarnos nuestro
trabajo y sostén. Cuando menos acordamos ya habían tumbado los
hornos y nuestras cartoneras; entonces nos regamos a buscar
otras tierritas y fue como les perdí la pista a muchos. Parán-
dose los hornos se para el dinero, pero no la hambre; ansina que
nos vimos como gitanos buscando parcelas que laborar.

En la regazón, otros y yo, venimos a dar aquí a tioloyucan;
a los hornos del barrio de santa maría caliacá...

Don Laure

Dios me ha concedido la gracia de decorar y arreglar a los ángeles de sus caritas despostilladas.

El santo niño de praga es muy milagroso y orita está en la zona rosa de México. ¡Ay santo niño!, lo aprecio porque me hizo una gracia muy grande -me dijo un señor-. Yo he trabajado en la iglesia onde está el santito ese. En la crupta de la iglesia, decoré el bautisterio. Luego me mandaron a guanajuato con artos santitos y llegamos a un rancho. Mandaron imágenes de distintas formas: estrellas y los ángeles que tuve la gracia de decorar y reparar. Dios me ha concedido esa gracia; lo que fuera de su carita o cuerpecito; que les faltaba un bracito, un alita o sus cachetitos despostillados. Lo arreglaba con pasta, blanco de España y madera o plastic. A unos los pinté porque ya estaban descarapelados o descoloridos.

Si les faltaba un brazo, les hacía el molde del otro. Le ponía plastic, se lo pegaba, lo rebajaba y componía igual al otro bracito pa que no quedara ni más gordo ni más flaco. Aprendí este oficio en santa maría la rivera en el sesenta, y gracias a dios que me dio esta inteligencia y a mis maistros que me enseñaron pa servir mejor a diosito.

Y por pintar una imagen de un metro y cacho se cobran quinien

tos pases poniendo yo el material. Tratándose de imágenes no interesa que esté un porquito caro porque yo pongo mi parte. Pa estas cosas no hay que negarse porque los fieles que tenemos el don de componerlas nos debemos hacer cargo de su mantenimiento .

Me van a traír a reparar aquí a santa maría, dos niños dioses y los voy a arreglar si él me da licencia. Sigo trabajando en los tabiques y soy un buen labrador, pero cuando se necesita arreglar una imagen, con todo gusto me presto a ello. Soy güeno de briago y ora ando de albañil acá por arboledas porque se gana más y ya de agüelito por acá en esto de los tabiques no aguantan mucho.

Me dan ganas de dedicarme namás a esto de la compostura de imágenes, pero ya casi no hay trabajo. Aquí en mi pobre casa trabajaría de onde me las traieran. Si desconociera como resolver un problema de modelación, todavía tengo algunos maistros que me podrían decir: /mira, eso no; se hace de este modo/. Pa que no brille un santito cuando se le pinta, hay que echarle antes un poco de color mate, no de la pintura brillante a puro brochazo, sino de la especial. Pero antes, hay que saber darle la preparación a la imagen. Se rebaja, se le pone su blanco de españa y si es de madera, hay que meterle astillitas a onde se necesiten. Ya luego su pinturita pa darles el color carne a como es natural.

Hasta los jesucristos de madera los sé arreglar y si quisiera los podría hacer...

Don Chava

48 años.

IV.XIII.

Con el miedo de darse en toda la torre, se aprende a hacer cualquier cosa. Lo aprendí cargando tabiques. Namás que los riñones se acaban por tanto peso y los pulmones se llegan a secar por el humo que reciben de las quemas.

La conseguí de mesera cuando dejé la casa de mi mamá ya desesperada del trabajo del tabique que me tenía hasta el copete. Ya me habían chocado los hornos, la verdad. Me subía hasta mero arriba, hasta el tope del horno cargando casi cuarenta tabiques. Allá arriba los formaba uno por uno pa que quedaran bien parejitos y la quema fuera provechosa. Arriba de mis pulmones artos tabiques y pa arriba una vez y otra. Por la noche ya no aguantaba el dolor de espinazo y de patas. Todos los días eran ansina, todas las noches también. Taba dormida y de pronto me venían pesadillas y un estremecimiento me hacía brincar y me despertaba sudando, fatigada, resollando juerte y aprisa...

Se siente re feo cuando se va llegando a la punta del horno. Namás ponía un pie en falso y ya me sentía abajo con todo y ladrillos. Sentía cairme y a juerzas se aprende a guardar el equilibrio. Con el miedo de darse en toda la torre, se aprende a hacer cualquier cosa. Lo aprendí cargando tabiques. Luego pensé que si seguía en esto de los hornos, con el tiempo no iba a servir pa nada porque se acaban los riñones. Los pobres se martirizan por tanto peso y los pulmones también se llegan a secar por el humo

que reciben de las quemas. Ando siempre debilitada doliéndome la cintura y las corbas. Y pareciera que se anda briaga de a deíferas. Ora que ya estoy ruca y que sigo en los ladrillos ando mariada, pero ya no tomo. Hace seis años que no pruebo ni el pulque, ni espero gustarlo.

Cuando me jui no jue nada feliz, sino puro pasatiempo. Una amiga me orientó poco más o menos como era eso de las mesas y me aventé./Te voy a prestar por lo mientras en lo que tú compras: ropa y mis maquillajes. Comprándotelos tú, ya de ai agarramos las dos. ¡Ya vas manita!/ Me acuerdo del primer día que empecé, andaba re chiviada, me daba pena preguntarles que querían de comer. ¡Ay madre mía!, con qué vergüenza voy a servirles los platos. Bajita la mano iba a onde solicitaban servicio y les hablaba bajito de modo que no me diera tanta pena. Les ofrecía milanesa, pollo a la mexicana, güevos o hígado. Todo a la orden.

Pero aunque anduviera desamorizada de mi chambita de los hornos, estando allá me acordaba arto de acá. No jallaba la felicidad que había pensado pus ya que había empezado a tener desarrollo en el restaurante, empezaron a envidiarme mi forma. Una muchacha que tenía arto tiempo en el empleo se quejaba de por qué a mí me pagaban más. Yo les ayudaba arto; hacía comida, quihacer en la casa del dueño y nunca faltaba la cata que siempre estaba pa lo que se les ofreciera. Lo único malo que yo tenía es que era re peda...

Doña Cata.

Se gana más dinero en las fábricas. Lo malo es que nomás reciben a puros nuevos, pa seguir con su negocito del seguro social, ¡los cabrones!

Me vine de mi tierra de querétaro como a los veintiún años pa trabajar en una fábrica. Ora si yo tuviera menos años, no me andaría aquí en los hornos pelándome el lomo de sol a sol. Tampoco ni pa soldado sirvo, pus ya estoy viejo, pero antes del cuarenta ya servía a México, en Juárez chigüegüa a onde nos mandaron con todo y uniforme y unas poquitas de letras, porque el que no sabe ler es un pendejo. Yo más o menos sabía, por eso cargo estos papeletos verdes rellenos de letras y palabras del señor.

Serví al país, ni modo que a los americanos o guatemaltecos y marché dende los dieciocho, porque a juerzas todos tenemos que desfilar. El gobierno nada tonto pa esto sí que no se hace el pendejo ¡verdá!... Yo digo que es mejor trabajar en las fábricas, se gana más dinero pero lo malo es que nomás reciben a puros nuevos, pa seguir con su negocito del seguro social, ¡los cabrones!

De perdida, si tuviera unos veinticinco iría a un cuartel; ora que también soy agricultor. Aquí ta mi arbolito que no me desmiente; lo tengo cercadito con tabiques, lo riego, le barro su tierrita y no deajo que ningún perro me lo venga a orinar porque

me lo secaría. Ta grandecito y dentro de poquito va a dar frutitos.

Trabajé once años en la fábrica menderson de curtidor, porque sé curtir pielacitas también. De ai me vine muy jodido de pion de albañil, pero como ya sabía de esto dije: qué chingaos le voy a pedir a los industriales a los de las constructoras; mejor me dedico a la labra del tabique, si al fin que el oficio lo aprendí dende chamaquillo en mi tierra, onde abundan los hornos.

Y me lancé por gran poder por la viga, a chambiarle a los ladrillos cuando todo eso no eran más que puras parcelas, y hoy hay puro millonario y mansiones de casas. Ya de ai jue que me lancé pa los estados unidos pa que naiden me contara chismes. Me jui solo pa ver si era cierto lo que decían de allá. Sólo me quedé unos meses porque la migración, la policía me retachó. Pero no me impresionó gran cosa. Es la misma tierra con el mismo aigre. Las gentes si cambean algo pero da la casualidá que uno siempre prefiere su tierra. Ni con su guerejas, nada de allá es mejor a mi méxico.

Me traje unos billetitos eso sí, de cuando el dólar valía ocho cincuenta. Trabajaba en la agricultura sembrando el beta-bel...

Don Andrecito.

¡Sí estamos jodidos!, por onde quiera que se nos mire, ¡tamos chingados!... La plebe de los mugrosos tiznados; los tabiqueros picados de hollín, como según nos nombran.

-Aquí en los hornos tenemos de todo un poco, ¡ah!, y tenemos ángel. Sí, tenemos de todos colores y sabores aunque abunda más el tiznado. Todos traímos un ángel renegrado por el humo y los hollines de los hornos. Aquí manuel es labrador, jacinto luego carga, don laure enreja y luis ayuda a hacer el machete, pero todos somos tabiqueros y no tenemos preferencia pa trabajar en equis cosa porque todos sabemos hacer la tarea de todos. Lo mismo puedo hacer carros de tabique cocido, que llenar el horno de crudo; también labrar mañana y cargar o quemar pasado. Tiene razón elías cuando dice que el trabajo del tabiquero es libre.

-Hay una cosa octaviano. Por haber estado en lo más bajo de los hornos y luego por construir mi propio horno, quiero ser equitativo. Ora que me va mejor quiero seguir ayudándolos, pero desgraciadamente, no he podido hacerlos entender que podemos darle unidos, parejos; a partes iguales aunque el horno sea mío. Se los he dicho una y mil veces ¿o no carnales?, bien saben que yo también tengo que apoquinar mis dos millares y medio

de ladrillos pa el dueño del terrenito onde está levantado mi poderoso. Lo único que hacen es pedirme presta tras presta y perderse un buen rato. ¿Cierto o no luis, cierto o no chinto?

-Pus sí, pero es que somos muy habladores. Llegamos y le decimos: /órale pinche elías danos trabajo/. Nos presta la herramienta porque luego ni a azadón llegamos -yo creo que las pulquerías ya han de estar llenos de azadones empeñados-. Le hacemos la revoltura de aserrín, estiércol y lodo. Luego: /empréstanos una feriecilla pa echarnos un agua porque la calor ta re dura/. Nos llevamos la herramienta ¿y cuando lo llegamos a ver?... Llegamos a otra parte y lo mismo. Ansina somos la mayoría y él no quiere entender que, pus es el rol y la costumbre de nosotros.

-Y no le aunque, después vuelven porque yo soy capaz de perdonarlos: /pus órale ya pónganse a joderle, como si nada, no hay cuete/, pero no se les puede privar de su libertá. Ellos ponen, y hacen lo que se les hincha. No los obligo a trabajar conmigo y aunque así juera, me mandarían a la chingada.

Y pus como patrón de horno, conocen bien que me chingo y hasta más que ustedes compitas. Trece mil pesos es el fruto de dos meses de chinga en serio. Pago la hechura, la estibada, la quemada, la cargada y el machete. La estibada es un poco más delicada, porque los tabiques no se avientan a montones dentro del horno: no cabrían ni se cocerían. Se van estibando, acomodando uno por uno hasta formar las hileras que llegan hasta la punta del horno, a manera de tamales en el bote; en casita. La quema también es de cuidado porque si sale disparejo el tabique, baja de precio artísimo.

A mí me queda ganancia porque también trabajo en las chambitas extras que me salen; que de albañilería, de electricidad y algo de plomería.

Aquí en santa maría buscan arto el tabique. Llegan carros de materiales de todo el rumbo, hasta del distrito y se llevan dende mil, hasta treinta mil que salen de la quema de los hornos más chingones. A unos les es más fácil vender porque ya tienen a sus clientes; sus compradores seguros; nomás esperan a que lleguen y carguen. Pero a nosotros los que apenas empezamos y con horno chico, se nos hace más difícil sacarlo. Yo vengo sacando una ganancia neta del cuarenta por ciento de quince mil tabiques que le zambuto.

La parte de arriba del horno siempre tiene que ir más angosta que la base pa que haya un sostén y no se caiga la punta. Y a la hora de quemarse, como el tabique se enjuta y se encoje un chirris por la acción de la lumbre, no se desequilibra su escalonada.

Yo sé mi negocio, lo conocí, lo aprendí y lo dominé, tanto, que hasta aprendí a hacer los quemadores de petrolio. Los hago de tubo negro y bien que los vendo porque somos pocos los que los sabemos hacer y hay que chingarle macizo pa hacer a tiempo los entriegos que piden. Cada vez hay que hacer más porque éstos contaminan menos que si se quemara con llanta y además porque salubridá ya prohibió la quema con hule.

De todos modos no sé por qué son tan pendejos los de los impuestos; en vez de preocuparse onde deveras hace falta, allá en el distrito, le andan haciendo al tarugo aquí con los más jodidos de todos los trabajadores mexicanos. Vienen y nos meten cada mordida... que por el humo que levantamos, siendo que estamos en el mero campo, al aigre libre onde hay arto verde. Porque pa que nuestros hornos jodan estos lares, ¡ta canijo!

Orita si que me las he visto negras; que llega el receptor de rentas y hay que pagarle; que hay que registrar el horno

como pequeña industria. ¡Si estamos jodidos!, por onde quiera que se nos mire, ¡tamos chingados!

No niego que hay horneros que son dueños de algún terreno y hasta que tienen varios hornos puestos en las mismas tierras pa que otros las trabajen. Hay un cuate que le dicen el grillo que tiene hornos y camiones, pero la mayor parte, tamos amolados, hasta yo.

Si a veces a mis cuates no les alcanza pa comer, menos van a tener pa pagar la renta de un terreno. Los que tienen tierras, hornos y toda la cosa con la mesa puesta, no están de lleno aquí y menos van a vivir confundiéndose entre tabiqueros picados de hollín; con la plebe de los mugrosos tiznados, como según nos nombran. Hay unos que de plano se dan el lujo de no meter las manos pa nada, pero de éstos no abundan. Me imagino que si son ricos ya es porque han sabido administrar su negocio. Ora que miento, si meten las manos, pero sólo cuando se trata de recibir el dinero de las ventas...

Los Horneros y Elías.

DON LAURE.

Es un individuo moreno de ampuloso estómago formado al peso del tiempo por la ingestión de pulque y demás bebidas embriagantes.

Al igual que los otros en edad madura, acostumbra el sombrero de palma, pero a diferencia de ellos, no tan deteriorado ni deslustrado. Siempre se preocupa por no estropearlo, aunque su porte en general sea descompuesto como el de todos los habitantes de los hornos.

Don Laure también carece de compañía femenina y sólo vive para el recuerdo de su madre muerta. Lamenta la ausencia de su mujer pero no hace nada para mejorar su situación de soledad, y su indolencia lo sigue perpetuando en su chato esparcimiento de beber y departir con los suyos, compañeros de oficio y desventuras.

No es viejo a sus 40 años, pero su mentalidad sí lo es.

VI.

Cada uno de ellos posee su propia leyenda y la cuentan buenamente como si se olvidaran por ratos de las desgracias ocurridas.

El contar la historia propia es, como la frase lo infiere, narrar con las palabras privativas la versión individual, la subjetividad peculiar de la autobiografía de la que sólo es representativo un autor.

Se presentarán pues algunas de las historias particulares relatadas por boca de los personajes que escenifican una realidad concreta que existe en los hornos del barrio de Santa María Caliacác, donde sobrellevan un destino, ejecutando para sobrevivir, un quehacer desatendido, hasta cierto punto rechazado por la sociedad que los rodea. Y en donde su cotidianeidad igualmente confinada, va a entretenerse de vínculos familiares y otras relaciones interpersonales de carácter oprobioso también.

A través de sus reseñas nos muestran una variedad de pormenores autobiográficos que a pesar de sus rasgos únicos y distintivos (los protagonistas hablan asimismo de acaeceres sucedidos fuera de la órbita horneril), debido a la recopilación de los materiales verbales, de observación y de convivencia en el mismo centro de la colectividad, se entrecruzan y conforman un punto de unificación.

de unificación.

Cada una de sus memorias posee sus episodios singulares, pues cada uno de los participantes cuenta con su propia leyenda. Ha recorrido sus muy particulares aventuras diferentes de las de los otros aunque al final las hilvane un cordón que las conduce a un ámbito común, el de los marginados; los que sobreviven en un trajín afrentoso.

Las típicas exposiciones de los horneros nos hacen partícipes de sus anécdotas, nos introducen a su intimidad y nos proveen de elementos para comprender posteriormente; a medida que nos internemos en la aprehensión de todo el material testimonial, su espacio y formas de desenvolvimiento.

Las historias de los pobres no son sosas, ya lo afirmó Lewis, y yo lo reitero una vez más. Si son sórdidas, al mismo tiempo son atrayentes, pues fascina su caracterología abigarra da, en la que todo puede acontecer; en la que lo informativo, por su carácter sorpresivo proyecta lucidez; en donde lo increíble y lo indecible cobran nombre y tangibilidad.

Sus relatos no son baldíos, pues sus biografías no están yermas. Es de admirar su valor con el que se han enfrentado a algunos de sus acontecimientos, pues teniendo en cuenta su situación de seres esquilmados, es notable el encontrarse en las crónicas de sus vidas, en sus ligazones familiares, un mundo, claro está, diferente al de nosotros, pero no por esto, insulso e insubstancial.

En su universo compuesto de estigma indeleble habitan individuos que si bien no van a seguir un derrotero "decoroso", su actuar tampoco va a ser frío o ñoño.

Sus efemérides están plenas de expresividad; contienen esa chispa que sólo surge por la espontaneidad. Lo increíble de sus confesiones siempre nos sorprenderá; de ahí que sus incidentes

per se, sean atrayentes y sugestivos.

La mayoría de las palabras de los horneros contienen frescura, bonitura. Son seres sencillos que destilan a ratos bonhomía y humor. Cuentan sus leyendas voluntariamente, de buen grado, como si pudiesen con esto, olvidarse por ratos de las desgracias ocurridas en su camino. El confesarlas, les aligera las tribulaciones cotidianas. No se remedian en la médula, pero sí las atenúa.

Esta es la gran paradoja resultante del estudio del prodigio de la marginalidad que en esta ocasión se aborda sólo una pieza de su gran mecanismo; la de los tabiqueros.

El tratado de la marginalidad es un extenso campo donde bullen un sinfín de contingencias adversas.

Las historias de los pobres también están plagadas de fatalidades y destinaciones de mala sombra. Todas presentan el mismo caso de desposesión y vaivén en la sociedad.

"... Me instó a que le contara cosas de mi niñez. Ahora es la moda pensar que la niñez lo determina a uno, como si uno, en vez de llegar a ser, volviera a ser..."

VI.I.

Mi vida es y ha sido un verdadero desmadre. He conocido muchas tierras chingándole en los hornos con el humo pegado adentro de las narices y tristiendo mi oficio de tabiquero.

Jui tres meses a la escuela cuando era chamaco y bendito sea dios, creo que tengo güenas la memoria y la mente. Iba a los remedios cuando tenía nueve años. Luego cuando nos juimos a la tierra de mi jefe, jui otro año más. Y como el maistro a tendía dos salones, me ponía de profesor en uno ¡verdá de dios! Cuidaba a los escuincles y les ponía los ejercicios que el maistro me decía pa que los tuviera entretenidos y trabajando. Era un pueblo cerrado, por aquellos años metido entre la sierra. Pero luego me puse a trabajar de pioncito y a enviciarme con el pulque. Tengo un carnal que jue a la escuela de santa maría y todavía yo le gano haciendo cuentas. Yo quise seguir estudiando, volver a agarrar la escuela, pero ya jue demasiado tarde; comencé a hacerme de la tomadera. Siento que mi maña si me dejaría, pero orita con tantos años, me chiveo. Me dicen que si quiero que vaya a la nocturna, pero, pa acabar pronto, tengo miedo. Orita estoy diciendo todo esto, porque se me vienen los recuerdos y no es fácil acordarse de lo que he sido y cuantimás, cuando he llevado una vida tan triste como la mía.

Dende que nací -en una cartonera- he crecido con el humo

pegado adentro de las narices. Y luego ya ni me pica su olor, ni me lloran los ojos con la cantidad que se hace cuando se quema con llanta. Tampoco me molesta el hollín que tizna casi todos los días de todos los meses y todos los años; mi cara, cuello, manos, patas y cuanta piel anda encuerada. A veces llega a ser tan mañoso que se trasmina por los trapos y como escasea el agua y por estos rumbos no se acostumbra el baño seguido -en tiempos de lluvias es distinto; todas las pozas se llenan y tenemos artas charquitas onde los chamaquitos chacualean-, el escocor se pone bravo y con el sudor, se sacan granos de tanto rascárselos. Duro y duro, hasta que se sacia el sabor de la coemezón. La sangre que uno mismo hace manar ya ni espanta porque no duele ni se siente feo; ya nomás se frota aquello viscoso entre los dedos, las manos... hasta que todo se seque. Cuando se van pasando los años en esto, a la piel se le va quitando lo delicado -si es que alguna vez lo jue- y se vuelve corriosa y los granos nunca vuelven a salir cuando la piel ya se acostumbró al tizne y a la agua encharcada que se guardó de la temporada de aguas pa el tiempo de secas; cuando ya ni el canal puede echarnos una manita con sus aguas negras pa rebatir el lodo.

He conocido muchas tierras, pero en ningún lado he encontrado el amor, pa acabar pronto. Mi vida es; ha sido un verdadero desmadre. Anduve por las bombas, por san mateo tecoloapan y en muchas partes siempre chingándole a los hornos.

A uno le importa andar vaguiando, de errante. Lo mismo se puede morir aquí que allá, es igual. Es muy triste el vivir pa los tabiqueros. Quisiera que ansina sufriera la gente que anda diciendo que lo único que hacemos es emborracharnos y ya, que se vengan unos diítas a trabajar en la rebatida del lodo o en la quema del tabique pa que vean lo que es amar a dios en tierra ajena y se les quite un poquito lo hocicones...

Jacinto.

VI.II.

Me traiba bien trabajada, mal comida y bien golpiada. Ansina me la pasaba: rascándole al lodo; cargando a los más chiquitos; acarriando tabiques y lavando en la zanja.

Yo no sabía de chemaca qué cosas contravenían a la mujer con el hombre y yo me jui con él porque sí me gustaba arto, pero en el fondo era porque mi padre me daba una vida de a tiro triste. Me traiba trabajando todos los días y parte de sus noches. Enrejábamos tabique casi a las siete de la noche, dende las cuatro de la mañana que empezábamos a preparar el lodo. Me traiba bien trabajada, mal comida y bien golpiada. Mi señor se daba cuenta de la vida a la que traiba sometida mi padre. Como era la más grande, le ayudaba más que mis carnalillos. También le ayudaba a mi amá a lavar, hacer comida. Ansina me la pasaba: rascándole al lodo, cargando a los más chiquitos; acarriando tabiques y lavando en la zanja.

La primera vez que me juyí con él, lo hice con arto miedo de que mi apá juera a cumplir lo que me había prometido, y sí, poco faltó pa que lo cumpliera. Me encontró en la casa de él al otro día y me golpió mientras mi amá me desgreañaba. Me quitó el rebozo, me cachetió me patió. Me hicieron como quisieron pa desquitarse la muina que les había hecho pasar cuando se dieron cuenta que me había desaparecido con el julano. Me llevaron de re tache. Una de las greñas y el otro a jalones con el rebozo que

me había echado al pescuezo. El único que me defendió fue mi agüelito./Qué negoceas con golpiarla tanto, ya déjala, ya te desquitastes hasta que quisistes ¿no? Si el hombre abusó de ella, pus mejor ve que se casen. No que déjala ni que nada, orita me la llevo pero no a casarla, sino a chingar a su madre. Ora va hacer lo que yo digo, ¡porque lo que yo digo eso es!/ Y no conforme to davía con lo que me había pegado, agarró y cortó un marejón de árbol y siguió variándome. Ya quería morirme de tan adolorida que me habían puesto. Luego ya le dijo a mi amá: /dale de comer a tu quien sa qué puta/. Llore y llore pensaba que no había hecho tan mal porque no me jui de callejera. Me jui con él porque creiba que me iba a respetar.

Taba tan maltratada que hasta las cobijas me ofendían. Mi amá me sirvió el plato de frijoles y mi apá no se callaba: /án-dele jija de la quien sa qué, tráguele, porque ni de tragar le ha de ver dado su quien sa qué güey/.

Luego que comí y no comí, me jui a echar al petate y cuando acordé me jueron a despertar. Ya me tenían mi costal de ropa pa llevarme. Pensaba que a lo mejor iban a entregarme con él, pus como ya había abusado de mí... Pero no, cuando íbamos en la flecha roja me dijo:/ mira jija de la quien sa qué, te va a llevar tu quien sa qué madre/. Cuando llegamos al pueblo, por casualidá -yo creo que diosito me ayudó- vimos a un señor con su traitor que nos iba alcanzando. Conocía a mi apá y a juerzas hizo que nos subiéramos con él. Dijo que él nos llevaba.

Antes de entrar a la casa de mi tía, me echó unos ojotes: /mira jija del mais, dále gracias a dios y al compadre que te salvaron la vida, porque te iba a matar pa que no te anduvieras burlando más de nósotros. Mi pensamiento era el de darte en tu madre en el camino. Te había dicho que no te jueras a ir con

ningún cabrón, que si eran tan hombres, que vinieran a pedirte conmigo. ¿O qué?, ¿ni siquiera tenía tu güey ese un papelito onde me dijera que quería tu mano?/

Y deveras que sí di gracias porque era verdá que quería matarme. Llevaba un cuchillo pa ajusticiarme a mitá del canino. Cuando pasó un tiempo jueron por mí y me llevaron otra vez con ellos, pero mi apá me advirtió bien clarito:/si viene a pedirte cualquier hombre, los mato a los dos juntitos cabrona, vas a ver/. Por eso jue que un día de plano me volví a juyir con mi señor. A la fecha mi padre no llega a ver bien a mi viejo; nunca lo quiso. Nunca quiso que me saliera casada de su casa ; esa era la verdá!

Ellos nunca me dijeron: /Mira hija, haz esto o haz lo otro pa que seas feliz y te vaya bien en la vida/. En lugar de darme consejos, me daban golpes y él no me enseñó otra cosa que trabajar y a como le da el hombre. Por eso digo que mis padres no me dieron amor cual ninguno. Como dice bien el dicho: el tiempo da los consejos y sí es cierto, por lo menos pa mí, y si en mi juventú me jue de la jodida de triste, no quiero que pa mis hijos sea lo mismo...

Cecilia.

31 años.

La mala sombra me ha oscurecido siempre y por eso estoy solo. Si no fuera porque en la pulquería se pasa la tarde re contenta versando con los amigos...

Trabajo con mi compadre laure dende las seis de la mañana y como él me las paso duras pa mantenerme. Me pagan ciento veinte pesos por los quinientos tabiques que me aviento hasta pasaditas de las seis de la tarde. Cuando termino me voy a descansar con los amigos un ratito a la pulquería, a gustar un rato oyendo las aventuras de don andrecito o el lucio. Puros viejos solos nos juntamos. Y pasamos artas horas gustando nuestros jarros de pulquito. No tomo cerveza ni tequila porque ya me acostumbré de a tiro a los meloncitos. Además de que en la pulquería se pasa el rato re contento, re te a todo dar versando con los amigos. Todos se platican sus penas, y las alegrías de su felicidad y disparan la jícara de churque. Cuando uno anda trasquilado no falta quien se arrime a uno a disparar las jícaras y ansina se pasa liviana la tarde, hasta otro día.

Ora ya ando en los sesenta y tantos, más o menos, porque ya perdí la cuenta. Cuando fallecieron mis jefecitos, mis papeles de registro se perdieron y lo único que sé es que nací por el año veinte. Luego me vine de santiaguito agüizotla, de atrás de la refinería de tacuba, pa acá, pa tiolo a chingarle, también

a sufrir en los hornos de santa maría.

Lo güeno es que siempre he estado acostumbrado a joderle. Dende chavito acarriaba agua, hacia los mandados; o si no, me iba de pioncito con mi apá que era maistro de albañil. Pero la mala sombra me ha oscurecido y sucedió que un día se cayó de una obra. Andaba en los andamios altos, se desvió y jue como se vino pa abajo. Mi jefa y yo no supimos nada, hasta después que lo enterraron en la fosa común del pantión dolores.

Orita llevo varios meses solo aquí. A veces ya no quisiera porque honradamente ¿quién me atiende a mí? Lo que más me apura es cuando me pongo enfermo y no tengo ni quien me de un alimento o me llerva una agüita.

Mis únicas esperanzas son mis hijas y estoy pensando que ya es hora que recurra a alguna de ellas porque cada vez me siento más mal y me pongo pior de los nervios, pus la temblorina que padezco, ya tiene días que no me deja. Seguro que si voy a visitar a una de las dos, me va a decir cuando me vea todo tembeleque: /aquí se queda usted apá, ya necesita que lo recojan y vean por usted/...

Don Lino.

62 años.

"...¿Qué se siente cuando una bala de plomo, y luego otra, y otra más se te clavan en la barriga y en el pecho, qué carajos se siente? ¿Vas a darte cuenta de tu propia sangre regada, de los ojos que dicen se te paran como cebollas?..."

VI. IV.

Me dicen que me quite de esta vida de carbonero y pulquero cabrón, pero yo sé que él me protege y me da sangre pa matar

He sido tan pecador que hasta ya me eché a un cristiano. Sí, he matado, pa que más que la verdad. Jue en una cantina, pero el consuelo que me queda, es que me mandó la misma justicia a matar a ese cabrón que era un matón. Hasta le hice un bien al pueblo. Cuando voy allá y la gente me reconoce, me saluda. Me agradecen el haberme echado al plato a ese cabrón.

Todavía vivía con mi primer señora en mi pueblo y jue como le hacía al tabique, pero en caja y no como aquí lo hacemos en gavera. Taba chingándole, cuando llegó mi tía la puta y me dijo que me andaban buscando. Eran los pinchis agentes. Me agarraron del brazo y: /véngase pa acá joven, le venimos a proponer un trato/. Y que me llevan a la pinchi delegación. /¿De onde eres?, de munguía -les mentí-, aquí tengo mis familiares nomás/. No me les puse tan al pedo. Casi todos los paisanos me han dicho lo mismo: que quien sa por qué, pero siempre le sacan a los agentes. Naiden se quiere meter en líos con ellos; es enfrentarse a asuntos, dicen; es tener que arreglar las contravenencias pero con delicadeza, con tientos./Y ai de ti que te quieras pasar de abusado o ponérteles de plano de tú a tú porque te madrean; no te

dan chance a meter las manos ni abrir el hocico pa defenderte. Es más, si te les pones muy gallito, pa pronto que te lo sangran y te arriman unas güenas calentaditas/. Cuando nos mientan la policía, mejor calmamos nuestros bríos y nos quedamos blanditos, apagados pa salir librados de la mala entrevista con ellos. Darles por su lado, decirles que sí, que como no, que como ellos digan; complacerlos lo mejor que se pueda sin contrariarlos mucho.

/Calma tus nervios --me dijo uno de los meros chingones de la jefatura- no te me apures tanto. Como dicen bien por ai, el que nada debe, nada teme. Nomás para bien las orejotas y oye bien lo que te voy a ordenar. Vas a chingarte a aquél cuate/. Me costó trabajo entenderlo. Se me hacía raro que ellos que borran del mapa a quien quieren y a la hora que se les antoja, no se lo echaran. Pero luego entendí. Se trataba de un pistolero y ellos no querían arriesgar el pellejo. /Que se chingue otro si se va a chingar, pero no, nosotros/. Por eso me hablaron a mí: alguien que fregara bien con el arma y que atinara con justeza pa acabar con el problemita. Pero siempre no me machacaba la idea de que la justicia fuera eso y no lo que decía ser; porque total ¿si el julano que querían que me echara al plato era un cabrón y ya debía artas muertes, pus por qué no lo cazaban y lo enjuiciaban con juez y toda la cosa? Francamente no les dije ni media palabra de lo que me bullía en la cabeza. No les repliqué ni les contradije nada. Nomás los oyía y me les quedaba viendo con los ojotes bien abiertotes sin abrir el pico. ¿Qué tal si por andar de alebrestado me daban plato pa que se me quitara lo picudito?

Mejor ai muere, pensé y le hago caso a los señores. Si no cumplen por la ley, pus allá ellos. Averiguan y siempre dan con lo que buscan; ya sea por las güenas o por las malas. Como en un

pueblo madre y media se da cuenta de lo que se hace; pus no les costó dar con lo que querían. Mi tía les confirmó que yo era un chingón pa dar en el blanco. Esto se lo debo a mi jefe que fue del ejército. Por él, a los trece años ya tiraba con la veintidos y con el arma que me topara. Cuando andábamos en el monte recogiendo leña, practicábamos arto. Esa era nuestra diversión. Allá en los cerros nunca faltaba a qué le tiráramos: dende nopales, troncos secos, pencas, mezquites, hasta animalillos que volaban y corrían.

Una vez mi padre me dijo: /mira manuel, si te chingas al chivo ese, ya la haces. Aunque era una distancia algo retirada, no acababa bien de decirme cuando ya estaba disparándole y pa pronto ¡zas!... Pinchi cordero, nomás vimos como se menió, como si temblara por dentro; como si le hubieran pegado juertes calambres en las patas, que ya cuando llegamos por él, las tenía bien estiraditas. Nos lo cargamos y lo hicimos en una güena barbacoa. que vendimos re bien.

/Pus sí lucio, sabemos que eres fregón pa jalarle al gatillo, y te lo vas a chingar tú/. Y me ofrecieron cinco mil pesos. ¡Ay cabrón!, no sabía que la vida de alguien valiera tanto. Pus la suma se me subió a la cabeza: ¡con cinco mil del águila y bien armado; con rifle de esos güenos de la justicia, pa lo que me dura!

El tipo al que me iba a ajusticiar se llamaba augrelío. También lo conocían ai en la cantina "todos contentos" porque allí llegaba. Y por las señas que me dieron los agentes, supe cuál era mi pan. Pedí una pinchi cerveza barrilito. El güey seguía chupando en la mesa con otros cuates gustando de la misma cerveza que yo había pedido. Claro que yo iba en mis cinco, de pendejo me arriesgaba más y pedí la cerveza nomás pa que me remojara el ho-

cico que lo traiba reseco. Taba en el mostrador y el tipo se me acercó y me codió. El pobre ni se imaginaba que era yo el que le iba a dar chicharrón. /¿Qué -me dijo-, vas a disparar?-. Sí, pide lo que gustes, yo pago/. Mientras se la servían pensé: ¿cómo le hago con este cabrón pa chingármelo rápido y sin miramientos?... /¿No te sientas acá con nosotros. Sí, crita voy, le respondí/. Taba pensando pa qué me había hablado, cuando se me entume una mano. Sin esperar a que se me desentumiera, me di güelta pa quedar enfrente de la mesa en la que estaba. Hice como que iba pa allá y... no, pensándolo un poco mejor, me jui hasta la esquina y le dije al cantinero que le sirviera otra barrilito. A la mía le di un último trago y voltié. En eso me dice salú, y yo le contesté con el plomazo. Los que estaban con él se quedaron bien apendejados sin saber qué hacer; primero por la sorpresa de los disparos y segundo porque no sabían por qué devísaban a su amigo aventando chorros de sangre caliente.

Le dejé ir todo el cargador del cuarenta y ocho. Las detonaciones le rebotaron en todo el cuerpo y lo floriaron. Al momento yo no sentí nada. Y si lo chingué a traición, jue porque sabía que era un cabrón. ¿Qué tal si a la mera hora a quien jodía; era a mí?

Por eso ya me encomiendo al diablo y no a dios. Dende que balací a la gacha al augrelío creyí en él porque he seguido andando en balaceras y siempre he salido bien librado. Él me protege y me da juerza y sangre pa matar.

Después que le dejé ir el primer plomazo, ya lo había mandado al mundo de las calacas. Se lo clavé en el mero corazón pa que ya no le diera tiempo de agarrar su poderosa, aunque si disparaba lo iba a hacer a tontas y a locas. Lo ví bien doblado, pero de repente sentí una juerza que no era mía, que era otro dedo

el que seguía jalando el gatillo. Y hasta que no se acabó el cartucho, la tronadera no se calmó. Cuando la juerza se me despa reció, era porque el hombre estaba bañado en sangre, bien morido. Cuando le zurraba los balazos le temblaba todo el cuerpo, pero era por el impacto de los detonantes, más no porque le quedara viva parte alguna.

Al rato fueron a avisar a la delegación. Llegaron a recogerlo y se lo cargaron como un cuero de esos bien infladitos que se llenan de pulque. Pus. acabó sus días el tal augrelío; güeno, más bien se los terminé yo.

Luego jui a los papeles que testificaban que me había echado al muerto a lo legal. Y abajo del nombre de lucio puse mi huella. La judicial me dio un papel de retirada y mis billetes, pero antes de despedirme, me leyeron lo que decía el papel: /no vuelvas a matar durante el resto de tu vida lucio. Si esta vez lo hicistes, jue porque el gobierno nó pudo solo y te lo encomendó como mandato suyo que tenías que cumplir en defensa de los mexicanos y en honor de tu patria que es méxico/.

Luego se me tranquiliza algo la conciencia cuando pienso que el cristiano que maté no era una mosquita muerta. Bien que se había zumbado artos cabecillas. Jue el estreno y hasta ahorita el último -aunque tengo en mientes al güey ese que se arrimó a mi vieja de querétaro-.

En acámbaro tengo una güena imagen. Pa muchos soy muy chingón. Me escabeché al terror de la región aunque sus familiares me siguen buscando. Pero aquí por el barrio de caliacá ¿cuándo me van a encontrar?

Ora que también soy cabrón porque si alguien me volviera a aflojar una güena lana por echarme otro, sí me lo chingaba. Pero primero bailando la feria, no sea que me fueran a cabuliar. Aquí son culebrillas, le sacan. Aunque necesitan el servicio, me=

por se hacen majes y no se avientan porque a la mera hora se les arruga el fundillo.

Yo soy un cabecilla, siempre lo he dicho. Mi padrino se ha cansado de mandarme decir que mejor me regrese pa allá y deje esta vida de carbonero y pulquero cabrón; que tengo un terruño pa trabajarlo. Pero ya dije: pa qué, mejor sigo chingándole a los tabiques, porque la mera verdad, aunque es pesado, me ha gustado más que cualquier otro.

Yo también como muchos horneros de aquí que se las dan ¡muy de acá!, que porque saben hacer de eso; que porque saben hacer de lo otro. Y en especial uno, que pa qué digo nombres, se siente el más culerito de estos rumbos, pero a mí me la pela, porque también soy yesero y pintor.

La última de mi padrino es que me la consiguió de patrullero al mismo en acámbaro. Que dizque estoy respaldado por la justicia que me va cuidar de venganzas. Le mandé decir que no, que prefiero seguir rolándomela aquí y que les dijera a los que le dieron el anuncio que me necesitaban; que no podía, que quien quita en otra ocasión, pero que por el momento no podía aceptar...

Lucio/Manuel.

VI.V.

-Don laure, invíteme un taco de su sardina de ayer, no sea malito.

-Pus ¿sabe qué don bole?, le nacieron alas y en orita zumbó.

Pa comer, compro un taquito de frijoles o de lo que dios quiera aquí con las vecinas. Luego llego a comprar una sardina y ajusto pa todo el día pero también tengo dificultades. Ayer traje un salmón con una latita de chilitos curados, unas tortillitas y mi pulquito pa echar a gusto el taco, pero ese cabrón vagabundo que vino a quedarse a mi cartonera se tragó todo lo que compré. Es el cabrón chueco que no tiene ni onde pasar la noche. Anda chueco porque se tatemó una pata, creo que la derecha, pero no por eso lo voy a perdonar. No me di cuenta a qué horas entró, como me quedé dende en la tarde en la pulquería y buen cacho de la noche, sabrá dios a que horas serían cuando me vino a madrugar el ojete. Taba cerrado, había atrancado con mi tabla, pero cuando vine ya encontré abierto y luego que iba a buscar mis cositas pa comer ¡pus cuál!, ya no había nada. Hasta la señora de la tiendita onde le compro la mercancía se enojó conmigo. /Don laure; mande usted fita, ¿quiere unos frijolitos?, si me hace la caridá. ¿Ya se acabó su sardina? Pus fíjese que ansina como me la llevé, ya no amaneció/. Y luego llega don bole. /Don laure invíteme un taco de su sardina de ayer, no sea

malito. ¿Pus sabe qué don bole?, tuvo alas y se jue; le nacieron y en orita zumbó. Entró el canijo del quemado ese y no dejó nada/. Ya me dijeron por acá que es un sinvergüencilla el canijo ese, que le gusta andar agarrando las cosas ajenas. Lo que no es suyo, es lo que se amaña. Hasta ya me regañó también don jushe, mi patrón porque dice que lo conoce por ladrón y que yo me ando tratando con él. Pero yo ni lo conozco bien ni nunca ha sido mi amistá y todo el mundo aquí somos cuates pero menos con ése. /Usté ha visto don jushe que no me junto con él. Es que lo puedan castigar si lo ven que anda haciendo migas; ándese con mucho cuidadito porque si lo llegan a pesacar a lo mejor de pilón a usté también/.

Ora sé que el chueco a veces carga, no labra y no tiene casa el güey. Tiene una mujer por acá, pero ni ella vive con él. Por eso anda de ambulante sin rumbo fijo y muchos de los patrones que ya conocen sus mañas no le dan trabajo.

No cabe duda que es duro vivir, sufre uno mucho, como ora yo, viejo y solo a mis cuarenta años sin quien me haga un taco. Yo tengo que ir a comprar el mandadito y que espérese, que hay que hacer cola pa las tortillas, y yo con la chamba encima ¡y a zumbarle!, si no, ¿de onde se sacan los centavos pa comprar el taco y la agüita? Por eso digo que no hay como tener una felicidad que lo tranquilice a uno, como decimos bien entre mi compadre lino y yo...

Don Laure.

.VI.VI.

Aquí en mi cuartito ta un mugrero, pero es mi mugrero y no me apuro porque yo sé que traigo el don que dios me dio de ser acá de la palabra.

Yo soy evangélico desde hace muchos años. Por mi madre jui católico y porque soy de querétaro onde son muy cristianos y persinados, pero me gustó más la palabra de dios porque está apuntada en el evangelio onde es derecho. Cuando me jui pa los estados unidos, un americano me lo enseñó y me leyó casi todas sus hojas. Y es como me acuerdo y cuando puedo ando regando la palabra de dios. Los católicos nomás le andan haciendo al pendejo, pero la palabra de yavé no. Los padres con faldas namás se la pasan chingando a la gente en los sermones que les avienta y jesusito no es ansiná. Dicen los cristianos que los nagualudos los train de aquí pa allá. /No hagas esto hijo y no hagas lo otro/. Y a los cabrones también les gustan las mujeres, namás que le andan haciendo al peniejo negándolo.

Por eso mejor soy del evangelio y no me voy a bautizar con ellos con pura agua y sal. Yo me voy a bautizar con el espíritu santo como jesús, pero no me apuro porque todavía me falta tiempo. Lo sé porque traigo el don que dios me dio de ser acá de la palabra.

Aquí en mi cuartito ta un mugrero, pero es mi mugrero. Y luego como ora, barro mi patiecito mientras oro, porque uno tiene que orar pa cuando nos recoja el creador vayamos preparados con los rezos que güena falta nos van a hacer: ¡padre jesucristo Jesús bendice mi camino!, ¡padre jesucristo Jesús bendice a mis enemigos!, ¡padre jesucristo Jesús bendice mi trabajo! Y ansiná-es la cosa.

Porque yo soy del evangelio y nunca iré a confesarme con las chingaderas de curas; con los nagualudos de las iglesias que nomás andan charriando y no como en la escuela dominical del santo evangelio que enseña a onde vamos a ir y de onde venimos...

Don Andrecito.

VI.VII.

Aquí conocí a Jacinto y los demás y me anduve de paria con ellos.

No se me olvidan los tiempos en los que me he valido por mí mismo. Luego que aprendí la albañilería, le entré de ayudante de soldador, de mecánico y hasta de ratero la hice. Tenía diecisiete y se nos ocurrió con unos cuates asaltar una tortillería. Todo falló y por poco me refunden al bote. En ese tiempo, mi hermana que hoy ya es viuda, se había venido con su marido por estos rumbos y fue donde tuve que llegar para que no me encontrara la judicial. Aquí conocí a Jacinto y los demás y anduve de paria con todos. Un día les dije: /¿saben qué?, ya me cansé, me voy a ir, ¿alguien quiere irse conmigo?, yo me voy a trabajar a otra parte a juntar una feria para venir por la güera -mi novia-. Nadie quiso y me fui solo. Estando en Monterrey fue que se accidentó el señor de mi hermana. Trabajaba en teléfonos y se cayó de un poste. Ora ella trabaja en confecciones xalpa y mi jefa le cuida a sus hijos.

Luego que regresé, mi familia lo pensó y se vino para acá conmigo y mi hermana viuda. Ya de ahí nunca nos hemos separado. Vivimos juntos pero no amontonados...

Elías.

Qué más maquillaje que el lodo y el hollín de los hornos.

Yo me arreglaría, pero qué caso tiene aquí entre el humo y el lodo de los hornos.

A hoy, ya no uso nada de antes; no me queda ni rastro de mis baratijas. Cuando dejé esa vida, unas se me fueron acabando por el uso y otras se me perdieron. Ora me da arta tristeza que estoy re te acabada. ¡A onde con mi jodidez! voy a andar usando las chácharas. Cuando termino de mi quihacer y mi labor, me siento a descansar tantito abajó del árbol, me llegan a venir las ansias de arreglarme como antes pero ya no, ya estoy re trasegada y mis centavitos no me alcanzarían ni pa un polvito; apenas pa mal comer mis hijos y yo. De todos modos, qué caso tiene aquí entre el lodo y el humo de los hornos; qué más maquillaje que se mete hasta mero adentro de la cara.

La acabadez también se me ha desarrollado por las penas morales y las aflicciones. Me siento cansada del cuerpo y del corazón y mi cara se me arrugó más pronto por tanto maquillaje que me echaba; me batía las plastotas y nunca me imaginé que me iba a hacer mal con el tiempo. Una de muchacha cre que nunca se va a acabar; que siempre se va a tener la cara restiradita; que lo feo, las arrugas, el cansancio, las pocas ganas de llevar esta vida; todas esas cosas que vienen con la edá y el mal uso

que se dan al cuerpo y los sentimientos no son pa una.

Sólo dios por qué se hace tanta memoria de lo pasado y hasta el sabor de la comida se bate con un gusto amargo cuando se reviven los recuerdos. ¿Hasta la misma tumba nos llevaremos todo esto?; ¿hasta los gusanos conocerán nuestros secretos?...

Cuando vivíamos en tlane éramos felices con mis papases y mis hermanos. Yendo a la hortaliza cumplí los nueve años, pero tuvimos que irnos pa texcoco. Mi apá alquiló unas tierras pa sembrar verdura y todos le ayudamos. El señor que las rentó nos dio chance de sacar la primer cosecha y volvimos a sembrar de nuevo. Nuestras yerbitas se lograron, pero cuando se llegó la segunda, el señor agarró y golpió a mi apá re feo, tanto, que de esos trancazos murió. Y todo por la envidia de las hortalizas que iban re bonitas. Luego mi amá nos trajo pa ticomán a seguirle a la faena de los tabiques.

Nos venimos yo, benze, kiko, lázaro, lupe y otra que todavía sigue en san vicente. Orita está muy mala; hace unos días nos vinieron a avisar que estaba re enferma del hígado. Le gusta arto la copa y quien sa y se alivie. Tengo otra hermana en querétaro y sólo dios sabe si seguirá o no con vida. Nunca ha venido ni nosotros tampoco hemos ido. Ni siquiera sabemos su dirección y se nos ha olvidado; pero es que luego uno no se puede desentender del hogar y las obligaciones. Por ai nos contaron el chisme de que vende quien sa qué y que si tiene la facilidad de venir a ver a mi jefa. Pero ella la cuenta como si fuera mujer muerta...

Doña Cata.

CECILIA.

Es una mujer morena que sí representa sus 31 años, pues se encuentra menos reconcomida que doña Cata, a pesar de los pocos años que le lleva.

Es la amasia de un hornero borracho y mujeriego que sólo la considera y utiliza como un simple objeto sexual; por lo que es el ejemplo más fehaciente de la mujer pobre mexicana que juega el rol de esposa y madre en una sociedad patriarcal.

Sin embargo, moralista y prejuiciosa, más que por ella, se preocupa y desvive por los suyos; sus hijos, a quienes ve como sus únicos salvadores y en los cuales cifra sus esperanzas para sentirse perennemente protegida.

Es de complexión robusta; su estómago abultado, constata la proliferación de hijos que ha parido.

Como las demás compañeras horneras, en el mismo escenario de eventualidades, se queja del comportamiento del consorte, pero ni ésta ni las otras, podrán hacer nada para remediar el curso de las contingencias en su vida.

Cecilia terminará sus días quejándose y renegando contra él, pero nunca abandonará al "padre de sus hijos". Aunque es mucho más probable que éste, acosado por las presiones y las responsabilidades, sí lo haga.

VIII.

El desmenuzamiento familiar; la interrelación consanguínea se desmorona por los devenires funestos de sus destinos oprobiosos.

Al igual que en los diversos campos que conforman la comunidad horneril se palpa la desintegración que les carcome sus frutos, el ámbito familiar no va a quedar excluido de la descomposición en la que se baten -como las manos y las piernas del tabiquero trabajan la tierra que antes rascaron, con las aguas negras del canal para formar el lodo que esas mismas manos convierten después en ladrillos-, el conglomerado de costumbres ordinarias.

Sus relaciones familiares se ven afectadas indiscutiblemente por todo el cúmulo de vínculos existentes en esta zona laboral ya delimitada. Sistema estrecho por cánones establecidos que hacen difícil el desplazamiento hacia una dinámica activa.

Si existe la disgregación pululando confundida con el humo de los hornos, invariablemente se extenderá al seno de las conexiones de parentesco.

Existe una marcada desunión entre los integrantes de la familia tabiguera. Consecuencia irremisible de la contradicción en la que se enclava el orden horneril que a su vez se encaja en la totalidad social.

Los padres dejan a sus hijos; éstos a sus padres. El hombre abandona a su compañera; ésta a él, y se tiene entonces que toda interrelación consanguínea se desmorona tarde o temprano. Por consecuencia se deduce que no existe un núcleo familiar homogéneo, sólido que les provea a los descendientes en sus necesidades, pues los enfrentamientos continuos no lo permiten. En la mayor parte de los casos, son ocasionados por la alta incidencia de alcoholismo que genera modos de ser violentos, agresivos.

Se observa asimismo, el recurso frecuente de tratos intemperantes, en exceso frenéticos en la formación de los niños y el comportamiento brutal, excitable para con la mujer.

Sus viviendas son sumamente reducidas, por lo que se encuentran incesantemente incómodos y apretados. Desconocen que existe un espacio vital y que el hombre lo necesita tanto como su nutrición; de ahí que carezcan de una vida privada que engendra en cada uno de los participantes de la órbita de la familia, un sentimiento gregario.

Por otra parte, la educación que reciben los hijos de los horneros, se circunscribe a la que mana del cuartucho, los contornos y nada más. No conocen otro adiestramiento que los ejercitados en la elaboración de ladrillos y el manejo de los hornos para cocerlos.

No asisten a ninguna escuela en la cual permanezcan siquiera hasta aprender lo más elemental: leer, escribir y el conocimiento de las operaciones aritméticas fundamentales. Las lecciones percibidas y aprendidas, se restringen al uso de palabras soeces y ludibrios que manejan rápida y casi inconscientemente por tradición, por aprendizaje y costumbre; pues crecen escuchándolos de sus padres, vecinos, amigos y compañeros de tarea.

Y tampoco saben mucho de lo que significa el ser afectivos y tiernos; más bien son toscos y rudos, pues no hacen más que reproducir lo mismo que les han dado: malos tratos, brusquedad, desamor, frialdad; rudimentos de ternura. "Por encima de todo -dice Lewis- allí dominan el hambre y la incomodidad, queda poca energía sobrante para las emociones cálidas, delicadas, menos utilitaristas, y escasa oportunidad para una felicidad activa. El afecto mostrado, o aquello que llamamos "amor", excepto durante el período relativamente breve del cortejo, es una manifestación rara entre los más pobres". (12)

Por otra parte, si su salario es tan raquítico, si su alimentación otro tanto (maíz, chile y frijol, esencialmente), su capacidad de dar o recibir amor, consiguientemente se encontrará desmedrada y enclenque.

En detrimento de este desbaratamiento ineluctable que tiene lugar dentro de su medio familiar, los horneros no cesan de lamentarse y deplorar su circunstancia de desapego y abandono. Pero entendamos, si nosotros y la sociedad toda los confinamos así, cómo nos desconcertamos si ellos reproducen el mismo modelo. El círculo vicioso existente en los hornos, no se abre y cierra ahí mismo, trasciende y va mucho más allá; llega hasta los confines de la entidad nacional.

Se sienten culpables de sus procederes, mas tampoco saben como remediarlos. Cuando se retractan de haber cometido determinada acción es porque ya se consumó; es porque ya se vilipendió a los congéneres y se percatan que se encuentran más solos de cuando estaban entre los suyos, lo único que realmente poseen.

Se apesadumbran, pero luego su orgullo es más intenso y prefieren atormentarse que doblegarse para pedir perdón.

O habrá ocasiones en las que sin pedir disculpas o dar explicaciones, lleguen y se instalen en el seno hogareño como si nada hubiere pasado; acostumbrándose a esa rutina.

Y una vez más, lo infausto de su condición se evidencía. El desmenuzamiento familiar también es provocado por los deventos funestos de sus destinos oprobiosos. A doña Cata se le han muerto sus compañeros; con Cecilia hubo un intento de incesto y demás situaciones sobreentendidas ocurridas a los otros compañeros horneros.

"... Luego quiso recorrer todo, recorrer toda su vida: el recuerdo se le fijó en un ave mojando sus alas en un río de Tierra Caliente. Quería brincar a otras cosas, a las mujeres, a los padres, a su esposa, al hijo que desconocía, y sólo veía al ave mojada..."

Cada quien sabe lo que llerve en su olla y si no mandamos a la escuela a los chamacos, es porque a veces ni pa comer acompletamos.

-Dispéñseme si le insisto tava, pero si su chavito ya está grande porque no lo certifica o testifica; quien sa cómo se diga, que es hijo legítimo de usté y doña cata. No vayan a tener problemas después de que alguien se lo robó ; que ni pensarlo verdá!

-Miren, ya estoy cansado que siempre me salgan con las mismas. Ya le hemos hablado a tres personas pa ver si querían ser nuestros compadres. Cuando teníamos artos guajolotes, compré una cubeta de mole y arto aceite pa freir el arroz. Esperamos a los dizque iban a ser los padrinos y hasta la fecha los tamos esperando. Es en esto onde cometo el error. Yo digo, si ya me han hecho favores de haber sido mis compadres cuando celebramos la inaguración de un hornito el día de la cruz, por qué ora no. El chiste es que otra vez ando juntando otros centavitos pa la ceremonia porque quisiera que se celebrara con un molito, arrozito y pulquito. Ora cuando jui a coyote a que me certificaran al güero no acabalaba los ciento sesenta pescos que me cobraban. Por eso no volví, por ojetes; es mucho dinero pa registrar y también por desidia. Tienen razón, la criatura ya está grande. Cuando

ando bien zombi se me afigurán visiones; yo creo que porque me remuerde la conciencia. No vaya a ser la de malas otra vez y dios no lo quiera este otro se me adijunte sin haber recibido el santo sacramento del bautismo y vaya con sus hermanitos a lo oscuro; todos ciegos en el limbo; chillando como si con sus bebridos pidieran consuelo y tranquilidad pa sus almas de angelitos; aunque no totalmente blanquitas; tan tiernitas todavía.

-Ta duro que lo deje ansina desamparado chava; que tal si, y ojalá se me haga la boca chicharrón si fuera cierto, usté hubiera fallecido cuando se voltió el carro de pasajeros, de esos de los naranja que vienen hasta santa maría. En el meritito crucero, el tren ya mero lo voltiaba y pior que venía en reversa. Lo levantó y los que vimos tábamos tamañitos esperando a que lo voltiara el condenado tren. Llegamos aquí todos tembeleques;/;pus échenme un alcol que estoy que me derrito de susto!;/;de la espantada hasta la barriga me dolía y ni pizca de hambre tenía.

-Todos tenemos un nombre ¿no? y a la hora que se necesita el acta que atestigüe que se está asentado en actas, es cuando vienen las dificultades. El acta de nacimiento es tan importante como la cartilla; si quieres ir a estudiar a la nocturna te la piden.

-;Uuuh! manito, si no mandamos a nuestros chamacos a la escuela porque hay veces que ni pa comer a completamos siquiera, menos vamos a ir nosotros que ya estamos rucos. Por eso los sacamos luego porque aunque vayan aplicados, en sus boletas les bajan puntos si no llevan los materiales que los maistros les pidieron; que pa el día de la bandera; que pa el día del niño, de la mamá, del padre y la revolución; y la madre que! No tenemos dinero de más pa andar comprando que pa los trabajos manuales y la fregada. Si no los hacen los reprueban por no haber entregado nada a fin de año.

-La otra gente, la de ajuera dirá que somos unos ojetes

despreocupados que no hacemos aprecio de que nuestros hijos aprendan a ler y escribir; que nos vale que sean unos analfabetos como nosotros, sus padres, y lo que gusten y manden, pero como dice justo el refrán, cada quien sabe lo que llerve en su olla. Si los mandamos a la primaria de la cabecera a "los tratados de tioloyucan", cada mes nos tan molestando pidiéndonos cosas y francamente cuestan, y ya no ajustamos pa los gastos y...

-Dispénsame tantito octaviano, pero déjame terminar mi asunto con don chava. A mí cuando me pedían pa un bautizo, confirmación o evangelios, no necesitaba de gorriar nada. Agarraba y luego que sabía pa cuando era, iba y les compraba los trapitos de los chamaquitos pa hacerla inmediatamente.

-Y mira chava, en los cinco años que has buscado, ya había de haberte salido algún compadrito ¿no?; como somos compadres tú y yo de los marranitos aquellos que le nacieron a mi puerca ¿te acuerdas? Y a mí se me hace que, seamos francos, te estás desidiando de la situación. Mira, reconócelo, lo único que te interesa es esto: ¡empinarle a la jícara!...

Los Horneros.

Pa acabar pronto, me decepciona que se madrien entre mis jefes. Yo no lo tengo por dado.

Cuando se pone borracho mi carnal discute con la familia y es lo que a mí me encabrona. Me da arta muina pero no puedo hacer nada por remediarlo. Si me meto, hasta salimos bronquián donos mi carnal y yo; o mi jefe con los dos.

Que se metan con mi familia, tampoco me pasa. O que se madrien entre mis jefes, pa acabar pronto, me decepciona porque yo no lo tengo por dado.

Ya están ancianos, ya pa que le hacen al cuento; lo mejor es que se la pasaran tranquilos pa el tiempo que les queda. Jue ran jóvenes, pus voy de acuerdo; tendrían celos uno del otro, pero ya de viejos, ¿qué o pa qué tienen que peliarse? Si les digo algo, me dicen que me calle el hocico porque les toy faltando al respeto; que les subo la voz; que me calle que pa qué me meto; que son mis padres y que yo no sé nada de la vida todavía en comparación con ellos que ya son gente de respeto...

Jacinto.

A casi todos los hombres les tengo odio; es un rencor que me bulle en el pecho y que no puedo escupírselos.

Ora que ya pasaron los años y llego a visitar a mi apá que vive solo -mi amá lo dejó al poco tiempo que me jui de ellos; tampoco aguantó la vida que le daba-, me dice que la mera verdad, él me tenía celos que me juera de la forma que juera con algún hombre porque yo era la única. Tampoco quería que me casara con cualquier pendejo, sino cuando menos con uno de dinero.

Cuando tomaba se me quedaba viendo re feo y una vez en mi niñez, cuando mi madre trabajaba en una tortillería que tenía mi agüelita pa arribita de los hornos de puente de vigas, tuve una contravenencia juerte con él.

Mi amá me mandó a darle su almuerzo. Agarré a mi hermanilla de brazos y el itacate pa la casa de mi agüelita; onde vivíamos. Llegué al cuarto onde se quedaban él, y mi amá y me puse a calentarle su comida. Taba retiradito el cuartito de tabique crufo del de mi agüelita que era de cocido y grande. Ya que me vio me pidió de almorzar. Taba bien zumbo pero yo no le hice caso y le llevé su plato./Tiende el petate -me dijo-/ Pus yo, como le tenía arto miedo, agarré y le tendí el petate. /Póngala almuhada/. Se la puse. Y con mi hermanita alzada que no soltaba. /Baja la escuincla/.

La bajé. /Ora acuéstese/. ¿Yo?, le digo. /Sí, ¿qué esperas? Yo no que, ¿pa qué? ¡Cómo jijos de la chingada no!, si yo te digo que te acuestas, te acuestas conmigo y se acabó/. Yo con el miedo y todo pero le obedecí mangos. Agarré fuerte a la niña y ya me iba a salir cuando me jaló de los cabellos. Me dobló el pescuezo y no sé cómo, pero sacó su tranchete y me lo puso a modo de quereme degollar. No supe ni como dios me iluminó y que me doy el zafón pa abajo, por sus pieses. Lo aventé y salí como chiflonada a meterme a la pieza de mi agüelita. Y cuando acordamos ya estaba gritándome: /sal hija, porque si no, entro por ti y te va a llevar la tiznada, cabrona/. Pero de guaje que salí. Cuando ya no oyímoş ruido -se había ido a dormir la briaga-, agarré y subí a la tortillería a contarle a mi amá. /A que tu padre tan loco, mañana le digo/. Hasta la fecha no sé si le diría o no, pero el chiste es que me seguía devisando feo; de arriba pa abajo; pior cuando estaba borracho que era cuando más se le arreciaba el carácter. Ora que soy mujer de hogar y de responsabilidá jue que me confesó que me tenía arto cariño y que no quería que anduviera con ningún hombre.

Viéndolo bien, también a él le he tomado odio; no lo quiero como padre, ya le perdí el amor que una vez le llegué a tener; prontito me lo espantó por tanto que me hizo y me dijo. Ora que también aborrezco a mi señor. Me prometió que iba a darme güena vida y aunque no me ha desmadrado tanto como las que he visto que andan moretiadas, cojas o descalabradas sí me ha dado mis güenas trompadas. Me dijo que si me iba con él, iba a gozarla como nunca, pero le seguí dando al tabique, a la lavada y a la planchada. ¡Y yo que preferí irme con él a seguir pasando la vida de perros que me daba mi padre!...

A casi todos los hombres les tengo odio; siento un rencor que me bulle en el pecho y no puedo escupírselos...

Cecilia.

Lo tiraba de a lurias cuando me decía que yo había sido el más locutor de todos sus hijos.

Allá en acámbaro onde nací tengo el resto de terreno y pus siquiera puedo decir que tengo un cacho de tierrita onde cairme muerto. Yo soy el único heredero, a según me dijo mi apá antes de morir del ataque al corazón del coraje que hizo cuando se casó otra de mis carnaladas con un julano que no le hacía gracia.

Siempre me decía que yo había salido más locutor que todos sus hijos. Lo tiraba de a lurias, pero hoy reconozco que tenía razón. No como bien; nomás una o dos tortillas y le entro arto al hule. Ora ya hace días que no se me desaparece la temblorina. Pero yo tengo la culpa de no comer a lo que es. La comida no me atraviesa el gañote y los bocados de tortillas pasan a duras penas. He visto doctores que me ponen inyecciones de un suero amarillo cada ocho días; dizque pa alimentarme. Les digo a mis cuates que ya no quisiera echar pulques. ¡A lo mero macho!, pero cuando menos acuerdo, ya estoy enchiquerándome.

Se lo achaco a lo solo que estoy y a lo triste que me pongo. Será porque mi cuarto ta hecho de tabique crudo y pardo que se ha puesto por las deslavadas de las aguas, que luego me arrugo. O porque en realidá me hace falta el cariño de mis viejas...

Mi jefa pidió un trago de mezcal. Brindé con ella y al ratito me dejó güerfanito.

Yo soy del treinta de noviembre y soy concho; que por el día de la santísima trinidad y la purísima concepción; de todas maneras, soy güerfano y sé que en el sesenta y tres murió doña mauricita sánchez, mi madre, de ciento diecisiete años de edá. La llevé pa que la tratara un científico, no ven que los doctores también son científicos, la palabra lo dice ¿no? ¡Ah!, mucho estudio ¡sí señor! Tenemos que haber científicos, aunque sean de los que hacen el concreto o los tabiques; pero somos científicos también. Hay que reconocer primero lo alto y después lo de aquí abajo; bien que lo dice la biblia.

Pus resulta que ya ni nos cobró el médico científico y me la traje pa la cartonera y brinde con ella. Mi madre le pidió un trago al científico allá en el centro de salú, pero se lo negó. Por eso cuando nos venimos jui a una tienda onde ya me conocían. /Tu jefa ta enferma¿verdá?, pus sí; ya no hay medicina güena pa ella, ya todo lo probó: ampolletas, pastillas, pociones y nada. Ya no le hacen los medicamentos. Orita más bien lo que se le antoja con mucha urgencia, es un traguito de algo juertecito pa la resequedá de boca que dice que tiene/. Don odilón se portó re

gente conmigo y me dio un cartón llenito de cerveza y un cuartito de mezcal con lo que brindé con mi madre. Los moribundos, los que agonizan, siempre piden algo antes de morir. Es su última voluntad y hay que cumplírselas porque si no, no descansan ni reposan como debe ser el sueño eterno, y se la pasan de ánimas en pena descarriadas por las veredas y las milpas. Por mí no iba a quedar de no cumplirle a mi jefecita su último deseo. Tenía sus labios amoratados y los ojitos si se los abría, se le iban en blanco.

La persona que sabe que ya le llegó su hora, porque uno se da cuenta cuando se acabó la licencia pa vivir, pide de comer; otros piden de tomar./Tráiganme un trago de agua/. Mi jefa pidió un trago de mezcal. Otros se lo negaron pero yo no. Y sí, brindé con ella y al ratito me dejó güerfanito.

Mi apá me dejó cuando tenía tres años. Se lo tragó el mineral onde trabajaba de barretero. Ésos van debajo del suelo escarbando pa que salga el oro o la plata y todas las cosas güenas que tiene la tierra en lo profundo. Pero el mineral traga a quien lo esculca; es el precio que pagan los buscadores de riquezas, nomás que mi jefe no era de ésos. Él nomás trabajaba y no supo en lo que se metía. Con tal de chambiar a veces no importa onde. El chiste es ganarse el dinerito pa mantener a la familia y a uno mismo.

Mi apá quedó dijuntito envenenado por el gas del manantial de metales. ¡Ah! sí, mucha riqueza, pero se muere el hombre con el tufo de los oros. Y ya entons mi jefa se dedicó a vender pulque y gracias a eso tuve vida y güena. Ella me mantuvo hasta ya re bien grande ¡sí!, la casa siempre llena de mais, frijolito, haba; güeno, de todo lo que se daba en el campo y uno que otro arbolito de durazno. Como ora yo sigo con el mío que apenas lo tengo floreciendo.

Mi madre se hizo rica muy pronto. Le supo agarrar el modo a la tierrita...

Don Andrecito.

VIII.VI.

Madre, por qué chingaos ta viendo que nos ta llevando la madre y usté que no le para con los hijos.

No hubiera querido que mi hijo naciera y creciera en el mismo ambiente que yo y todos los que orita están en la pulquería riéndose y cabuliando entre sorbo y sorbo.

Quería otra cosa pa mi descendencia, pero parece que mi destino ta señalado pa que todo me salga mal. ¿O no es gacho que cuando apenas tenía tres meses de nacido mataran a mi jefe, quien fuera un rico terrateniente; y que mis tíos, sus hermanos se apoderaran de todo y mandaran a la chingada a mi jefa y a nosotros con ella?... Es feo ¿no? Y que luego que nací, en aquellos años como quien dice, me envolvieron entre sedas, y no en las cobijas tiznadas en las que al rato me cobijaron. Y que ya me andaba muriendo cuando tenía dos años porque mi amá no podía conseguir ni siquiera pa una miserable inyección, mientras que mis tíos dominaban todo: las tierras, los animales. Y ya entons, comenzó a salirme chueco el vivir. Luego me cuenta mi jefa: /cuando nacis tes tu apá se moría de gusto. Mi hijo no va a ser ningún penéjeo/. Vivíamos en dolores hidalgo en un ranchito que se llamaba san ulalio. Mi jefe era el juez, a según dice mi amá, y se lo echaron por envidias; por las malas con una descarga cerrada de rifle.

Por una temporada mi amá dejó a mis hermanas con un hermano de ella y a mí me llevó con ella. Trabajaba de lo que podía, de lo que juera pa no dejarnos sin comer.

Al poco tiempo se volvió a casar con el que ora sigue siendo mi padrastro. Y nos llevó pa los hornos que había en puente de vigas y jue la primera vez que vi lo que era vivir en cartoneras. San agustín se llamaba; ora ya es la colonia diez de abril y ni rastro queda de la inmundicia en la que teníamos que chingar le a los tabiques pa sobrevivir.

Luego mi carnala mayor se casó y se quedó viuda con siete chavos ¿no es una pinchi desgracia! La otra vive con un albañil, y ya tiene cuatro chavos y con ésos se va a quedar pus se ha dado cuenta que si nos llevó a nosotros jue por la pobreza y por tantos que juimos.

Me acuerdo que don matías me dió mis chinguitas cuanto pudo, pero yo le salí muy cabrón. Cuando tenía nueve años me dió la última chinga. Me obligaba a cargar el tabique pero no me daba nada. Yo quería ir a la escuela; quería aprender a ler yo mismo. También me acuerdo que le decía a mi jefa: /¡madre ta viendo que nos ta llevando la madre y usté que no le para con los hijos! / Todavía ni siquiera oyíamos los anuncios en el radio de: vámonos haciendo menos pa vivir mejor. Y aunque sonaran, ni a radio llegábamos siquiera. Pero yo siempre pensé que entre menos juéramos, íbamos a ser mejores. Todo iba a alcanzar.

Taba cansado de que el viejo me trajera a sol y a sombra; así que me salí de con ellos y me jui pa progreso a tupirle a la albañilería. Me jui, pero siempre estuve al tanto de mi jefa y mis carnales y nunca les faltó un centavo. Por eso, hasta la fecha, mi madre me adora y este es el día que no me he vuelto a separar de ella...

Será por la pena de mi hijo que se me perdió o por la vida tan pesada que llevo, pero el chiste es que ando en los puros güesos.

Con mi primer señor, un tiempo viví muy feliz, pero se petatió. Y de ai pa acá han sido puros sufrimientos los que he pasado. Murió de tuberculosis. La enfermedá se le vino desarrollando dende mucho tiempo atrás. Duramos siete años de juntos. Le gustaba arto la tomada; todo lo que fueran bebidas embriagantes: licor y su pulque sin fallarle.

Como quedé viuda comencé a fracasar. Sufría mucho por esas cuestiones de la familia y entons me recogí con otro señor. Éste me aguantó nomás ocho meses. Cuando se juntó conmigo, resultó que ya tenía mujer con hijos que mantener. Entons al verme su señora con él, lo golpió macizo de tanta muina que le dio. Lo maltrataron tan feo también sus hermanos, que de la golpiza que llevó se murió. Dende ai pa acá vengo sufriendo la pena negra.

El primero me dejó dos de familia. Ya pa entons vengo ganándome mis centavitos -si dende chiquilla supe lo que era eso-. Mis hijos y yo nos quedábamos dentro de los hornos porque no teníamos ni un cuarto a onde guarecernos. Lloraban en cantidá por

tantísimo frío que se nos colaba por las rendijas de los ladrillos. Los trapos que nos cobijaban, no nos alcanzaban pa los tiempos que arreciaban los fríos.

Tuve doce hijos en total. Ora tengo ocho que me viven y cuando terminaba de mi jornada, me iba a llorar junto con ellos de la desesperación que me entraba de no contar con un apoyo. Los que me lo habían dado, taban bien juntos.

Con el que falleció de golpiado, tuve una hija que todavía me vive. Orita trabaja en un taller de costura en coyote y también sufre la pena negra. Dice que ya no quiere vivir con su agüelita que porque sus tíos son muy groseros con ella. /La otra vez me iban a pedir y se entrevino un muchacho que dijo tener que ver conmigo, que viví ocho días con él, pero tú misma ves amá que no es cierto. Pus no hija, pero ¿qué quieres?, la gente es ansina y mejor aguántate/. Yo comprendo que a lo mejor mi muchacha va a llevar los sufrimientos que toy llevando yo. Ya veo los principios; prefiere irse que seguir alojada onde le dan malos tratos, y sé que está pasando las mismas que yo pasé cuando era joven. La otra hija, vitoria tiene como doce años y vive aquí conmigo, pero mi señor de orita la trata re mal. Como no es su chamaca, namás afigúrense el trato que le da a la pobre. Yo que más quisiera que no fuera ansina. Luego si le suplico que no sea malora, a mí también me cierra el hocico de un manotazo. Como me gustaría vivir junto a todos mis hijos que todavía quedan de solteros y que están de arrimados con mi pobre jefa que ya no tarda mucho en cerrar sus ojitos pa siempre, pero, pus no se puede, nomás les haría sombra. Además mis hermanos me corren, no me quieren ver allí, dicen que porque soy una mujer mala, que no veo por la casa ni por ellos, sabiendo demasíadamente que me he jodido arto. Mi cara ya parece de vieja, arrugada y pellejada. De mi gordura de antes, ya no queda nada y ora me encuentro

en la flacura pura. ¿Será por la pena de mi hijo que se me perdió o por la vida tan pesada que llevo?, pero el chiste es que hoy ando en los puros güesos. Si mi nicho viviera -el primero-, otro gallo nos cantara, estuviéramos con él..., felices.

Ora traigo otra pena; la del muchacho que se me perdió. Es un joven de dieciocho años hijo de nicho. No lo volví a ver desde el primero de mayo del año pasado. Vivía con su agüelita en santa maría. Un día antes le habían dado una golpiza, no se sabe ni quien le pegó, pero segurito que jue por envidias. Él no era hombre de pleitos y a otro día como siempre, salió a vender su paleta. Cuando acabó el día, jue a entregar las cuentas y el carro a los dueños de la paletería. Cabino, como se llamaba mi hijo, antes estuvo de panadero allí mismo en santa maría, pero luego se aburrió y se metió a chambiar en eso de las paletas. Salió y ¡ay sí! que naiden se dio cuenta pa onde jaló y es hora que no he vuelto a ver sus ojos. Sólo dios sabe que le pasaría a mi muchacho; si tiene vida o no, pus hasta la fecha no sé nada de su paradero. Taba un poquito fallo del pensamiento; tantito no mucho. El achaque jue de un golpe que llevó cuando tenía cuatro años. Mi hermana le pegó fuerte con la mano en su cabeza, nomás porque se le vino a los pensamientos. Pero le tocó atrás de la nuca y de ai quedó fallo y no podía pronunciar bien las palabras. Tartamudeaba pa saber decir correctamente la palabra. También se devisaba que su pensamiento andaba chueco, porque decía unas palabras que directamente, hasta parecían ciertas. /Má, me voy a casar, yo tengo mi novia/. Lo querían las muchachas sí, pero nomás pa hacerle burla. Todo eso pa que él se desamorizara de ellas porque al mismo tiempo que le daban palabra, luego lo dejaban y era como se desatendía de otras cosas y se tiraba a tomar y a llorar macizo.

Decía que un día iba a irse, que se sentía infeliz aquí en santa maría porque se acordaba de una novia que había tenido y que lo había dejado. Esa novia que él quiso, cuando lo devisaba, se carcajaba en sus narices, sin motivo alguno. Si ella le hubiera dicho:/mira yo no te quiero y no soporto que me sigas molestando/, otra cosa juera.

Peró ella no quiso o no supo expresarle nada a mi gabino. Y nos cumplió lo que un día nos dijo de irse. ¿Jue por la marina que le metieron o por la decepción?, pero el chiste es que se me perdió. Y nosotros nos quedamos con los sufrimientos de su desaparición porque ya no comemos a gusto la tortilla su agüelita y yo.

Cuando hace frío, cuando llegan las heladas o llueve digo: ¡ay madre mía!, ¡ay virgencita de guadalupe!, cómo andará mi muchacho por ai con tanto frío; comerá o no comerá; qué caras le harán... Porque un hombre solo tiene que aguantar muchas caras pa que le den una tortilla. Aunque traigan dinero, no es lo mismo. Hay muchas señoras que de a tiro no saben considerar un hombre solo. Cren que porque ellas tienen una tortilla, los otros también. Pero es mentira ...

Doña Cata.

Pa prestarse con el esposo pus rápido y ya, pero al momento de tener aquel hijo, es lo mero güeno.

Yo me encuentro satisfecha hasta el último cabello. Ya estoy llena de hijos y no me encuentro como antes; ya no me gusta meter me con él; ya no siento como sentía; será porque ya tuve diez hijos que dios me dio. Yo digo que con éstos ya está güeno. Si por mí juera, estaría bien sin él, muy feliz. Ansina lo he pensado mayormente de cuando me hacía panzona de los últimos. Será que entre más y más me pongo más grave a la hora que los voy a parir y es como me acuerdo de las contrariedades que tengo con él. Entons digo, pa prestarse con el esposo pus rápido y ya, pero al momento de tener aquel hijo, es lo mero güeno. Cuando se sienten aquellas dolencias él no me viene a mitigar la ansiedá que me viene cuando la muerte me está rodiando.

Namás dios, yo y mi madre que me están dando salú y juerzas pa aventarlo. A él lo único que le importa es que la mujer se preste por un momento, pa que le haga lo que se le antoje. Ora me doy cuenta del dicho aquel que dice: el chiste no es tener hijos, sino sobrellevarlos. Me aflijo de a tiro cuando siento que me va a dar otro hijo y los que ya tengo no tienen nada. No sé, pero creo que todas las madres tenemos el mismo pensamiento...

Cecilia.

Don CHAVA.

Es mancebo de doña Cata y la tiene sólo por contar con un lugar seguro donde pasar las noches, pues no se compromete del todo, aun cuando ha tenido hijos de él.

Su actuar es machista -como todos los horneros en relación con su pareja- y piensa que hasta le hace un favor a ésta que ya ha departido con otros hombres en un vivir contingente.

Lo mismo da ésta o la otra; cualquiera. Lo importante es que no falte la mujer-esclava que lo espere solícita con un plato caliente y un lecho donde sestear la borrachera.

Don Chava tampoco se ha escapado al ajamiento que le hace estragos a sus congéneres. A sus 48 años, varias arrugas le cubren el rostro cobrizado. También le faltan algunos dientes y trabaja primordialmente por mantenerse el vicio más que a su familia.

Pasa las tardes libando pulque contando historietas a sus compañeros de oficio por los parajes renegridos. Gracias a su facilidad de palabra, su discurso es muy coherente y entretenido. Su plática se centra sobre todo, en temas que están un tanto alejados de su intimidad, aunque no deja de referirse a ésta, a causa de la urdimbre que le maquinan sus interlocutores.

El circuito ocluido de los hornos, atrancado de oprobio e ignominia va a horadar hasta el tuétano sentimental.

En las relaciones establecidas entre hombre y mujer en los hornos, primeramente se observa que no son legalizadas y sólo reconocidas a un nivel primario; en lo tocante y obvio por demás, a la pareja y a los que la circunvecinan.

No se casan porque no creen en las leyes y además no les hace gracia la idea de que para legalizar su unión, se vean en la necesidad de desembolsar una fuerte cantidad -para ellos- para el casamiento civil, como para el de la iglesia. Por eso, y para quitarse de problemas, se unen libremente y/o se separan también.

En estas conexiones maritales se ejerce la explotación por parte del hombre-macho hacia la mujer-hembra. Y como corolario evidente se reflejan las correlaciones de dominación por parte del hombre-macho; y de dependencia de la mujer-hembra para con aquél.

Así como esta sociedad dividida en clases va a generar lazos de explotación y sujeción en la esfera del trabajo, por ejemplo, asimismo las va a generar en las uniones conyugales.

La resultante paradójica es que estos mismos sujetos que están supeditados a una azarosa jornada laboral -y de lo más fatigante la del tabiquero-, sufriendo en carne viva la herencia de los desposeídos, repitan el modelo legado por sus patrones, continuando así la supremacía y la práctica del poderío, amén de la opresión con sus mujeres e hijos.

Pero ¿con quiénes otros, sino con los suyos, podrían ejercer esta necesidad surgida del círculo vicioso en el que se encuentran inmersos?, ¿con quiénes sino con sus más cercanos desquitaría su impotencia -inconsciente- y tedio cotidianos?...

No es que justifique la acción, sólo que resulta claro que no es un proceder individual o grupal, sino a un nivel más global. Estas secuelas contradictorias pululan en la órbita de lo social.

Es en estas escenas cuando taxativamente se observa el encharcamiento de su medio ambiente y la imposibilidad objetiva de destruirlo o zafarse de él para rotar a otra circunstancia menos anquilosada. Pero su indigencia sobrepasa todo malestar y no alcanzan a concientizar lo absurdo de su condición, y menos aún, las armas para combatirlo.

Y una vez más; ¿qué saben ellos de las leyes nacionales que los rigen?...

Así pues, se reproducen y refuerzan actitudes y comportamientos adquiridos en el trabajo diario por parte de los hombres, para reproducirlos y reforzarlos posteriormente en la convivencia de la intimidad familiar.

A fuerza de practicar una imagen ficticia de machismo y valentía frente a la mujer-súbdito que la introyecta como parte indivisible de su ser, descollará en la situación con ella y se creerá merecedor por siempre de sus favores y tributos aun suceda que él no le corresponda ni en lo más elemental.

El hombre de los hornos, al igual que los otros de los diversos oficios calificados o no, considera a la mujer como un ser poco inteligente "menos fuerte", y por lo consiguiente, "menos capacitado" para ejercer el mando y la estabilidad de una familia. Y sin embargo, con tales ideas, son ellos y no las mujeres las que abandonan más fácilmente la vivienda en un momento dado. Son las mujeres y no los hombres las que se pasan el día y la noche atendiendo y alimentando a los hijos pues la educación de la madre es mucho más activa que la del padre.

"Todas las madres están dedicadas a sus hijos y se sacrifican y consagran a ellos. Los padres son más autoritarios, se dedican menos a los niños y pasan gran parte del tiempo lejos del hogar", dice Lewis. (13)

La mayor parte de las relaciones establecidas en los hornos, se suscitan por mutuo acuerdo, pero las separaciones normalmente no se hacen con el consentimiento de los dos participantes. Como no existe ley alguna que les certifique la unión, de igual manera nada ni nadie fiscalizará o impedirá que en un momento dado, generalmente más el hombre que la mujer, dejen el hogar. Aunque la probabilidad de abandono por parte del elemento femenino es menor precisamente "por el énfasis cultural mexicano respecto del dominio del macho y el culto al machismo o masculinidad, en el que el cónyuge es claramente la figura dominante y autoritaria". (14)

Por esto se dice que el grueso de los compromisos de pareja de los horneros no son duraderos, puesto que su inestabilidad socioeconómica repercute ineludiblemente en sus circunstancias más íntimas.

Casi ningún amasiato se mantiene unido por muchos años, ya que existen un sinnúmero de causas por las que se disuelve. Las irregularidades y desequilibrios que envuelven al gremio de los

horneros van a horadar hasta en el tuétano sentimental. Y van a ser justamente los avasallados quienes revertirán erradamente su frustración en su contraparte femenina; convirtiéndose en ejerceedores del vasallaje en la única y viable esfera entrañable que poseen.

El hombre deja más fácilmente a la mujer que ésta a él. Pero tanto uno como otra llegan a relacionarse con dos o tres más a lo largo de su vida, con los que continúan procreando. Ahora el señor de Cecilia está con ella, pero mañana quien sabe; lo mismo sucede con doña Cata y si no, observemos detenidamente su trayectoria sentimental.

Pero tales reconsideraciones no son sexistas ni protegen a uno en menoscabo del otro. A fin de cuentas ambos sexos son conformadores de un sector sojuzgado y sufren de igual manera la opresión ancestral, las exigüidades y debilidades consecuentes.

Es por esto que no extraña la existencia de prácticas de adulterio y poligamia dentro de un circuito ocluido, atrancado de oprobio e ignominia en el cual, un hombre como Jacinto, un miembro de la sociedad viril, no haya encontrado a su pareja con la cual compartir su sensibilidad. Ni tampoco que al mismo tiempo, este "culto al machismo" se eleve como se erige e imponga y cometa contra la mujer una y mil vejaciones, pues para una gran mayoría si no es que para todo el grueso de horneros -y no solamente para éstos, sino para el elemento masculino en general que se apoya en la creencia de la supremacía de la masculinidad para ejercer más holgadamente el prendimiento femenino-, la mujer sólo es el receptáculo de las eyaculaciones apresuradas, torpes y compulsivas, como ellos mismos. También es el cuerpo donde descargan golpes orales y patadas genitales. A ella, su contraparte procuradora de placer, arrojan sus crudas morales y frus-

traciones terriblemente acuciantes, pero asimismo, impotentemente irresolubles.

Esta es otra variante más de las resultas contradictorias, de las paradojas que cubren la atmósfera de este sector en cuestión enclavado en el seno nacional de las entítesis.

Por otra parte, las mujeres por su condición de entes pertenecientes al "sexo débil", endilgada por demás por una sociedad patriarcal, van a actuar en ésta a un nivel de símil subordinación, considerando a toda la población femenina de horneras en relación y comparación con la masculina. Ellos, los hombres, si bien son seres relegados de igual manera por el sistema de vida actual, tienen una ventaja; se encuentran en una posición de superioridad con respecto a las mujeres. Continúan perpetrando el patrón autoritario que ofrece mayor independencia, mayor libertad de "hacer y deshacer". Es por esto que les es más fácil descuajarse del terruño tabiquero aunque sólo sea por temporadas. Circunstancia que los va a favorecer en cuanto al acrecentamiento de experiencias fuera de sus contornos que en mayor o menor grado, traen consigo consubstancialmente la desrutinización del ambiente horneril.

La oportunidad del éxodo o "las huídas" de tiempo en tiempo, por elementos masculinos, no va a ser ejercitada con tanta facilidad por la compañera hornera que se la pasa más tiempo de su historia en las malas, sobrellevando un destino de desventuras que gira en un círculo de sometimientos: hacia la sociedad, para con su pareja y consecuentemente para con los hijos.

Lo precedente no invalida el caso de doña Cata quien se ha visto precisada a desenvolverse dentro de ciertos cánones establecidos para con los hombres; como el beber o el emigrar por temporadas de los hornos en las mismas circunstancias que el macho lo hace; dejando los hijos que generalmente los hay, encar-

gados con la mamá, la abuelita; o en todo caso, con los vecinos.

Pero el suceso concreto de doña Cata, es la excepción que confirma la regla; pues es solamente una "ama de casa", en el ámbito tabiquero, que ha salido y "desobedecido" las enseñanzas de moralidad y buen comportamiento.

Y también la muestra, el retrato de muchas otras que sin desarraigarse se desempeñan en lo que encuentran practicable para su poca instrucción; en trabajos domésticos por lo regular, justo para sobrevivir con su prole cuando se ve abandonada momentáneamente -cuando su pareja paladea, olvidado de todo, con sus cómplices de procederes en la pulquería-; o en la peor de las suertes, indefinidamente, sin la menor posibilidad de que el señor regrese al hogar con la más exigua suma, por demás, siempre requerida.

Reveo: la relación hombre-mujer entre los horneros, no es más que la prolongación; el crecimiento de las relaciones de explotación que rigen a nuestra sociedad en todos sus espacios,

Y no se olvide que para que se produzcan conexiones absolutistas e intransigentes, los binomios realizables a este motivo, son más que indispensables e indisolubles:

Hombre-Macho = Dominador

Mujer -Hembra = Dominada.

Las viejas tienen que ser sumisas al hombre si no, no la hacen conmigo.

-Como con la mamá de uno también ¿no?, ella es mujer, pero casi naiden nos detenemos a pensar en ello tantito ¿verdá?

-Ya te he dicho que las viejas no la hacen conmigo. Tienen que ser sumisas al hombre si no, no la hacen conmigo ni con naiden.

-¡Ah!, pero pa hombres como tú por ejemplo, pero no creo que seas muy güen hombre chavo y no creo que encuentres.

-No. ¡si yo no soy hombre!, ¿me sabes algo o me hablas al tanteo? Si juera hombre tuviera todo tapado; no tuviera ninguna entrada. Pero teniéndola, quiere decir que no soy muy güen hombre; o sea, que puedo ser fresco ¿o no tú?

-No pus sí, si más fresco no podías ser mano, ya más de lo que eres, no.

-¡Más de lo que soyyy! ¡ay!, gracias, muchas gracias, me levantan el cuello ¡todos decían que yo era un galán ja!...

Andar bien enchincholado todos los días, es como una maldición que cargo dende que las abandoné.

Pus sí, tengo hijos y señoras, pero la mera verdá, es como si no tuviera naiden porque ando solo. Tamos apartados y quien sa por cuánto tiempo. A lo mejor ya es pa siempre. Unos viven en acámbaro, los dejé en mi tierra porque no quiero sujetarlos a la vida desmadrosa que llevo dende que el santísimo que adoraba me castigó porque no cumplí con la ley de los hombres de respetar a la primera mujer que uno tomó por compañera. Por haberlos traicionado es que ando todo el tiempo de briago. Es como una maldición que cargo dende que los abandoné; andar bien enchincholado todo el día.

Mis chavos que están en querétaro con la otra, sé que un día van a estar conmigo aunque el otro cabrón ya me hizo pendejo. Pero me conformo porque ella me dijo que tengo derecho a mis chamacos y que los vaya a ver cuando quiera.

Luego quisiera conseguirme una charamuca aquí pero no se puede. Por aquí me conocen y ya muchas saben lo que soy. Cuando paso cerca de ellas, se ríen en mi jeta. Se carcajean y quien sa que tanto han de decir porque soy un pobre tabiquero polviado de tizne; un hornero que anda trabajando con lodo; amasando

la tierra con la pinchi agua podrida del canal. Estas pinchis manos que me cargo no me desmienten. Y no conformes con burlar se cuando me ven, se echan a correr como si yo les apastara. Será por los trapos mugrosos que traigo o por lo corrompido que soy, pero el chiste es que me sacan la güelta.

Y mejor. No me quiero comprometer con otra. La primera se quiso quedar en mi tierra porque yo soy un pado, pero no la corrí. Si no hice hacer mi valer obligándola a que viviera conmigo, fue porque no quise meterla al lodo con todo y chamaquitos. Pero a la de querétaro la aborrecí porque se jalló a su güey ese. Todavía traigo espinas en el lomo por salir en chinga de la tranza. El julano llegaba. Como estaba oscuro y con la prisa no me fijé, me atasqué en la nópalera. Pa acabarla, me alcanzó a ver./Te quería conocer, ora ya sácate porque naiden se burla de mí y pa la otra ni tiempo te voy a dar pa que te juyas/. Pero el consuelo que me queda es que la vieja me quiere a mí. Me dijo cuando estábamos en eso: /si deveras me quieres lucio, mata a ese cabrón. Pus si quieres -le respondí- me lo despacho rápido, no será la primera vez. Mejor no, ya lo pensé mejor, júyete y yo voy a hablar con él pa que te deje venir a ver a tus hijos. Ella se quedó suspirando por mí; por el trabajo que le doy cuando le hago pa acá y pa allá.

La conocí cuando llegué a la ranchería de su jefe a trabajar en la temporada que me salí de los hornos, y fue cuando le amacisé a las criaturas. Era viuda y ya tenía chamaquillos pero ella fue la que me pidió los míos.

Pero si no me da chance el ojete de seguir viendo a mis retoños y de otra cosita con ella, me lo chingo fácil y rápido. Tengo la posibilidad de conseguir el arma que quiero. Tengo unos amigos en querétaro que hicieron güelga y que iban a matar al presidente porque se estaba volando el mais, el frijol y otras

cosechas, pero a la mera hora se juyó.

Mi suegro allí es cabrón; es hacendado. Yo me la pasaba montando el pinchi caballo colorado. Los chavos de por ai que lo hubieran querido montar, murmuraban:/pinchi chavo pero nos lo vamos a madriar/. Por puritita envidia me odiaban; ya era el nuero del mero chingón de querétaro. Pero luego hasta mi misma vieja me dijo que mejor me regresara por onde había llegado porque si no, me iban a matar los del otro rancho que me traiban ganas. ¡Ay! cabrón ¿quiénes serán?; nomás échenmelos pa que conozcan a su mero padre, yo pensé; si al fin que cargaba mi reglamentaria en el cincho. Mi suegro me la había regalado ¡ay hojita verde!; traiba mi cargador bien amarrado al cinturón y no se me caiba. Con el que me topara iba a llevarse una güena sorpresa porque estaba dispuesto a todo, pero mi suegro y mi vieja me convencieron de que regresara.

Llega nomás de vez en cuando, me dijo don agustino, ya sabes que aquí tienes tu casa. Y viéndolo bien, estuvo mejor que me alejé de las discordias y las traiciones. ¿Qué tal si de a deveras me dejaban frío? ¿qué cuentas le entregaba a mi jefecita? que nada tiene la culpa de mis líos y de que me sigan a onde esté...

Manuel/Lucio.

X.III.

Ora de viejo no me conviene hijar;
por eso ando consiguiéndome una
canusca que me acompañe.

Mi dinero lo entierro aquí abajo de mi cuartito porque la tierra me protege mis centavitos y no tengo mujer a quien dárselos. Si tuviera otra cosa juera: /ándale viejita, ai ta tu dinerito, compra el mandadito o lo que quieras/. A veces ya no quisiera buscarme una mujer porque no quiero toparme, con perdón de jehová y jesucristo, que es el jefe orita, con una chingadera.

Buscarme una ruca a mi medida que no me cuide, que no me tenga mi pantalón limpio, ¡ni madres qué! Nunca me casé, pero sí tuve novias; me gustaban las trenzudas bonitas.

Yo sé cantar y también sé hablar porque dios me ha dado la palabra pa hablarle a una hembra: /Señora o señorita/, a según la edá y lo ajetreado. Pero si a una vieja le digo señora y no se ha matrimoniado ¡uh!, me cachetea y no debe porque si ya está arrugada, pus es señora aunque nunca se haiga metido con un hombre. /Señora o señorita, dispense que me dirija a usted pero me ha nacido del corazón hablarle y al mismo tiempo decirle que no me dé ningún desengaño si acaso quiera condescender a mis relaciones/.

Pero nunca me casé por la iglesia porque ai tan los nague-
ludos. Ni tampoco por lo civil porque no quise gastar mis ahorri-
tos con el gobierno cabrón. Ora mejor la que se quiera juntar
connigo será a como siempre las he tenido; de contrabando, a lo
pasajero pa que cuando se quiera jalar, se jale sin pedirle per-
miso a naiden. A mí me conviene conseguirme a una canusca que me
acompañe porque ya no me conviene hijar. Y aquí estoy pa que la
que quiera venirse connigo la reciba con los brazos abiertos.
Menos las chingaderas de por ai de la mercé con sus culos jeditos
dos que ya me fastidieron. Que sea romana, evangélica o atea me
da igual, nomás que ya no pueda tener familia. De joven nunca
llegué a saber de un hijo mío, pero ora menos que ya se me pasó
el tren.

Ora las de aquí no me quieren a pesar de que también son mu-
grosas como yo. Nomás les empiezo a platicar del evangelio y
las palabras sagradas, me regañan y me mandan a la chingada las
jijas porque dicen que ando en pacto con el diablo.

El que pregona la palabra de dios es aborrecido del mundo.
Anda uno predicando y a la gente le choca, no quiere conocer tie-
nen culpas y tienen miedo del castigo del señor.

Yo creo que por eso no tengo a naiden dende hace güen tiem-
po. Si quiero mujer, tendré que ir a buscarla a otra parte le-
jos de aquí, porque estas horneras son muy quisquillosas./Aquí
está su señor evangélico/. Y si cualquier día me viene la mujer
por ai, mejor que sí sea evangélica. Las mugrositas de aquí,
con que me tiran de a lucas y ya.

Lo único que tengo es la palabra de mi jesús y mi cobija
pa taparme por las noches. Él me la dio porque orita es el que
manda. También nos entregará dentro de poquito a su padre jehová,
que orita ta descansando...

Me desespero a su lado porque soy un
 novido. Quiero a alguien que me ayude
 y se apoye, pero no con su silencio.

Ta que uno ni la, tiempo que ver mucho el íntimo entre sí o
 da y supono. Pero no se puedo ir pa la lebra muy jartoso y pa
 en la tardadita llegar entre azul y medias rochas, nomás pa
 el señora me haga un tango porque no le llevé lo que faltaba pa
 acompletar el gasto. A otro día, uno se levanta sin ánimos y
 esto es lo que más me amuela a mí.

Luego ni platica ni dice que tiene tal o cual idea. Ta a
 lo que yo digo y hago pero de ella no nace ni puta acción. Y
 yo quisiera alguien que me ayude en la madre y media de cosas
 que hago; que me apoye, pero no con su silencio.

Con ella me pasa lo mismo que con mis cuates. Cuando le
 estoy contando que esto y que lo otro, me dice que sí, pero no
 me entiende. Quiero algo más y ya lo sabe, tanto que hasta me-
 jor me dice que cada quien agarre su camino. Nomás con eso se
 quita de encima y sen se acabó.

Cuando llegué todo ilusionado de monterrey con los centaves
 que iban a ser pa que la güera se fijara en mí, me di cuenta que
 con ésta no podía ser. Pienso que a lo mejor era más inteligente
 que yo, más estúpida. A duras penas aprendí yo solito a medio
 ler y escribir. ¿Cuándo iba a comprometerse con un tabiguero?...

X.V.

El hombre tiene la culpa de que la mujer comience a alborotarse, si no la desinquietara, se quedaría sosiega y no perdería nada.

Ora pa acabarla de fregar, nó conforme con andarme traicionando con otras viej lo anda haciendo con mi intimidá.

Al principio le tenía arto amor a mi marido; jue tan tremendo que antes de hablarle, nomás con verlo, aunque fuera den de lejos, me conformaba. Porque si no lo devisaba no me sentía a gusto. Me gustaba su carácter, su estatura, y lo llegué a querer tanto que me jui con él. Pero ora entre más pasa el tiempo, más me ofende hasta el corazón. Lo he visto abrazado de mujeres en la pulquería; una cosa ansina, entons, casualmente lo jui aborreciendo y ora pus, amor ya no le tengo. Luego me dice: /güeno, ¿y ora tú que trais?, ¿por qué estás tan seria? ¿qué te he hecho? Pus fíjate que no me has hecho nada a lo derecho, pero a escondidas sí. Tus mismas hijas me han venido a contar, entons no son chismes, sino la pura verdá/. Lo malo es que luego les agarra odio a ellas; que chismosas, que jijas de la quien sa cuando. Pero yo me le pongo de puntas y las defiendo. Mi muchacho grande me dijo el otro día que la que vende el pulque se le quedaba viendo a mi señor y que luego les ganaba la risa a los dos. Y si se queda allí hasta las once de la noche, es porque no está tomando por las güenas, sino por ver que saca de interesante. Me da coraje y por eso me enojo y lo celo arto pero

por derecho en que digo: güeno por qué hace eso delante de mis hijas? Por eso casualmente que a mis hijos no les tiene amor que digamos, como muchos padres que solitos dicen:/miren les traje esto/. Si le piden un peso, les contesta en mal tono que no tiene dinero. Yo le respondo que como no le falta pa invitar les a sus amigos pa quedar bien con ellos.

Los pobres son los que más contrariedades tienen en el matrimonio. Los hombres se toman esa confianza de que pueden abusar de cualquier mujer; será por el valor que les da un trago de tequila o no, pero mi señor es ansina. Ya me han venido a dar la queja de que estuvo con julana o con sutana y siento como si me dieran unos toques a los nervios; me desagota completamente este pensamiento. Porque digo: él como anda, y todavía llega a discutir conmigo y eso que siempre me acomido a darle de comer. Llegue a la hora que llegue. Pero de nada sirve porque saluda con que: jija del esto, jija de lo otro. Y si se le arriman los escuincles: /órale, órale, háganse a la quien sa que/.

Ora le platico a mi hija la más grandecita que no es nanás irse con el novio, sino que hay que pensarlo bien. /Mira hija, yo estoy arrepentida, porque de lo poco que me da tu padre y tu hermano, me hago cruces pa que alcancen todos de comer. Ustedes con que nomás me piden, pero solamente yo sé como me las arreglo pa que me rinda el gasto diario. Y tu hijo, es preciso que no pienses todavía en desinquietar a una mujer porque ya quiere cuando menos una cama pa acostarse y unos pocillos en qué servirse. Cuando yo me jui con su padre, en verdá que no teníamos un petate onde acostarnos. Si no es por mi suegra que empezó a regalarme cositas aunque usaditas, no hubiéramos tenido ni unos tepalcates onde comernos nuestros frijoles. Pobrecita, pero nos socorrió en lo que pudo. Sé honrado hijo pa que la mujer que encuentres te respete y no te vaya querer ver la

cara de tarugo. Trátala con el amor que al principio le ofertas hasta que dios te quite la vida/.

El hombre tiene la culpa de que la mujer comience a alborotarse. Si no la desinquieta primero, ella se quedaría sosiega y no perdería nada.

Ora pa acabarla de fregar, no conforme con andarme traicionando con otras viejas, lo anda haciendo con mi intimidá. Un compadre de nosotros me vino a decir que a ver como le hacía yo pa sosegarle el piquito a su compadre, que porque andaba de hocico suelto en las pulquerías con todos los viejos briagos diciendo cómo le hace conmigo cuando estamos en eso; cómo me alivio de mis hijos; cómo tengo mis partes ocultas y quien sa cuántas majaderías.

Cómo no le voy a agarrar odio si anda hablando sin más ni más de mi intimidá como si yo fuera una cualquiera. ¿Por qué hace eso de platicar con sus amigos cosas que me ofenden hasta el alma... Me acuerdo que al principio le tenía arto amor y tan tremendo, que antes de que me conociera, ya nomás con verlo, aunque fuera dende lejos, me conformaba y me hacía olvidar la vida tan triste que llevaba...

Cecilia.

X.VI.

Casi todos nos agarramos el sueldo completito y nos vamos a chupar. Nunca decimos: me agarro cincuenta pesos pa mis hules y le llevo a mi vieja lo que sobre.

-Pero ¡carambas!, cuando uno llega todo jodido a la cartonera con ganas de desapendejarse tantito del sol y la chinga del machete o la rebatida del lodo, mi señora debía recibirme bonito: /¡hijito!, ya llegastes/ y no, nada, ¡ni madres! Lo único que me dan son puros pinchis regaños.

-Pero eso es de hogar a hogar viejo; no todos son iguales.

-¡Tú cállate mano, mejor cállate!

-¡Qué sea menos, qué sea menos! Cuando el hombre sale con su paga de quinientos pesos tampoco dice; me agarro cincuenta pesos pa mis hules y le llevo a mi vieja lo que sobre. Casi todos nos agarramos el sueldo completito y nos vamos a chupar, así a ver cómo le hace mi vieja; que se vaya a conseguir con la comadre o con el vecino. ¡Agüelita!, si quiere papiar ¿no? Por eso luego la ponemos a lavar ajeno pa que nos acomplete el chupe con los que invitamos a gustar. ¡Pa eso tenemos nuestra vieja! ¿no? Pa que trabaje con nosotros y ya no nos preocupemos de andarle pidiendo chamba al nuevo patrón.

-Pus préstame lo que te dejó tu vieja ¿no?

-¿Qué te deje lo que se chingó mi vieja?, ta carajo ¿no? Cabrón, ¡eso nomás es pa mí!...

Cuando me corresponden hasta ganas de dejar el vicio me dan; pero cuando me abandonan ¡carajo!, odio y coraje siento a la vez.

Ya tengo veintisiete años y soltero, gracias a dios. Aquí se casan muy temprano y yo siempre he pensado que pa qué meterse en problemas tan pronto ¡ta carajo!, ¿no? Demasiado se sabe, porque se ve en la familia de uno y los demás, cómo es esto de juntarse y llenarse de hijos.

Luego siento que soy un egoísta, pero de todos modos no me arrepiento. Si pienso en eso, pero pa cuando ya esté en una edad más madura. Hasta eso que no tengo ninguna querida. ¿Pa qué se busca la amante? ¿Pa que se corra el riesgo de que a uno lo mate su señor? Ta cabrón que los rivales se maten nomás por una vieja ¿no? Y aquí sobran las mujeres que se dejan engañar de uno de hombre. Solas o no.

También me entra el julepe de volverme a enamorar. Cuando me corresponden siento alegría y hasta ganas de dejar el vicio me dan; pero cuando me abandonan ¡carajo!, odio y coraje siento a la vez. El miedo me ha venido por tanto odio que cargo por causa de la vieja con la que me iba a casar. El otro día la ví cuando yo andaba mariposando. Se me quedó mirando y luego se metió corriendo pa dentro de su sombra; iba bien amuinada.

Genas me dieron de agarrarla y acomodarle unos güenos ma-
drazos, pero pus no me di valor. Más que estábamos en la pulque-
ría con un montón de borrachos ¡pass!, mis compañeros. Pedí
otro pulque y apreté a la vieja que llevaba. Ella volvió a sa-
lir y se me quedó viendo con unos ojotos de pistola. Y como an-
daba bien arreglada, cogí y le dije: / si esas pinchis prendas
no te las pudiera comprar, fueras otra chagua/. La muy hipócri-
ta comenzó a chillar.

Mientras, le dije a la otra que traiba: /vámonos, cren que
no puedo mantener a una pinchi vieja ¡jijas de la chingada!;/
ansina le dije pa que le ardiera.

Y como todos han visto aquí, no soy muy fino pa el traba-
jo, pero ¡bendito sea Dios!, que me gusta mantenerme solo. Por
eso muchas señoras me han escogido pa su yerno. Pero yo las
desairo porque la que yo quise no me la dieron, dizque porque
soy muy briago...

Jacinto.

/Aquí perdistes caña y elote de un junto porque me llevo a mis hijas; ya sabrás lo que haces con la querida/.

Ya quería tener una mujer a mi lado; ya se me tostaban las habas por tener familia. Me enchilaba porque ya quería conocer el fruto de mi sangre, pero como no tenía una mujer a mi lado, me desesperaba. Ansina me perturbaban los pensamientos. Todo mi cuerpo se sacudía por una calentura cabrona. Me despertaba y no encontraba con qué y me consolaba con las mujeres de la calle. Pero no tenía ningún chiste, porque nunca se ve el producto en tre ellas. Le dan a uno su cuerpo pa que se descargue la energía que traímos y de aquella juerza que les despide uno, no se logra ningún retoño. Nomás con que se toman sus píldoras; o quien sa que se meterán pero uno es el que sale perdiendo, por que ai se deja la naturaleza. Por eso hay que buscarse a una mu jercita de familia que de frutos y que vea por uno. Pero si se mete capricho y no se busca la otra mitá a lo que es natural, de nada sirve estar despidiendo las energías nomás porque sí. Yo no digo que no hay que desahogarse o descansar, pero a cada rato hay que estar pagándole a una y pagándole a otra.

Ora que ya estoy viejo espero que venga una de mis hijas y me diga: /papá vámonos pa la casa/. Yo sé que barriendo o hacien

do cualquier quihacersito ya me gano la tortilla. Si no juera por ellas que son lo único que me quedan, mmm...

Nunca la traté mal en la vida que pasamos juntos ¡a lo macho!, ora que el tiempo ha corrido de todos modos la sigo queriendo, pero tanto año desamparado de ella, me trajo la resignación pa olvidarla. Vivimos juntos como diez años y no más por un retrato de una tal petra que conocí en tacuba; una mujercita de esas con las que se tiene poco reglamento, mi mera vieja me dejó.

Ese día, llegué al cuarto ya noche y un poco tomadín. Me lo había regalado como recuerdo y yo me lo guardé en la bolsa de la camisa. Y sí, lo que sea de cada quien, si andaba de grosero con ésta. Luego ansina somos los hombres de mulos y canijos. Si uno tiene su señora y se anda metiendo en otros lados, es por puritita grosería. Entré al quartito como si nada. Saludé a mi señora y a mis hijas. A luego me puse atrás de una cortinita a modo que me cubriera. Me senté, saqué el retratito y me puse a divertir mirándole los lunarsotes a la petra que le saltaban en la cara. Lo que no me di cuenta y jue onde la erré, es que mi vieja taba vigilándome. Yo sin saber, seguía devisando a la mujercita que sí me gustaba porque taba jovencita como mi queta. Ya que me ganó el sueño, tranquilamente me dormí y jue cuando me sacó la fotografía.

A otro día, se armó el pleito de a feo. /¿Qué clase de mujer es ésa?, ¿A poco vale más que yo que tengo tus hijas? No, mira viejita, no te enojas, tú deja eso pendiente y nosotros vamos a seguirle. No, me dijo, yo no quedo conforme. Mira hija, mira viejita, dispénsame por esta vez. Te juro por la memoria de mi santa jefecita que no lo vuelvo a hacer/. Pero me retachó mis palabras. /Ya no te tengo aprecio lino, mejor me voy pa otro lado y me pongo a trabajar pa mis hijas, ya tú sabrás qué harás

con la querida que tienes. Aquí perdistes caña y elote de un junto porque me llevo a tus hijas.

Pus sí, de plano me mandó a volar y más feo sentí cuando me dijo: /no quiero que pises más los pieses en mi casa/. ¿Qué hacía?, total que me salí, me largué, taba joven todavía; como a la mitá de mi vida.

Últimamente me encontré con esta otra señora guadalupe. ya teníamos tiempito de habernos enredado, pero las dificultades nunca faltan y ora no está conmigo. Ea en su tierra cuidando de sus intereses. Tenía una parcelita que yo le trabajé como tres años pero tuve que venirme porque me pelié con un hijo de ella. Yo no tuve la culpa de haberme metido con la hija de mi entendido. O güeno, en estas cosas ¿quién tiene la culpa; el hombre o la mujer? Yo digo que más bien la mujer porque si no da lugar, pus no hay nada que hacer. Más a mi favor que no es a la juerza; si yo hubiera tenido la culpa, no me dejan salir vivo o la policía me anduviera buscando.

Llegamos ei ansina: tabamos desgranando maicito ;verdá! Mi señora estaba haciendo sus tortillas en la cocina. La muchacha me aventaba a cada rato mazorquitas y pus a mí no me parecía ¿no? Yo siempre cohibido, pero me puse medio encarajado cuando me dijo:/te faltan güevos ¿o qué? Pus mira manita -le respondí- yo soy hombre pero tú no me acabalas/. Yo nomás le dije eso pa quitármela de encima porque pensé; yo no me meto; por la edá que tengo y por respeto a mi viejita, no es güeno que me meta en dificultades. La muchacha taba jovencita y sí me gustaba, pero no tenía caso meterse con una persona que no se debe ¿qué iba a hacer uno de viejo con una jovencita? Pero luego: /¡Vámos, órale no te arrugues!-¡y yo tuve la culpa?-. Pus ándale, ¡canijo!/. Y comencé a manosiarla . Me la apergollé en un rinconcito y le hice lo que quise. Aunque ella jue la que

primeramente me dio lugar. ¿El hombre qué pide o qué pierde? Uno nemás chinga y san se acabó. Pus jue en estas como nos encontró su jefe, mi entenado: ¡¡quihabo! -dica- ¿qué pasó? Pus nada -le dije- Aquí estamos/. Yo me sentía lo que se nombra chiviado, chiviado. /Pus orita se me paran y vemos a ver qué hacemos con usted por acá/. La muchacha se quedó seria, seria y queriendo o no, me tuve que salir. Onde que pa acabarla de chingar, este entenado no me devisaba bien porque estaba en la casa de su amá y yo era el que mandaba. El me había reclamado que yo quería mandar sobre los intereses de su jefa, pero ella siempre metió la defensa pa mí porque cuando hay intereses de por medio, no falta quien se meta por envidias. /Usted jijo de la chingada, méndigo, por qué se metió con mi muchacha? Mira -le dije-, yo no quiero tener pleito contigo porque nos hacemos de razones, y tan malo es que yo te pegue como que tú me madries. Si me metí, jue porque ella dio lugar. Yo no la forcé, pero si quieres, nos damos unos madrazos y a la chingada. Ansina jue que nos dimos unos güenos. Ya me andaba ahorcando y yo le andaba floriando la calabaza con un fierro viejo de ferrocarril que jue lo primero que agarré pa defenderme.

Y hasta la fecha no puedo llegar a su casa y menos estar con esa familia. Mi viejita no se enojó, nomás se apenó, pero todavía cuando me vine, me puso una cobijita, una ropa y unas tortillas. /Pus me voy a regresar a chingarle a los tabiques a santa maría, viejita. Pus qué otra cosa/. Ella también me dijo que era mejor que me viniera: /no vaya a ser que te maten aquí mismo en mi casa, mejor vete/.

Y sí, nos vemos cada tres meses; pus ella nunca me ha abandonado...

Ella no era mujer pa casa y yo necesito una que me calme, me haga feliz, me dé mi comidita y lo que se me ofrezca.

Vivía con mi señora, pero me dejó nomás porque la planté y no me la llevé al cine. Cuando llegué le dije: /¿sabes qué julia?, mañana te llevo al cine, porque hoy tuve que acompañar a mi carnal a la villa pa que comprara unos choclos/. Me miraba seria pero no respondió nada. Me acuerdo como si fuera orita. Luego me salí a la pulquería a comprarme unos refrescos y un pulque pa revolverle y cuando regresé ya no estaba.

Dende que se jue hasta la fecha, vivo solo. Después de un tiempo largo, me mandaba decir que me esperaba en la tortillería o en la tienda, pero nunca jui, porque supe que le gustaba arto andar de allá pa acá. Y yo busco una tranquilidad. Sí quise a mi mujer, pero no me quise meter en tratos con ella otra vez, porque me di cuenta que no era mujer pa casa. Y yo necesito una que además que me calme, me haga feliz, me dé mi comidita y todo lo que se me ofrezca.

Como orita, tengo mi costal atarragado de trapos que ya tienen días puercos. Luego de noche me ven lavando que una camisita, que un pantalón. Llamo el tambo de agua, y en lo oscuroito, me pongo a limpiar mi ropita...

.X.X.

Si me encontraba, con perdón de ustedes, mis números mojados, me gritaba, me putiaba y me golpiaba.

A la mera hora se juyó con una señora y me dejó en la vil calle con su criatura bien maniada.

El tercero que tuve también se lo llevó pifas. Se le deshizo el hígado de tanto chupar; que por decepción de su señora a la que quiso arto y murió, pus se empedaba macizo. Nomás se acordaba de ella y le metía duro al alcohol. Me tenía a mí, pero me figuro que no sabía comprenderlo o no sé; y me duró un año sin uno de familia.

Duré artito tiempo sola después de este dijunto y luego me entremetí con otro que me daba ;unas zumbas! Me pegaba arto por celos. Ya no era dueña ni de salir, con perdón de ustedes, a orinarme, porque lueguito al entrar, ya lo tenía sobre mis giesos, me trasegaba la parte oculta, y si la encontraba húmeda, de segurito que me daba una chinga bien dada. Llegaba de su chambá y antes de echarse un rato a descansar, me trastiaba y si me encontraba, con perdón de ustedes, mis números mojados, me gritaba, me putiaba y me golpiaba.

Ya cuando de a deveras la vi gacha, jue cuando iba a ahorcarme con un lazo. Me apretó el mecate en el cuello con todas sus juerzas y cuando iba a colgarme, corte el cordón con un cuchillo que alcanzó mi mano de la mesa y me eché a correr. Ya

sobre corrido, lo dejé pa siempre. Con éste si duré arto en comparación con los otros y eso que me daba mala vida; pero cuando hizo eso de querer matarme, decidí dejarlo. Tuve dos criaturas con él. Una chamaquilla que se llama mellos y un chamaquillo que se me murió a los pocos días de nacido de tan delgado que estaba. Por eso digo que por culpa de él, éste niño falleció, pus no me daba güenos centavos pa comer bien.

El papá de la niña que vive conmigo: vitoria, jue con el que anduve luego que dejé a aniceto. Me puse a trabajar con él y tuvimos un horno. Trabajamos macizo y caminamos de acuerdo más de un año. Pero de repente se encaprichó y sin avisarme, vendió el hornito que con tantos trabajos levantamos y cuando acordé, ya se había juyido con una señora que era mi vecina. A veces llegaba a nuestro cuarto: /señora, emprésteme unos tomatitos pa acompletar la salsa/. Yo le daba sin saber que me andaba traicionando con él que a la mera hora, me dejó en la vil calle y con la vitoria bien maniada. No me dejaba trabajar bien, se la pasaba berree y berree. Luego me ponía a pensar, entre acomodándome los tabiques en el lomo y sonándome los mocos: que jue de a tiro pa dejarme sin un quinto y con su criatura.

Seguí desarrollando mi trabajo y jue como me encontré a este último; al chava, al papá del último de mis chamacos, que ya anda en los dos años. Pero también le estoy aguantando la mala vida que me da. Mi última esperanza es un amigo, el joven aquél de los pinos que luego llego a ver.

Con el chava tampoco me casé, no nos atora ninguna ley y se me hace que tiene otra. Ya no puedo ver la mía; siento que ya no doy con el hogar. Será por la vida que me pasa este hombre con el que nomás duermo. Viene a echarse y al otro día se va y no lo vuelvo a ver hasta en la mera noche.

Siento que nunca voy a tener la felicidad como quiero... Que los domingos, de pérdida, haiga un poco de diversión pa mí; que él me diga: /te traje tanto; ándale, pónte a hacer un taco y luego vámonos a divertir con los niños/. Siquiera que me sacara a la sombra de un llorón a cambiar de aigres; a echar los que nos tregamos aquí: esos humos; tuñas negras que güelen al vivo petrolio quemado que avienta la estufita y las estufotas que cocen ladrillos. / Ándale mujer, vamos a distraernos tantito del fastidio de la semana/... Esto me gustaría aunque luego él se juera a divertir a la pulquería. Yo ya me quedaría contenta de que habíamos pasado la tarde todos juntos. Pero es de a tiro imposible que me sienta tranquila si me está maltratando y golpiando.

Si estoy comiendo y llega, comienza a reprocharme por cuestión de la familia que tengo. Me echa en cara que tengo hijos de cada hombre; que por eso los tengo variados. Le digo que a él no le interesa, que mi vida pasada es otro cantar y que si no quiere vivir conmigo, pus viéndolo bien, hasta es mejor.

Porque de plano..., la verdad es que si hay otro en medio del chava. El otro sí es más joven al lado mío, pa que más que lo que es. Yo ya mero ajusto los treinta y siete y comprendo que este otro de veintiocho es güena gente pa mí porque cuando nos quedamos de ver y le llevo un taco, con toda franqueza, me ruega que coma primero yo.

Me imagino... que que éste me entienda un poquito tan si quiera. Cuando he tenido que quedarme en los hornos; que paso güenas friegas en la chamba; malmuraciones de la gente; que ya me quedo sola pasando hambres; que no me alcanza ni pa vestirme. Lo que traigo encima; son las garras que recojo en las viñas. No puedo areeglarme tantito pa irme a mi mandado, porque luego lueguito se imaginan que ando mal. Pero yo sé en qué caminos ando. Los

casino pa proteger a mis criaturas.

Al de en medio lo veo cada tres días un ratito por las tardes allá por los pinos onde meidan nos visten. El chava ni sabe, ni cuenta se da ¡si no?, ya jaca mujer muerta yo creo. Yo me cuidó lo más que pudo; toy al tanto que meidan nos deviese. Yo me decíalo a jime con él aunque se ve gñano, luego me extra el miedo que me vaya a abandonar. Él ta muchacho, pero yo ya soy mujer grande. Cuando se juntan con una, comienzan a desarrollar su energía y agarran, por una cosa pequeña, por cualquier pleitico, comienza a corromperse la cosa y la dejan a una apantallándola con otra mujer. Este es el miedo pues que tengo.

Yo nunca burlé el hogar cuando comencé a hacer vida de matrimonio. Pero ora sí lo traicioné porque no soy feliz. Cuando un hogar se lleva bien, no debe meterse capricho en andar con otro, se debe estar sosegada haciendo feliz a su señor de una, sabiendo demasíadamente que al hogar no le falta nada, pero onde faltan centavos y cariño, tiene una que obligarse a buscarlo por onde se encuentre. A buscar onde haiga; ora sí que aunque tenga que traicionarse al hombre con el que se vive. Es como con el trabajo, si no se tiene, sale una a buscarlo. Ansina es. Por eso tengo al señor que veo en los pinos..., por si acaso...

Doña Cata.

El julano ése se la jodió y ya no pude aprovechar nada. Me di cuenta que la perdí por pendejo, por respetarla demasiado.

Me iba a dar un balazo cuando ella me dejó, pero mi mamá me detuvo a tiempo. Andaba tan enchilado que iba a cumplir las intenciones de rajarme mi madre o si no, de pérdida a ella; pero además de que se interpusieron, los cartuchos taban acedados de tanto tiempo que tenían sin salir. Pus de esa muina me puse re enfermo, tirado artos días.

El julano ése se la jodió y ya no pude aprovechar nada. ¡Total me di cuenta que la perdí por pendejo, por respetarla demasiado. Lo que sí, jue que la desilusión me atacó el corazón. Sentía que no podía respirar bien y el pecho me re te dolía. Cuando pasaron los días, me dediqué más a jugar y al poco tiempo se me jueron los rencores pa ella.

Ora ya hasta nos hablamos, aunque sigue con aquél que se la voló pero el malestar se me quitó; la pelota jue la que me salvó ¿quién si no?, ¿qué otra cosa sino el juego de la patada por el que vivo?...

¿Cómo voy a dejar que ella me pegue a mí? Se perdería el respeto ¿no?

-El año que viene me voy pa tioloyucan pa hacerla de judío o de lo que me pongan. Claro que mi ilusión máxima es la de salir de Jesús. ¡De toditito corazón lo haría!, pero no puedo por que no soy casado.

-¿Porque no quiere usted o porque no quiere doña cata?

-No, si yo la sé hacer; lo que me toca mi papel a todo dar la hago, pero nunca le he preguntado a mi mujer si se quiere casar. Ya llevamos artos años juntos y tenemos nuestro chamaquito.

-Entons tu hijo es bastardo ¿no?

-Güeno, quizá. Yo por mi parte estoy en gracia de dios... o quien sabe, tal vez no. Uno que puede decir. Yo soy un mancebado y puedo entrar a la iglesia. Hasta el padre sabe que no soy casado, pero sabe también todo lo que he sufrido en la santa casa del señor y todo lo que he durado sirviéndole.

-¿Y usted se siente feliz con cata, su señora?

-Pus digo, de momento sí, pero a veces no, cuando se cometen los errores de borracho... yo creo. Cuando se llega a exigir sin haber dejado antes el chivo. Pus ¡quihúbole!, primero el gasto ¿no? Te peleas y se acaba el contento. Pero si uno lle-

gara trajinado de toda la mañana y con centavos; pus ya habría cuando menos pa gordas calientitas pa comérselas con una salsita bien picosa ¡ay!, hasta se me arruga la panza nomás de pensar.

-¿No ha comido porque no ha dejado el chupe verdá tavita? A usté lo conozco poco pero ¿se acuerda que un día que estábamos tomando llegó su mujer a exigirle lo del gasto? Ni porque estaba con su comadre la camarona usté se sosegó. Al contrario, discutieron feo y horribilmente.

-Como anoche también. Pagué cuatrocientos cincuenta de comidas de una semana, me quedaron a deber doscientos y ella se enojó. Pero hasta orita, no la he dejado que me golpíe; si no, tendría que regresarme a darle sus trompadas. Pero agarra y me grita: /¿sabes qué?, ya mejor sigue comiendo allá toda la vida/. Y es que allá onde trabajo, por balcones, almuerzo, como y ceno. Ella se pone celosa porque pensará que tengo otra mujer. El otro día en la mañanita, se montó en su macho y me escondió los centavos que tenía pa curármela. No me los quería dar, dizque pa pagar los doscientos pesos de la renta del cuartito. En los matrimonios, aunque no sean casados los señores, siempre hay problemas. Se cometen errores en la vida sea uno güeno, sano o briago, pero siempre se hacen cosas que no.

La verdá si nos hemos dado nuestros güenos chingadazos la cata y yo. Pero era más cüando ella tomaba. Agarraba y de güenas a primeras:/órale, chinga tu madre pinchi chava. Pus chinga la tuya y le voltiaba sus trancazos/ Se ponía re terca y no me dejaba ir a trabajar cuando todavía quemaba aquí en los hornos. Juera de día, de madrugada pero me quitaba la pala, de pura ociosidá; de borracha que era. Reconozco que ora ya no toma. Hace seis años que juró no volver a chupar ni una gota pa toda su vida y lo ha cumplido. Ora peliamos por celos: /ándale lárgate

con la otra vieja que ya te tiene gordo de tanto que te da de tregar. Pus a chingar a tu madre, pus chinga la tuya/. Y ya con eso tenemos pa agarrarnos a madrazos al tú por tú. Pero siempre gano yo porque estoy más crecido que ella y bien que le alcanzo a poner artas cachetadas, pero le detengo las manos; ¿cómo voy a dejar que me pegue a mí? ¿se perdería el respeto no? Además, por lo regular gana el hombre, a menos que la mujer te torona o que el macho ande empulcadito. Uno tiene que ganar y a la de a güevo hacer reaccionar a la mujer. Ya despuesito con palabras, aun que ya esté tirada con el hocico hinchado y los ojos moros: /¡mira viejita!, esto es ansina, ya cálmate. Te prometo darte siempre un centavo y ya no irme a trabajar a otra parte que no sea aquí en los hornos/. Pero no resulta. Ya ven que estos días que ha estado lloviendo no se gana; más que drogas con los patrones.

-Quien sabe don chava, porque cuando uno deveras quiere cumplir, siempre encontrará la manera.

-¿Lloviendo? ¿cómo?, allá no es ansina. Allá siquiera es seguro, llueva o truene. Y sea poco o mucho, si le llego a dar sus moneditas. Nomás que se me sigue encanijando porque como allá. Estos son los pleitos que más abundan con ellá. No me ha entendido que si no vengo hasta acá es porque no me conviene. Tendría que aflojar cuatro veces lo del pasaje y pus no conviene; no hay que desperdiciar los centavos en balde. Ora no nomás soy yo el que me quedo a papiarle, casi todos los que trabajamos allá nos quedamos con la señora que nos asiste. Pero yo no tengo ninguna otra relación que la de comer en su fonda y punto.

-Pero usté bien sabe que no son los únicos pleitos chava...

Doña CATA.

Es de estatura corta y complexión enteca. Probablemente antes fuera corpulenta, pero lo cierto es que su aspecto denota una debilidad antigua.

Su cabello ralo e hirsuto enmarca un óvalo moreno y avejentado, cuyos ojos hundidos testimonian una tristeza considerable; y unos labios hinchados encogidos por la carencia de algunos dientes.

En doña Cata se observa claramente el prototipo de la mujer hornera corroída y arrinconada.

Al igual que ella, sus chiquillos flacos y con el vientre protuberante, mal viven en una cartonera; un cuartucho donde el tufo del humo y el tiznón de la desvencijada estufa de petróleo, les nubla y atufa.

A sus 37 años ya se considera una mujer acabada, aunque todavía se encuentra presta para encontrar en el próximo hombre que le sobreviene, "un ideal de compañero". Se ha consumido por la vida en extremo azarosa que ha llevado; pero no es menos cierto también, que su condición de hornera la ha mantenido postrada, sin redención posible.

Cuenta los avatares de su historia personal buenamente, sin ningún prejuicio. Su actitud al rememorar y luego el monologar es cándida y franca. Recuerdo que en ocasiones cuando la escuchaba, me sorprendía sobremanera el hecho de que se mantuviera el hilo de su relato en una constante natural, sin ningún sobresalto porque sus confesiones en ciertos momentos resultaran un tanto penosas.

Es un ser sensible y espontáneo de hablar ágil y sin titubeos.

XII.

Los horneros desconocen los juegos erótico-amorosos y actúan primitivamente con el retozón concupiscente.

Nos decía en alguna ocasión el profesor Froylán López Narvaez en una de sus clases de Comunicación por el año 1978, en la facultad de Ciencias Políticas y Sociales refiriéndose a la difusión de los primeros slogans que se emitían por la radio con el objetivo de mesurar el crecimiento demográfico: "Creo que lo que se les dice a las personas con respecto a la planificación familiar es una falta de respeto, ¿pues qué otra actividad tan propia y tan íntima como es el estar con su mujer, va a ejercer el pobre trabajador campesino u obrero cuando termina la jornada del día hartado y fatigado?".

Ahora que por medio de esta investigación conviví tan cerca de los horneros, llego a entender las palabras de mi profesor.

Esto no quiere decir que se esté a favor del desmesurado índice de natalidad existente en nuestros días, sino que se comprenden los motivos por los que se obra sexual y socialmente en este sector marginal de los tabiqueros.

El ejercicio de la sexualidad además de responder connaturalmente a factores biológico-instintivos, se vive, al igual

que el alcoholismo, como otra forma más de reducir el ocio y mitigar la inercia rutinaria en la que se lidian.

Observo que adolecen de una ignorancia ancestral en lo que respecta a la sexualidad. Dicha ineducación los abarca aun a los de edad más avanzada como es el caso de don Lino por ejemplo, que cuenta con cincuenta años de edad.

El ejercicio de la sexualidad entre los horneros es animal y no erótico. "Sea lo que fuere, si el erotismo es la actividad sexual del hombre, lo es en la medida en que difiere de la de los animales. La actividad de los hombres no es necesariamente erótica. Lo es siempre que no es rudimentaria, que no es simplemente animal", dice Georges Bataille. (15)

Y resulta evidente que el ejercicio sexual de esta población horneril no es más que un aprendizaje atávico, tosco, áspero, por demás como bien apuntala Bataille, rudimentario, carente de toda eroticidad.

Y continúa: "El erotismo sustituye el instinto ciego de los órganos por el juego voluntario, por el cálculo del placer". (16)

Y en estos personajes no existen tales ceremonias eróticas, sino más bien consumaciones de actos pura y llanamente orgánicos, irracionales. "El erotismo difiere de la sexualidad de los animales porque la sexualidad humana está limitada por prohibiciones y el terreno del erotismo es el de la transgresión de esas prohibiciones, de tal manera, o la sexualidad humana se somete y acepta satisfacerse en el marco de las prohibiciones, o las transgrede y se transforma en erotismo, cuya principal característica consiste precisamente en transgredir toda prohibición hasta el punto en que puede decirse que sin prohibición no habría erotismo". (17)

Las confidencias de las experiencias vividas por los inte-

grantes de la cofradía horneril revelan en materia sexual que proceden a un nivel antediluviano porque no innovan, no reinventan, no conocen un juego erótico-amoroso y se comportan primitivamente finiquitando con el retozón concupiscente.

En la sexualidad los horneros aprenden, y practican de igual manera las reglas establecidas por sus antecesores y no van más allá, ni siquiera les pasa en mente transgredir algún tipo de prohibición sexual. Se conforman con la extinción de la eyaculación en un animal acto sexual considerándolo solamente como un alivio, un desahogo a su cuerpo y sus tensiones. No saben que el hacer sexual es de pareja y que es necesario tener presente la actitud y el comportamiento de la contraparte para lograr satisfactorias relaciones sexuales, pleno goce voluptuoso.

Para ellos es suficiente un espacio cálido que les procure la acción de la fricción precedente al eretismo y asunto concluido. Si su compañera se satisfizo o no, ya no les preocupa si aún gozan las últimas contracciones de la exacerbación. No saben aplicar esos esparcimientos sensuales y amatorios con su pareja que permiten lograr la correspondencia y la biunivocidad en el coito.

XII.I.

Según el doctor eso es lo que me está secando los sesos, pero es lo más sabroso que existe en la vida; probar todos los bizcochos.

Cogiéndose a la mujer es cuando se le conoce de a de veras. Yo se los hago despacio, pero muy bonito. Les gusta que las mueva como yo, en redondo; dándole vueltas a la panza. Eso les da esa sensación que les gusta pa que lo prefieran a uno. Muevo tanto la barriga que hasta las hago bufar de gusto y me dicen que papacito que que bien estoy. Pero el calor viene más o menos a según lo natural en cada quien.

Ya me dijo el doctor que me hace mal el cocho. Según él, esto es lo que me está secando los sesos. Pero yo le digo a mi carnal el saúl, que eso es lo más sabroso que existe en la vida; probar todos los bizcochos que se puedan y no andar perdiendo el tiempo corriendo tras una ojete pelota que no sirve ni pa chaque tiársela. Ora que si ya se acabó uno en eso, pus qué chiste tiene la vida. No niego que estoy un poquito acabado, pero lo güeno es que todavía no estoy vetarro. Él dirá que ya no puedo, pero yo digo que mientras haiga mujeres, le seguiré.

Si mi jefe viviera todavía, me dijera lo mismo. Ora cuando llego pedo a onde llegue, echo más bronca que la jodida. Y esto si está mal, no lo niego, pero es que me vienen las ganas de echar

desmadre y ya no me detengo, hay algo que me hace seguirle. Por eso mejor no voy a visitar a mi jefa, ya me remuerde la conciencia de tanto que la mortifico con mis vicios y mis leperadas. Mejor jalo pa coyote a seguir cochando con las viejas porque allá... allá ya no me dejan. Ora que si tuviera conmigo a mis viejas, pus me las ganaría cochándomelas como es debido, como se debe coger a una vieja pa que lo adore a uno. Pero pus una la tengo con mis parientes pa que la tengan bien segura y la otra en querétaro, pero la última vez que jui me corrieron porque ya se juntó con otro güey.

El cerebro que traigo ya está re corrompido; el diablillo que traigo adentro me trabaja todo el tiempo. Antes cuando llegaba a la cartonera de mi jefa y ella, mi carnala vivía con ella, me daban ganas de tentaliarle las nalgas; dizque la nalguiaba de cariño familiar, pero por dentro me estaba funcionando otra cosa trasgiversadamente.

La trataba como cualquier hombre de la casa tratamos a una vieja cuando nos gusta. Un día que llegué a la casa, la encontré, taba sola: /¡pinchi concha cabrona! -le dije-, pus qué jalas ¿o qué?/. Ella tenía como catorce años y esa vez que jui, no sabía que mi jefa había salido al mandado. Llegué de repente y desprevenidos los dos nos vistíamos. Y como se estaba cambiando, pus lógico que se me antojó la torta aunque juera de mi hermana. Es tando ansina, tan directamente como la devisé no era pa menos. Yo andaba bien pedo y entré disvariando, echando puras madres y mentadas a la jodida. Cuando me oyó se quedó muda pero no asustada; más bien como devisándome muy raro. Entons agarré y le dije muy calmadamente: /te voy a enseñar, pa que cuando te cases, ya sepas a lo que vas, porque orita mismo vas a aprender. Tampoco respondió, pero se acostó toda silencita.

Yo no tuve la culpa. Me le subí, pero al principio namás la

cabeció; la estuve toriando pa acá y pa allá y aunque estaba pedo, no se la quería meter porque comprendía que eso era pecado. Ella si quería, se quejaba arto y hasta me llegó a decir que se la dejara ir. Le iba a hacer caso en ese momento pero algo me desvió de la intención.

Yo le echo la culpa a mi conciencia que me decía que a lo mejor salía un muchacho y pus mejor no, pensaba ¡ta canijo! Me paré y la empujé. Pero mis pensamientos si son re pecaminosos, sátiros los cabrones. En el fondo si quería terminar con ella, cochármela sabroso. Esto mana del diablo, yo lo sé y por eso es que me pasan las cosas que me pasan.

Pero no quedó ai la cosa. Siempre que se quedaba sola, yo llegaba pedo a calentarme de a tiro con ella y aunque se entregaba, yo sentía que estábamos forzando la cosa. Pero, pus tanto va el cántaro al agua hasta que un día se queda adentro ¿no? y pa pronto. Si ella quiere y yo también y las habas se nos tan pasando de tueste, pus pa luego es tarde. Era señorita pero a mí me valió y no le importó tanto que le doliera. Yo se la empujé toda pensando en mi deleite y me descargué a gusto en ella, pero luego me arrepentí.

Uno se siente débil casi siempre por el trabajo pesado de los hornos, pero el aparato que traímos casi siempre está enderezado porque uno se imagina cosas devisando a las mujeres que pasan. Más si pasan coquetiando o moviendo el bote.

Concha no compró porque le di su remedio: unas pastillas con limón y coca cola. Me lo recetó un cuate especialista en eso de la talladera. No me acuerdo como se llaman las pastillas porque no sé ler, pero él mismo me las vendió; seis en ochenta pesos. Con una vez que se lo tomó, con eso tuvo pa que no le pasara nada. Yo andaba re preocupado, la verdá, me daba miedo que mi carnala juera a encargar, pero el remedio ese es muy efectivo.

Mi carnala respondió muy bien y tampoco discutió nada cuando la mandé pa el norte. Orita ha de estar ganando sus güenos dólares, güenos chuchos porque chamea junto con mi tía de cocinera en un restaurante.

Mi jefa nunca supo nada. Le dije que iba a mandar a cambiar a mi hermana con mi tía y san se acabó. Yo no sé si a la mera hora ésta se enteró, y si lo supo, no sé si vaya a guardar o no el secreto. Yo le tengo confianza y no creo que si supo algo la vaya a cagar. Era puta en acámbaro, aunque no a lo derecho, pero sí ha hecho dos tres ambientes a lo bonito porque tiene unos hijos re grandes que son de varios papases. Los dejó pa irse y los mayores ya mantienen a los chicos y ai se la pasan. Lo güeno es que mis primos agarran la onda y yo digo que hacen bien ¿qué le van a hacer? Es mejor ansina, que tomen las cosas calmadamente. Quien sabe si seguirá de puta allá onde está con mi carnala porque todavía bien que aguanta a sus treinta y pico de años. Sabe que haría pa ya no tener hijos nunca, pero su cuerpo no se le descompuso.

Ojalá y la concha esté bien, que mi tía la cuide y no le vaya a enseñar malas mañas... güeno, eso espero...

Lucio/Manuel.

XII.II.

Me he dado cuenta que se mete conmigo más cuando estoy barrigona. Pero cuando se descarga y se vacía en mí, hasta ganas de vomitar me agarran de que ya no me gusta.

Tenemos dos cuartitos en la cartonera onde vivimos y no los separa ninguna puerta. En el del fondo, se acuestan todos mis hijos y en el primero, mi señor y yo. Entons, cuando nos acostamos y él comienza a hacerme aquello, nunca nos desvestimos ansina a como me han contado a como es natural en los matrimonios.

Yo digo que si lo hiciéramos delante de ellos sería una sinvergüenzada. ¿Qué tal si en ese momento alguno se diera cuenta?, qué vergüenza pasaría ¿no? Ya con qué cara les exigiría pa que me obedecieran. Ya que respeto me tendrían, ninguno ¿no? Dirían y con arta razón; /güeno qué clase de papases tenemos que a lo descarado se ponen a hacer esas porquerías/. Bendito sea dios, de los diez años que llevo con él, nunca he pasado una vergüenza ansina delante de mis hijos.

De por sí, dende el principio que andaba arrimada con él, nunca me atreví a hacerlo como me platican; que muchas se encue- ran a como dios las echa al mundo. No que, yo no. Ya en la oscuridá es como me quitaba namás el vestido, pero nunca enfrente de él, porque hacerlo en la luz ya es mucho descaró.

A mí me da coraje que las señoras anden de irrespetuosas. Él quisiera hacerlo yo creo que todas las noches, pero como es quemador de horno, se cansa arto. El agotamiento de las desveladas es muy juerte y ya llega muy caído. Una que otra vez se da sus escapaditas dizque porque va a trair agua del tambo y se mete conmigo, pero con mucho respeto. No hacemos nadita de ruido.

De marido a mujer, es cuando también yo noto lo calientísimo que es. Siempre ha sido muy cargado de naturaleza. Dende un principio que me metí con él, no ha dejado de, como quien dice, de meterse conmigo. Como nunca ha padecido de enfermedades, yo digo que está sano. Ora que cuando se llega a meter con otra mujer, me deja a mí por unos días y que güeno, la verdá. Ansina me sirve de respiro. Pero si me deja de usar unos días, es pior porque se pone más necio conmigo a que haga con él a la hora que se le antoja. Si no, me echa mis habladas y hasta con los muchachos la agarra. /Si tú has de andar con un jijo de la quien sa que, como conmigo no quieres bien/. Claro que anda que ¡válgame dios! Quisiera comerme o sepa dios y es cuando pus, me tengo que prestar, pero bien que le digo: /dende luego que onde andas verdá que no es igual que aquí conmigo a que con confianza me dices lo que quieres y con otra no; a menos que con centavos. Manda a las muchachas al mandado. No -le digo-. Mándalas, mira que ya tengo artos días que no te prestas y ya me duele el estómago, me duele la espinilla/. Yo digo que sí es verdá porque cuando ya está conmigo, lo veo que suda demasidamente, Aunque a mí me da asco que digo: sabrá dios con qué mujer se ha metido éste. Cuando se descarga, cuando se vacía en mí, hasta ganas de vomitar me agarran de que ya no me gusta. ¿Será porque entre más, me siento hostigada de él y mi repudio ya es muy grande?

A la hora que me lo está haciendo, me duele y siento algo en mi vientre que me ofende y lastima. ¡Ay! güeno, como si en todo mi cuerpo me corriera aquello que tienen los hombres. Por eso me mortifico tanto, porque cuando estoy de encargo y me lo hace, me arde pior que si me untara chile o acabara de parir y con perdón de diosito, mi parte se me hincha re feo y de a tiro; lo mismo que las piernas. Se me moretean como si me hubiera agarrado a palos y luego no puedo ni caminar bien de los ardores, de las dolencias que me suben de mi parte hasta mi espinilla. Y pa colmo de males, cuando estoy barrigona, es cuando más a gusto se descarga mi señor, pero solamente yo sé cuánto me mortifica de que hasta el último día que voy a dar a luz, él haga uso de mí. Me ha contado que me tiene más ganas cuando estoy panzona, pero yo no le encuentro nada de güeno a eso. Me presto a juerzas y con arto miedo cuando me acuerdo que a la hora del parto voy a sufrir. Nomás quisiera estar sentada porque mi vena que depende de mi parte me punza macizo. Y cuando me la está rozando se me afigura que me la va a reventar y que me voy a vaciar todita en ese instante. Y casualmente es como se me forman moretones y las venas várices se me hinchan más. Ya le dije que mejor no me use por lo mal que me pongo a la hora de parir. Pero no me hace caso y se enoja porque dice que me estoy haciendo maje viéndole la cara andando con otro julano.

Me acuerdo que de primero sentía bonito cuando encargaba. Pero ora nomás no me viene mi mes y me doy cuenta que lo estoy odiando. Nomás me voy poniendo más panzona y me llegan lueguito las dolencias que me duran despuecito que nació la criatura.

Yo que iba a saber de las cosas que se dan en el matrimonio cuando taba pollita y no sentía nada de necesidades del cuerpo. Claro que él sí sabía porque luego que me junté supe que ya ha=

bía andado con otras y hasta con casadas. Ansina que cuando me jui taba ignorante, pensando que nomás me iba a juntar con él sinceramente. ¿Qué iba a saber yo que estaba cerrada de ojos? Luego que llegamos a su casa comenzaron que a darnos el petate y: ¡válgame dios! ¿cómo me voy a dormir con él?—pensé—. Pus que sí ¡ay dios!, ¿pero cómo? Pus que sí. ¿Cómo me iba a dormir con un hombre que todavía era ajeno pa mí?, que no le tenía tanta confianza como pa dormirme con él.

Ya que estábamos acostados comenzó a estrujarme: /mira que hazte pa acá. Pa que, si estoy bien ansina/. Pa dormirme, meto mis manos juntas entre las piernas y me enrosco, y así me puse. /Pus ¿a poco cres que namás te traje pa dormirme contigo y ya? Pero ¿cómo me dice eso? hágase pa allá. ¡Ándale, a lo que te truje chenchá/.

Y sí, con un gran temor me bajé aquéllos y jue como me hizo sentir horrible. Mi parte me ardía tan feo que era como si me estuviera quemando y duré tiempo dolorida. Yo era pura y lágrimas me costaron acostumbrarme a que usara de mí porque duré artitos días sangrando...

Cecilia.

Ni se mueren ni encargan familia por tantos problemas que les han dado a sus partes ocultas.

Yo desahogo mi sexo pagando, pero no a las que andan por aquí. No me quiero quemar andando con alguna querida de por estos lares. Me voy a los cabareses cada quince días. Puedo me terme con una morena, una güera, de cuerpo esbelto o gordo, me da igual. Nomás eso sí, pa que rinda, llegar con el sentido bien dispierto. /¿Cuánto quieres mamacita?/y órale. Claro que ellas ponen su tarifa de cien pesos o más por una sola vez. Si uno quiere quedar bien satisfecho debe llevarse la puritita ferria.

Figúrense nomás. Aquí en la serrana, por acá por tepeji, una botella de licor viene costando un quinientón, más aparte la vieja que hay que aflojarle su lana. Se mete uno a su cuarto y pa que me rinda lo hago con mucha paciencia, si me aloco, en un instante me derramo y ya no rindieron mis varos.

Cada quien tiene su temperamento. A algunos les da por derramarse luego luego y a otros no. Yo soy muy sensible pa esas cosas y prefiero aguantarme un buen rato con ella y luego vaciarme pa recuperarme todos los días que no tengo vieja. Luego me aga=

rra por las noches la desesperación y de tan tupida que es, me quita el sueño. Quisiera tener una hembra como aquello de la una de la mañana que mi naturaleza se hincha de ganas nomás de pensar que la tengo arrejuntada a mí, testeriándola aquí y allá. Ya cuando acuerdo, estoy que no me aguanto, entons me levanto y pa calmarme, pa enfriarme, salgo encuerado pa ajuera a que me pegue el aigre. Ya con el friyito del sereno se sosiega mi calentura. Es como si me bañara con agua helada.

No tengo la costumbre de sosegar mis necesidades de hombre yo mismo porque hace más daño; es más pior que si se derramara todo dentro de una mujer. Francamente no me gusta hacerme la chaqueta, descansa el cuerpo pero no es igual. Solamente me la hice la vez que me dijeron cómo y hasta ai quedó. Jue cuando estaba todavía chamaco, pero cra ya de grande, pensé que no. Prefiero pagar a volvérmela a hacer y si me meto al cuartito con ella con unas seis cubitas hasta me sabe más güeno. Si entrara bien tomado nomás me quitaría las juerzas; pero a medios chiles la cosa cambea.

Yo vivo a un lado de la cartonera de mi jefecita y de vez en cuando vienen a visitarme; que los amigos que una que otra vieja, pero casadas no entran. No quiero meterme en broncas de que un día un marido me madrugue a la gacha. Luego llegan a pedir permiso pa quedarse de esas mujeres solas que nomás andan vagando pa que cualquier carajo las coja. Yo siempre las he respetado pero si ellas no se aguantan ni yo tampoco ¡pus!... No me gusta hacerlo a la juerza pero aquí a muchos les gusta hacerlo a güevo. Hasta entre siete se han escabechado a mujercitas. Pero pa mí que eso no me conviene. Esta es la costumbre que tienen por aquí, yo los he visto y artas veces. Si yo no le entro es porque me da asco. La mujer grita y grita pero ¿quién va a salir a defenderla? Onde la encuentren, por ai mero se la trillan

y ni se mueren ni encargan familia ya por tantos problemas que les han dado a sus partes ocultas. De tanto agarrarlas, las desbaratan; no pueden engendrar más de tanto que la pisan. Le echan a perder la matriz o como se llame eso.

Si la cogen siete cábecillas y redoblan, pus su cuerpo ya no aguanta la soba. Francamente nunca las he defendido porque le saco ¿qué tal si llegan a ponerme a mí también? porque como pueden ser de aquí, como de otra zona que ni siquiera visito ni conozco.

Ora que también hay viejas que les gusta que les hagan eso aunque se las agarren primero a la mala. Orita pueden andar por aquí por la pulquería echándose sus caras de niño y luego se salen a vaguiar por onde mejor les cuadre.

Entons, la mujer que le gusta andar por los caminos a ver que encuentra, sí los llega a encontrar. Si ve venir una bola de cabrones, órale, se resiste al principio, nomás por dar picones, pero al rato ya le está gustando que se la estén amaciando. Si después llega a encontrar otros pus puede ser que le siga poniendo, aunque a otro día, ya no se pueda ni parar. Esto es feo...

Jacinto.

¿Las mujeres necesitarán de eso también con tanta ansia como los hombres?

Por el llano devisaba a mujercitas que se tiraban con los señores. La besuquiaban, le alzaban sus patitas y le hacían lo que querían. Yo fisgониaba porque trabajaba cercas de allí y como uno de joven es muy juzgón y tiene interés en eso, pus cuando pasaba por ai, ya tardecito, bien que me fijaba y era cuando me ponía en caliente. Ganaba mis centavitos y me iba a tacuba a descansar con alguna mariposilla. Ya luego llegué también a ponerle al llanito:/pus qué ¿no vamos?/.

La naturaleza es muy dura, no se aguanta, No sé si las mujeres puedan, pero los hombres no. No conozco pastillas pa sosgarla, y si las hubiera, yo crep que sería malo tomarlas porque es ir contra lo natural. A lo mejor por eso abundan de esas mujercitas porque uno de hombre a güevo tiene que buscar su descanso; a como dé lugar. Por eso diosito hace las cosas.

Me han contado que eso se puede hacer también con animales: que con gallinas, que con burros, que con puercos. Unos de un rancho me lo dijeron: Uno de ellos se agarró a una burra. /Mira manito, yo me agarré una burra de por mi tierra, pero es que ya estaba como agua pa chocolate. La puse en un bajito, me subí a

una piedra altita pa alcanzarle ai mero. ¿Y a poco no te patió? No hombre, que va, en vez, creo que hasta le gustó a la condenada porque como que rebuznaba quedito. Si se hubiera ofendido, sí me pateaba la jija, pero la dejé muy apaciguadita a la cabrona y la verdá, yo también me descansé/. Otro no, me contó que él, se cogió a una gallina que su jefa taba criando en el patiecito de su jacal/. Yo tenía artas ganas de hacer uso, pero no jayaba con quien y que agarro la gallina ¡y que le pongo!... No hombre, pus ya que terminé, voltió a verme, luego devisó pa atrás, estiró las patitas, se quedó muy triste y nomás; se murió la pobre/.

En un rancho, es poco lo que se gana y las mujercitas no dan lugar de tirarse con uno porque les da vergüenza o porque se quieren matrimoniar ¡o sepa la fregada! Si la mujer no da lugar al hombre pa trillársela primero, cómo va a saber si se entiende o no con ella. ¿Qué tal si a la mera hora se enboleta uno y la mujer que se escogió no sirve? Muchos me han dicho: /¡ah! te metistes con aquella borrachita, con aquella borrachita, pobre viejita y quien sa que/. Pero yo no critico a la mujer que se me presta. Pero me sigue la curiosidá: ¿las mujeres necesitarán de eso con tanta ansia como los hombres?...

Ya francamente perdí la cuenta de las mujeres con las que me he metido. Me he agarrado a muchas pero nomás he tenido dos de planta. Las otras han sido de uno, tres días, una semana; son las que les gusta andarle poniendo con artos hombres sin cobrar nada, namás por el cariño que les cogen. Unas ya tienen marido o si no, andan de queridas con los señores de sus comadres o vecinas.

Ora casi ya no me descargo porque ya me estoy secando con la edá. Mi naturaleza ya no es como antes. Era joven y desesperado por aventar mis mecapales.

La primera vez que se me salieron jue de noche; taba durmiendo, y soñaba que estaba con una mujer y luego de repente sentí como se me salieron los mocos. Ya que los había echado todos, me dolió arto porque todavía era yo; ora sí que todavía era quintito. No había hecho uso de hembra y el gorrito de mi pajarito taba cerradito. Tanto me ardía que parecía que me habían embarrado chile güajillo. Esto nos pasa de primero a los hombres quien sabe si a las mujeres también les dolerá a la hora de probar aquello. Me sentí todo batido de eso y pus la verdá, si me espanté, creía que era una enfermedá. Vi un montoncito del caldito aquello blanquisco que olía como el atole que se echa a perder.

A naiden le conté lo de esa noche porque me daba vergüenza, además de que no sentía de confianza a los que conocía pa contarles mis cosas ocultas. Y a poquito de que me sentí caliente, me jui a ver una putilla. /quihubo ¿qué? ¿cuánto me cobras? Dos pesos/. De eso ya llovió, dende el cuarenta y cinco. Esa jue la primera vez que hice lo que quise con una vieja y jue como encontré la causa de mi enfermedá.

Ya adentro del hotel que entons costaba tres pesos, se encueró sin más ni más, sin vergüenza y sin nada. Como me vio temblorino ella me encuero a mí ;y a ponerle!. Me acordé de lo que devisaba en el llano y yo también me la tiré, le levanté sus patitas y ¡órale!, me le subí encima, mero enmedio. La muchacha se portó re güena gente conmigo y se estuvo arto rato explicándome lo de esas cosas.

Ya con el tiempo, lo aprendí a hacer de artas formas: ellas me las enseñaron. Luego las empino; así empinaditas les pongo por ai mismo; luego de ladito o si no de balerito. También me contaron cuentos de esos. Que hay mujeres que le maman a uno y que hay hombres que también le hacen lo mismo a la mujer. La

verdá que esto nunca lo hice ni me lo hicieron. Tuve miedo y todavía lo tengo ¿qué tal si me lo mordían?, ¿a poco lo iba a dejar al aire libre pa que a la vieja malora o zopenca se le pasaran las muelas y me pasara a desgraciar? Entons ya pa que quería aquello mordido, sin poder hacer uso de ella, mejor morirme. Y deveras que sí se muere uno ¡eh! Se lastima pa siempre el gorrito y hasta aquí nomás. Por eso nunca me he aventado ¿con que si deveras me lo arrancan?. Mejor no le busco, ai toy bien.

Un amigo me contó que se llevó a una al hotel. Aquél ya estaba en caliente y la otra también. Ya encuerada, le echó una cerveza en su mera cabeza y que luego se le hincó pa tomarse de ai aquello que escurría. Otros me dicen que lo han hecho por el hoyito de atrás. Será que tienen muchas ganas e no sé qué cosa. Yo no me he atrevido ¿qué tal si me quedara ai atorado? ¿con que si las arrugas del fundillo me lo chupan? y más a mi favor que el de una vieja ta más chirris que el del hombre. /Y a usté nunca se lo han llegado a picar -me preguntó mi compadre-. No, pus qué pasó mano, a mí no, si no soy puto. Pus qué tendría de malo. Pus como no paisa, pus entons ¿pa qué es la mujer?/. Ella tiene más hermosura. A las mujercitas tiene uno arto que agarrarles; ellas siempre han sido más bien parecidas que los hombres ;ni hablar!

Lo que sí me acuerdo es que sí me echaba mis cuatro palos por noche cuando tenía juventú. Y si en el día se me antojaba, pus otros dos. Peño despuecito de los cuarenta, la naturaleza comienza a fallar. El cuerpo no se calienta a lo que era y aunque la vieja esté al lado, aquél ya no se pone templado. Cuando se está joven, uno quisiera acabarse aquello que trai la mujer de una sola acostada. Claro que el jodido es uno porque ella no se desgasta como el macho; ellas namás acaparan aquello que

uno despide de su cosa. Además de que el gasto del cerebro y la espina dorsal ya no se reponen de la salida tan fuerte de los mecapales y llega el momento que se seca de onde dimanan.

Ora cuando me viene a ver mi viejita ya no abuso de ella; ya tenemos artito de no hacer nada, pero más por mi edá es por ella. Ya anda en los sesenta y la lastimo de su parte que es de licada. La última vez se me enfermó y hasta le saqué sangre. Y yo ya no quiero; ya lo que di, di.

Un compadrito que está más cacalotiado que yo me dijo que también a los hombres les llega a salir sangre cuando se meten cuando no deben. Pero dice que hay un remedio güeno pa estos casos. Hay que poner unos blanquillos sin cáscara adentro de una bacinica. Y mero por onde se hace de la chis, se tienen que chupar. Es pa reforzar la espina cuando ya se está secando de mocos. Pero luego no se debe abusar pus debe estar quietecito el hombre pa que no vuelva el sangradero o le pegue una enfermedad, porque de ai mero se desatan las enfermedades del hombre.

Ora que ya estoy bien viejo y usado tengo que ponerme más abusado. No vaya a ser que en las espaciaditas que me llevo a echar, vaya a vaciarme o vaya a echar toditita la naturaleza de un junto y en menos que cante un gallo, me quede frío, tieso y descolorido...

Don Lino.

XII.V.

Tenía doce años cuando empecé a desarrollar mi naturaleza y con perdón de ustedes, ya me empezaban a dar ganas del hombre.

Nunca había sabido lo que era un baile hasta ese en el que todos bailaban encuerados. Había unos bien horribles y exagerados que se les alteraba arto su naturaleza viendo a las mujeres. Había veces que bailando, bailando, llegaban a hacer uso de ellas.

Duré como tres meses yendo diario al cabaré sin fallar una noche. Llegaba como a las ocho y me iba como a las dos. Yo iba a animarme porque francamente no me costaba la entrada. La que me invitaba tenía su novio trabajando ai. Después yo me hice novia del músico de orquesta con el que tuve ocho meses de contesta.

Al cabaré iba pior de arreglada que al restorán. Llevaba pestaña postiza y los labios bien pintados de color morado y como siempre; mis lunares que me pintaba en la cara con un lápiz negro. Llevaba anillos, aretes y collares pa el dance; me calzaba unas zapatillas negras. Se llegaba a bailar, pero a veces se tenían las intenciones de gustar una o de que la gustaran. También pagaban por bailar, pero nunca recibí centavos; me daba pena. Si yo bailaba, namás era por el gusto de la bailada

y no por negocio. Bailé mucho, en cantidad; hasta que me cansaba y cuando acababa la función me iba con aquel músico al hotel.

Nunca me dejé con naiden más de los que llegaban a danzar. Nunca les di la facilidad de que abusaran de mí. Sí bailaba con ellos aunque anduvieran encuerados, de cachetito o cajoncito de cerveza, pero nunca me faltaron al respeto. Las piezas que tocaban eran pa bailarse abrazados, pus eran de paso doble y a veces si llegaba el grado de que me topetiaran, pero nunca presté lugar pa que me lo hicieran en la pista. Claro que de tanto estar ai con el hombre, si me llegaba a gustar y hasta se me antojaba, pero no hacía nada; más que con el novio que ya tenía contratado.

Tenía doce años cuando empecé a desarrollar mi naturaleza y con perdón de ustedes, ya empezaban a entrarme ganas del hombre. Ya me había venido mi mes. Entre más pasaba el tiempo, mi temperatura la llevaba muy alta. Tenía artas ganas del macho y a veces me despertaba de lo aprisa que resollaba y de lo sudada que quedaba. Jue por esa época que tuve mi primer fracaso. Le di por primera vez a un señor que se llama chucho. Él me habló, me trató, con perdón de ustedes, del asunto. Me dijo demasiadamente que él quería tener una prueba de mi amor. Le dije que si la quería tener pero solamente si me iba a cumplir. Él me prometió que sí, pero nomás quería probar mi cuerpo. Y lo probó y a luego se largó. Yo le llegué a tomar cariño porque era la primera vez. Pero a la vez tampoco me gustó. Me agarró el miedo, me temoricé porque sentía muy dentro que eso no era lo que necesitaba. Era como un presentimiento que llevaba en mi cuerpo y en mi cabeza y sentí que ya era mujer perdida en el mundo.

Ese primer hombre pasó a joderme y desde él todos han hecho lo mismo. Me fastidió, se largó y le agarré odio. Lo güeno que

naiden se dio cuenta porque no quedé gorda. Quien sabe por esa vez no quedé enferma, pero por esto no pasó nada.

Un hombre hace bien ese trabajo cuando dilata tiempo dentro de la mujer, porque la mayoría termina rápido de despedir su naturaleza y deben dilatar arto pa que una de a deveras que de satisfecha. Ellos quieren darle gusto a su cuerpo y luego no les importa darle al de la mujer y ni trabajan duro pa durar arto. Me han platicado que unas terminan igual que un hombre, pero a mí nunca me ha sucedido. Si la mujer despide naturaleza o no, puede ser, pero yo nunca me he topado con las de malas ansina.

Lo que sí, es que soy de alta temperatura, pero ya a la segunda vez me choca cuando ta una desgüanzada y sin juerzas. Yo francamente no me quiero exagerar porque sufriría un acabamiento de la espina dorsal, se me secaría el tuetanito y me pondría bien mala de las dolencias del cuerpo y hasta me moriría.

El joven del cabaré jue el que me dijo que no hiciera nada más que con él; que los dejara hacer lo que quisieran cuando los hombres se me ponían de pareja en el salón, pero que yo no les diera ninguna facilidad. Le obedecí porque era güena gente conmigo. Me compraba mi bilé, mi maquillaje líquido, mi perfume y me compraba mis mejores aretes y pulseras.

Pero luego de un tiempo comencé a fastidiarme del ambiente ese y decidí dejarlo. Se lo dije a mi novio pero no le gustó nadita y me dijo que si dejaba de ir al cabaré, terminaría al instante conmigo. /Entons, si tú lo permites ansina de que termine directamente contigo, pus ni hablar, pero ya no quiero seguir pecando ansina/. Lo güeno que no tuve familia cuando anduve con éste porque me cuidaba. Me tomaba antes de irme a dormir con él, unos seis mejorales con dos limones exprimidos. Con esto ya no se engendra porque se deshace la naturaleza del hombre...

LUCIO/MANUEL.

Su presencia es un poco turbia, palidecida. Es un muchacho que a los 29 años ya se encuentra también, completamente dañado por el alcoholismo. Al igual que don Lino y Jacinto, padece de dolores frecuentes y agudos ocasionados por ésta enfermedad. Pero como ellos, tampoco se separa del pulque y el "chinchol".

La inteligencia de este personaje se ha trocado ahora en un actuar turbulento y sombrío. La personalidad de él, al igual que la de don Lino, se encuentra alterada y sus delirios lo persiguen por doquier. A cada uno de ellos se les manifiesta de distinta manera. Lucio dice que se le aparece el diablo y don Lino cuenta sobre las revelaciones de espíritus.

Su comunicar es confuso, algunas veces mucho más, debido al estado de ebriedad. Es espontáneo y liviano sólo cuando se encuentra alcoholizado y se desenvuelve libremente cuando conversa acerca de sus aventuras, de las cuales, entre otras cosas, se siente muy orgulloso. Su estado de ánimo se le iluminaba cuando él mismo me buscaba para que escuchara lo que iba a platicarme.

En otras ocasiones, en sus pequeños lapsos de abstinencia, se mostraba receloso, pues cuando lo veía de lejos e intentaba llamarle, rápidamente se escurría entre el enrejado de tabiques y cartoneras.

Manuel es de tez blanca y ojos pardos cuya mirada expresa desdén; burla hacia la vida y el mundo.

XIV.

El pulque; maná de los pobres, motor de los tabiqueros.

La soledad en la que se debaten tanto hombres como mujeres en el universo horneril, es una constante penetrante.

Viven al día, esperanzados en las épocas de bonanza, embu^uteciéndose la mayoría de ellos; lamentándose de sus carencias, de su infecundidad, de su "fracaso general de la vida, que no es más que la suma de muchos pequeños fracasos". (18)

El reunirse todos y libar en las pulquerías que no son más que las viviendas comunes y corrientes; las cartoneras en donde viven las mismas personas que venden el pulque, cerveza y alcohol (obvio es decir que improvisan y organizan su mostrador de bebidas embriagantes, sin ninguna licencia municipal para tal efecto), es una consecuencia directa de la solitud originada por el sentimiento de no pertenecer a nada, de descuido, de aislamiento.

"El alcohol es una droga sedante, de acción similar a los barbitúricos; sin embargo, a causa de una asociación puramente verbal, no pensamos en el alcohol como una droga, porque es nuestra droga nacional⁺. El alcohol y los barbitúricos son sedan-

+ El subrayado es mío.

tes específicos del lóbulo frontal del cerebro; inutilizan alguna función del sistema nervioso, disminuyendo la consciencia del entorno y de los procesos corporales y se precisan cada vez de dosis más fuertes para conseguir tal efecto calmante. Los estímulos asociados con el consumo de alcohol reactivan la necesidad y conducen a reincidir, por lo que el alcohólico ha adquirido una sensibilidad para la droga que le dura toda la vida". (19)

El alcoholismo al igual que la conducta sexual, es otra forma más -y de las predilectas por los horneros- de desplegar se hacia la distracción y al olvido momentáneo de su situación. El beber para ellos, hombres, la mayor parte de los consumidores rutinarios, va a constituir su deporte que practican devotamente sin necesitar algún otro tipo de entretenimiento o diversión.

El beber pulque, sobre todo, es por antonomasia, la primera, la principal afición en la que gastan su tiempo libre o el de las horas destinadas a su jornada diaria. Se proveen de abundantes reservas en las clásicas "botas" -bolsas anchas confeccionadas de piel de cerdo curtidas especiales para almacenar pulque- que ingieren para mitigar la sed que les coce la garganta el labrar hora tras hora al rayo del sol.

El pulque, como bien dice Elías, es el motor de los tabique ros. Y no es difícil percatarse que en el ámbito horneril, todos o casi todos beben: viejos, niños, jóvenes y sin excluir por su puesto a una que otra señora que tiene permiso de su señor de "echarse" unas jícaras con el taco de sal; o que en el peor de los casos hay otra que toma al parejo de los compas en las pulcatas. Esta no tiene señor, ni familia ni a quien rendirle cuentas, a menos que alguno de sus queridos ocasionales le grite que se sosiegue porque ya está tan embriagada, que se la pasa pegan-

do de gritos blasfemando contra los que no le quieren invitar otra jícara o tan siquiera una limonada.

El pulque, bebida por excelencia, por su bajo costo también; tres pesos con cincuenta centavos por litro, es el "refresco" diario que pueden adquirir sin dificultad. Este se produce en la región de Santa María y cuando existe la necesidad de adquirirse en cantidades extras debido a la celebración de alguna fiesta, como la del día de la Cruz, por ejemplo, se compra en Coyotepec, otro de los barrios más cercanos y además, centro productor pulquero de mayor envergadura.

El pulque se considera incluso como "agua de tiempo"; alimento abundante y barato que en esas horas arduas en las que el sol no se mueve de su renegrido torso, de su acalorado rostro, unos tragos al hilo. los refresca y les alivia lo estuoso. De ahí que afirmen que "al pulque sólo le falta un grado para ser carne". Para los horneros es su maná, a pesar de que en realidad, es un pseudo-alimento.

Este "refresco" embriaga y va convirtiéndose poco a poco en su bebida favorita que acompañan con su comida acostumbrada, a fuerza de verse en la imposibilidad de adquirir otras de mayor valor alimenticio. Así que: pulque, agua miel -otro producto del maguey- en menor grado, tortilla, salsa y frijoles, es la combinación ideal en su manutención.

Ahora bien, si no es posible comer tres veces al día no les importa mucho, ya se han acostumbrado a malcomer casi a diario. Pero lo que no puede faltar nunca es el pulque, pase lo que pase, el pulquito los acompaña. Podrán prescindir del alimento, mas no de éste.

Todos los horneros consumen grandes cantidades, desde el alba, hasta el transcurso de la noche. Algunos gustarán de beberlo antes de irse a dormir, pues les "calma los nervios" y

ayuda a conciliar el sueño, aunque a la larga, dicho efecto sedante se torne perjudicial.

A otro día, como se puede observar en las declaraciones de Manuel, Jacinto y don Lino, tendrán la imperante necesidad de libar su chinchol, su alcohol, pues su organismo les exige degustar, luego de algunas horas nocturnales de abstinencia, esas en las que ya se han evaporado los últimos efluvios de los tragos que bebieron para serenarles el ánimo y dormir, el abrasamiento de las substancias a las que ya son adictos. Entre otras: cerveza y tequila, aunque en menor proporción.

A medida que nos introduzcamos en sus confesiones nos percataremos de que existen varias causas ¿o pretextos?; o tal vez justificaciones que los llevan o las llevan a depender del pulque y/o demás bebidas alcohólicas.

Uno de los motivos más frecuentes que arguyen los consumidores habituales, es el de padecer de decepciones amorosas. Es importante recalcar que la carencia amorosa que sufren va a contribuir en detrimento de su de por sí dañada emotividad, que es ocasionada por motivos de historia personal: el ejemplo de sus padres alcohólicos, la disgregación familiar en su conjunto, sin faltar la de su entorno.

Esta situación acrecerá el sentimiento de abandono y desposesión que con toda razón adolecen, y se aunará a todo el cúmulo de desgracias que desde que cobran conciencia de su existencia en tal realidad, han sufrido.

Los que no poseen una relación estable, y menos aún, una pareja con la cual departir, no tendrán otra más que ir a la pulquería a pasar el rato con los compadres entre plática y jicarazo. Por lo menos mientras llega la noche, pues las cartone-
ras se hacen más frías cuanto menos gente las habita, pues son tan endebles los cartones que las componen, que no alcanzan ata-

jar alguna ventisca nocturnal. Entonces es preferible dicharachear con los cuates al mismo tiempo que se saborea la bebida, que apoltronarse en el catre o tenderse en el petate esperando a que el tedio les procure el relajamiento y la somnolencia consecuentes de la fatiga laboral. Que sea ésta la que los acompañe y duerma y los aparte de una situación real. Disfrutar en las pulquerías con los amigos, el churquecito y el chinchol es el caso de don Lino, don Laure y don Andrecito que son hombres que están solos.

Tal comportamiento no es ajeno a los que sí poseen compañía femenina, mujer de planta e hijos. Éstos tampoco faltan a los patios de las cartoneras e incluso al pequeño establo de don Sabino que se han "acondicionado" para vender el néctar de los magueyes y otros productos. El tiempo que emplearían conviviendo con su familia, lo pasan departiendo entre sus vecinos chocando las jícaras. Éste es el caso de don Chava, mancebo de doña Cata.

Observo que las justificaciones posibles que estos individuos exponen cuando se les cuestiona su adicción al alcoholismo, son más ingenuas de lo que ellos creen. Las causas van más allá, rebasan por completo su visión roma que tienen del mundo que conocen. No saben que su propia vida; que la vida de los suyos y de los otros, está regida por leyes político-ideológicas que ciertos grupos pudientes de la sociedad mexicana crean y ponen en práctica. Obvio es entonces que estos sujetos vivan el hastío de unas relaciones de pareja de antemano desintegradas porque se erigieron en el seno de una nación en la cual, factores socio-económicos y demás que se derivan de éstos y por otra parte la configuran, se alimentan de corrupción hogaño y desde hace ya incontables años.

La convivencia en las pulcatas los alivia -aunque momentá-

neamente-, los aligera de su rutina familiar y general saturada de contrariedades e incertidumbres. Los instantes solaces que les procura la borrachera los mitiga, los hace olvidar sus sentimientos de impotencia, inferioridad y desvalorización personal.

También se bebe por todo tipo de causalidades. Se celebra todo acontecimiento binomial por así decirlo: favorable, provechoso; aciago o funesto va a generar el móvil para escanciarse y al mismo tiempo defender su gesta. Gustan cada que terminan una quema de treinta mil tabiques en la que poco se desperdició; pero si lo hubo, lo deploran y para no echarlo de menos se encaraman algunas jicaritas y "por puritita mala suerte". Festejan por que su equipo de futbol ganó el partido del domingo, pero de igual manera si lo perdió. Lo mismo sucede en la rayuela. Si ganaron o perdieron amistades dicen "salú". Y así sucesivamente, pero el libar siempre tiene para ellos un motivo.

Pero sean las que sean sus excusas, no son más que evasivas a las oprobiosas condiciones de vida que sopesan, asideros ilusorios que les permite tenerlos buena parte del día alejados, ausentes, alegres en su cronotropo, porque ya degustan en la embriaguez, una realidad igualmente quimérica, pero más amable y solaz.

Ya lo dice Lewis: "La ingestión de bebidas alcohólicas, el emborracharse entre la clase baja tiene funciones múltiples y diferentes: olvidar los problemas propios, demostrar la capacidad de beber, acumular suficiente confianza para hacer frente a las difíciles situaciones de la vida" (20)

El estar ebrio entre los horneros, es hasta cierto punto, un hecho normal; un estar en la normalidad, la suya y la de su tradición genealógica de consuno con el hábito del cigarro, que tampoco deja de ser una afición más.

¡El valor del mexicano es el pulque;
la razón más grande por vivir!

Con el pulque encima todo es diferente. Cuando se anda sin él, el cuerpo no se siente igual, pero ya con unos jicarazos encima, será por el valor que da el sentirse briago, se tienen más juerzas y ¡órale!, se le tupe al trabajo. El pulque lo amilana. También el tequila y el alcol y aunque son más juertecillos, bien que alivianan. Pasaditos de cuatro litros que nos chupemos, tamos listos pa darle: labrar o cargar hasta que el sol se mete y quemar tres días y tres noches seguiditas sin pegar el ojo, velando la cocida parejita de los tabiques,

Uno de borracho también es más valeroso. Le echo bronca a aquel o a quien se me hinche y ¡órale! En nuestro juicio no decimos la gran cosa ni armamos tanto pedo, pero nomás pasamos de los cinco litros y ya somos unos chingones. Como bien dicen por aquí: ¡el valor del mexicano es el pulque, la razón más grande por vivir!

Casi todos somos ansina labramos y vivimos pa tomar y no se oye otra cosa que: ¡vámonos a la baba!, ¡vámonos a la pulcata! Pero cada quien tiene su propia historia, pus con lo viciosos que somos, como briagos o trabajadores tabiqueros jodidos, todos tenemos algo que contar...

¡Orale!, chúpale a la jicarita, trágale gallito porque la vida es corta y la felicidad, todavía más.

Nomás fíjate como se empina y devisa bien como te escurre el meloncito de tan maduro que está.

-Los casas son los meros dueños de los hornos aquí. Nomás fíjate en el campo, hasta onde alcancen a ver tus oclayos, hasta allá, lo dominamos todo nosotros, los meros güenos, los más chingones de santa maría caliacá.

-Pero el más, más cacique, ¿quién es aquí?

-Pus yo soy pendejo.

-Pus yo sabía que el más chingón era lión casas.

-¿Y qué?, ¿a poco te va a dar de sus terrenos?

-Pus no, ya sé que a mí no me va a dar ni tiene porqué darme. El lión o el ciro, alguno de los dos es el más cabrón de aquí, pero de todos modos pa qué le hacemos, sea de uno o de otro o tuyo, queda todo en familia. Ai tan sus ranchos, ni quien se los envidie o quiera quitar.

-Allá onde devisas esa casa amarilla, es la mía hijo. ¿Cuán to cres que me costó? ¡y tengo baño!, ¡tengo baño!...

-¡Ay tú!, y a mí que me anda de miar...

-...Y una cisterna y a cualquier cabrón que se me ponga bronco, mira hijo ¡papas!, se me sienta ¡pttt!...

Aunque la otra vez sí la jodí cuando me dejé llevar por los agentes a la cárcel de tiolo, pero al otro día me la pelaron los culeros. Llegó mi tío ciro y /órale cabrones ¡sáquenlo!, ¿por qué refundieron a uno de los casas?, pero esto les va a costar pinchis ojetes, van a ver quién es su padre putos. Yo no hice nada tiíto, yo no hice nada. Y aunque eso fuera pendejo, porque la cagastes dejándote encerrar de estos pendejos. ¡Pa la otra, demuéstrales que tú los tienes más boludos! y que a los casas ni se nos testerea porque nos hacen lo que el viento a Juárez/... Lo güeno es que duré poco ai dentro porque la chingadera esa no me gustó ¿y saben cuál fue el motivo?, en la chingadera esa de celda, tienen a un lado, juntito de nosotros los detenidos, a los dijuntos. Ni se puede uno dormir ni nada y más si andas medio pedo porque más se te afiguran visiones. Que el muerto se va a parar y te va hablar o tocar. Ta bien que encierren a los briagos y pelioneros, pero no es de ley que nos tengan cerquitas de los que corriendo van pa podrirse. Luego llegan más, mientras más de noche se hace, y tan re horribles todos batidos y embarrados de arta sangre y tierra, con los agujeros de cartuchos floriándoles la barriga y el pecho; o con piquetes de puñal y tasajadas de machete ya casi tronchándoles la choya. Por más que te sientas muy muy, ai dentro se te quita y sientes como el miedo se te va metiendo con el jedor helado hasta el mero esqueleto. Y luego cómo se va arreciando poco a poco cuando la madrugada se mete con la neblina por entre los barrotes, haciéndoles más juerte su fierro y a ti más julepiado el ánimo. A la intemperie casi casi, embarrotados, chupándote los rechiflonazos de aigre que antes te esculcaban por más que te encogías pa acurrucarte. Sin poder pegar aunque sea por un ratito el ojo porque pa colmo te agarró la titirítez, y ya no sabes que tanta es de friyo o cual fue la que te desató los nervios desasosegados. ¡Por dios

santito! que es como pa olvidarse tantito que uno es hombre -y de los casas- y soltarte a chillar. Yo sé que los muertitos no hablan, pero tú sabes que tienes todavía corazón y que estás vivito, aunque algo jodidito y que llega el momento en que el suto te traiciona y hasta puedes inventarte una letanía que oyís tes dende el meritito infierno. Sí, llegó mi tío y me sacó y toda la cosa, pero naiden me va a quitar lo que sólo yo sentí, sólo yo pasé, por el tiempo que haiga sido, al dentro. Y dende esa vez dije: ¡uf puta madre!, conmigo ya no van a volverla a hacer estos pinchis cabos porque pa la otra, antes de regresar, antes de que me vuelvan a meter, primero ellos se la pelan, esos mal paridos jijos...

-Oye compadre, si eres uno de los meros meros de aquí, de los fregones de santa maría caliacá, ¿cómo es que no te has mandado a hacer los dientes que te faltan?

-¡Cállate por favor!, ya sé que no tengo dientes, pero tú no me los tumbastes cabrón.

-Claro que no, nomás eso me faltaba; ni tú tampoco los que me faltan a mí. Pero si no me los he puesto es porque soy tabiquero pobrecito. En cambio tú compadre cacique, tienes artos billetes y a mí me daría pena andar de chimuelo si fuera uno de los casas.

-¿A ti sí que te faltan por calmado verdá?...

-Pus a mí sí compadre, pero siquiera y no a ti que te los chingó el burro ¿no? ¡y yayyy!, ora sí me calló el hocico.

-¿Y ora qué?, ¿se van a dar en la madre entre compadres o qué?

-No como cres lino, a mi compadre el chigüis yo lo respeto.

-Yo también compadre, yo respeto a todos y más a mi favor a mi compadre el cacique ¿o qué? te he ofendido en algo.

-No, no compadre, cómo cre usté.

-¿Te he ofendido con alguna chingadera o te he dicho una mala palabra?

-Nada compadre, nada, no se preocupe usted. Mejor es que si-
gamos aquí case don sabi, platicando, chupando y la fregada.

-¿Cuál fregada, cuál fregada?, ¿quién es la fregada chigüis?

-Pus el pulque. El hule es la fregada ¿sí o no compadre?

-No chingao, naiden es la fregada.

-Mire compadre ¿sabe qué?, ¿la fregada es o no un vicio?,
a lo derecho.

-Mmm...

-Sí es lo que dice tu compadre chigüis ¿no cacique? Y pa
mí que también es el vicio.

-Pero si estamos todo el tiempo re contentos con él, ¿cómo
es que había de ser como la chingada.

-Precisamente compadre y nosotros estamos ai como pendejos
que luego somos.

-Creo que ya nos tamos pasando de la raya. Nunca he ofendi-
do a naiden compadre y menos a usted.

-Yo tampoco ¿o le he dicho una mala palabra en falso o tan-
tiándolo?, a ver dígame si le he faltado al respeto. O si es an-
sina, lo mejor será que me retire y lo dejé seguir gustando con
estos compas.

-No, el que se va es otro, porque yo sí soy muy borracho
y muy pendejo, soy de los casas y tampoco le he dicho ofensas.

-Ta güeno, ta güeno compadre, no me voy, me quedo, pero
dígame entons lo que le voy a preguntar, por qué me dejó planta
do el otro día que jui a buscarlo a su casa pa ir a echarnos
unas jícaras a la pulcata aquella onde venden curaditos?

-¿Sabe por qué?, porque me mordió su pinchi méndigo perro
compadre... /siganle carcajiándose ustedes ojetes y van a ver
que en vez van a salir chillando/... ¡Pinchi perro desgraciado
jijo de la madre!, si bien que me enterró sus colmillos en la
pata. Pero perdóneme y discúlpeme compadre si he dicho una ma=

la palabra y mejor vamos a decir salú, a nuestra salú y a la de quien nos quiera acompañar.

-Ansina se habla compadre, pero mejor vamos a cantar una canción de una güena vez, pa olvidar los agravios...

"Voy a cantar un corrido sin agravio y sin disguuustooo.

Lo que sucedió en tres palos, municipio de acapulco..."

-Güeno, güeno, entons ¡vámonos pa acapulco mi cacique!

-Sí, sí compadre, yo ya estoy listo, agarro y me llevo a mi pinchi burro conmigo. Pero vamos a terminarla...

"Voy a cantar un corrido sin agravio y sin disguuustooo.

Lo que sucedió en tres palos, municipio de acapulco, mataron a simón blanco, más grande jue su resuto-ooo..."

-Sígale usté tantito compadre porque se me atoraron los gallos, orita lo alcanzo...

"Su maaama se lo decía, simooon no vayas al baileee.

Simooon le contestó: ¡ma-ma no seas tan cobarde!..."

-Oye compadre, yo soy cobarde porque mejor me arrimo pa acá.

-¡Ja!, yo te conozco bien este corrido que viene dende la revolución, ojete.

-Oye cacique, ¿cuándo vas a ir a acapulco?

-Pa qué chingaos tengo que saber cuándo voy don sabi.

-Pus porque solamente que te fueras entre las tripas de un zopilote la hacías.

-Que sea menos, que sea menos don sabi, no me iría ni entre las alas de un zancudo aunque vuele y le haga como avión. Ta mejor ansina, no sea que me vaya a dar en la madre, yo que me parezco a jorge luc.

-¡Ah!, tenemos aquí señores tabiqueros, a jorge luc, el artista de cine disfrazado de pulquero.

-Pus aunque te arda carnal. Y más me parezco todavía por

mi perfil, mi barba y mi melena, nomás por eso pa que no le andes ¡puro jorge luc soy!

-A usté chigüis, ¿le gusta su compadre a la jorge luc?

-No, si a mí no me gustan los hombres, no soy puto lino. Y mi compadre ta diciendo que nomás se parece a él. Mejor vámonos a acapulco a devisar güeritas encueraditas compadre.

-Pero el burro ta muy chico y no caben los dos; además de que el piojo y la pulga no andan juntos.

-¡Ay sí, ay sí!, órale compadre vamos a cantar...

"El piojo y la pulga me quieren chingar..."

-Ya se te subió compadre.

-No, a mí nunca se me sube de más, pero no se me olvida su pinchi perro méndigo desgraciado. Pero, orita lo voy a matar al güey..., pero no; mejor no, yo soy muy pacífico, muy pacífico. Si ese día que me entanbaron no jue porque andaba en pleitos, sino por un mal entendido. A mí me gusta arto platicar con los amigos. No me ando metiendo con naiden, pero el perro de usté compadre chigüis, es un pinchi perro méndigo el ojete.

-¡Mi perro quéee?

-Ese pinchi perro mulo.

-Mire compadre, vamos a aclarar las cosas. Acuérdesse que dende un principio le dije; no pase por ahí por enfrente de mi casa solito porque el tejocote es bravo y más cuando ve pasar borrachitos que van echando madres en voz alta. A mi perro le encanija estar oyendo maldiciones nomás porque sí, ansina que usté se lo buscó; usté se ganó la mordida compadrito, ni modo, aguántese como los meros machos.

-Pero tú también compadre, me llamastes a tu casa y por eso yo jui confiado sin imaginarme que el méndigo de tu tejocote me juera a chingar la pierna como me la chingó. Tú me llamastes allí cabrón, no la hagas de tos.

-Güeno ya, ya compadre, no sea chillón, si no le hizo nada mi amarillo.

-¡Ah!, ¿no?, entons la mordida que traigo en la pata ¿qué? ¿me brotó sola?

-Ay ya compadre, somos compadritos cacique, ándele, no sea malito, olvidemos lo demás y sigamos con los amigos y nuestro churquecito.

-Pero ustedé también tiene la culpa compadre chigüis, ¿pa qué jijos de la re chingada me llevó ai?

-Oye cacique, es que a la mejor te confundieron. Muchos se van a meter a deshonras, de noche, onde no deben.

-Pérese tantito don sabino, ustedé no se meta, esto lo estamos arreglando nomás entre mi compadre y yo. A ver, ¿pa qué re jijos de la madre tiene perros ustedé compadre?

-¿Cómo pa qué?, pus pa que me cuiden mi cantón, que aunque pobrecito pero ai ta.

-Viéndolo bien, mejor ya me voy.

-A que mi compadre. Nomás por esa fregadera que le hizo mi perrito, lo encontré llorando a otro día. Deveras que ustedé no aguanta nada compadre. ¡Ay jijo del maiz!, a ver déjeme ver... Ay compadre como será, si no es nada, no hay nada de mordida que, es puritita chifladura la suya.

-Oye chigüis, pus por qué no llamastes a la cruz roja pa que te hubieran llevado a la casa antirrábica junto con el cacique pa ver que le recetaban y no anduviera de coyón.

-Pero, pus me llevan la chingada y el diablo juntos, ya párele ¿no compadre?

-Pus te llevarán a ti solito, porque a mí, ni madres.

-¡Ah!, y ¿por qué me han de llevar a mí?

-¿Cómo por qué? y todavía pregunta compadre, pus porque a lo mejor ya tiene la rabia o poquito le falta pa que le agarre macizo.

-¿Saben cuánto me van a costar los cuatro pinchis dientes que me faltan?, cuatro mil pinchis pesos me van a costar los jijos de la chingada. Pero no le hace, mi pinchi raza es la de los casas y tienen artos billetes. Perdí mis dientes por picudo, pero la mera verdá, sí es cierto que un burro -no este rocillo que está aquí conmigo- me patió a la mala y me los tumbó nomás porque estaba remedándole sus rebuznidos. Yo creo que el ojete se enchiló y cuando menos acordé, ya tenía el mulazo encima de mi hocico. Aparte de mis dientes, hasta barbas me arrancó el burro culero. Yo también me voy a dejar la barba igualita a la tuya elías, vas a ver cabrón.

-Pero no te crece como debiera mano, ¡lástima!, ya será cuando tengas mejor suerte.

-¿No me crece? ¡uta madre! ¿quién dice que no?

-Solamente que te echés un baño de ceniza pa que se te ponga bien negra y se devise tupida, porque con los pelos ralos que te salen, no vas a llegar a mucho. ¿O mejor sabes qué?, con el hollín del horno, úntate todos los días antes de almorzar y restriégatelo con juerzas en la barba pa que te salga gruesa y china.

-¡Negra!, mira mira. Si yo soy puro, puro pinchi alemán, ira.

-Si tú eres puro, pus yo soy un angelito bajado del cielo.

-¡Pttt!, dirás puro culero compadre.

-¡Ah!, ¿que soy puro culero?

-Pus ¿no me está diciendo lo mismo usté también?

-¿Quién le está diciendo una mala palabra compadre?

-No jue una sola, jueron más. Ya hasta perdí la cuenta.

Además le estaba diciendo al elías que yo le gano en la barba.

¡Te gano güey!

-No te hagas ilusiones, no la haces, no la haces pinchi jorge luc.

-A que sí la hago, te la hago güey.

-Ya, no la haces compadre, ya mejor saquémonos a chingar a otro lado.

-Pus se sacará sin mi compañía compadrito porque ¿cómo chingaos no la voy a hacer? Ta bien que se me zafaron los dientes, pero no por esto ya valí madres. Yo sí me los voy a poner y van a ser de platino si no, nada.

-¿Cuándo te los vas a mandar a poner?

-Un día de estos don sabi, pero de puritito marfil ¡eh!

-No, mejor de pura plata compadre.

-Oye, mándate a hacer unos del gusto de tu compadre pa que una semana los traigas tú y la otra se los prestes; ya ves que él no tiene los cuatro mil pinchis pesos.

-Yo no quisiera quedarme chimuelos como ustedes compas. Hay que andarse con mucho cuidadito con estos animales que dig que son los más cristianos y devotos, que por los golpes de pecho que a cada rato se dan.

-Tú cállate que ni quien te meta carnal.

-Sí, efectivamente, mis poderosos me están costando entre cuatro mil y cinco mil pesos.

-Yo te los pago compadre.

-¿Qué?, a mí no me pagas ni tú ni naiden nada. Además tú estás más trasquilado que los borregos compadre.

-O que te los pague el burro que te los tiró.

-Cuesta igual que un parto ¡verdá! En tu caso, volver a tener dientes es como tener un niño ¿no?

-Pus más o menos.

-¡Ah!, ora que me acuerdo, nunca me quisistes prestar ni un quinto pa el problema ese que se nos vino cuando mi vieja se alivió ¿verdá cabrón? Muchos billetes, muchos billetes, pero te duele el codo pa con los cuates ¿no?

-Si no te presté, jue porque como te dije claramente, no tenía.

-Te los iba a pagar, no creas que te iba a madrugar con la feria, pero no me hicistes el favor, hay se te ofrecerá otro día y ojalá si vean por ti ojete.

-Ya te dije que no tenía, se me habían terminado los centavos en la pulquería de don usebio. Yo soy muy pacífico y dirán que soy ojete o lo que quieran, pero nunca he ofendido a ningún cristiano y ta bien que mis pinchis barbas me jiedan a cigarro y a babita de pulquito, pero no es pa que yo no le lle gue a las pinchis barbas del elías, ¡verdá?

-Ya deja mis barbas pues...¿les tienes envidia o qué?

-¡Arriba el cruz azul chingao!, y una porra; órale muchachos, órale compadre, ya déjese de chingaderas.

-Envidia ¿yo? hijín, mira, devísamelas bien.

-¿Qué?, esos pinchis pelos mal peinados que trais en la cabeza y la dizque barba de jorge luc, quieres que te admire?, tas jodido tú hijo.

-Mira me quito el sombrero y... ¡ucha!, mata al piojo, com padrito, mávalo...

-Ese sombrero que trais puesto era mío.

-Era tuyo ¿y? Tú me lo regalastes ¿no? Yo estoy jodido, tú estás rico, pa qué le hacemos al pendejo.

-Y también rico de salú, como a mí me gusta convivir con ustedes muchachos y con todo el que quiera. Aunque sea de los casas yo no me hago más.

-Y entons¿por qué te dicen el cacique?¿por qué?

-Porque soy familiar, como saben, de los dueños de todas estas tierras a la redonda. Los alrededores son de mi parentela. Mi agüelo lión casas cuando estaba joven como yo, era el cacique, él dominaba el chingo de estas tierras que ven. Ansina

como me ven, me gusta hacer amistad con cualquiera y no ando haciendo diferencias. Pa mí lo mismo es un pobre que un rico.

-Yo que soy más pobre he recorrido toda la república mexicana he salido a pasar y tú que tienes más monedas, te aseguro que no has salido de los alrededores de tioloyucan y bendito sea dios que correctamente la he pasado sin pedirle nada a naiden ni a ningún pendejo.

-Ya, ya, ¡órale!, chúpale a la jicarita, trágale gallito, porque la vida es corta y la felicidad, todavía más.

-Tómale también tú, cacique cabrón.

-Ira, nomás fíjate bien como se empina y devisa como se te escurre el meloncito de tan maduro que está.

-Cuando uno habla y dice algo hay que sostenerlo ¡carajo!, no nomás hay que hablar a lo pendejo, como se acostumbra aquí en las pulcatas.

-Mis pinchis palabras yo las sostengo pinchi gallo, porque soy borracho, pendejo y de los casas y nunca le digo a naiden: ¡órale güeyes, órale cuádreñe y en chinga porque aquí está su mero padre!, ni nada por el estilo, ni siquiera: ¡órale cabrones, pónganse a trabajar!...

-Yo te trabajo a ti y al que quiera, no me espantan. Lo que sí les asusta a muchos es el trabajo y yo le chingo, lo que tú no le sabes dar.

-¿No sé trabajar?, pendejo, te enseño a ti en vez cabrón; yo te digo como se hace chingada madre.

-¿Qué cosas sabes hacer tú cacique?, a ver si eres tan salsa como dices.

-Ya mejor sácate a la chingada pinchi quiquiriqui.

-¡Ah!, chingao¿por qué?, ¿qué estoy en tu cantón o qué chingaos?; ¿o es que también tu familia compra las piedras de las

vías en las que estoy aplastado?; ¿o no me digas que también tan asociados con ferrocarriles y las vías que pasan por aquí por tus tierras son de ustedes y el día que menos nos esperemos nos van a venir a votar?

-Mejor será que te sosiegues el piquito con el pinchi cantito madrugador de jode la madre, porque si se me hinchan, te mando a joder a tu madre cuantas veces se me antojen. Y últimamente ya lárgate, porque si estás en mi casa.

-¡Ay sí, chingá chingá!, pus ora sí chin qué; si nomás toy aquí por mi puritito gobierno y de naiden más. Ya mejor lárgate tú cacique, vete a jetiar la peda debajo de algún arbolito, como tu compadre el chigüis, que ya dende hace rato ha de estarla roncando allá por los pinos on ta re fresquecito y onde no hay quien te joda porque ya estas babiando o basquiándote. Total, si se te baja, ni quien te oiga echar madres a la cruda y a la dormida que te distes y que ¡malaya sea!, te regresó de la peda a tu cantón o a tus compromisos.

-Claro que me voy chingá, yo no quiero ni tizne de ustedes.

-Ni nosotros de ti, pa qué más que la verdad.

-Me voy y me pongo mi sombrero yo que soy tan pendejo.

-Pus ojalá que ya sepas onde llegas.

-Me voy, pero yo soy más que tú, pinchi gallo cabrón ¡y me lleva la rechiflada si no!

-Güeno, en palabras pue que sí seas más chingón que yo, pero, remitámonos a los hechos, a ver si como roncas duermes. ¡Ándale!, aviéntate.

-Yo soy más chingón que tú, ¡cabrón! Eso lo sabemos tú, yo y todos los que nos tan mirando. Y namás con esto tengo, no ne cesito demostrártelo a lo pendejo. Ya te dije, la hago más que tú.

-¿En qué?

-En palabras cabrón y en lo que quieras.

--¡Pssh!... órale ya, si quieres ¡aviéntate!... Los Horneros

El viejo sí debe tomar pero el joven no; lo dice el libro supremo.

En las sagradas escrituras es onde dice la palabra de dios: tómate hijo, un poco de vino, pero no tomes una poca de convenencia. Ya el viejo sí debe tomar, pero el que tiene quince años ¿pa qué toma? si dios no lo permite y ai lo dice en el libro supremo.

Ora aquí estoy barriendo el lugarcito onde me echo en las nohecitas güérfano de padre y madre. Yo le hago como dice jesucristo jesús: ándale hijo, échate tu pulquito y no como esos ricos que toman de botella cerrada; ésos sí tienen, pero pus yo no. Si comprara una de don pedro ¿cuánto vale?, arto ¿no?, entons, mejor a lo pobrecito; mis cuatro o seis litros diarios de pulquito con mi tortilla, ini modo que comida de la alta gente!...

Don Andrecito.

Mi chinguere es el que me tranquiliza los malos pensamientos que me aflijen y ahuyenta los malos espíritus.

Tomo mi alcolito sin fallarle pa poder dormir tranquilo. Con medio jarro que me empine, ya tengo pa aguantar el sueño sin despertar. Si estoy en mi juicio no puedo dormir ¿por qué?, ai ta el misterio. Si no tomo mi pegue antes, nomás no me da sueño aunque ande re jodido y me la paso en vela toda la noche navegando mis ideas en cosas que no deben ser.

Me pongo a pensar en mis viejas, en mis chavos que están lejos y andan pa allá y pa acá en mi calabaza, hasta que me tomo mi pinchi alcol y ya el sueñito me sosiega. Porque si no, se me están revele y revele y clarito los deviso que me están sonriendo, pero luego esa risa se les empieza a desaparecer y su boca ya es un hocico grande de puerco que tiene colmillos puntiagudos. Veo como se me van acercando hasta que clarito siento que ya se van a encajar en mi carne. ¡Y canijo!, echo el brinco, me paro y me salgo como alma que lleva el diablo a buscar mi chinguere a como dé lugar. Ése es el que me tranquiliza y ahuyenta de los malos espíritus y pensamientos que me aflijen. Y ya es de rutina mi alcolazo que me aviento cuando la noche empieza a cair. Me voy preparando pa cuando me empuje el últi-

no farolazo ya esté más allá que más pa acá.

Ya llevo meses y meses con la costumbrita esta. El mismo tiempo dende que me desentendí de mis viejas y luego también por los amigos que nunca faltan: /órale manito, ¡échate otra!, pus nos la echamos ¡pus que chingá!/. Y sí, de ai pa el rial.

Esto es lo que me llena el buche de piedritas. Si yo jue^{ra} médico, pa pronto que cambiaba el suero por veneno pa acabar de una güena vez con hojaldras como yo. Pa qué sirve uno ansina, siempre tomado, /emborrachándote toda la vida lucio/, como dice bien mi jefa.

¡Jijo de la chingada!, pero ansina soy, ni pa onde moverle, seguiré chupando chinchol y pulquito, hasta que mi dios me socorra. Porque yo sí me sé empinar las agüitas a lo que es tomar en serio.

Las pastillas pa quitar las ganas de tomar, no me hacen ni madres. Las que sí me siguen surtiendo efecto, son las inyecciones vitaminosas con las que me desapendejo de las malpasadas.

Manuel/Lucio.

Porque tomé un poquitín de más es que no golié como se debe allá en coyote, pero la verdad, tomo por ella.

Por echarme mis churquecitos es que hago las mejores jugadas. Me siento más potente pa hacer todas las que quiera. Cuando ando chambiando llego a echarme mis litritos pa descansar de la chinga de la labrada. Ya cuando empiezo a sentirme cansado de la cabeza, entons sí le paro. Es señal de que tomé demasiado, pero por lo general, yo creo que no tomo tanto.

Pero la realidá es que uno toma porque gusta arto el cara de niño. Es como una costumbre; una maña que dende chamaco se agarra y pa quitarla ta cabrón. Pa nosotros es como tomar agua, además de que tiene vitaminas porque sale de la naturaleza. El maguey de onde se saca, es como cualquier otra planta que nace en el campo. Nosotros también somos de la naturaleza ¿no?, entons; por qué nos habría de hacer daño?

En ayunas sí es malo porque se anda vacío de la panza. El pulque hace nata en el estómago y si se llega a meterle demasiado, se güacarea. Por eso, como le he dicho a mi jefecita, el día que me encuentre a una mujer, me olvido de esto. Orita porque tomé un poquitín de más es que no golié como se debe allá en coyote, pero la verdad, tomo por ella, por mi reina con la que me iba a casar...

Saúl.

Se agarra el vicio sin que uno se dé cuenta. Cuando se toma pulque en vez de agua, se empieza a sentir asco de uno mismo por primera vez.

También se toma por decepciones: de una familia, de un amor. Desgraciadamente he tenido disgustos en mi familia y también con las novias que he tenido, sobre todo, con una. Tenía todas las cualidades que necesitaba: su amor, su sencillez y como la respetaba de tanto que la quería, nunca me quise meter con ella. Al final me abandonó y eso es todo.

Yo no soy feliz. Pa mí todo sería otra cosa, si por ejemplo, dejara el vicio de la tomadera, si dejara de andar de ocioso, pero pido muchas cosas y ninguna se me concede.

Tomo dende la edá de trece años; esta es nuestra vida, como agustín, un chavito de diez años, ya toma pulquito. Dende chiquitos lo conocen, ya toman probaditas que su apá les da namás por divertirse de los gestos que hacen los pobres escuincles. Luego, a falta de agua pa tomar, pus que otra, sino el pulque, que quien sa porqué, pero nunca falta; los magueicitos nunca se secan.

El vicio se agarra sin que uno se dé cuenta -por necesidad o lo que sea-, cuando se toma pulque en vez de agua, se empieza a sentir asco de uno mismo por primera vez. Por ejemplo, hay ve

ces que juramos que ya no vamos a tomar, dejamos el vicio por unos días, si vuelve a agarrarse da asco y uno se asquea por haber sido tan cobarde y... ¿qué más puedo decir?, que de ahí comienza uno de nuevo. Y se vuelve a empezar por... por muchos motivos.

Luego hay veces que uno ya no quiere, pero los amigos lo hacen a uno volver. Me disparan pa que menos me pueda rajar: /tómame un litrito carnal. Que no, ya no voy a tomar mano/. ¿Qué puedo decir pa no cair? Pero con todo, al ratito ya anda uno igual.

Yo empecé a empinarle en la chamba. Entons trabajaba por querétaro, en el campo. El agua me agarraba re lejos y como le fregábamos a las tareas por destajo, francamente pa no perder el tiempo en caminar, pus teníamos que entrarle al pulque. Nunca supe lo que me tomaba porque no se medía. Allá -y en todas partes onde hay campo- la costumbre es cortar una penca, llenarla de pulque y tomar hasta mitigar la se y la calor. Yo no sentía que me emborrachaba, claro que no la agarraba todo el día. Pero dende que la agarré ansina, la cosa cambió. Ora sí me empedo, es más pa eso tomo, pa sentirme a gusto y feliz. Los problemas se olvidan y se la pasa uno entre risa y plática gustando y guasiando con los amigos estando briago.

Por eso digo que mientras viva no dejaré mi chinchol, porque la mera verdá yo..., yo soy un vicioso y sí trabajo pero me gusta irme a echar mis pulquitos luego luego. Sé que si me meto a juntarme con la mujer, me echaría encima una responsabilidad que no podría cumplir. Ya con la de mi pulque tengo pa rato, aunque a veces, cuando ando re a gusto y me salgo a digerir la peda caminando por entre los llorones que enfilan el canal de santa maría, de repente, siento como me agarra fuerte, re macizo la nostalgia de una hembra. Y no me suelta hasta pasado

un ratote, cuando comienza a soplar fuerte el viento y los llo
rones me despabilan con sus ahullidos. Sus ramas ya no brillan
y el aigre frío me acompaña parte de la noche..., la oscuridá.

Y pa que salga bien, tomo de todo: alcol, cerveza, pulque,
de lo que venga. Pa acabar pronto, comienzo d'ende la mañanita.
Me remajo con alcol puro; me lo empujo por la madrugada, mucho
antes de que empiece a calentar el sol, porque con éste bien
alto, me siento hervir por dentro a cada trago que me tomo.
Dende las cinco que me levanto, pienso lueguito en ir a comprar
me mi trago. Yo digo que ya es una manía, porque todavía sin
levantarme, cuando me despierto, ya me da por arquiar. Mi estó-
mago me pide que le eche su alcolito y si no se lo empino, mis
tripas me están jode y jode. Luego me arde por dentro, una an-
sia me brota que solamente se mitiga con esa agüita. Cuando me
la bebo, se me calman las ganas de güacariarme. Con unos treinta
pesos tengo, pero que sea del natural. Luego llego a tener
aquí en mi quartito mi güena reserva; o si no, me lo voy a to-
mar a las pulquerías, onde también lo venden. Lo rebajo con tan-
tita agua natural y a veces me lo aviento solito. A mediodía,
cuando almuerzo, ya me echo mis pulques; cuatro, seis litros.
Y si llego a encontrarme a los amigos, pus me acabo de embria-
gar; ya pa entons me habré soplado casi los diez litros.

Pero casi siempre después de echarme mi alcol, me voy pa
la labra. Le paro como aquello de la una de la tarde y me voy
a chupar mis melones y a darme mis güeltecitas. No sé por qué
pero con el pulque me agarran las ganas de caminar arto. Luego,
si estoy de güenas, me regreso a la jornada; pero si ya me estoy
jetiendo, me regreso pa mi quartito ¡bien tomado!; eso sí.

Siento que hay algo dentro de mi cuerpo que me pone nervio-
so, intranquilo, que me desespera y decepciona de lo que soy en
esta vida de los hornos...

Jacinto.

Ellos ya nacieron con el gusanito del melón en la boca.

-Ora tenemos estos cuates los hijos del toro. Nacieron con el pulque en la boca, verdá. Sus jefes toman dende chamaquillos; pero al revés de la mayoría; ellos no comenzaron nunca; nacieron ya con el gusanito del melón. Había veces que en vez de atolito, su amá les daba pulquito o agua miel pa no dejarlos vacíos.

-Pero les voy a decir que no son unos borrachos perdidos. Trabajan como todos y toman pulque como si tomaran agua.

-Pus les voy a decir que yo no había probado el pulque sino hasta que llegué aquí, y es que prácticamente me desilusioné de la vida. Me di cuenta que la gente entre más dinero tiene, es más hipócrita; ya me han fallado muchos, por eso lo digo. Yo me considero que soy a todo dar porque quisiera que toda la gente juera feliz. No me interesa que aquel tenga más o menos que yo.

-¿Qué tiene de difícil la felicidad elías?

-Saber convivir con todo ser humano y además que esté uno sano de salú.

-Pero si yo me pongo de broncudo con todos y a peliar; esto no es. Ser feliz es tratar bien a la señora, lo mismo que cumplir con la jornada, aunque seamos un poco borrachines...

En esta cartonera onde mal vivo, mal como y mal duermo, me vuelven las ganas de tirarme de güelta al vicio.

Luego me pongo a pensar en lo perra que ha sido mi vida. ¡He aguantado tantísimos golpes, malos modos, murmuraciones de las horneras y la jodida!; que luego siento mi cabeza grande, como hinchada; se me hace un mundo, una bola. No jayo ni qué pensar, ni cómo calmarme. En esta cartonera onde mal vivo, mal como y mal duermo, me vuelven las ganas de tirarme de güelta al vicio. Pienso que me salgo a ponerme unas pedas; unas güenas borracheras como las de antes pa disipar todo lo que siento que me pesa. Si bien me daban un taco y si no, pus no. Pero mis chamacos, ¿cómo quedarían?; ¿qué tal si por andar de briaga los mal cuidara y los perdiera en un instante por causa de mi gusto y capricho? Por eso le pido tanto a dios que no sea ansina mi pensamiento, que me olvide de la tentación de tanto vicio; que el que se me figure, se me borre. Ta bien que con el alcol se olvidan las penas. Uno se duerme y el sueño la lleva a una a onde nada se siente.

Ya van a ser quince años que me tiré de a tiro a la perdición. Creiba que este mundo ya no era pa mí. No le obedecía a mi jefecita -esto es a la fecha lo que más me puede-, no le ha-

cía caso. Le daba unos centavitos pa que comprara el recaudo y les diera de comer a mis criaturas, aunque fuera una tortilla enrollada con sal.

Entraba a las seis de la mañana al restaurante y salía como a las ocho de la noche. Como salía con mis centavos, agarraba y me iba pa puente negro. Me rodiaba de mariachis y era como desperdiciaba mi dinero. Se iba todo con los músicos y con lo que tomaba: puras cagüamas, aparte de mis pollas; de tres a seis yemas -a según lo débil- en cerveza todos los días. Éstas me alimentaban porque casi no comía. Se me quitaba el hambre con las desveladas y las borracheras. Ya después me iba a mi cuartito a dormir lo que faltaba pa que dieran las cinco de la mañana, que era cuando tenía que estar en pie pa arreglar me y llegar a la cambiada a lo que era, toda pintarrajiada.

Casi siempre, por las amigas pierde una. Me invitaron primero que media cerveza, que dizque pa el calor. Luego que una cerveza entera. /Tómame otra ¡ándale, no seas payasa pinchi cata!/ Ya después no jue cerveza, sino litros de cerveza.

Cuando empecé con la bebida andaba como en los veinte y ya desarrollaba tomar normal por mi cuenta. Diario despilfarraba mi dinero con la tomada y los músicos que no me podían faltar.

Pero a pesar que andaba tomando, siempre me respetaron, porque me daba mi lugar. Yo sola me cuidaba y ya cuando me sentía bien briaga y pesada de tan mariada, agarraba y me iba, dejara a quien dejara. A otro día me preguntaban las muchachas en el restorán: ¿por qué nos dejastes sola? Es que ya me sentía peda y mejor me regresé a mi cuarto/.

Este es el consuelo que me queda; que nunca llegué de a tiro trastornada. Nomás me atarantaba, le paraba y ¡córrele!...

El churque no jode al cerebro, el que la riega es uno.

Yo no digo que no tomo, sí he tomado y arto, ora no cuenta que celebré el día de la cruz enchiquerándome en su fiesta. Pero luego dudo cuando les estoy chingue y chingue a los cuates que ya no tomen, porque la verdá, cuando se anda desesperado, nada lo consuela a uno y eso es lo que hace que uno se pierda en la tomadera. Pero con todo, afortunadamente, yo no me siento rendido. Luego me doy mis descansos y si ya no la hice aquí, ¡qué chingaos!, a volar.

Yo no sé si el pulque sea malo o haga daño. Pero lo que sí sé es que se trata de la mente de cada quien, no es el pulque el que pervierte ni jode al cerebro. Él será igualito siempre, el que la riega es uno y namás. Por eso también tomo con ellos; a veces quisiera sentir en carne propia lo que sienten pa que se tiren tanto a la desidia. Pero por mucho que me entorile hasta cairme, sigo pensando y sintiendo como si estuviera en mi juicio y todo pasa; ni ellos cambian, mientras tan sanos y cuerdos ni yo los llevo a comprender como debiera...

Elías.

A la gente le da asco verlos: gorditos, blanquitos, hasta brillando de botigones de tanto estarle mamando a la pence.

Cuando llueve, mucho, nos salimos a buscar caracoles. Los limpiamos bien, los enjuagamos, los cocemos y pa pronto, a comerse la comalada de cuernuditos con pulquito y agüita miel, con toda la familia.

Cuando hay chapulines, hay que levantarse dende la madrugada pa juntarlos aquí por las jaras, por las hileras de árboles que bordean el canal. Cuando ya están bien doraditos es cuando se sabe que están listos pa comerse. Los agarramos a la mano, los echamos a una bolsita de plástico, pero entons, todavía no se mueren, nomás se ve como revolotean los pobres; brincan pa arriba y cain, duro y duro. A ratitos se sosiegan, pero luego otra vez, les faltará el aigre o quien sabe. Llegando a la cartonera, se lavan bien de la tierra que train entre las patas. Ya pa entons, ta el aceite requemándose con su cebolla en una cazuela grandota. Se le echan los saltamontes con su sal, se doran bien hasta que ya no brinque ni uno, hasta que se queden bien sosagaditos y listos pa echárselos al taco.

Uno de mujer también hace su salsita molcajetada con chonostles, y artos ajos y gordas calientes, recién hehecitas. ¡Y

pa desatorarse el gañote!, pocillos de atolito de masa que les gusta a los chamacos; o si no, con hulito de ese que ya nomás le falta un grado pa ser carne. Queda uno re te satisfecho ¡que pa qué les cuento!

Cuando hay hongos, se arrancan y se hacen en quesadillas; ya sean de los cafecitos que se recogen en la tierra o de los güitlacoques que se dan en las mazorcas.

También comemos gusanos de maguey cuando se llega la temporada. Cuando está prieta la penca, por abajo, cuando tiene goma, se echa de ver re te bien el gusanito que tiene dentro de su corazón. Los pobrecitos ni pican ni hacen daño a naiden, pero hay gente que le da asco verlos gorditos, blanquitos, hasta brillando de lo botigones y grandotes que se han puesto de tanto estar mamándole a la penca. Y saben re sabrosos frititos con salsa roja de chile güajillo. Pa juntarlos, se mete una púa del mismo maguey, como es delgada y medio filocita, no se despanzurran a la hora de ensartarlos; salen enteritos y chinvolotiándose de a tiro. Y siguen retorciéndose con juerza hasta que se les avienta al aceite caliente. Ya fritos, saben a carne de puerco y nos queda una comida bien padrota porque la acompañamos con churquecito de ese fermentado que lleva arjos días fermentando en el barril.

Las ranas cocidas en chile verde saben a carne de pollo. Ora ya casi no comemos porque la laguna de zumpango, a onde íbamos a sacarlas, se está secando de agua limpia y en vez, se está retacando de pura agua prieta del canal. Por estos tiempos de secas, ya ni compradas se consiguen, lo mismo que los ajolotes o los pescaditos que antes cocíamos en hojas de tamal...

Don ANDRECITO.

Es un viejecito desmirriado de miembros encogidos que hacen más evidente la cortedad de su figura. Su arrugado y enjuto rostro, lo cubre del sol con un grande y ruinoso sombrero de fieltro.

Normalmente se le observará absorto levantando, con su escoba de jaras, la polvareda del piso de tierra de su trozo de morada. En otros momentos, departiendo con sus oyentes a quienes ameniza con leyendas y catequiza, entonando sus creencias; en tanto riega y protege a su arbolito en donde ve enclavada la grandeza de su Señor Jehová.

La credibilidad y la fe en su Dios, es con lo que se acompaña y mantiene en la supervivencia arrastrando ya, 60 años.

Habla para él, pero también les narra a los otros diciéndose, reafirmandose en un monólogo elíptico que no termina nunca y reitera ininterrumpidamente.

Al igual que las historias de los demás, la de don Andrecito es limitada y no va más allá de lo no vivido.

Ha sido arrumbado paulatinamente por sus semejantes más jóvenes, al concepto de "chiflado" y tan sólo lo buscan para mantener en hilaridad su tiempo libre. Cuando el sol se va ocultando, comienzan a reunirse en torno a la cartonera del viejo que provoca la jocundidad; se aprestan a encontrar acomodo dentro de las fosas que antes estuvieron al mismo nivel de las viviendas de él y los otros. Viéndolo desde abajo con mucha atención, y como si realmente fueran sus discípulos y asumieran sus prédicas, se ríen con él... burlándose, inconscientemente, de ellos mismos.

Las narraciones ultraterrenas han sido cuento de siempre y en los hornos no faltan los entes fabulosos que hacen su apología.

A través de la historia los hombres han necesitado creer, poseer fe y darle credibilidad a lo sobrenatural para poder sobrellevar la incommensurabilidad de la realidad en la que están inmersos y que los sobrepasa con su objetividad y aridez. La creencia en la existencia de seres invulnerables asentados asi mismo en espacios inaccesibles, inmedibles, invisibles, donde tal vez -si se portan "bien en este mundo"- logren alcanzar el día de su muerte; los provee de ilusiones, de una "esperanza" de que hay otro universo ideal en el cual, los sufrimientos y las carencias, amén de las problemáticas diversas, queden abolidas para dar cabida a un bienestar perenne.

Precisan pues creer en lo divino para sobrevivir aquí, en tanto lo conquisten.

De ahí que se afirme que las religiones son otras formas de las manifestaciones socio-culturales que abarcan la superestructura de un modo de producción determinado.

Lo mítico, lo sagrado, lo perfecto, son algunas de las características inherentes a los fenómenos deíficos que van a enfervorizar a los profesos de las religiones en cuyos soportes omniscios y omnímodos van a afirmarse como seres hipostáticos;

es decir, como entes que construyen la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana.

Así, amparados y resguardados los devotos por el bloque caracterológico divino, su enfrentamiento al cosmos, al cronotopo que viven, se habrá forjado de rasgos alegóricos. Simbologías que les permitan discurrir en su entorno, con la convicción de que existe lo sagrado, lo perfecto, el dios más allá de esta tierra.

Lo anterior, es lo que Ludwing Feuerbach llama en su libro: "La Esencia del Cristianismo", la conciencia hipostasiada del hombre en la religión.

Por eso se afirma que la credibilidad en la deificación es una necesidad espiritual, anímica que la entidad humana ha hipostasiado, inventado, aunque crea fielmente en las epifanías que le han sido reveladas por obra y gracia de su Santidad, la Deidad de Jesucristo.

Tales argücias deíficas se originan del sentimiento de culpabilidad que se ha heredado a las generaciones desde Adán y Eva. Entonces se busca la justificación, el saber que nuestros actos son observados por un ser omnipotente y omnipresente y que debe vivirse con el temor de ofender a éste. Si se le llegase a faltar, hará falta redimirse y pedirle perdón, hasta que exhonere cualquier culpa o pecado.

Este miedo a las culpabilidades por los actuares pecaminosos se nos ha sucedido hasta la fecha, así como tantas otras ideologías occidentales que nos alimentan hogaño. Y nada mejor que la religión cristiana, el vivir evangélicamente, para sancionar, depurar y escarmentar para expiación de toda acusación o delito cometido.

El vivir en tal credulidad -ingenuidad- va a desviarnos de nuestro hacer y conciencia reales, ya que vamos a atribuir la

responsabilidad de nuestro ser y sus acciones, a una Deidad, a un ser sobrehumano, irreal, que nada tiene que ver con esta tajante realidad.

Los únicos autores de nuestras elecciones y consecuentes obligaciones, somos nosotros mismos, e imputémonos dicho compromiso sin ningún remordimiento ancestral, porque no existen tales censuradores beatíficos. Sólo uno es el crítico de uno mismo y el que debe asumir la trascendencia de la fortuna o los posibles escollos de un proceder dado.

La religión, rama de la superestructura, actuará en la cotidianidad de los horneros e influirá indiscutiblemente en la concepción de su universo.

Conforme va descendiendo la posición de los hombres en la escala social, mayor es la tendencia a adherirse a un sistema ritual en el cual creer y glorificar, pues con el ejercicio y consecuente entrega a éste, es posible mitigar su circunstancia de desposesión.

Es gracias a sus creencias mítico-religiosas que viven esperanzados a la recompensa, a la redención final que no han obtenido aquí en la tierra, por padecer de carencias económicas y por ende culturales.

La repartición de la riqueza y la oportunidad para cultivarse son desiguales. Sólo los más pudientes van a tener acceso a tal o cual adiestramiento o instrucción, por lo que no van a requerir con tanta imperancia como los marginados, de los favores divinos si están viendo cifrados sus deseos en el sinnúmero de tareas que requieren de un aprendizaje culto y que han tenido la suerte de tener acceso a su avanzado ejercicio.

Un hecho irrefutable es la presencia entrañable de la figura de la Virgen de Guadalupe en los mexicanos. El mito guadalupano está fuertemente ligado a los pobres y se manifiesta feha-

cientemente en las solemnes peregrinaciones que le rinden ininterrumpidamente para pedir beneficios que están siendo pagados de antemano con sus penitencias, que en el mayor de los casos, rayan en el martirio y el sacrificio.

El individuo marginado, al no tener los recursos materiales requeridos, cuenta por lo menos con la fe en un ser supremo que el día que regrese a reinar otra vez a este mundo, colme a los desposeídos de bendiciones y los recompense con creces, los sufrimientos soportados.

Esta caracterología mítico-religiosa es inherente y late en el estrato de los horneros porque profesan fe a la Deidad de Jesucristo. Y a su manera, se lo demuestran más palmariamente, participando, por ejemplo, en la celebración de las fiestas anuales de Semana Santa.

Los horneros no son asiduos feligreses, mas saben que si participan activamente cada año en las festividades de la iglesia o si conmemoran el día de la cruz en los hornos y le colocan cada uno de ellos y ellas—sean trabajadores o patrones—una cruccita de ocote a cada una de las chimeneas, van a asegurarse de estar presentes a los ojos del Señor.

En don Andrecito veremos representado un ejemplo fiel de lo que las convicciones evangélicas logran mellar en espíritus pobres que han llegado a viejos, igualmente carentes y sin otro asidero que el de su credo. Si nunca en su juventud tuvieron nada ni tampoco vieron realizadas algunas de sus peticiones que rogaban en sus cultos, menos ahora, que seniles y enfermos, está por llegarles su hora. Pero tal vez por esto mismo es que todavía se aferran con más ahínco a su devoción, como don Andrecito que se encuentra enajenado en la voluntad del Santo Padre y en el poder de su arbitrio para regir al mundo. Y si están pobres y necesitados es porque Él así lo ha querido; fue su mandato. Y

mientras lo mande el Creador y el Todopoderoso, seguirán así.

Los casos de Manuel y don Lino son los más idóneos para ejemplificar la amenidad de las crederas alegóricas en los horneros, porque son los que se encuentran más introducidos en ese mundo donde cobran vida los espíritus y/o fantasmas. De todos los personajes presentados, estos dos son los que relatan vívidamente tales leyendas, pues son los que más tiempo emplean en la configuración de su substancialidad.

Ambos creen en las visiones que su imaginación apologética ha inventado. Y junto con don Andrecito, hacen la mitología correspondiente a la viabilidad de acaeceres en los hornos. Sus fábulas llegan a ser tan de ellos, que viven en función de ellas y para ellas. Estas ficciones van a ser en un momento dado, las que les dicten las pautas de conducta y las que serán responsables de sus acciones.

La certeza en sus historias supersticiosas influirán asimismo en la aprehensión de su universo y trastocarán por tanto, su visión de la objetividad abyecta en la que yacen y obnubilarán el momento en el que pueden hallar las armas para aniquilarla. Los cuentos sobre el diablo y su poder, las narraciones sobre los aparecidos; las proclamaciones sobre la venida del redentor, vendrían a ser para estos tabiqueros prototipos, otras de las argücias y triquiñuelas que les evaden de su contexto. Artificios que imaginan como lo ultraterreno, lo fantasmal o tautomúrgico y en cuya existencia depositan su fe.

El narrar pues, versiones de dichas naturalezas, ha sido cuento de siempre y en los hornos no podían faltar los entes fabulosos que hacen su apología.

Yo no me le hinco a ningún mono de yeso.

Un pinchi mono de esos que están en las parroquias lo venden a ochocientos pesos, sea de yeso o de palo y dicen que son santos, pero yo no me les hinco a muñecos de yeso o de palo.

A mi arbolito de durazno sí, porque da oxígeno, pero esos pinchis monos lo único que hacen es estorbar. No los quiero ni aunque sean de oro o de plata.

Suponiendo que fueran de mi parecer, aquí vivimos los pobres y no los tenemos. Yo ando tomado, pero también le chingo en los hornos y no me voy a hincar nunca a las chingaderas esas...

Don Andrecito.

No se puede ni comer, ni tomar ni fumar desde el viernes santo. De todo hay que ayunar, hasta de bebidas embriagantes. Porque vamos a suponer; si está uno crucificado y se toma arta agua o pulquito a poco va uno a decir: ¡bájenme que me anda de miar.

A las doce de la noche, el sábado de gloria, cuando se abre el reino de los cielos; la gloria de dios, el padrecito dice tres veces: ¡gloria!, ¡gloria!, ¡gloria!/ y es cuando ¡córrele!, salimos corriendo los vasallos por entre las vallas que la gente nos hace. Los sargentos nos van cuidando que vayamos bien formaditos y de que no nos pongan alambres, ni varas o lazos.

En esos días santos, tenemos permiso del municipio pa que naiden nos moje ni perturbe, de que si vemos a una señora que no respeta el santo día de gloria, tenemos derecho de recogerle lo que está lavando pa que deje de pecar. Muchas fábricas no las paran de trabajar el viernes santo, más que cuando son fiestas nacionales; pero acá en el pueblo sí, porque no hay tantas fábricas y nosotros sí tenemos devoción en la conmemoración de la santísima muerte de jesucristo nuestro señor.

En las fiestas de la semana santa la he hecho de todo por cuatro años seguidos. Primeramente jui rey pilatos; dos años jui barrabás y luego sargento. Tengo mi ropa todavía pa cuando me toque representar cualquier papel.

Este año me sentí triste porque no salieron todos los que

andábamos. Yo creo que no tendrían voluntá porque demasiado bien lo saben que no nos pagan. Ya cuando acaba la ceremonia, se agradece de todo corazón que cuando menos, nos inviten un vaso de agua. Y sí, la verdá, las fiestas de semana santa se ponen a todo dar. Al terminar, los mayordomos nos dan de comer. Cada año chambean duro pa que el viernes santo nos den los siete platiillos obligatorios. Y todo esto, pa aguantar las siete palabras que son explicaciones de cuando jesús anduvo en el mundo y la santa misa de tres ministros.

Por eso tenemos que prepararnos antes los que participamos en estas santas y benditas ceremonias. Además de no comer nada dende el viernes, tampoco se debe tomar o fumar. De todo hay que ayunar, hasta de bebidas embriagantes. Porque vamos a suponer; si está uno crucificado y se toma arta agua o pulquito, a poco va uno a decir: ¡bájenme que me anda de miar! Por eso es que también es una penitencia representar un papel en estos días santos: hay que confesarse y comulgar a güevo, si no, niguas que le toque a uno el papel.

¡Bendito sea dios!, que siempre he estado puesto en todo lo que me han invitado pa las celebraciones o servicios de la iglesia. Por eso me siento contento y satisfecho de poder servirle al señor nuestro padre por lo menos en algo. Y agradecerle también que me ha dejado vivir hasta ahora que ya le ando llegando a los cincuenta. Sabrá dios si pa el año que entra viviré, pero mientras aquí estaré cumpliendo a lo que es.

Cada año nos coperamos pa comprarnos las telas pa nuestros trajes y los papeles los estudiamos a según. Como cuando yo salí de pilatos; digamos que me mandan a jesús de nazarén: /yo no encuentro culpa ninguna pa acusarlo. ¿Cómo lo voy a mandar crucificar namás porque sí, si no ha cometido ningún delito/.

Entons me train el agua y yo me lavo las manos. Luego lo mando con el otro rey: herodes, el que lo manda crucificar, pero yo, ya me lavé las manos y me quito de toda culpa. Tamos ensayando dende antes del miercoles de ceniza y al siguiente domingo se hace un ensayo general recorriendo todo el pueblo pa que la gente se dé cuenta que ya nos tamos preparando pa celebrar la semana santa de la crucifixión de jesús, de barrabás y de judas; güeno, a éste lo cuelgan, pero ansina se tiene que andar ensayando.

Cuando crucificaron a jesús el nazareno, a la mera hora, el clavo no se enterró en el centro de la mano, sino en la muñeca. Y como no alcanzaba su brazo hasta onde estaba el otro agujero, pus le falsiaron su bracito. En las imágenes se ve que está clavado por la mano, pero ¿cómo cren ustedes que la palma de la mano iba a sostener el peso de un cuerpo de un metro ochenta?, lo que medía nuestro padre jesús. Por eso jue que los clavos se los enterraron mero abajito de su mano. Los desgraciados lo clavaron, pero no jueron pa tomarle medidas a los hoyos a la hora de hacérselos a la cruz.

Jesús se crucificó por salvarnos a nosotros los pecadores, nos dicen los curas, porque ellos lo saben mejor que ninguno. Le pusieron una corona de espinas, se burlaron y lo escupieron. Por eso nosotros debemos portarnos bien y sacrificarnos aquí en la tierra. Tenemos que purgar nuestros pecados y nuestras fallas junto con la de nuestros hermanos. Debemos ser más humildes y no levantarle la voz a naiden, aunque nos humille. /Acuérdense hijos, que el reino de los cielos será de los desventurados y afligidos; de los pobres y no de los ricos/, bien dice el padre de tiolo.

Estoy tan cerca de dios que hasta he tenido la gracia de tocar las cosas sagradas que no cualquier pecador toca; me la

dieron por parte de roma, dende que estaba pío doce. Se me concedió y me la dieron allá por la estación de buenavista en la iglesia de santa maría de la sagrada familia. Y yo, aunque soy pecador la acepté. He tenido en mis manos pecadoras el cáliz; ése en el que se echan su pegue los padres. Hasta el mismo sacristán mejor agarra un trapito blanco pa cogerlo.

También he tenido la dicha de parte de roma, de ayudar a decir la santa misa de tres ministros. /No importa que no seas casado hijo. Si tienes voluntá en seguirmos acompañando en las santísimas celebraciones eclesiásticas, sabes que tienes tu lugar, ya sea que te sigas quedando aquí en santa cruz o te vayas pa tioloyucan. Si dios te bendice y sigues conviviendo con nosotros, pa el año que entra, aquí tendrás como todos los años, tu papel, pierde cuidado hijo mío y ve con dios/...

Don Chava.

Y le avisé al padrecito que iba a regresar al cabaré, pero no al mismo onde bailaban encuerados.

Jui a confesarme porque sentí que ya era mucha la exageración que estaba haciendo con mis diversiones y un día juré no volver al cabaré y terminar de una güena vez con el músico ese que me quería y a quien yo quería bastante.

Y aguanté que él me botara, pero nunca volví al cabaré ese. Después de la confesión, el padre me dijo que rezara mi penitencia y me arrepintiera de lo pecadora que había sido. Y sí, a otro día comulgué. De ai duré como dos meses portándome bien. Salía de mi trabajo y luego directamente a mi hogar. Derechito y me acostaba a descansar, hasta otro día a las cinco de la mañana otra vez. Me arreglaba y me iba al restorán.

Pero al rato, me volví a dejar conducir cerquita de las mismas andadas. Jui de nuevo con el padrecito y le avisé que iba a regresar al cabaré porque ese era mi gusto en grande; mi única desaburrición, pero que no se preocupara porque ya no iría al mismo onde unos bailaban encuerados...

"...Decía... alguien...
que no creer en lo sobre-
natural, es darle ventajas
al demonio..."

Comenzaron a ladrar los perros y a pegar unos aullidos re picudos. Si no son los fantasmas, entons es el demonio.

Tengo güena sangre pa que me sigan las apariciones o quien sabe, pero el chiste es que antes que me metiera de a tiro al vicio, una noche que estaba durmiendo, de repente, se me vino un bulto que me clavó sus codos en mis costillas. Era chaparrito, pelón, como enano el cabrón, con una cara re horrible. Ta bien que estoy mugroso verdá, pero él tenía la nariz re te ancha y los ojos muy salidos. Quería hablar, pero no podía, su peso no me dejaba resollar. Como pude, estiré mi mano pa alcanzar a mi hermano. Pa que despertará, le rasguñé la cara como dios me dio a entender. /¡ora, ora!, ¿pus que trais ojete?/. Fíjate lo que está encima de mí carnal, le dije todo asustado. Pero cuando acordé, ya no tenía nada de bulto./¡Dios nos libre!/, dijo, y se metió hasta abajo de las cobijas. Ya luego nos quedamos serie citos esperando a ver que pasaba. Pero ya no regresó, aquél ya no se volvió a descobijar y yo me puse a sude y sude. Duré artos días sin comer y nomás mitigaba la se con tecitos que me daba mi jefecita. Cuando me vio blanco, de a tiro sin juerzas:/mira hijo, te voy a comprar los espíritus, los de tomar y los de untar. Los de tomar venían en una agüita blanquisca, como agua

miel y debían tomarse en una cuchara antes de cada alimento. Tenían un sabor dulcesito que no sabía feo. Los de untar, me los sobaba en todo el cuerpo por la noche; era una pomada de color parduzco y olía como a dedeté. Pus todavía me pasé artos días sin salir, namás al pendiente de los remedios que mi jefecita me ponía. Luego empecé a agarrar bien la comida, ya me pude levantar del petate y me entraron las ganas de trabajar.

También se me aparecen imágenes de repente, cuando ando dando güeltas en la madrugada. He llegado a ver almas en pena, o quien sabe qué jodidos son.

Iba bajando un puentecito como a las tres de la mañana. Ya me habían dicho que a esas horas ya no salen los fantasmas, sino justo a la medianoche. El chiste es que me salió un danzante brincando con sus sonajas y dando güeltas. A otro día le conté a mi compadre laure:/ Vi a un amigo que andaba danzando y enseguidita comenzaron a ladrar los perros y pegaron unos aullidos re picudos que me enchinaron el cuero/. Como estaba oscurito, no lo devisé bien, pero chico sustote que me arrimó. Yo pensé, si no son fantasmas, entons es el demonio; ¿o será que anda uno en malos pensamientos? Luego me cacho pensando cosas que no debo: como tener otra mujer o andar con una jovencilla como la de mi entenado que me jodí. Si no, hago memoria de cuando era jovencillo y no me dejaba en paz aquello.

Otra noche no, iba caminando y con arto frío pa desquitar la muina que me cargaba de que no podía pestañar, cuando me sale un zopilote. Se me apareció de pronto, volando cerquitas de mi cara y como que me quería tirar con sus alotas. Yo pensé, serán mis nervios que hasta despierto me tantean ¿o qué?... Chilló como güilo y de plano, se me echó encima. Pero mi miedo pudo más y eché a correr ¡quién se iba a quedar ai!...

Ya estoy bien corrompido porque traigo al diablo conmigo que me hace pensar ideas pecaminosas.

Yo también como don andrecito, no creo en los curas ni nada de eso de las iglesias, Yo nomás creo en mi dios que me cuida y no en las imágenes pintarrajiadas que dicen son milagrosas, pero que en realidá, no son más que pura invención.

La última vez que vi unos santitos, de la impresión, hasta se querían quebrar los cabrones; como que se tambaliaban y ya no jui más cabrón, si no, los hubiera seguido devisando con los ojos de pistola hasta que los tumbara del pinchi altar cito.

En quien si creo es en la cruz, porque ai mero el diablo se para y tantea parársele por onde está la cabeza de cristo pa llegarle a su cerebro y ganarle en poderes.

El diablo anda peliando pa tener un reino tan grande como el de dios o más, pa ganarle el control de todos los humanos. Pa eso es que se para en su cabeza, pa ver si lo domina y le arrebatata el reinado. Ora que el diablo no cre en la cruz de jesucristo como casi todos los cristianos. Él cre en la de los hombres. Si toda persona abre los brazos y los estira va a formar la cruz con todo su cuerpo.

El quiere que dios sea de él; ai ta el juego. Supongamos que me echo una pelea y me cogen de los brazos mientras me están dando de madrazos. Me movilizo a como dios me dé a entender, pero me defiendo y si quiero de a deveras no pierdo. Pero si me dan un toquecito mal dado en el coco, hasta me puedo petatiar. El chiste es saber ponerse todo en tensión pa que no le hagan nada a uno. Por eso hay que usar el seso cuando hay violencia. Nunca hay que usarlo antes porque se desgasta. Ora que yo sí lo he usado artas veces porque ansina me lo manda, ya saben quien. Entons, él me cuida de que no me fatigue ni acabe tanto.

Ora que sí sé repartir trancazos que da gusto. Aprendí cuando jui sardo del ejército de querétaro, onde enseñaban a hacer todos los ejercicios pa defenderse. Yo sé que si juera alguien escrito, sería más de lo que soy, porque concentrándome, se ler en la imaginación y el pensamiento. Todos los humanos, aunque no hablen o no se les oiga la voz, siempre están diciendo algo y yo que sé adivinar el pensamiento, lo aseguro.

Ya se me ha revelado también dios verdadero, pero en la oscuridá, por eso es que aprovecho las noches pa irme andando y poder verlo o de perdida hablar con él pa que me aconseje, me cuide y acompañe. Lo he devisado de lejitos por entre la neblina que supura la madrugada y he visto como flota en los vapores que él mismo despide. /Camínale hijo, porque vas a llegar tarde a tu cuarto/. Onde lo único que me espera igual, a como lo dejé antes de salir, es el colchón viejo y jodido con su cobija albo rotada que recogí un día en la viña.

Caminando me avisa, por eso siempre que bajo a tiolo, voy y regreso a pata. No hago aprecio de los güilleros que llegan hasta acá, a los hornos de santa maría. Me pongo los zapatos

y bajo los domingos a la plaza cuando la tarde está re asolada y los marchantes sudados y renegridos ya vienen de regreso sopesando sus bolsas de mandado.

Ya en la noche y yo solo de alma en el camino, me viene la inspiración pa el pensar y es como se me antoja quitarme los choclos pa que mis pies se arrejuntan con los misterios que esconde la tierra y me deje conocer los secretos del porvenir de mi vida y de cualquier otra que se me ofrezca. Por eso me gusta andar al rais porque la humidá del camino me despabila. El sufrimiento hace que el pensamiento le diga a uno cosas y por eso me meto entre las piedras y no me quejo. Ya llevo arto de andar ansina con las patas encueradas y que nada apestosas, si están llenas de callos y con artas espinas enterradas que me han güelto corrioso el cuero. Pero ¿qué le hace?, ansina siento más de cerca a su creador.

Una vez me aventé artos días seguidos pensando en dios... güeno, no es en dios precisamente, sino en el otro, el diablo. Y en el carnaval de coyote, me encomendé a él. Andaba bien desgüanzado, de a tiro por tanta peda, tanta joda y tanta cruda. Era de noche cuando terminó; duró tres noches y tres días seguidos y en gran ambiente. Luego le dije dos, tres palabras. Si existes, dame juerzas pa llegar a onde vivo cabrón. Y sí, en un dos por tres, ya estaba en mi quartito. No me di cuenta ni a qué horas llegué de tan rápido que caminaba, como con mucha energía. Como andaba pedo y medio apendejado me dirijí a él. El diablo también es un dios tan poderoso como el otro y se me ocurrió conocer sus poderes. Llegué al cuarto bien en chinga y me di cuenta que estaba jalando el motor de una caldera enseguidita de mi cuarto -era por el puente de las compuertas- que por la noche, empuja agua pa el riego de los terrenos de santa maría. Cuando me acerqué se apagó. Me quedé quietecito sin chis=

tar nada, mirando solamente. Y después de un silencio más o menos largo, que grito como encabronado: ¡órale, aquí chingas pinchi diablo cabrón!, y sí, al momento, el motor comenzó a jalar. Ya luego seguí disvariando, y echando pestes a la jodida y a la noche llena de quejidos.

Ya me di cuenta que el diablo es más poderoso que dios mismo. Quiere terminar todo lo que viven en la tierra por lo pecadores que somos. A la mejor yo soy más pecador que el más pecador, pero soy cabrón. En mi cabeza abundan las malas ideas y las piores intenciones que ningún otro cabrón tiene. Mi mente está pudriéndose porque nomás me vienen pensamientos pecaminosos de tan corrompido que soy en casi todo.

Pero siempre..., yo sé que la conciencia no me va a dejar nada güeno porque no puedo dormirme si estoy en mi juicio y las horas que me llevo a jetiar, no las duermo como es debido.

Yo me paró porque cuando estoy roncando mi briaga, me atacan las pesadillas y el cerebro me da güeltas. Caminando a pata de santa maría hasta anal; atravezando de puente a puente, me alivia. Ansina en movimiento, ya no pienso en nada, nomás voy como sonámbulo y ya cuando siento que las patas las traigo bien madriadas, entons es cuando reacciono: ¡on toy! y pienso de güelta en el diablo y viene la misma cantaleta: ¡pinchi diablo jijo, si existes, llévame a mi casa. Y ya no tengo que regresar por mi pie, porque ya cuando acuerdo estoy soñando sobre mi colchón.

Mi jefa siempre me anda jodiendô pa que vaya a pedir al santuario porque sabe que me salgo en las madrugadas y dice que es porque; /trais el alma triste hijo; ya la traís en puros cachos y es lo que te hace andar desasosegado. Ya estás muy alejado de las leyes de jehová y ora necesitas ir a pedirle pa que te enjumenten del güen bálsamo y los malos espíritus que te están chupan-

do la tranquilidad, te los chispe de tu alma y corazón/.

Si él también es de arto poder que. Lo malo que mis familiares se apartan de mi camino, pero cuando les llego a cair de sopetón es pa injuriarlos y mentarles su madre. Ora que a ésta también se la he refrescado cuando me agarra juera de mí.

Mi inteligencia es tan grande que también si no duermo las horas que son, es por estar pensando. Los de mi familia ya no me dicen por mis nombres; ora me apodan el velador. El más mayor es el que siempre me está jodiendo con que; /¡quihúbole mi velador!, ¿cómo están de heladas las madrugadas?/.

Ya cuando estoy pestañiando porque me llegó la hora de que se me juyó el sueño, comienzo a oír que alguien me llama y ¡canijo!, me levanto en orita bien asustado. A veces me entra la güevonada de salirme y vuelvo a acostarme dizque a dormir, pero más tardo en acomodarme que en volver a oír las voces, pero más juertes todavía, hasta que mi cuarto se llena de ahullidos, gritos y lamentos. Entons, sí me echo la cobija encima y ¡patas pa que las quiero!, me salgo en chinga como alma que lleva el diablo.

Cuando está clariando es cuando me paro y me dispongo. Ya nunca rezo lo que me enseñaron en el santuario, nomás que a veces se me bota la canica y me encomiendo a dios todavía, pero muy rara vez. /Dios, que si ya te ofendistes..., una voz se mete... no te arrepientas cabrón, no te arrugues.../

Ayer simplemente, me salí al aserrín pa echar la jetiada. Había arto aserrín; una montaña pa el horno de los blases que estaban quemando millares de tabiques. Como estaba regüelto con palos, astillas y cachos de hule, hacen re te bien de colchón pa ir a despatarrarse a gusto. Dije, voy echarme un albur pa ver si duermo tantito, al fin ta re calentito; llegaba la resolana

del horno que estaba bufando de caliente.

Pus me estuvo hablando hasta que a güevo, me despabiló: ¡jijo de la chingada y de tu pinchi madre si es que tienes, ya deja de estar jodiendo! Ya dime derecho si me quieres a mí. Mi perro capulín taba ladre y aulle, ladre y aulle y me quitó de mi concentración. Parecía como si estuviera viendo las almas del purgatorio que andan sueltas por el campo, envueltas del humo y el hollín que despedía el horno de allá abajo, el más grande y mayor de todos. No le hice caso al golondrino ni a naiden y mejor me acerqué a los que estaban quemando: /güenas, ¿ya mero? No, que va, el pinchi horno no quiere bramar a lo que es, porque se agujeró el pinchi serpentín que le compré al elías y eso que lo acababa de estrenar al güey. Pónlo directo hijín y vas a ver: quítale el serpentín que ya no sirve más que pa humiar y apagar la lumbre/. Y sí directo les jaló. Ya que más prueba de que el diablo anda conmigo. Antes, cuando se quedaban unos hermanos aquí conmigo no pasaba nada, ¡pero ora!

Yo traigo al diablo conmigo y se me alojó porque ni bautizado soy ni he sabido nunca lo que es la confesión y comunión. Cuando llego a ver a un padre, aunque sea de lejos, me entra miedo y le saco la güelta. No me gusta toparme con ellos, ni entrar ni de chiste a las iglesias. Es mejor dejar las cosas como están...

Lucio/Manuel.

Con la venida del milenio la tierra va a arder y los pantiones con ella y entonces jesucristo Jesús vendrá.

Jesucristo va a venir con su coro y ejército de querubines rosas y güenos en el milenio, el sétimo día de jehová y va a regresar pero no pa que lo golpien, como la otra vez. Ora va a estar entre nosotros pero pa juzgarnos.

Esta gente que vive aquí en los hornos dice que faltan veinte años pa que se acabe el mundo. Cuando venga el milenio también jesucristo Jesús vendrá. Apenas tamos en el ochenta, pero cuando venga la venida, todos vamos a ser mejores; güenos amigos, aunque esté al acecho el pinchi diablo; ese cabrón satán, el diablo, apartándonos del güen camino y de las enseñanzas del güen Jesús. Porque jesucristo está mandando orita, pero ya se está cansando porque nosotros somos ingratos. ¿Por qué somos ingratos?, porque sí, pero... fíjense que jehová tiene dos nombres: yavé; una consonante y el otro es de otras letras.

Si no nomás yo; toda la gente debería andar regando la palabra de dios, nuestro creador, pero no comprende muy bien nada de lo divino y por lo mismo no llegan a saber las cosas que yo sé; como que cuando se repartieran las tierras del ejido, pero pa siempre, iba a entrar el comunismo. Se los digo y unos dicen

que no, pero, ¡cómo cabrones no! Nomás le cerramos los bancos al pinchi gobierno y ¡órale!, a seguirle a la regüelta. Todo esto está en la profecía de santa martiana... no, ¿cuál santa martiana?, en las profecías de jesucristo que figuran en el nuevo y viejo testamentos que guarda la santísima biblia. Y yo como me la conozco re bien, el señor se porta re a todo dar conmigo y me trai de comer..., güeno, ni modo que baje de los santos cielos y me deje al lado el platito de frijoles y tortillitas ¿no?

Ya hablé de los científicos, pero me falta decir del filósofo. José, el que jue vendido por sus hermanos, jue filosofo porque se adivinó en la cárcel lo que iba a pasar y salió gobernador a egipto, cuando el faraón. Hasta salió vestido de lino con su cintillo especial que ai mismo le dieron. Lo vendieron a unos arrieros porque estaba re guapo y porque le tenían envidias. Pero quien les iba a chismiar que iba a salir gobernador de egipto...

Por esa época hubo hambres aquí y al rato tiene que desatarse otra hambre pa que escarmentemos y oremos. El nuevo testamento dice que el faraón era un diabólico, no creiba en la palabra de dios y jehová le mandó muchos castigos. Los israeles son nuestra familia aunque estén muy lejos de nosotros y aunque anden bombardeados por los palestinos, pero es el pueblo escogido por dios y moisés. Era diabólico ese rai del faraón y por eso se quedó en el mar rojo junto con toda su chingada tropa. Nosotros también somos judíos, pus jesucristo bien que lo jue porque viene de esa familia y él es nuestro hermano. Nomás que no es familiar de los judíos que en méxico tienen los mejores cajones de ropa y que junto con los que trabajan en el gobierno, metieron eso del iva. Estos judíos de hoy son ricos y jesucristo jesús y sus familiares no jueron millonarios ni vengativos. Ora tiene que haber aquí en la tierra otro filoso-

fo y yo ya no puedo porque ya soy de edá pa esas cosas.

Con el milenio la tierra va a arder y los pantiones con ella. También van a arder los mares porque allá adentro hay pantiones; los barcos... Parece que también toy adivinando que por ai, dende por david, no hay juzgados. Todos los muertos tan enterrados, verdá, pero en el milenio se van a parar y jesucristo va a agarrar pocos. Los que señale, los va a entregar a jehová y a los que no los señale, le van a decir: /pero padre, mi jesucristo bendito, yo también jui tu hijo, no me mal mires y apiádate de mí/. Y el señor responderá: /no, no te conozco/. Va a agarrar pocos... muy pocos.

Si don adán y doña eva no tuvieron suegros y nomás porque ella se metió con el diablo, el que le dicen satán, nos torcimos todos, hasta adán. Si el árbol era güeno, nomás que jehová quiso calarlo, pus si también don adán hubiera sido igual a jesucristo, pus a lo mejor nosotros ni siquiera existiéramos.

Ora le doy gracias a don adán y a doña eva de que existo y que me dieron un nombre. Porque yo soy andres, don andrecito moreno, por el color y porque mi jefe era don tranquilino moreno. También se me quedó el charro porque a mi jefe le gustaba subírsele al caballo, según me dice mi jefa. Y sánchez se me quedó por la gallina, doña mauricita...

Don Andrecito.

A otro día al recordarme, lo primero que me viene a la cabeza es un ruidito lejano de humano como cavernoso que rumia consejos.

¿Qué dicen que los muertos no llegan?, pus es mentira porque sí llegan. Mi apá ya lleva unos años que falleció pero llega y me da consejos. Me viene a visitar cuando ya me acosté. Cuando suena la lámina es el aviso de que llegó. Es bien respetuoso el espíritu de mi dijuntito padre, no es nada escandaloso. Toca la lámina bien quedito, yo me despabilo y él me tranquiliza; a veces me llega a dormir y entons es como se regresa a onde le dieron permiso de salir. A otro día al recordarme, lo primero que me viene a la cabeza es un ruidito lejano de humano como cavernoso que rumia consejos. Escupo y quiero sacar de mí ese fermento rancio de pulque y alcohol que me reseca y apesta la boca.

Él puede colarse por onde quiera y traspasar la misma paré. Me habla de tú a tú como a cualquier cristiano. Yo estoy bien enrredado con la cobija -se trasmina el frío por el techo de láminas y por los claros de las tablas que sirven de puerta-. Se me acerca y me habla a la oreja: /ya no seas borracho mijo, cumple con tus mujeres y pídeles perdón por tu vicio y dejadez/. Me dice que vaya a verlas, pero no voy porque me chingan. Él

nunca me ha dicho que me busque otra, sino más bien, que me deje de hacer el desentendido con las que tengo.

Le sentía su resuello con un tufo caliente y me habían dicho que los resoplidos de las ánimas se sienten friyos, friyos. Como estaba bien cobijado no se lo alcancé a olfatiar, pero no creo que haiga olido pestilente porque mi dijunto ya tiene artos años de enterrado.

Me iba a seguir diciendo quien sa qué cosa, cuando mi pensamiento se concentró de nuevo en el diablo: ¡ay jijo de la chingada!, a lo mejor me quiere coger. Me hice el pendejo y no le presté más atención. Ya muy apagadito nomás alcancé a oír: lucio... lucio...

Ya cuando el diablo me iba a decir que me iba a llevar, mi capulín con sus ladridos me salvó. Por eso lo quiero re ta arto a mi negro. Onde ando, anda él y siempre que salgo me sigue, vaya a onde vaya; hasta se sube al camión el güey, se cuela entre las patas de los pasajeros pa pasarse mientras yo saco pa el pasaje. Y cuando el cobrador lo catcha y lo quiere echar, mi golondrino le pela unos colmillotes con unos rugidotes, que el otro nomás dice: /ai muere/. Este es mi cuate preferido por lo inteligente que es. De por sí que todos los perros lo son y además también ven a los espíritus de más cerca que ni cualquier humano; tienen desarrollado un sentido que nosotros no tenemos: ven a las ánimas en pena o algún aparecido navegante.

Ora que también mi cuate que se hizo dijunto, más que soñarlo, me espantó. En vida él y yo traibamos unas discordias por una vieja que a los dos nos gustaba arto, pero que namás a mí me daba jalón. Pero nomás jue mi amiga y nunca entremos en detalles ni de uno ni de otro. /Te voy a llevar pinchi lucio. ¿A mí?, pus a onde, a mí no me llevas cabrón. ¿No?, ¿te acuer-

des de esas veces que le hablabas a la toña y yo me encabronaba? Pero yo no la obligaba carnal ¿o sí?, tú mismo te distes cuenta que ella era la que me echaba los perros, además fueron tiempos pasados ¿no?/. No lo devisaba, nomás le oyía la voz. /Sí meno, correctamente, mira, tú ya eres de la otra vida, ¿pa qué la hacemos de tos? Sí, pero te voy a llevar -segúia de terco el güey-. Pus ándale si quieres, pero conmigo no te metas porque en vida nunca te ofendí. Pero me cais mal por ojete y.../.

La gente cre que los muertos no vienen, pero sí vienen, ya lo yeo con mi jefe y ora con el filomeno que no me deja en paz. Ni el que me escabeché me ha molestado y conste que podía tener razón, porque ni tiempo le di pa que se defendiera.

El meno no entendía hasta que me encanijé. ¡Ya mejor sácate a chingar a tu madre y no me estés chupando cabrón! Con eso tuvo pa desaparecerse. Cuando uno le mienta su madre al muerto y le dice cualquier chingadera, se va.

También me sigue el espíritu de la mamá de los muertitos: de meno y su carnal. Pobre, murió de briaga a los cuarenta, el hígado se le pudrió en vida y se petatió agarrándome mala fe. Yo creo que el diablo le hizo un campito pa que me viniera a chingar, porque me vino a reclamar. /¿Por qué me ofendistes ora que soy dijunta pinchi lucio?, en vida nunca te traté mal, al contrario. Luego llegabas a ver a mi meno y si estábamos echando el taco, te ofertaba ¿no?. Entons ¿por qué se la recordastes a mi muertito?... Onde le sigas, ya vas a ver que te voy a venir a refregar...

Lucio/Manuel.

SAÚL.

De corta estatura y con 24 años es muy diferente a Lucio Manuel, su hermano. Se caracteriza más bien por ser reservado, poco sociable y muy ingenuo.

Es de piel blanca, ahora tostada por el sol que lo bañaba desde cuando era un niño que jugaba y laboraba como los demás chiquillos de los hornos.

También bebe, pero no al grado de embrutecimiento que lo hacen su hermano y los otros. Pues gracias a su entretenimiento favorito de jugar futbol, se mantiene buena parte de su tiempo libre, en los campos que los horneros improvisan como canchas viables para entrenar el deporte.

Al igual que Jacinto, se siente decepcionado de las mujeres, pues lo han dejado para irse con otro. Pero ellos no saben que su actitud encogida, lacia e indecisa; su apocamiento provoca de algun modo, la huída de sus "novias".

Saúl tartamudea y cuando está embriagado, su conversación se convierte en un balbuceo ininterrumpido que lo apena y sonroja.

Después de la refregadura cotidiana, se entregan a paladear las mieles destiladas por el divertimento.

Los horneros se entretienen, se substraen por momentos, por esos días en los que se entregan fervorosamente a paladear las mieles destiladas por el divertimento.

Las variaciones conocidas por ellos que les procuran plácidez, son las que van a ser más accesibles, ya sea por su proximidad y su bajo, o en todo caso, nulo costo.

Las actividades realizadas por los horneros que les procuran distracción; el salvarse aunque sea furtiva e ilusoriamente de la realidad que les tocó soportar, no son muy variadas pero sí muy idóneas para lograr el objetivo de desahogarse, evadirse, proporcionar gusto. Libar "pulquito", de preferencia o alguna otra porción embiagante, pero que nunca falte en sus ratos libres, en sus horas de trabajo, en sus convites familiares, el vino, el licor que les calienta el tubo digestivo mientras les baja, va a ser una de las ocupaciones ociosas preponderantes.

El embriagarse, el estar alcoholizados permanentemente, se ha convertido para ellos en una costumbre más observada por todo el grueso; un estar en la normalidad, en "recreación" con el

espíritu.

El ejercicio de unas sórdidas por demás, relaciones sexuales, va a ser otro de los ejercicios que les procurarán la mayor parte, satisfacción y bienestar, ya sea que les cueste o no. "El cochar con las viejas", va a ser una de las principales -junto con la bebida por supuesto- labores por las que algunos, más que otros, van a aplicarse con celeridad para su consumación asidua. Los casos de Lucio y don Lino, sobre los demás, son los más representativos a este respecto.

El jugar futbol, rayuela o "bronquearse" en las pulquerías cuando ya se subieron las jícaras, van a ser otros de los entretenimientos que no cuestan tanto y en los que pueden participar conjuntamente, los integrantes de la zona tabiguera.

Toda esta gama de esparcimientos es viable de ser adoptada por todos y cada uno de los horneros. Tanto concurren en una como en las demás. De hecho, pocos son los que en realidad intervienen en una o dos actividades, pues todos beben, la mayor parte ya tiene contactos sexuales -se inician muy tempranamente-, pelean, juegan futbol y/o rayuela. Y alguno que otro que tuvo la suerte de aprender a medio leer como Jacinto, don Andrecito y Elías, se esparcirá leyendo prensa amarillista, publicaciones de dibujos animados y folletos evangelistas.

Dichas distracciones contienen en sus simientes el carácter evasivo de otras muchas que no van a ser accesibles para ellos. Por tanto, unas como otras, no son más que formas de escaparse, de huir de esta materialidad. Lo trágico es que la fuga no es para siempre, sino sólo por los momentos en los que se encuentran bajo los efectos de la narcotización.

Los horneros justifican sus acciones que les procuran solacilidad. Les alegran la vida gris que sobrelleven en los hornos. ¿Qué acción o qué otras van a realizar después de terminar con

la refregadura cotidiana?

El escuchar la radio mientras labran o cuando llegan a su cartonera; o mientras liban en las pulcatas, es un sedativo también, pero no suficiente para recompensar las friegas en el lodo al rayo del sol. La música en todo caso, es el fondo melodioso con el que acompañan su hacer de sus grandes diversiones.

De todos los personajes presentados, sólo Elías procurará buscar nuevas formas de entretenimiento. El tratar de tocar la guitarra y ensayar las propias composiciones es un intento por innovar, por buscar prácticas de diversión diferentes.

"...Como que toda la colonia
es tuya, todos te saludan
te convidan a jugar rayuel
mano pero...¡ay!..."

/Órale carnal, me cumplés o nos aventamos una calentadita pa ver si se nos quita lo rajones/.

Jui a echarme un caldo con una vieja bien güena. Cuando se me acabó la feria, me pasé pa san nicolás y ai me encontré otra morena ¡jijole!, con ella me pasé más de quince días.

Pero un domingo la pendejié. Un julano me dijo que me iba a embarcar pa la baja california a la cosecha del algodón. Pa celebrar el acuerdo, nos juimos a la pulcata y nos echamos una rayuela que yo le gané. Pero el ojete no me cumplió con los cuatro litros de pulque que era el premio pa el ganador. Y con la sangre caliente, lo atarantado y la emoción de la apuesta, me salió lo colorado. Bien enchilado le dije: /Órale carnal, me cumplés o nos aventamos una calentadita pa ver si se nos quita lo rajones. Vámonos pa ajuera y vas a ver como sí me pagas cabrón/. Nos salimos y órale, en un dos por tres lo surtí. A poco llegaron otros, un chingo de ai mismo, pero como yo estaba bien parado con otros carnales que vieron toda la acción, la hicimos efectiva con ellos...

El pulque si me ha quitado tantito las juerzas, pero la maña de la pelota no.

El futbol es mi vicio. Luego prefiero irme a jugar que andar con las viejas. El futbol es mi vida. Comencé jugando con el pachuca hace como diez años, mismos que ya tengo en el negocio este de la patada. En el pachuca recibí un trofeo de goliador de aquí de cuautitlán porque ya lo he sido dos veces en temporada: una jue de veintisiete goles y la otra de veintiséis. Esos días los celebramos porque lo merecía ¿no?

Después volví a ganar otro trofeo en los torneos que se hicieron en santa maría y mi equipo volvió a ganar. Ora estamos jugando en el cruz azul que está en la planada de coyotepé.

A mí me respetan demasiado porque siempre he jugado más que los demás y tengo güenas mañas pa burlarme y quitarme las patadas de encima; pa tirar o pa meter los goles, que es aquí onde me luzco. Hago grandes baciladas; unas suertes maravillosas en el campo de la pelota.

Me dicen los envidiosos que me ven cansado, pero es debido a que me ven que tomo. No es verdá, les digo, pero dentro de mí, no deajo de reconocer que el pulque si me ha quitado tantito las juerzas, pero la maña de la patada no. Me gusta tanto, que

yo creo que siempre voy a jugar. Hasta el día que me muera lo dejaré; entons es cuando voy a dejar de darle patadas al balón. Me cai que el deporte no se me va a quitar.

Uno aprende a jugar solito, claro que si a uno le gusta. Y de tanto estar duro y dale todos los días al balón, pus llega el momento que uno se hace chingón; se llega a dominar el oficio, como aquí, en esto del lodo y la cocida. A juerza de estar haciendo las cosas, se van aprendiendo. Uno se conoce todos los secretos y entons se vuelve uno más buzo.

Cuando todos los chamaquillos acabábamos de hacer lodo o tabique, todavía quedaba luz de la tardecita y nos poníamos a jugar con alguna pelota vieja que alguno había encontrado en la viña o se había sacado del patio de una casa.

Si no teníamos bola, hacíamos una coperacha con todos los que queríamos jugar y la comprábamos; o si de plano no había manera de conseguirla, la hacíamos nosotros mismos con pedazos de llanta amarrados con trapos viejos y hasta oscuras nos devisaban corriendo detrás del juguetito levantando polvaredas. Esa era nuestra ilusión después de la joda del día; nuestro pago a los trescientos o cuatrocientos tabiques que como escuincles que eramos, nos aventábamos al día.

Yo andaba en los ocho años y al mismo tiempo que empecé a jugar, me entró la pasión por la pelota. Ya como a los quince, me respetaban todos los chavalillos y dende entons se me quedó la fama de goliador de santa maría. Es como todo...

Saúl.

La misma embriaguez me empuja a buscar broncas me venga o no el saco.

Cuando ya me siento bien enchiquerado me pongo muy platicador, me quedo silencioso o me da por irme a jetiar. Ora que si la plática se pone caliente, se pone uno a peliar.

Yo llego a darme mis madrazos sólo cuando ando bien peder-nal. La misma embriaguez me empuja a buscar broncas me venga o no el saco, tenga motivos o no, me sobran las juerzas pa entrarle a lo que venga. Yo sé que cuando nos llegamos a romper la madre es por causa de la tomadez y claro que en esas andanzas no chambeo.

Luego cuando me agüito y fastidio de los desmadres, me encierro en mi quartito y me pongo a ler revistas policíacas y de monitos. Me da arta curiosidá saber por qué; orcan niños, los pa pases violan a sus hijas y los maridos apuñalan a sus mujeres, Cuando compro el alarma me la echo enterita, pero si me encuentro, pus ya que voy a ler. Ya no puedo porque no me estoy quieto; me da por moverme, por andar sin rumbo.

Poco es lo que nos interesa a nosotros realmente: vicios, mujeres, onde quiera las hay y se encuentran. Lo mismo da aquí que allá...

Jacinto.

XVIII.IV.

Ora sí ya no hay más fiestecita
que la chinga de los hornos.

Cuando trabajaba en el restorán por martín carrera, adelante de la villa, me fui a vivir a la colonia del sapo, que le dicen, por ai por puente negro. Pero me duró poco el gusto por las cosas que me pasaron.

Una vez llegó un hombre como marigüano y me amenazó con matarme si no me juyía con él. Pero luego no volvió y yo me olvidé de plano.

Al restorán llegaba mucho gringo y mucho rico y ansina como me arreglaba, era la única manera de dar vista a los clientes. Eso me dijo el dueño dende el primer día que me presenté. Yo nunca me había pintado, es más, ni conocía la pintura, ni un pomito de maquillaje ni un tubito de bilé. Al principio yo no quería muy bien, pero me dijo que si quería trabajar en su negocio, me tenía que arreglar ansina. Devisé a cuatro meseras que andaban bien pintarrajiadas, y terminé por andar también como ellas.

Me ponía artas pasadas de liniador de ojos, luego me untaba el maquillaje en la cara; era como pomada de color rosa fuerte. Me acomodaba unos lunares con un lápiz negro: uno al lado

de la boca, arribita del labio; otro en un cachete, hasta arriba, abajo del ojo y el último en la frente, en el mero centro. Luego me pintaba mis labios, las uñas de mis manos y patas de un color rojo.

Y aquí jue cuando me hice cuata de la que desollaron. Ese día descansaba y hasta me había ayudado a la limpieza pa terminar pronto y la acompañara a divertirse. Pero el dueño se dio cuenta y no me dejó porque sabía que la muchacha no andaba en güenos pasos.

Ibamos a irnos en un camión de pasajeros y como bendición el chofer me alcanzó a decir. /No se suba porque estos -y señaló a unos hombres que iban adentro-, ya train su tranza entre manos/. Luego se jaló y quien iba a decir que a otro día mi amiga ya era mujer muerta. La hicieron en treinta pedazos y taba re jovencita la muchacha y me entró arto miedo nomás de pensar que iba a quedar de esa forma tan horrible. Ora le agradezco el consejo del patrón y del chofer y a diosito nuestro señor que me protegió... Bien que me acuerdo que íbamos a chupar, como siempre, a puente negro, pero yo nunca le había hecho ansina; de ir a tomar con tanto hombre.

A otro día nos enteramos por la prensa y el alarma de su problema. La sacaron en fotografías. En un árbol se le quedaron, con perdón de ustedes, los brasieres; en otro, su blusa y su falda; en otro su fondo y sus..., lo demás; sus números, quiero decir. La recogieron en cachos y la reconocieron por su cabeza. La degollaron primero, yo creo. Me imagino que al verla sola, se le amontonaron los hombres, se burlaron de ella y luego la pasaron a molestar. Le hicieron lo que quisieron y como ella no se ha de haber dejado muy bien, jue onde la pasaron a despedazar.

Dende entons me he sabido cuidar y hago aprecio de los consejos que me brindan. Seguí trabajando con mi patrón. Me lo pi-

dió de favor porque no había naiden que atendiera las mesas, pus con lo que había pasado, las otras trabajadoras ya no fueron y me quedé por corresponderle el favor de salvarme la vida nomás con sus palabras.

Por entons, todavía no me meliaba las cosas y me seguía encandilando con las sorpresas y jue cuando me entró la idea de ir al cabaré a onde bailaban encuerados. Una mesera nueva que entró jue la que me llevó.

Por primera vez de entrada, me echaron loción -me olerían muy apestosa o sepa dios-, luego me pasaron a un cuarto, me pidieron mi ropa y nomás me dejaron la interior. Me dieron un chicle y un cigarro y ansina, bien armada, comencé a sentir un valor que me hizo entrar de lleno en la pista de baile de aquel lugar.

Después de ertito tiempo jui a confesarme y juré no regresar aunque mi novio que ai tenía me abandonara. Pero seguí yendo a otro que sí me gustó porque se bailaba con la ropa y no había ninguna exageración como en el otro. Me llevaba mi falda de china poblana que tenía arta chaquira. Traiba una blusa con dibujos de indita. Este traje lo compré barato en la lagünilla y lo usaba namás pa ir al cabaré porque ai mero era onde lucía. Cuando uno estaba bailando en la pista y prendían los focos, se devisaba bien brillante el vestido; como de brillantes.

Ansina me la pasé pasadera otro tiempecito, pero me aburrí de todo y el recuerdo de mi amiga que despedazaron siempre lo traiba en mientes. Pensaba que a lo mejor un día me iba a tocar a mí por andar tan salidora a los cabareses; aunque nomás juera pa ir al dance.

Y dende que me salí del segundo, hasta la fecha no volví a saber de cabareses de ninguna clase. Ni siquiera llego a los bailes o los homenajes que luego festejan en la cabecera del pueblo. Ora no hay más fiestecita que la chinga de los hornos...

¡Nos atascamos de comida de fiesta y nos enchurcamos que dio gusto!

Pusimos una cruz de madera, que entre nosotros mismos nos compadriamos, en cada uno de los hornos. ¡Nos atascamos de comida de fiesta y nos enchureamos que dio gusto! Como dueño de horno, me conseguí al compadre que me ayudara con los gastos. Compré dulces, galletas de animalitos y cuetes que repartió entre los niños.

Lo que nunca, en esta fiesta de cada año, trabajadores, patronos y las señoras de éstos con sus chamacos, estamos juntos gustando del molito, pulque y hasta cervezas y refrescos.

Pero los compas se agarran de ahí pa seguir entorilándose y durmiendo las borracheras, bien en horas de trabajo. ¡Les vale madres!, esa es su diversión favorita. De vez en cuando llegan a la plaza de los domingos o al cine de tiolo. A lo más que llegan a ir, es a ver jugar futbol al saúl y ya. Nomás viven pa seguir criando su gusanito de pulque, que ya lo han de tener re grandote en medio de las tripas...

Elías.

Y como güenos pulqueros, le hacemos a los pulques ¿o es cuento compas?

-Aquí en los hornos viene siendo como en un barrio y los horneros como unos drogadictos que en un barrio cualquiera se echan sus calentaditas cuando ya andan bien pasados ¿no? Viene siendo la misma cosa, ellos también se sienten valientes por lo que han fumado o tomado y...

-Y los pleitos más juertes que se dan aquí son en las pulquerías, pero no llega a pasar de que se den unos toquecitos; unas cuantas trompadas y ya se sosiegan.

-Cuando anduve vagando conocí muchos cuates de diferentes ideas que le hacían al cemento, al tilo, a pastillas y a la mota. Nunca llegué a saber pa qué olían el tinner. Ellos me decían que los transportaba a otra parte que no era su colonia y que era muy bueno que fuera ansina. En esto sí creo que somos diferentes de otros cuates que viven en otras partes y que chambean en otras cosas. De vicios aquí le hacemos al cigarro, al alcolito algunos y de rigor ¡eso sí!, como güenos horneros pulqueros, a los pulques ¿o es cuento compas?...

JACINTO.

Es un personaje retraído, frustrado por los complejos acumulados en su etapa de juventud. Es un ser sensible que se ve fuertemente afectado por los acontecimientos de su entorno, por lo que lamenta muchas de las acciones cometidas por los otros y por él mismo.

La única salida a sus problemas familiares y emocionales, la encauzó de modo artificial, pues se refugió de lleno en la odredad. Y ahora, luce sumamente delgado y erosionado por la raedura de la embriaguez que constantemente lo postra durante varios días. Cuando se levanta luego de sufrir un ataque cirrótico, lo hace como si fuera no este joven, sino una persona que ha llegado a la consunción. Su aspecto, ya deslucido de por sí, se contempla más ajado y ruinoso, mientras lo amustiado de su ánimo se marca aún más.

Sus 27 años lo están salvando todavía y al pasar los momentos críticos, se le ve presto para ligar la libación de nueva cuenta en un reincidir interminable, degustando la única alegría que le ofrece la vida.

Vive en un estado angustioso de volver a padecer las penas de amor, por lo que no le faltan razones para justificar su vicio. Y como aún no tiene compañera, la posibilidad de continuar bebiendo y de "desahogarse" con mujeres públicas, lo mitiga de la idea de que no vale la pena vivir.

Jacinto es cetrino y pequeño. Sus dientes desgastados se evidencian cuando habla pausadamente. Su soliloquio lo interrumpe continuamente para cavilar y reanudar su razonamiento.

Usted sí es mi amigo, verdad, usted sí me comprende ¡salú!...

Las relaciones de amistad que se practican entre los horneros, van a sumarse, de alguna manera, al bloque de diversiones que se comparten normalmente con los demás.

Los lazos compañeriles son conexiones que no rebasan la zona tabiguera. Así pues, se hacen "cuates" o "compadres" sólo con los que ahí viven, con los conocidos; los de su misma condición.

Dichas relaciones de camaradería que desembocan casi siempre en las del compadrazgo -por tradición-, van a ser coadyuvantes que mitigan la estuosidad de su diario vivir.

El compañerismo entre los horneros, hermanos de oficio y fatiga, va a propiciarles en sus horas libres, o en las de trabajo, subterfugios a sus hartazgos.

Pero con los amigos también se van de parranda, se van a decir "salú" a la pulquería de don Sabi; o en todo caso, con estas amistades se irán otros días a departir y a libar pulques, cervezas y chinchol que algún tabiguero teporocho se acercó a compartirles a los enrejados de tabiques, donde se sentaron.

En las pláticas de Elías se observa más claramente como se

entablan los contactos entre compañeros de labor y vicio. Este buscará también en este terreno, nuevas formas de comportamiento con sus amigos. Su queja por la decepción que le han ocasionado va a ser palpable.

Muchos de los horneros llegan a la conclusión de que el pulque, el licor en todas sus formas, va a ser, si no el único, sí el principal amigo. Si algunas de sus amistades no piensan lo mismo, pues las deja y asunto concluido, ya encontrará -que no es nada difícil- a otras que no lo defraudarán porque vivirán con la misma aspiración y estarán de acuerdo en que el vino, la borrachera, serán ante todo, el "Camarada Supremo".

Si todo marcha sobre ruedas pues "ya la hicieron. ¡Órale, vénganse pa acá compas!, vengan a echarse unas jicaritas bien fresquecitas pa el calor o pa el frío que con los entres bien puestos, nos hacen los mandados... ¡Ah!, usté si es mi compadre y mi amigo verdá, usté si me comprende. ¡Salú!...

"...¡No hay como un cuate de uno!
-¿A quién si no le cuentas tus con
fidencias? ¿Y si no cómo se te ha de
podrir toda la melancolía adentro?
Con esta pinche vida que arrastramos.
¿Con quien si no con cuates?..."

Pero ustedes siguen siendo mis únicos amigos, carnis hermanos.

-Claro que yo no soy un alma livia tampoco. He sido demasiado tranza también. Pero ustedes siguen siendo mis únicos amigos, casi mis hermanos. ¿Se acuerdan de nos íbamos a bajar después de irnos a robar los jitomates y los chiles a los pastos?

-Is manis, a cuaxoxoca, al río, y luego nos descosábamos la botana.

-¿Quién la hacía?, ¿no tú luis? Te aventabas ese picadillo de jitomate, cebolla, cilantro y chile verde. Nos lo parábamos con tortillas cuando había. Luego nos echábamos de clavos, safran y va de nuez; lo taquiábamos hasta que nos lo acabábamos.

-¿Cuánto nos llevábamos de pulga octaviano?

-Hasta eso poquito, nos tocaba uno de a litro pa cada uno.

-Y a veces hasta de un traguito más ¿sí o no? carales; en nuestro tiempo de pranganas.

-Pus todavía andamos de pranganas luis.

-Sí, pero antes, cuando tabamos en chamacos, aunque hubiéramos querido ponernos hasta la madre todos los días, no teníamos ni de onde agarrar...

. XX. II.

Si no te juyas antes de que sea tarde, mejor prepárate pa quedarte de lleno, en serio; te entierras pa siempre. Pus los hornos, los centros vigías, los monstruos de lodo cocido que vomitan lumbre y humo, te clavan.

A veces creo que no los entiendo, me he cansado de decírlas a Jacinto, a Manuel y Saúl su hermano, a Luis: /¿pa qué chingaos siguen ansina?, ¡mierda! Yo me empedó con ustedes, vénganse, vamos a atascarnos de melones, pero fíjense lo que soy, acuérden-se como jui y ora vean cómo he salido poco a poco. Si hemos andado al parejo en la baba, en el desmadre y vagancia y media, entons por qué no han recapacitado, por qué no caminan tantito pa adelante/. Yo no soy rico ni tengo una residencia. Mi casa ta aplanada y pintada, como bien me lo echaron en cara esa vez que estábamos versando entre compas, pero todo lo hice yo mismo, sin mamarle o robarle a naiden. /Pus sí compita -me contestan los güeyes-, pero nosotros ya no. ¡Cómo no!, si uno en realidá quiere, se hace porque se hace/. Pero no los saca uno de ai; que no pueden, ¡que no pueden simple y sencillamente!

Soy un sentimental, sueño que el mundo podría mejorarse si todos estuviéramos unidos sin tanta mentira y traición. Pero no es ansina la cosa. En este mundo, si te descuidas, te chingan; se trata de que el que tiene más saliva traga más pinole. Si mis mejores amigos me chingan, ora que será la demás gente. Se han de-

sentendido y esto, además de no tener madre, es triste pa mí. Se imaginan mal cuando quisieran que las cosas se las dieran en las manos; que un horno se construyera en un dos por tres, pero es imposible y con andar prometiendo no se hace nada. Siento que la clase de vida que hemos llevado nos ha vuelto miedosos. ¡El maldito destino que nos sigue chueco y retorcido! Ora, ¿si han nacido entre las cobijas y trapos sucios de su madre, por qué han de cambiar?/Si nos ha tocado ser ansina, ¿por qué habríamos de buscar otros horizontes?; ¿qué o quién nos ofrece una vida mejor a ésta de los hornos?/ Los arrea el miedo de equivocarse. Ya no cren más que en seguir, como hasta ahora, en seguir consolándose con la bebida de su adoración.

Ora me acaba de hacer una chingadera el luis: Me dice el otro día que estaba en mi casa; /yo más bien quisiera enseñarme a cantar con guitarra las canciones que a mí me gustan. Yo no sé mucho, ai una que otra que ya domino -le dije-, pero yo no voy a impedir que tú aprendas. Llévatela, te la regalo si deveras quieres aprender a tocarla. Nomás que si te aburres o te da flojera aprender, pus me la regresas otra vez carnal, ya ves que yo sí le rasco a sus cuerdas y le tengo carifio porque ya tiene arto conmigo dende que la conseguí con sacrificios/. Pus a los ocho días ya la había vendido el ojete en cincuenta pesos pa ir a echarse sus pulques.

Yo sí le eché brónca porque no era la única que me hacía. Però yo soy capaz, de que cuando se me pase el coraje, lo perdone, pero ¿por qué chingaos me hizo eso? Mejor hubiera sido que me pidiera los centavos y ¡palabra!, que sí se los daba. Mi guitarra no vale eso, y no es lo que valga, lo que cuenta es la acción. Yo se la di de corazón, como cuates que somos, pero salirme con eso, sí que son chingaderas ¿no?

Siempre que puedo los invito a comer o a oyir canciones

a mi cantón que no es lo máximo, pero tengo losa, pa que en tiempos de aguas no gotee como en las cartoneras. También he sido capaz de darle mi chamarra al lucio cuando lo veo que anda titiritando de frío. /Toma, llévatela ¡carajo!, y tú jacinto, ¡órale!, ponte mis zapatos pero ya no andes descalzo. Ya vean más por ustedes cabrones, chinguenle en otra parte o conmigo ¡chingao! Pueden juntar poco a poco sus centavos, progresar y buscarse una mujer/. Pero como siempre a la hora que les toy hablando me dicen que sí pero; /préstame cuarenta pesos y mañana arrancamos/ ¿Saben cuándo los vuelvo a ver?... Siempre me han mandado a la madre con puras prestas sin haber chambiado nunca conmigo a lo derecho.

¿No da coraje? Apenas unas semanas antes de la conmemoración de la cruz, vendí mi hornada y tenía arta feria. Me sentía contento porque me habían ayudado a echar los machetes a los camiones que me compraron y les pagué con sus centavos y con sus pulques como se impone. Ya entrados, volvieron a pedirme prestado. /Vamos a trabajar ora sí, pinchi elías, mañana eh, mañana; por ésta; hacemos lodo pa artos tabiques. Sí mano, yo te hago mil, yo tres mil, ¡uta!, vas a ver cómo le chingamos de hoy en adelante contigo manito/. Pus ansina como se las cuento, me hicieron una hornada de cincuenta mil tabiques nomás en el ratito de la platicada en la pulcata. Adentro de mí, algo me decía que nada era cierto, que todo iba a seguir igual, pero; /tengan cabrones, si se portan ojetes y mamones ai se los haga. ¿Cuánto quieres tú? Yo doscientos; ¿y tú?, pus a mí préstame cien varos. Y a mí ochenta/...Total, dije yo, voy a confiar en ustedes.

A otro día llegué al horno y naiden apareció. Todo estaba vacío se devisaba como abandonado. Lo que sea de cada quien, yo siempre les he pagado lo justo y no tienen que reprocharme nada.

Era día lunes, pero aquí el lunes es como un domingo chiquito. Casi todos los horneros no trabajan porque; o siguen en la peda o se están curando la cruda saboriándose sus güenos melones. Y ya me latía que esa noche del viernes que estuvimos haciendo -otra vez- planes, que me iban a dejar plantado. Me quedé parado, frente al horno, pensando. Se sentía bien estar mirando el paisaje verde que lo rodiaba. No había naiden más que yo. Ni siquiera estaban los chamaquillos que luego se ponen a jugar con el desperdicio del tabique cuarteado y crudo; o si no, con el cocido reventado que se echa a perder en las quemas cuando se caen dende arriba porque es tan brava la lumbre, que hasta el mismo forro de ladrillos avienta.

Me quedé silencioso, sin ningún aspaviento, sin ganas de injuriar a mis desagradecidos cuates. Me parecía increíble que el viento aquel que me silbaba en la cara, arrancara de pronto las cartoneras y los hornos y que en vez se apareciera otra cosa. No sé qué, pero menos los hornos que tanto nos han hecho sufrir a unos y que tanto nos han arraigado a otros. Porque, por mucho que se haiga salido a cambiar a otras partes, en otros oficios, siempre se regresa a este barrio. Es como una maldición que hace venir a uno a güevo, aunque haigan pasado años de estar ajuera, como yo. No importa si se nació aquí en los hornos o no. Lo que interesa, son los años que uno se ha criado en esto. Y si ya son artitos, es difícil salir de una vez por todas.

Aquí estoy yo. No me he podido regresar a monterrey ni menos irme a otro lado. Por eso estoy seguro de que aquí hay uno como imán gigante que hace que estemos pegados a esta tierra onde viven los hornos; los centros vigías; los monstruos de lo cocido que vomitan lumbre y humo, como seres creados a semejanza venidos dende los merititos infiernos a que los adore toda la gente que vive a su lado y de ellos, como velándolos, guar-

dándolos. Pus ellos son los generadores del medio; el motor que empuja la vida de los trabajadores: hombres, mujeres y niños. A él también le son fieles porque él les es fiel a ellos y les coge cuanta hornada le zambutan. Por eso viven a su lado, pa estarlo devisando; pa que él los devise a ellos; pa cuidar de que a naiden se le ocurra destruirlo (s)...

Pero el día que el patrón del terreno ya no quiera rentar su tierra, ese día tumba los hornos y se acabó, a volar con la gente a otro lado. O cuando ya no se pueda hacer más lodo porque ya no hay más tierra que rascar, entons sí, no hay más que abandonar las calderas gigantes y botarse a suelos nuevos a levantar otra vez monstruos de lodo cocido.

Me quedé pensando... arto rato...

Siento que no voy por güen camino. Yo quisiera cambiar de un golpe, pero son ellos los que a lo mejor me cambian a mí. Ya vi que por muy listo que uno sea, se termina por irse al hoyo, como los mil en contra que ya dende hace rato, tan adentro. Si no te juyes antes que sea tarde, prepárate mejor pa quedarte de lleno, en serio; te entierras pa siempre.

No hay nada que importe tanto como el chupe. Si les entra la güeva, dejan el jornal tirado y se van a la peda; ya luego buscarán qué comer. Juntarán nabos o quelites; o si no, se irán a recoger caracoles o gusanitos de maguey. Luego se consiguen otra poca de carita blanca pa desatorar los tacos y ya estuvo, ¡que el mundo explote!

Luego me dio arta risa y me dije todo lo estúpido que soy pa desahogarme: ¡idiota!, ¡imbécil!, ¡güey! Ja, ¿Cres que puedes cambiar el mundo no? Pobre pendejo, eres de lo más pendejo que se puede encontrar por estos rumbos...

Elías.

No soy negada con el pan de cada día.
Se los ofrezco a la gente que veo sola
y desamparada.

A mí me gusta socorrer a los hombres solos y a los limosneritos. Tengo la costumbre de regalarles un taco cuando me vienen a pedir a la cartonera. Yo nunca soy negada con el pan de cada día. A cualquiera le hago el favor cuando puedo. ¡Ándenles!, les digo cuando veo a unas limosneritas. Arrímense a echarse un taco; aunque sea tortilla con sal. Se los ofrezco con aquel gusto a la gente que veo sola y desamparada. Me da arto pesar, ¿será porque me acuerdo de mijo?

Ora tengo recogida en mi cuarto a una señora que namás llega a dormir. Yo tengo mis hijas y luego pienso: que tal si al rato, pasado o mañana fracasan y van a tener que arrimarse. Si yo no hiciera esa caridad de ayudar a esa pobre mujer, dios me castigaría. ¿Por qué haces eso con tus hermanos que te piden posada? Pus si yo que soy yo, mi madre pidió posada, ¿cuantimás ella?

Todas las noches que llega le digo: ándele cheba -se llama usebia-, tómese un cafecito y acuéstese a un lado en el petate. Ya hasta la quiero como si juera de mi misma familia. Que me dicen por ai muchas cosas: que no la tenga aquí, que ya la despida.

Pero no hago caso, porque del modo que ella quiera ser y el camino que andar, a mí no me interesa, ella es mi amiga y se acabó. A ella le gusta andar tomando con los señores, pero de su vida no me fijo. A mí me importa que cuando llegue a la cartonera, respete el lugar y nunca me ha llegado con algún hombre, escándalo o cosa por el estilo. Es muy tranquilita, muy silencita. Luego que llega se echa al petate y de ahí no se mueve hasta otro día. A veces ya son las seis de la tarde y ya llegó. Luego llega a pasársela todo un día conmigo, pero siempre, la deviso, tiene necesidad de salir.

Orita ha de andar por tioloyucan echándose su pulquito que le disparan los compas con los que se junta. Ya quien le regala cinco pesos, ya quien le da diez y ahí se va. Si no anda con naide es porque no le gusta tener sentimiento de casa como luego a veces a mí me pasa. Creo que anduvo con uno que es casado. Yo le doy consejos que es mejor que se fije en un hombre solo porque ella corre peligro. Si la señora los llegara a encontrar, les arrimaría una juerte golpiza y no hay ninguna necesidad de eso. Habiendo tantísimo hombre solo en el mundo que no tiene relaciones con ninguna mujer; qué necesidad hay de buscarse problemas...

Doña Cata.

En la rcn o en la chaparrita del cuadrante ponen sus radios de baterías, mientras labran, cargan o pulquean.

Me gusta arto ponerme a oír las canciones que me hacen olvidar mis preocupaciones. Me gusta la música ranchera, baladas, boleros; de lo que sea, pero que hablen de algo. Mi estación preferida es radio chapultepec porque pasan una canción y una melodía. Y creo que de tanto oír música me dio por aprender a tocar guitarra. Escojo una pieza que me gusta y al toy, duro y duro hasta que la saco de puro oído. Compongo unas cancioncillas onde hablo de la porquería, de las decepciones y las malas jugadas. Mis cuates se ríen de mí y me dicen que mejor les cante música alegre como camelia la tejana, la banda del carro rojo o valentín de la sierra. Melodías que cantan los tigres del norte y que los ponen contentos y no como las mías que les aburre.

La rcn o la chaparrita del cuadrante son las estaciones donde ponen sus radios de baterías mientras labran, cargan o pulquean. También oyen radio sinfonola, rh y radio a i, porque pasan todas las mañanas comedias como la de kalimán que los entretiene re bien mientras tan en chinga con los tabiques...

Elías.

Don LINO,

Es de facciones afiladas, solitario y solícito. Únicamente vive para su dependencia; su embriaguez que a la fecha lo ha minado de su vitalidad. De la energía inherente a cada ser humano, sólo restan ahora las perturbaciones mentales, sus delirios con agitación y temblor de miembros.

A pesar de sus 62 años, da la impresión de ser un individuo en etapa de mocedad que le falta mucho por descubrir todavía, a consecuencia de su carácter jovial y jocoso algunas veces, a pesar de las dolencias por las afecciones ocasionadas por el vicio, la deficiente alimentación y su acelerada decrepitud.

Don Lino departe en las pulquerías con los que de alguna manera padecen tan acentuadamente los estragos del desmejoramiento, el trastorno y la soledad. Pero muchas horas de la noche y la madrugada deambula, vaga por las veredas y los bordos al lado de los fantasmas que su imaginación alterada, febril, le dibuja en las campiñas lóbregas.

Al igual que todo hornero, éste alberga planes para el futuro, pero infortunadamente, el mañana por venir para él y los otros, no se vislumbra nada prometedor. Sus deseos por un futuro luminoso se quedarán en germen, pues es imposible pensar que lo alcanzará. Si no llevó a su consumación tal o cual inquietud en su época de juventud, le será difícil lograrla ahora cuando la extinción de su propia vida está por llegar.

Los males que padecen los convierte en seres febles, enjutos y esmirriados que ofrecen un aspecto tétrico y miserable.

Las enfermedades más usuales en los hornos, van a ser las derivadas de la ingestión de bebidas alcohólicas. Los males de don Lino, Lucio/Manuel y Jacinto, son palpables a este respecto.

Existen otros males también que acechan a la población tabquera. Secuela de sus hábitos alimenticios y rutinarios. Dolencias adquiridas casi gratuitamente debido a su ignorancia y negligencia.

Entre los horneros se observa que padecen diversos grados de alcoholismo; pues todos, en mayor o menor grado, son bebedores consuetudinarios. Y llegará el momento inexorable en el que se les declare adictos -y enfermos- a la dipsomanía.

Los casos de los personajes antedichos, son los más álgidos dentro de tal padecimiento, pues sobrellevan el delirium tremens, clásica manifestación en el dipsómano en grados últimos.

Esta realidad proyecta un panorama adolecedor, pues siendo ellos los afectados, son los que menos perciben los alcances a los que llega la enfermedad del alcohólico.

Los malestares, producto de su dependencia, se los achacan a otras causas menos al origen, aunque en el fondo saben bien que son las consecuencias de su hábito milenario.

En las confesiones de Lucio/Manuel, don Lino y Jacinto sobre todo, se observa como su condición de "borrachos", va a influir inexcusablemente en su actuación, en su manera de conducirse ante sí mismos y los otros. Su estado de perenne embriaguez va a achispar su imaginación y va a incidir directamente en su conducta y creencias.

Su ignorancia los sobrepasa y creen que con unos cuantos remedios "caseros", van a sanar sus malestares ocasionados por la bebida. Pero ni éstos ni pastillas o inyecciones, les aliviará lo dañado, y lo que es peor, lo que continúa enfermándose, pues no cesan de embriagarse aun si se sienten achacosos.

El estar alcoholizado es un estar en la normalidad para la gran mayoría de los horneros, pero este actuar los ha aniquilado y los seguirá fulminando, pues es evidente que poco tiempo de vida le resta a individuos como don Lino y don Andrecito, que son seres ya viejos y por ende, más afectados por la antigüedad que tienen alimentando su vicio.

Si Manuel y Jacinto están jóvenes, no les garantiza que en algún momento las consecuencias de su conducta dipsomaniaca, los asuste y los lleve al borde de la fosa. Pues tanto uno como el otro, ya padecen de serios males provocados por las intoxicaciones a las que se someten; que los tiran al petate y los enflacan en unos cuantos días. La repuesta es larga y penosa y siempre en menoscabo de sus energías, pues cada recaída les cuesta caro; la pérdida continua e irreparable de fuerzas y reservas -cómo si no; su alimentación es tan paupérrima como ellos-, los va haciendo más y más endebles; seres febles, enjutos y esmirriados que ofrecen un aspecto tétrico y miserable.

Evidentemente, en los hornos no existe ningún tipo de asistencia. Si no hay luz, drenaje ni agua (reservan grandes cantidades en las pozas que ya se han rascado, en el tiempo de lluvias; de ahí se sirven para batir el lodo, o si quieren ahorrar, con aguas negras; para lavar la ropa, para bañarse, y si está muy clarita, pues para cocer la sopa de pasta), menos aún, un seguro que los saque de un apuro con un enfermo de urgencia.

Como no existe ninguna agrupación sindical que los ampare, carecen del mínimo beneficio médico o servicio gratuito. Ni el Municipio de Teoloyucan ni el Estado de México se preocupan por los horneros. Es como si no existieran y por tal motivo, cada quien se alivia como puede, si se alivió y si no, tendrán que contratar los servicios de un profesional particular; o en la mayoría de las situaciones, los de matronas o curanderos que recetan y llegan a curar con remedios "caseros".

Deviso lagartijos que me siguen; perros, gallos que me corretean; toros que me quieren encuernar. Me despierto cuando los cuernos del güey ya los tengo cerquita de mi barriga.

No duermo las madrugadas como debe ser. Ora últimamente ya es diario. Me acuesto un poco tomadito y respetuosamente me voy a dormir, pero cuando estoy soñando eso; quiero decir, cuando se me está revelando aquello, es porque ya la madrugada está en su punto y yo nomás como cerrado de ojos y como que estoy devisando visiones, casi despierto y pegando de brincos.

Luego sueño... no, veo camiones y trenes que chocan, aviones que se caen; o si no, siento como si anduviera volando y me estrellara contra los helicópteros. O si no, veo animales; lagartijos que me siguen, perros, gallos que me corretean; burros, toros que me quieren encuernar. Vuelvo en mí todo tembloroso y sudando arto por el espanto. No sé por qué estos animales me persiguen o me quieren matar, pero siempre me despierto cuando los cuernos del güey ya los tengo cerquita de mi barriga o cuando el perro me quiere encajar sus colmillos. Pero a la hora de la hora no me hacen nada, como que hay algo que no los deja y es cuando cobran venganza y me llevan el sueño.

Ya que me despabilé de los delirios, me levanto y me salgo. Adentro de la cartonera nomás tengo una veladora del carnera

que está alumbrando al santito y como ni radio tengo, pa no aburrirme, me lanzo a caminar pa que el sereno refresque mi cerebro; a ir devisando y contando hasta onde me sé, las estrellas; a que el reflejo de la luna me sosiegue tantito.

Luego de caminar un güen rato por el bordo, llego a sentarme en alguna piedra o en un terroncito que encuentre, agarro uno de mis faritos y me lo fumo mientras oigo los ruidos en la oscuridá: grillos que cantan, una rata loca que corre a esconderse; los ladridos bravos de los perros que andan detrás de una perra en calor; el chillido de las locomotoras que a todas horas nos pasan a chillar y el chirrido de las ramas de los llorones.

A veces me encuentro al lucio que siempre anda como alma que lleva el diablo, echando pestes a la jodida todo terbeleque también y sin sosiego. Si nos agarramos de güenas, pus nos echamos una platicadita; si no, hacemos como si no nos vemos y nos pasamos de largo haciéndonos los majes.

Ya cuando quiero dormir de que mis ojos los traigo pistiojos, como llenos de pulgas, el día ya está por clariar; pero si por casualidá me llego a echar una pestañita, otra vez, las alucinaciones de que ando por lugares sin un alma. Muertos, friyos y sin ninguna seña de humano, me dispiertan.

En mis delirios sueño a mi primer señora. Sueño que está conmigo y que de repente comienzo a buscarla.

Cuando mi viejita doña guadalupe viene a verme, me dice que vaya a ver al doctor porque le cuento que esto y que este otro me pasa. Pero hace como tres años que no voy a verlo porque ando fallo de centavos. Ora onde sí llego, es a la farmacia del profesor y él me ha dicho que ya no debo tomar. La última vez que lo jui a ver, me recetó unas ampolletas que no me puse porque tenía que dejar de tomar artitos días pa que hicieran efecto.

Y es que ya no es tan fácil dejarlo; olvidarse de más de treinta años de estarle entrando al chinguere no es cualquier cosa. Si me retiro a ratos de la tomadera es porque me regresa la enfermedad de los nervios y me hace ver visiones.

/Usté lo que tiene es que se le están desbaratando los nervios; los sesos se le están poniendo más babosos de lo que son por tanto pulque que toma, ansina que necesita un güen tratamiento. Ya sé que orita no tiene el dinero, pero le voy a dar una recetita/. Como no ajustaba pa el tratamiento, nomás me dio unos calmantes. Y sí, ronqué por unos días, pero cuando se me acabaron volví a recaer, y me siguió lo nervioso y la desesperación.

Cuando rara vez llego a dormirme tantito, es porque llegué de a tiro bien jodido de la labra, y si aluciné pus se me olvida cuando me despierto a las cinco de la mañana y me pongo a cambiar. Antes, paso a la pulquería a echarme un agüita, un jarrito de cafecito o de hojitas de naranjo. Me como un bolillo y me voy a seguirle a onde me quedé.

Llego, le doy una escombradita al lugarcito. Ya mi pulquito me lo echo más despuecito, a la hora del almuerzo, cuando me echo un taco. Me sabe re güeno el churquecito en la mañana, cuando el solecito ta mero arriba. Dicen que lo regüelven con harina y no sé qué madres, pero a mí me sabe sabroso...

Don Lino.

Mi cerebro camina echándole pulque, tequila, alcol o cerveza; el chiste es que no le falte carburador porque si no, se truena.

Una vez que me pegó fuerte el desasosiego de no poder dormir porque no había encontrado chinchol, iba a tragarme unos vidrios, iba a comérmelos pa que me remolieran las tripas de una vez por todas y me quitaran del sufrimiento de estar güelta y güelta, todo desesperado, mirando las láminas pa ver si me llegaba el sueño y me hacía dormir.

Quebré un casco de coca cola y cuando iba a zambutirme el puño de vidrios, llegó uno de mis carnalillos y nada pendejo, me dio una patada en la mano pa que soltara los vidrios. Una de mis carnalas que ya es casada llegó y me llevó a la farmacia a que me pusieran una inyección.

Yo sé que estoy jodido, que mi sangre se va a volver agua. También sé que mi cerebro es artificial porque unas veces camina echándole pulque, otras con tequila, alcol o cerveza; el chiste es que no le falte carburador porque si no, se truena.

Por eso sé que si me llego a bañar, me muero. Mi corazón me lo dice. Ya tengo las venas bien boludas, duras y calientes y si llego a bañarme hasta ai quedé. Ya llevo arto que no me toca el agua, dende que me pelé. Y orita ya llevo crecido el pe=

lo otra vez. Ya lo dice la biblia: Traimos arta tierra rezagada en las orejas y en la cabeza y se crian animales; por eso debe cortarse seguido el pelo, las uñas de las manos y de las patas.

Luego me acuerdo cuando me dicen que si sigo chupando me va a cargar la chingada. Ya me duele el hígado, pero niveló los litros que tomo dende en la mañana, con dos, tres tortillas. Y ansina como ando de tembeleque y tomadín, si trabajo. Físicamente toy fregándole, pero me desguanza todito el dolor que me pega del lado derecho. Y cuando puedo aguantarme, me aguanto pa seguir chingándole. Mis cuates luego alegan: /acabastes en primer lugar cabrón. Jui el primero, pero no saben como me siento yo cabrones/.

O si no, siento como se me quiere paralizar el cucharón porque me viene una sofocación y me siento güango; tengo que abrir arto la boca pa que me entre más aigre. Hace unos días me pasé tirado en el colchón de los dolores tan juertes que me pegaban. Voltiándome de un lado pa otro. Luego llegan a visitarme mis sobrinos; el resto de chamaquillos que llegan a saludarme: /¿todavía no te paras?, ¿todavía sigues malo tío?/Lo güeno es que también a veces, mis cuñadas se portan re gentes conmigo cuando me pongo malo; van de vez en cuando a dejarme lo que dios las socorre, pero nunca me han abandonado a mi suerte...

Manuel/Lucio.

Me entró un dolor en la rabadilla y en las corvas que me dobló y clarito sentí como se me resbaló algo. Me enderece pa ver que era y jue como vi uno como muñequito ensangrentado.

Yo creo que ya se me pasó la hora de tener más hijos. Ora le pedí mucho a dios pa que me mandara otra criatura pa que nunca me falte con qué entretenerme. Pero ya me estoy dando cuenta que se me está yendo mi mes. A veces me deja de venir dos meses y luego me baja una como hemorragia que no me la paro luego de artos días. Orita ya llevo días de retraso, no sé cuantos, ya se me chinvoltiaron las cuentas, pero estoy segura que ya se me retrasó.

Y yo cada vez estoy más desasosegada; me amuino por cualquier cosita; me pongo de nervios con los gritos de mi chamaquillo y hasta le zumbo sus güenos moquetes. Luego quisiera gritar macizo o echarme a correr por el bordo del canal, hasta que se me vayan las juerzas y las ansias de resollar más aprisa me sosieguen.

Ya me he impuesto a llevarme mis criaturas pa onde quiera que jalo, y esta niña más grandecita, ya se sale con sus amiguitas a jugar y me deja solita con mi chiquito. Pero de todas maneras, me vienen las ganas de llorar de sola que me veo; de pensar en mis muertitos que llevo; dos abortos entre éstos que por

poquito me jalan con ellos.

Del primero no me jue tan pior como del segundo. Iba por un mandadito a cuauti y como estos carros tiolos corren arto porque se dan de picones con los coyotes; en un enfrehón juer-te, y como iba parada no me controlé y por allá jui a rodar. En ese momento, no sentí nada, pero cuando estaba cargando los tabiques en la tardecita, jue que me vino aquello.

Aquí chava cometió un error conmigo. Jue a dejarme al centro de salú cuando me estaba desangrando, pero ya no regresó a encontrarme cuando me curaron. Y eso que en semana santa anda representando lo de los evangelios.

Pus ai mismo me dieron una ropita pa vestirme y pa el pasaje; ya estaba de alta y se necesitaban las camas pa las otras enfermas. Como mis hermanos no me quieren y mis hijos grandes no pueden ver por mí porque no vivimos juntos, pus, no tuve otra que regresarme solita.

El otro se me vino por causa de un antojo no cumplido. Llevaba como tres meses de gorda y me vino macizo el antojo de comer hongos de campo, pero como no era la temporada se me cebó. A los dos días, me acosté en la nocha como siempre, taba bien, pero como a las cinco de la mañana me entró un dolor en la rabadilla y en las corvas que me dobló y clarito sentí como se me resbaló algo. Me enderecé luego pa ver que era y jue como vi uno como muñequito ensangrentado. Arta sangre me corría, me qui se levantar a buscar unos trapos pa embeber aquello que manaba, pero no podía, me salían chorros y chorros y hasta pensé que me iba a vaciar en ese momento.

Comenzaron a darme mareos y la vista se me empañaba. Esa vez no llegó a dormir cheba si no, me hubiera ayudado. Entons disperté a vitoria y la mandé por una señora que curaba esas cosas, mientras tapaba bien todo por encimita, de modo que no

se echara de ver tanta sangre. La verdá si me chiviaba con tanto escurrimiento, y nomás sentía todo mojado abajo de mí y ya no me quedaba nada de trapos pa limpiar. Me quedé quieta esperando a la señora esa que vive lejos de mi cartonera, pero me pegó el escalofrío y la calentura me empezó a manar de a tiro. Y bendito sea dios, que al ratito, la partera llegó pronto; me puso unas inyecciones luego luego pa parar la sangre y me dio a tomar un hervidito, sepa dios de qué yerba amarga y jue como me paró aquello. Ya que amaneció, mandó a comprar un frasco de calcigenol y un litro de suero pa tomar. A los ocho días cuando estaba más repuestita, otra señora de ai mismo me subió los ovarios; me los puso en su lugar. Los tenía caidos por tanta cargadera de tabiques. Pero yo creo que después de tanto hijo, toy más liviana y con cualquier juerza jue que me sucedió que se me cayeron los pobres.

Me envolvió en una sábana colgada con la cabeza pa abajo. Me amarró de los pies de una viga y me pegó artas veces en la palma de los pieses. Antes, ya me había apretado la panza con una fajota. Sentía consuelo cuando me palmeaba las plantas; venía un descanso y a poquito, clarito sentí como se me subían y jue como quedé bien.

Duré artos días que me venían dolores como piquetes, pero es que no guardé el reposo que me dijeron que guardara; había que lavar ropa, cuidar al chiquito, hacer la comidita pa la tarde y luego a ponerle al trabajo de los tabiques...

Doña Cata.

ELÍAS.

Es un individuo jovial de 28 años y tez cobrizada que llegó por accidente a los hornos de Santa María en donde conoció a los horneros que de amigos, algunos pasaron a ser sus trabajadores.

Este es el modelo de todos los horneros que no nacen dentro del terruño tabiquero y por contingencias de la vida, ya fuera en la infancia, en la adolescencia o en el período de la madurez llegan, se instalan, se integran a la dinámica lerda, y al fatigante trabajo del labrador, estibador, cargador y/o quemador de tabiques.

Los que llegan generalmente son tan pobres como los habitantes de los hornos, por lo cual, no les es tan difícil hallarse y aprender el oficio del hornero.

A pesar del acoplamiento operado por este personaje en el seno horneril, ha emigrado por más tiempo que cualquiera de sus compañeros. Circunstancia que tal vez, lo ha hecho pensar en ciertos momentos, un tanto diferente a los demás.

Trabaja por su cuenta y ya construyó su propio horno aunque pequeño. Este hecho significa para éste y para los otros, un gran logro que éstos últimos se sienten impotentes de alcanzar.

Elías lamenta el desenvolvimiento trágico de los acontecimientos familiares que le impidieron gozar de una posición más elevada. Reniega constantemente de su condición, y la de sus compañeros y es por esto que tiene en mente la idea de la superación la cual, está tratando de conseguirla a su manera.

Pero es segura también la llegada del momento en que se incrementa su todavía incipiente, poderío económico, y la amistad, la sinceridad que dice tener para sus amigos, se convierta inevitablemente en una actitud de prepotencia y desprecio. Achacará lo amolado de los otros únicamente a su flojera y creará firmemente que sus progresos se deben a su propia iniciativa.

No se percata como los demás de la existencia de razones superiores, de verdades históricas que explican fenómenos como los de la pobreza y la marginación. Ni él ni ninguno son culpables directos de su condición y modos de ser.

Pero es segura también la llegada del momento en que se incrementa su todavía incipiente, poderío económico, y la amistad, la sinceridad que dice tener para sus amigos, se convierte inevitablemente en una actitud de prepotencia y desprecio. Achacará lo amolado de los otros únicamente a su flojera y creerá firmemente que sus progresos se deben a su propia iniciativa.

No se percata como los demás de la existencia de razones superiores, de verdades históricas que explican fenómenos como los de la pobreza y la marginación. Ni él ni ninguno son culpables directos de su condición y modos de ser.

Los fallecimientos absurdos; marco de su escenario trágico.

Las causas predominantes de mortandad entre los horneros, son las ocasionadas por el alcoholismo. Otra causa principal de fenecimiento se debe a los accidentes de trabajo ocurridos dentro de este ámbito tabiquero.

Obviamente que los seres que se accidentan en este trabajo no van a ser indemnizados en ningún sentido. No cobrarán centavo alguno si la persona o personas afectadas se encuentran graves; o si en su defecto murieron. No podrán protegerse con la ley, porque ésta no los apoya y no les quedará más que resignarse de los daños acaecidos. También aquí se observa claramente, otro más de los perjuicios sucedidos a los que están subordinados; estos horneros conformadores de la "cultura de la pobreza".

Algunos otros decesos que sobrevienen rutinariamente, son por el descuido y la indolencia que se producen en el seno mismo de su modus vivendi.

Estos fallecimientos absurdos, en ocasiones propiciados por su negligencia, no son más que el escenario trágico, parte del decorado de ausencia e inopia en el cual, los miserables horneros montan sus tramoyas que escenifican función tras función, la indigencia en la que se agobia su desdichada índole.

"...¿De qué te hablo si no tengo recuerdos?
Sólo me acuerdo de mi mamacita, y cada
día como que se me borra su cara y sólo
me acuerdo del último día.

"... Pero ahora ya me acuerdo de toda mi
vida y cuando la vas viviendo no tienes
tiempo de acordarte de lo que te va pasando
y ahora sí..."

Los ardores le seguían y las ampulas comenzaron a inflarse grandototas; la pobrecita tenía quemado todo su cuerpo.

Pus ya tengo artos años de andar de guérfano de los papases. Mi madre murió de quemada y todo por un bote que me vendieron. Vivíamos en los hornos de cañitas y ai jue onde me llevaron de esos tambores con señitas de tinner todavía. Los ocupábamos pa el trabajo. Nos servían de reserva de agua pa rebatir el lodo. El tambo que mató a mi jefecita taba vacío; lo que pasa es que el tinner lo tenía embarrado y ya estaba seco, pero escondía toda su fuerza en su sequedá.

Taba almorzando y me dijo mi madrecita: /hijo, me das ese botè pa llenarlo de agua aquí pa no ir a lavar. No, mira, ta muy pegostioso y vaya a ser el tinner que lo tiene embarrado/. Y ai quedó, yo acabé mi taco y me jui. Andaba maistrando, quemando una hornada. Taba al pendiente como si fuera patrón, que todo fuera en orden: que no faltara petrolio y que la lumbre ar diera parejo. Pus sí, como a las dos horas de haberme salido del cantón, que veo venir a mi sobrina corre y corre directito a mí. ¡Canijo!, que me viene a avisar que mi jefecita se estaba quemando. /Andenles corran, vayan a la casa que mi agüelita se quemó/. Y sí, juimos toda la bola.

Ella tenía la costumbre de criar sus animalitos y tenía güilos y güilitas y dos botes llenos de blanquillos que había juntado pa vender. Y ¡chíngale!, cuando llegué la encontré en el petate toda ardida y echando de gritos. Pus ¡órale!, a enjarrarla; a echarle las yemas en todo el cuerpo. Me acuerdo que se las echamos todas y aquello era un batidillo, pero sabíamos que pa las quemadas no había como las yemas y ya con la desesperación, hasta las claras se nos iban. Pero como no se tranquilizaba ya no me esperé y que córrole pa san bartolo nocalpan a traer un doctor. Me traje unos tubos grandotes de una pomada de un color amarillo que parecía caca de niño. Le vacíamos aquellos tubotes de toda fe, pero los ardores le seguían y las ampulas ya se le empezaban a inflar grandototas; la pobrecita tenía que mado todito su cuerpo.

Agarró el bote y lo puso en el jogón. Quería calentarlo con el fin de que se le derritieran las manchas negras y grasientas y luego agarrarlo pa llenarlo de su agua. Y yo me imagino que al momento de poner el tambo en el fuego, se ardió con una gran llamarada y ella junto con él porque no se pudo despegar. Yo pienso que tampoco lo quiso soltar pa que no se ardieran las cartonerías de junto, y prefirió acaparar con su cuerpo la lumbre pa que no se prendiera y perdiera lo que con tanto sacrificio levantamos los tabiqueritos de esa zona.

Volví a zumarle pa conseguir ora sí un doctor que la ayudara. Nuestro remedio de las yemas ni las pomadas que me habían vendido, le habían hecho efecto. Y llegué con la cruz y doctores pa que vieran a mi jefecita. La despellejaron de los pellejos chamuscados que ya no le servían pa nada y se la llevaron al hospital, onde a los ocho días se quebró.

El acompañamiento de regreso con la cruz me costó arto; los cabrones querían centavos porque no nos dejaron sacarla nosotros...

Polvo somos y en polvo nos convertiremos.

-Pus ta canijo con tantas penas ¿no?

-Pero si de eso se trata mi elías, es nuestro pan de cada día, las cargamos igual que si fueran ladrillos, pero nos pesan como piedras. El mundo es horrible y es una verdad que todos nosotros conocemos.

-Ai ta el error; el mundo no es horrible; nosotros somos los horribles porque lo hacemos ansina. ¿Cómo va a ser el mundo feo? Es lo más perfecto porque nomás fijense bien en todo lo que nos da y nosotros cómo le correspondemos. Ai tenemos un árbol pa empezar. Viene de la tierra y la creación y ¿qué le damos los humanos al mundo en pago?

-Perversidá. Perversidá por esto de que no sabemos convivir con los otros a lo que es. Luego cuando estamos gustando en las pulquerías, por cositas de nada, nos peliamos, nos disgustamos y nos mentamos nuestra madre. Esta es la perversidá que hay entre nosotros que no sabemos convivir y la tierra nos sigue dando producto pa comérnoslo, pa quemarlo, pa que se siembre frijol, maicito, haba, alberjón y alpiste pa los pajaritos. No, si la tierra de todo produce; pa cada animalito.

-¿Qué somos nosotros entons don chava?

-Terrestres. Igual que los animalitos porque estamos sobre

la tierra.

-¿Entons? ¿quién tiene más derecho a la vida: un pájaro o uno de hombre?

-Pus te voy a decir que... Ta un pajarito y tanto él como nosotros tenemos el derecho de vivir en la vida alimentándonos de lo que nace en la tierra. Hay cosas que crecen solitas, sin necesidad que las siembren. ¿De qué vive el chilloncito ese que vemos en la rama? De las semillitas, de las frutitas del campo, de lo que florece en los pastitos. Luego hay arto pajarito que viene a picar los troncos de los árboles pa comerse los gusanitos que produce su madera. ¿Qué hace el carpintero pa hacer su nido? Como el carpintero, pica el tronco hasta formar un hoyito que le va a servir pa su nido y pa que su hembra ponga sus güevitos. Ora el éste... ¡el güitlacoche! lo hace con espinas. Y el otro pajarito, ese que canta muy bonito; ¡el sinzontle!, lo hace con varitas que recoge de los caminos. Dios les produce de comer tanto a ellos como a ustedes y a mí. Por eso hacemos lo que se nos antoja con la tierra y pus, quizá, al rato se va a cobrar. Nos tragará y convertirá, cuando nos lleven allá. Ora sí no va a ser porque quisimos llegar, ya no vamos a poder echar madres si no nos gustó quedarnos juntito de ella... /Yo ya te hice, me sacastes cuanto quisistes, ora me toca a mí alimentar me de tu materia pa seguir creciendo; robusteciéndome pa continuar el ciclo de vida que todavía los otros que están arriba necesitan; los que ni siquiera se imaginan lo que es estar arrimado a mis dominios, en estas profundidades, pero que saben, aunque los lleve la re chingada de muina, conocerán cuando vaguen en la eternidá; cuando se desaparezcan sus güesos y las moronitas pardas se confundan tan bien con mis terrones... / ¡Bien dice el dicho que polvo somos y en polvo nos convertiremos!...

Los Horneros.

Clarito se siente la travesura de la muerte; un piquetazo que punza por artos días.

Mi amigo, un maistro de horno falleció de un ataque sentimental. Pero no nomás se jue él, sino su hermano también y en la misma semana. Primero se dobló el más mayor, mi cuate, lo quebró un enbolio. Iba tranquilo a su cantón -dicen los que lo vieron-. Tábamos en la pulquería de don sabino y hasta nos echamos una b^a raja de a seis litros. Y como en la rayuela, el que ganara ¡cincho! Pero perdió y es como me figuro que hizo coraje o quien saqué. Se jue pa la casa de su carnal -el segundo que se chingó-. Y a mí se me hace que su cuñada no le quiso ofrecer un taco. Se dirigió a la casa de su jefe; pero a mí se me hace que su madrastra le puso mala cara cuando le ofertó el taco. Boni no iba tan borracho; él había perdido las jícaras del chinguere. Y cuenta su jefe que todavía ni se acababa el taco cuando ya estaba tirado, se liéndosele la sangre por la boca. Dicen que murió pronto, en un dos por tres. No hablo nada ni un quejido siquiera.

La mujer de don panchito, el jefe del dijunto, taba tendiendo la cobija y cuando jue a decirle que se juera a acostar ¿pus cuál?, ya no resollaba, ya tenía la pata bien estirada.

Llegaron a la cartonera de mi jefa que había sido madrina de

coronación del santuario ese año y tenía la obligación de despedir a los muertitos. Entons vivía en el cantón de mi familia y bien que me di cuenta de los tamaños del jefe de boni. ¡Carajo!, ¡qué corazón! decírselo a mi jefa sin echar una sola lágrima. Se apuraron y en orita le compraron su corona y su vestido en forma de túnica de tela de tafeta morada.

A los cinco días, moría el meno, mi cuate que se petatió de sentimiento y pesar. Los días que siguieron a la enterrada se la pasaba sin comer y nomás taba en silencio sin hacer nada. Se quedaba devisando; su vista se olvidaba en lo retirado de los campos. Dicen que éste se murió porque le entró lo que le echó su hermano; el cáncer que se trai en vida y que cuando se falle ce comienza a podrirse luego luego; no espera a descomponerse con el muerto allá abajo.

Meno lo vistió de sus ropas menores y cuando le aflojó el cinturón y como los muertos se inflan de a tiro... ¡prrrt!, la boca del boni le pedorrió el chingo de el resuello jediondo que éste recibió de plano, en la mera cara.

A mí me ha tocado cargar dijuntitos de aquí de santa maría, hasta el pantión de tiolo que está mero arriba. Y la pestilencia les sigue creciendo; traspasa la misma caja. Y ¡ay cabrón!, como está algo largo el camino, namás figúrense el sacrificio. Con la calor en su mero punto, la polvadera que levantan los camiones y los coches que pasan y encima, el peso del dijunto. Pero lo que es pior es su pestilencia. Clarito se siente la travesura de la muerte, un piquetazo que punza por artos días. Es como pa aventar la caja y botarse a un lado, lejos del cortejo.

Luego por eso nos juntamos artos, pa que cuando ya no se aguanten los que van cargando, cambien a los que ya se agriaron..

Lucio/Manuel.

La bilis se le jue a los pechos y enponzoñó la leche. Y sin querer... envenenó a mi muchachita.

Las otras dos niñas que tuve con el chava se me murieron por culpa de él. Me pegaba namás por chismes que oyía, siendo que él si andaba con las viejas que quería y hasta la fecha.

La primera se me murió a los dos años por su descuido. Se la vivía en las pulquerías y no me daba un centavo pa darle de comer. Yo ya estaba seca del pecho y ni gota de leche, nomás la entretenía con agüita de arroz y tecito. Y un día que andaba cambiando en los hornos, la traiba amarrada con el rebozo en el pulmón y no se a qué horas se me chispó, que por allá jué a dar. De esa lastimada ya no se me alivió. Se le quebró la cabecita o solamente dios qué le pasó.

Volví a comprar otra chamaquilla que a los dos meses de nacida falleció. Se bebió el coraje de una comadre que me hacía el favor de darle el pecho. Se llevó una muina juerte por las habladurías de las horneras que tampoco la miran bien, y el chiste es que luego le dio de mamar a mi muchachita y sin querer me la envenenó. Yo creo que la bilis se le jue a los pechos y enponzoñó la leche. Ya luego compré este chamaquito que si me ha durado aunque su apá me sigue pasando mala vida...

El pobre acabó re te bien botigón; sabrá dios cuánto tomaría mi jefe pa ponerse ansina.

De padre me quedé guérfino cuando tenía veinte años. Murió de higrópico por tanto que tomaba pulquito y enseguida arta agua. Con la enfermedá esa, se ponen botigones; es el agüa que les hizo mal cuando tomaban alcolitos o churquitos. En mero san barto lo lo llevaba al centro de salú y bien que devisaba que le sacaban como cinco litros de agüa.

A los que les da esto, sufren mucho. Mi jefe batalló como un año y no se alivió; hasta los mismos doctores se burlaban de él: /verdá que te jallabas muy hombre, con muchos pantalones y le metías duro a la bebida ¿no?/. El día que murió, ya lo presentíamos con mi jefa porque masticaba re bien despacito la verdura que mi amá le daba en su boca. Parecía que los labios le bailaban y luego escupía; su estómago ya no consentía bocado./Dáme agua namás vieja, yo creo que ya no aguanto este día porque me pesan ar to las cobijas/. Conforme fue pasando el día, la voz ya no le salía como debía ser. Se devisaba que le bullía su boca pero no su voz. Taba tirado en el petate, devisándonos con unos ojos pelones, con la vista nublada. Yo quería acomedirme, me desesperaba verlo luego con los ojos voltiados; todos en blanco y la mano larga, es-

tirándola como queriendo alcanzar algo que no jayaba. Luego se la cogía, pero se soltaba. ¿Sepa dios de qué serán los nervios de los que van pa dijuntos? El padrecito sí llegó a darle los santos olios -mi jefecita ni tiempo tuvo de recibirlos-. Nunca antes se confesó güeno y sano, pero sí era cristiano. Al ratito el padrecito se jue, pero su boca seguía bullendo. Luego mandaron a llamar a doña amalia pa que le viniera a rezar. Le puso un cristito en la mano que él apretaba mientras ella rezaba re aprisa. Le agarré su otra mano y clarito sentí como ora sí me la apretó; a luego, me la jue aflojando.

Su boca había dejado de bullirle y entons, tenté su corazón..., ya no brincaba. Ya no le salta su corazón, les dije a los que nos rodiaban y jue cuando le bajé los ojos. Los vecinos nos ayudaron, se portaron re bien con nosotros.

A luego se presentaron con sus mesas pa tenderlo. Como estaba blandito todavía, pudimos vestirlo. Unos compadres de él y yo le pusimos su ropita y otros amigos llegaron a dejarle unos centavitos. Toda esa noche lo velamos porque muchos nos socorrieron con pan y cafecito, mientras otros jueron a sacar la boleta de entierro. Yo estaba como pendejo, como si namás es tuviera viviendo en sueños.

Hasta la fecha yo me quedé picado. No he entendido como pudo embriagarse tanto ansina. Los cinco litros de agua que le sacaban cada tercer día, no se los tomaba. ¿Entons, de onde le salían? El pobre acabó, pero re te bien bbtigón; sabrá dios cuán to tomaría mi jefe pa ponerse ansina. Yo, la verdá no me acuerdo...

Don Laure

Hace tanta calor allá arriba que si se menean, se vienen pa abajo y fallecen de una resquebrajadura de cabeza.

-Lo que sí, es que aquí en los hornos como en las fábricas, llegan a pasar desgracias. Yo perdí cuatro dedos dende la niñez con un cartucho de dinamita. Taba trabajando y lo iba a usar pa tronar unas llantas que encendieran el horno, pero se me ocurrió querer cerrar el casquillo con un cincel. Nomás le di un toquecito, pero con eso bastó pa que todo volara. Jue un accidente como todo y bien que lo reconozco.

Aquí han habido quemados y tullidos o de plano; otros que se han petatiado cuando se cain del horno al momento de tapar mero arriba con un forro de pedacerío de tabique. Casi siempre se chin voltean en la noche por lo oscuro y porque el aigre pega macizo. Las llamas arrecian y por eso se pone el forro, pa que no se escape la lumbre y los ladrillos no salgan crudos o disparejos. Pega tanto la calor allá arriba, que si llegan a meniarse tantito o hacerse a un lado pa que no les cale, pierden pie y es cuando se vienen pa abajo; fallecen de un madrazo que les resquebrajó la cabeza.

-Pero ora ya no hay peligro de quemarse todito por los serpentes; estos tubos que salen y entran y dan güelta sobre ellos

mismos son más seguros porque dan mero en la boca del horno, y lo que tiene que explotar, explota mero adentro y la lumbre ya no agarra a naiden que esté despistado ajuerita.

-El seco ta recuperándose todavía de la atropellada que le acomodó una camioneta. No se quería matar; lo que pasaba es que andaba bien trole.

-Pus el cabrón de mi carnal si se quería ajusticiar. Ta cha vo todavía. Fíjense bien y verán que yo soy güapo, pero él me la gana. Lo malo es que anda con esas malas ideas. El otro día se quería tirar al canal; a güevo se quería clavar.

-También al charal lo medio planchó un coche. ¡Pus no se quiso matar porque lo había dejado su señora? Iba atravesándose, y lo cogió la de malas y sigue encamado.

-Pus acuérdense también cuando se ahogaron los niños de don serafino allá por los pinos. Su señora taba esperando y con la desgracia, hasta loca se volvió. Y como no, ¿pa perder dos criaturas al mismo tiempo?, hasta yo también. Se cayeron al pozo. El niño se cayó primero, entons la criatura más grande se dio cuenta y por querer sacarlo, se hundieron las dos. Con una varilla los sacaron. Según dicen, ella se echó adrede porque creyó que sus papases le iban a pegar por haber dejado ahogar a su hermanito más chiquito. Ora, éstos viven, pero enfermos de tristeza.

-¿Se acuerdan del boinas el que se mató? Siempre llegaba al cine de tiolo, era prietito y melenudo. Él tenía otro sistema de reaccionar, dicen, a mí no me consta. Pus a según que le gustaba la de acá, la mariconiada. Pus resulta que se murió su jefa y más o menos como a mí me platicaron, que por haber perdido a lo único que le quedaba de familia, se puso bien drogo quien sa con qué y a otro día que lo jue a visitar su cuate, ya estaba colgado de una viga...

La muerte se lo llevó re feo; echando bocaradas de sangre tufienta y cachos de hígado.

Al imilio, mi tercer viejo, se le deshizo el hígado de tanto chupar. Siempre que le preguntaba que pa qué se empedaba de a tiro, me decía quesque por la decepción de la pena que le causó la muerte de su primera señora a quien quiso arto.

El chiste es que nadita me duró y prontito se jue a alcanzarla al terreno de las calacas. La muerte se lo llevó re feo; echando bocaradas de sangre tufienta y cachos de hígado...

Doña Cata.

XXV.

N O T A .

Los epígrafes que preceden a veces a cada uno de los capítulos de esta tesis, se extrajeron textualmente del libro de Carlos Fuentes La Región Más Transparente.

XXVI.

C O N C L U S I Ó N .

Es un hecho contemporáneo la circunstancia en la que sobre vive la gran masa de los desposeídos y sojuzgados.

Está en boga y no sólo en nuestro país, sino en todos aquellos que pueblan el orbe del subdesarrollo y la dependencia, la existencia de la discriminación, la segregación, es decir, la marginalidad.

El modo de vida de sectores que se encuentran ubicados en las capas más bajas de la sociedad, amén de ser triste y cruel por la subyugación que adolecen, no deja de ser paradójico e interésante por otra parte, lo colorido y vivencial con lo que deambulan en el abyecto transcurso de los días. Bien afirma Lewis que las vidas de los pobres no son sosas.

Los ladrilleros, que sí son los trabajadores más pobres, aunque ni campesinos ni obreros, forman buena parte del estamento más bajo de la escala socioeconómica mexicana, siempre a las orillas, aventados a los suburbios, a los linderos del barrio. No son más que una menuda porción de la población misérrima que realiza actividades igualmente miserables como son, y sólo por enunciar algunas: los ropavejeros, los recolectores de basura, los que se desempeñan en el servicio doméstico, los vendedores

ambulantes, los peones, los albañiles. Y todos aquellos que están inmersos dentro de la paupérrima clase trabajadora percibiendo menos del salario mínimo y que indefectiblemente conforman el lumpen proletariado.

Tanto en la ciudad como en el campo abundan un sinfín de ocupaciones no calificadas ni reeducadas, como supuestamente deberían serlo si las registrara o contemplara el proceso productivo nacional.

Es labor de los periodistas-escriutores; investigadores sociales, conocer a fondo el oficio y ser conscientes del rol a seguir como profesionales enclavados en el régimen. Asumirse y retomar su estudio con tratamientos idóneos; de tal suerte que surja a la luz pública, su deprimente retrato y que a fuerza de las evidencias, los detentadores del poder económico-político, hicieran cuanto pudiesen por resolver la problemática de la marginalidad territorial.

Atendiendo a los resultados obtenidos en la finiquitación de la información recopilada que produjo mi tesis, las instituciones gubernamentales persisten en su negligencia para actuar y erradicar situaciones tan descoyuntadas y doloridas como en las que gravitan los horneros, y demás compañeros de adversidades.

Es necesario trastocar la realidad, virar las actuales circunstancias, derrocar los modelos establecidos; de modo que en lo sucesivo fuera prioritario retomar para analizar y resolver este gran error del sistema que nos rige; esta acuciante problemática de la marginalidad. De sobra lo sabe nuestro doloso gobierno pero lo que pasa es que la lucha de clases es irreconciliable; verdad histórica ineludible.

Los estamentos que detentan el poderío montan la tramoya ideológica con ausencia de todo tipo de conflicto o malestar, y

la difunden masivamente y sin ningún obstáculo, a los que configuran la cultura de la pobreza, la cultura de masas -blanco infalible de sus manipulaciones-, a través, por ejemplo, de los canales institucionales informativos quienes se encuentran bien pertrechados y operan sin falla alguna. De tal suerte que, entre más refinados son sus medios tecnológicos, más desgastados, más empobrecidos serán asimismo, la temática y los contenidos de los mensajes emitidos. Ellos, claro está, manejados y controlados por los poseedores; los opulentos y pudientes mexicanos y/o extranjeros que tal parece que tienen muy tranquila su conciencia, pues su producción de mensajes va encaminada; su principal cometido de la frondosa casta de los poderosos, le dan al pueblo "lo que pide".

¡Qué ingenuos y qué aberrantes! son al mismo tiempo nuestros ricos y mangoneadores ¿no?...

Y qué absurda y paradójica resulta ser nuestra posición ante las situaciones estomagantes de la vida al recibirlos sin inmutarse siquiera, sin coraje, sin indignación.

Para hacerle frente a los aconteceres y no darles la espalda como normalmente hacemos en actitud pasiva y retractada, se requiere armarse de la rabia necesaria que incendie la mecha.

Tomemos partido. Encontremos un rumbo en la versatilidad del campo de estudio de la Ciencia de la Comunicación y otras materias afines. El sentimiento de ser sujetos capacitados que ejerzamos sapientemente en estos espacios poliformos y moldeables, es una gran tarea de todos aquellos que apelamos a un ejercicio profesional serio y sin reservas.

Notas de pie de página.

- (1) Michael Johnson. El nuevo periodismo. p. 13-14
- (2) William Burroughs. El trabajo. p. 9-10
- (3) Ibídem. p. 60
- (4) Ibídem. p. 12-13
- (5) Ibídem. p. 7
- (6) Ibídem. p. 33 y 35
- (7) Ibídem. p. 8
- (8) Ibídem. p. 57
- (9) Oscar Lewis. Los Hijos de Sánchez. p. XXI y XXII
- (10) Edmundo Domínguez Aragonés. Tres Extraordinarios. p. 9
- (11) Oscar Lewis. Los Hijos de Sánchez. p. XVIII
- (12) Ibídem. p. 12
- (13) Oscar Lewis. Antropología de la Pobreza. p. 30-31
- (14) Ibídem. p. 30
- (15) Georges Bataille. El Erotismo. p. 27
- (16) Ibídem. p. 28
- (17) Ibídem. p. 9
- (18) Williams Burroughs. El trabajo. p. 20
- (19) Ibídem. p. 133-134
- (20) Oscar Lewis. Los Hijos de Sánchez. p. XVII

BIBLIOGRAFIA.

Bataille, George.

El Protismo.

Barcelona. Tusquets Editores. 1979. 378 págs.

Burroughs, William.

El Trabajo.

Barcelona. Editorial Mateu. 1971. 194 págs.

Domínguez Aragonés, Edmundo.

Tres Extraordinarios.

México. Juan Pablos Editor. 1980. 286 págs.

Feuerbach, Ludwig.

La Esencia del Cristianismo. Crítica filosófica de la religión.

México. Juan Pablos. 1971. 287 págs.

Fuentes, Carlos.

La Región más Transparente.

México. F.C.E. 1971. 460 págs.

Garibay, Ricardo.

Las Glorias del Gran Púas.

México. Edit. Grijalbo. 1978. 46 págs.

Johnson, Michael.

El Nuevo Periodismo.

Barcelona. Anagrama. 1976. 214 págs.

Lewis, Oscar.

Antropología de la Pobreza.

México. F.C.E. 1969. 302 págs.

Lewis, Oscar.

La Vida.

México. Joaquín Mortiz. 1969. 234 págs.

Lewis, Oscar

Los Hijos de Sánchez.

México. Joaquín Mortiz. 1979. 521 págs.

Lewis, Oscar.

Pedro Martínez.

México. Joaquín Mortiz. 1969. 254 págs.

Lewis, Oscar.

Una Muerte en la Familia.

México. Joaquín Mortiz. 1969. 286 págs.